

EL SÉPTIMO CÍRCULO

# LOS TONELES DE LA MUERTE

POR  
NICHOLAS BLAKE



Lectulandia

En una de las candentes cubas de la vasta cervecería de Eustace Bunnett, hombre aborrecido y violento, se descubrió el cadáver de un perro. Quince días después, Eustace Bunnett desapareció. En la misma cuba donde el perro había perecido se halló un esqueleto humano. El asesinato del perro había sido un ensayo para el asesinato del hombre. Nigel Strangeways, el brillante detective de La bestia debe morir, logra elucidar el misterio.

**Lectulandia**

Nicholas Blake

# **Los toneles de la muerte**

**El séptimo círculo - 13**

ePub r1.0

Titivillus 14.10.17

Título original: *There's Trouble Brewing*  
Nicholas Blake, 1937  
Traducción: Juan Ángel Cotta  
Diseño de cubierta: José Bonomi

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A JOYCE y TEDDY

*Todos los personajes, lugares y firmas comerciales que figuran en este libro son completamente ficticios. Doy gracias a los señores H. Sandeman Allen, F. W. Hands y K. Mead por su asesoramiento en asuntos técnicos.*

---

---

## CAPÍTULO PRIMERO

«Los perros comienzan en broma, y terminan en serio».  
H. G. Bohn (*Manual de Proverbios*).

Dicen que a cada perro le llega su día. Es altamente dudoso que Trufas hubiera aceptado esta proposición durante su vida. No habían sido hechos para él el esquivo conejo, el inefable montón de estiércol, la intimidad con compañeros vagabundos en las esquinas de las calles, cosas que, para los perros de la clase superior, representan los ilícitos puntos culminantes de sus vidas enclaustradas. Trufas, como todo aquello con que tuvo algo que ver Eustace Bunnett, fue guardado muy estrechamente. Cabría suponer que una esposa, un hermano, una cervecería y un ayuntamiento habrían provisto a *Mr.* Bunnett de suficiente ejercicio para su anhelo de poder. Pero eso sería subestimar tanto al difunto (aunque nada lamentado) Eustace Bunnett, como al más insidioso de los vicios humanos, del que Edmund Burke dijo tan justamente: «El poder gradualmente extirpa de la mente toda virtud humana y dulce». No, Trufas llevó una vida de perro, en todos los posibles sentidos de la frase. Aun el natural y casi ilimitado servilismo de su especie debe de haber sido puesto a dura prueba por las exigencias de su amo.

Sin embargo también Trufas tuvo su día. Si fue compensación adecuada para una vida de azotes y mimos alternados, no pretendo decidirlo. Al menos, logró una fama póstuma; y la fama póstuma es, sin duda, lo mejor que cabe esperar después de una vida feliz. Trufas realizó la ambición de todas las criaturas pisoteadas. Su pusilánime y equívoca cara de *terrier* apareció en todos los periódicos ilustrados del Reino Unido, desalojando de la primera página los no del todo diferentes rasgos de Hitler, la expresión de *bulldog* neurótico de Mussolini, los labios sellados de míster Baldwin, y los descubiertos encantos de las bañistas. En la muerte, como en la vida. Trufas y su amo no se separaron. Junto a la cara del perro apareció la de Eustace Bunnett, la boca petulante, los quevedos que sólo llamaban la atención hacia los ojos fríos y satisfechos, hacia toda su expresión de vileza, suavidad, presunción y crueldad latente. ¡Y en cuanto a los titulares!

Pero nos anticipamos, como dijo el niño cuando se enfermó la víspera de Navidad. Cuando Nigel Strangeways recibió aquella invitación, naturalmente no sospechó las siniestras circunstancias en que iba a comprometerlo. Si hubiera tenido tal sospecha, la habría aceptado con mucha mayor presteza. Nigel hubiera ido a cualquier parte si se le hubiera prometido un problema criminal, en tanto que normalmente habría corrido millas para evitar una sociedad literaria —y era para

dirigir la palabra a la Sociedad literaria de Maiden Astbury para lo que había sido invitado—. Aquí está la carta, archivada más tarde por él como documento número uno del caso Bunnett:

Calle Pound, 3, Maiden Astbury, Dorset.

Estimado señor Strangeways: Como secretaria de la sociedad literaria local (¡una cosa pobre, pero nuestra!), me aventuro a preguntarle si querría venir a dirigirnos la palabra. Hemos estado estudiando su delicioso libro sobre los poetas Carolinos, y todos nuestros miembros están ansiosos por tener el privilegio de conocer a su autor. El deseo de «ver a Shelley, cara a cara» es una debilidad muy humana, y tal vez excusará la presunción de esta solicitud. Sé qué atareados están ustedes los escritores, pero estoy segura de que se sentirá recompensado por nuestro entusiasmo. Temo no poder ofrecerle honorarios; sin embargo, espero que los fondos alcancen para pagar sus gastos, ¡si es necesario! Venga, por favor, si puede; cualquier día de junio o julio nos convendrá. Suya sinceramente,

Sophie Cammison

P. D.: Vivimos en el centro del país de Hardy.

P. P. D.: Mi marido lo conoció a usted en Oxford, y le alegraría mucho renovar la amistad.

—¡Cristo! —dijo Nigel, inspeccionando esta comunicación fríamente, por encima de su temprana taza de té—. Esto es lo que pasa por meterse con la literatura. ¿Por qué no persistí en el recto sendero del crimen?

—¿Qué es lo que pasa por meterse con la literatura? —preguntó Georgia desde la cama contigua.

—Oh, *estás* ahí. ¿Sabes?, sencillamente no puedo acostumbrarme a despertar y encontrar una mujer en el cuarto.

—Es bastante mejor que despertarse y encontrar un *fer-de lance* en la habitación, y eso es lo que sucedió cuando yo...

—Ahórranos las reminiscencias, por favor. Guárdalas para las *Tres Mil Millas en Triciclo a Través de la Maleza*, o como quiera que pienses llamar a tu libro de viajes.

—¡Qué dulce eres! Me alegro de haberme casado contigo —dijo Georgia.

—Bueno, ve tú en mi lugar.

—¿De qué diablos *estás* hablando?

—De esto —dijo Nigel mostrándole la carta—. Esta bruja nefasta quiere que vaya a Dorset y dirija unas palabras a su maldita sociedad literaria. ¡Sociedad literaria!

—Déjame ver. —Georgia tomó la carta.

Fíjate en la volubilidad —dijo Nigel—. Evidentemente, Sophie tiene ojos



bastante protuberantes de color violeta desvaído, y le escupe a uno cuando habla. Sus amigas dicen: «La pobre Sophie es tan artística, ¿sabe usted?». Es el tipo de virgen que...

—¿Qué es eso de «virgen»? Su postdata dice que es casada.

—Oh, no había llegado hasta allí. De cualquier modo, nunca leo las postdatas; o son innecesarias o esconden alguna trampa.

—Bueno, ésta es realmente una postdata. Dice que viven en medio del país de Hardy.

—Un hecho ya adecuadamente comunicado en la dirección, al comienzo de la página.

—La postpostdata dice que su marido te conoció en Oxford.

Nigel se sentó en la cama.

—Ah, eso ya es interesante.

—¿Lo recuerdas?

—Sí, vagamente. No me refiero a eso, sin embargo. Lo interesante es el hecho de que esta bruja retozona sólo lo mencione en la postdata. Evidentemente tiene celos de él, y lo domina despiadadamente, al tiempo que dice a todas sus amigas que Herbert no tiene alma y no la comprende. Su misión es traer cultura, valores espirituales, y qué se yo, a la vida de Herbert, y, si algo me acuerdo de él, ha emprendido una tarea bastante ardua. Sin embargo, probablemente ya lo ha dominado. Las esposas siempre lo consiguen.

—¿Siempre?

—Siempre.

—Bueno, no creo ni una palabra de todo eso. Te apuesto lo que quieras a que Sophie Cammison es una mujer muy inteligente, con una figura tan bien desarrollada como su sentido del humorismo. Escribió esta carta irónicamente, y te ha tomado el pelo hasta arrancártelo de raíz.

—Qué metáfora eres —dijo Nigel—. ¿De modo que esperas que vaya hasta allá sin recibir honorarios —los fondos podrían alcanzar a pagar sus gastos, signo de admiración— sólo para ganarte una miserable libra esterlina?

—No para ganarla, para perderla.

—Muy bien, esto decide el asunto. Iré, nada más que para probar que estás equivocada. Será interesante ver cuánto ha envejecido Cammison, también.

—Ah, el interés humano siempre te domina, ¿verdad? Eres el sueño del editor, realizado. —Georgia hizo un mohín con la nariz.

—Ahora que te miro a la luz fría de la mañana, veo que realmente eres igual a un mono —dijo Nigel.

—¡Querido Nigel!

—Bueno, bastante parecida a un mono. ¡Sociedad literaria! ¡Interés humano! ¡Bah!

Pero la verdad es que esta absurda apuesta con Georgia iba a conducir a Nigel a

una cantidad de interés humano mucho mayor de lo que podía haber esperado.

Mientras el tren resoplaba a través del lozano paisaje estival de Dorset, Nigel sacó otra vez la carta de la señora Cammison. Se sentía más reconciliado con la visita. Georgia, cuya extraña ansia de recorrer las partes más solitarias e incómodas del mundo le había ganado fama de exploradora, andaba vagabundeando por las Hébridas exteriores. De modo que lo mismo daba estar en Dorset que en otra parte — aun si ello había de complicarlo en reverentes peregrinajes a Mellstock y Egdon Heath<sup>[1]</sup> con esa vertiginosa criatura Cammison—. Porque no podía haber duda de que Georgia se equivocaba en ese punto. Sophie Cammison, reflexionó Nigel mientras estudiaba de nuevo su carta, debía de ser una de esas gatas que guardan un juego de uñas muy sutil detrás de sus caricias juguetonas: pertenecía a esa clase de mujeres que necesitan andar siempre regenteando algo; cuando no una sociedad literaria, una comisión para el Día de la Bandera, la Liga conservadora femenina, la Sociedad de socorro y prevención, la Sociedad para la preservación de las industrias domésticas, los bailes campesinos, o alguna otra de esas innumerables actividades que dan a las mujeres ociosas un pretexto para inmiscuirse en las vidas de los demás. Bueno, por cierto que no iba a arañarlo a él.

A su debido tiempo, un desvencijado ómnibus de la estación llevó a Nigel por el empinado y estrecho camino principal del pueblecito de Dorset y lo dejó frente al número 3 de la calle Pound. Era una casita sólida, digna; su piedra de Ham Hill de color damasco brillaba bajo el sol de la tarde. Una chapa de bronce, sobre la puerta, decía: «Herbert Cammison, F. R. C. S.<sup>[2]</sup>» Naturalmente, Nigel recordó ahora que Cammison había estudiado medicina; en su juventud había sido el tipo de muchacho caprichoso, alborotado, cínico, que por alguna alquimia increíble se transforma después en un modelo de etiqueta profesional y de modales de cabecera. Sin duda el Herbert Cammison que una vez había suspendido todos los orinales del colegio con una cuerda sobre el patio, era ahora incapaz de levantarle la voz a un estetoscopio. *Témpera mutantur*, murmuró Nigel mientras cruzaba el umbral, *nos et mutamur in illis*. La doncella tomó su maleta y lo introdujo en la sala. La resolución de Nigel de mostrar a Sophie Cammison, desde el comienzo, que no estaba dispuesto a tolerar necesidades, se vio malamente desbaratada. Al no advertir los dos escalones que descendían a la habitación, cayó, más bien que llegó, ante su presencia. Al levantarse, parpadeando en la luz fuerte, oyó que una voz divertida decía:

—No se preocupe. Todos hacen lo mismo la primera vez. Siempre le digo a Grace, que advierta a la gente.

Nigel dio la mano a la dueña de la voz. La señora Cammison era una criatura robusta y bien formada, de mejillas rojas y ojos azules, la imagen de la salud: podía tener cualquier edad entre los veinticinco y los treinta y cinco años, y se parecía a la imagen de una lechera ideada por un pintor Victoriano, si se exceptuaban su elegante vestido y las gafas de carey que tan inoportunas resultaban en su rostro fresco. Nigel refunfuñó involuntariamente:

—Creo que Georgia tenía razón, después de todo.

—¿Georgia tenía razón? Su esposa, ¿verdad?

—Sí. Es una historia larga y bastante vergonzosa.

—Cuéntemela, por favor. Puede hacerlo mientras toma el té. Todavía no lo ha tomado, ¿verdad? Lamento no haber podido ir a esperarlo, pero Herbert necesitaba el auto esta tarde.

Nigel comió abundantemente, como siempre, y la señora Cammison lo contempló con la satisfacción afable de una madre que observa que su hijo ha recobrado el apetito. Después de un rato dijo:

—Bueno, ¿y cuál es esa historia vergonzosa?

—Bien; vea usted —dijo Nigel escogiendo sus palabras cautelosamente—, fue por su carta. Yo... eh... me formé una opinión, a través de ella, acerca de cómo sería usted, y Georgia se formó otra.

—No parece una historia muy larga.

—No, tal vez no, porque omito los... eh... detalles vergonzosos.

—Puedo imaginarlos.

—Sinceramente, espero que no. Pero hablando en serio, usted no se parece ni un poquito a su carta.

Los ojos de Sophie Cammison centellearon. Replicó sonriente:

—Y usted no se parece ni un poquito al celebrado *detective* aficionado.

—¡Oh cielos! —dijo Nigel, desconcertado—. ¿Está enterada de eso?

—Leo los periódicos. El año pasado no hablaban más que de usted a raíz de aquel caso de Chatcombe. Fue allí donde conoció a su esposa, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué aspecto debe tener un *detective* aficionado?

—Se lo diré si usted me dice primero cómo pensó que sería yo.

—Bueno, aténgase a las consecuencias. —Nigel le contó la historia. La señora Cammison echó la cabeza hacia atrás y rió de buena gana. Ningún hombre es completamente invulnerable contra la risa de una mujer, cuando ésta se ríe de sus ideas, aunque las ideas sean serias sólo a medias. Un poco incómodo, Nigel dijo:

—¿Por qué escribió una carta tan engañosa, entonces? Me ha hecho perder una libra.

—Oh, sencillamente, creí que era el estilo que atraería a un escritor. Si era un tonto, halagaría su vanidad; si no lo era, adivinaría la intención.

—Y yo no la adiviné; en consecuencia...

—Oh, no quise decir eso, realmente, no —exclamó la señora Cammison, ruborizándose profundamente, cosa que la hizo parecer un poco madura y un poco estúpida. Pero en realidad no es estúpida, pensó Nigel: su confianza física le ha hecho innecesario aprender la delicadeza; es sofista por su inteligencia, pero ingenua de corazón. Lista —la carta lo muestra, de manera superficial—, traviesa como un mono. Probablemente, una buena imitadora.

Dijo:

—Ahora le toca a usted exponer sus falsas interpretaciones.

—Bueno, supongo que mi idea de un *detective* se basa en Sherlock Holmes, el Padre Brown y Poirot.

—¡Debe de ser una mezcla curiosa! Alto y bajo, grueso y delgado...

—Vamos, no me interrumpa. Tiene ojos penetrantes, que ven exactamente en qué piensa uno. Siempre está haciendo deducciones siniestras de las observaciones más inocentes que hace uno. Y, claro, es descabelladamente excéntrico. ¿Es usted descabelladamente excéntrico?

—Es difícil decirlo: algunos de mis amigos se quejan de que soy demasiado excéntrico, otros de que no lo soy bastante.

—A mí me parece bastante vulgar.

Nigel, que normalmente se enorgullecía de su aspecto modesto, se encontró ahora un tanto resentido por esta observación. Realmente es extraña la manera cómo esta criatura cándida se mete debajo de mi piel, reflexionó: tal vez porque todo lo que dice es tan transparentemente honesto. Se vio empujado, a modo de autoaseveración contra su rectitud, a adoptar un tono petulante.

—¿Y cómo andan los crímenes por aquí? ¿No tiene algún bonito asesinato para que lo resuelva? ¿O un poquito de *chantage*, quizás? Siempre me siento inclinado a hacer favores. —Hubo una brevísima pausa. Luego Sophie Cammison dijo:

—Oh, no, temo que no. Somos gente que observa mucho la ley. A propósito, después de la reunión vendrá el señor Bunnett, y una o dos personas más. Está ansioso por conocerlo. Espero que no le moleste.

La verdad es que aquello molestaba mucho a Nigel. Se trataba, sin embargo, de una de las imposiciones con que debe conformarse un autor: «una o dos personas van a venir después de la reunión», y el bombardeo de preguntas, opiniones y autógrafos, cuando ya se tambalea de fatiga. Nigel dijo cortésmente que sería un placer. Y eso fue todo.

Cuando se estaba vistiendo para la cena, una hora más tarde, recordó esta conversación. Algo en ella lo había molestado. ¿Qué cosa? La señora Cammison había hablado de los *detectives* «que hacen siniestras deducciones de las observaciones más inocentes de uno». Eso era muy cierto, claro; y aún más cierto lo de las pausas, de las dudas al contestar una pregunta. ¡Ah, ya lo tenía! Había habido una pausa ligera, pero completamente innecesaria, después de su petulante observación sobre «los crímenes de por aquí». Y luego, cuando Sophie había respondido «Oh, no, temo que no», su voz había sido casi demasiado normal, como si conscientemente estuviera imitando su propia voz. Después había cambiado de tema bruscamente. Claro que ella *era* impulsiva. Era su modo natural. Pero Nigel creía que cuando una persona cambia deliberadamente de tema, hay a menudo una asociación inconsciente entre el tema original y el nuevo. Sin embargo, era difícil ver alguna conexión entre el crimen y unas pocas personas que vendrían después de la reunión, aparte del acto criminal de someter a un autor exhausto a prueba tal. Se había

mencionado el nombre de alguien, ¿de quién? Ah, sí, de un señor Bunnett. Pariente, quizás, del compositor del *Magnificat en Fa*, o en el tono que fuere, tan amado por los ambiciosos coros de aldea.

Aconteció que durante la cena el nombre del señor Bunnett fue mencionado inesperadamente, aunque por un motivo muy alejado de la música. Nigel creía firmemente en las primeras impresiones. Pensaba que era posible descubrir más cosas sobre una persona en los primeros diez minutos que en los diez días siguientes, porque entonces su mente estaba libre de prejuicios, y la intuición era como una blanda tableta de cera, lista para recoger una impresión clara. Así es que mientras sorbía su *sherry* y hablaba de trivialidades con la señora Cammison, observaba atentamente al matrimonio. No era fácil reconocer en este médico atezado y taciturno al atolondrado estudiante de diez años atrás. El rostro de Cammison era particularmente inexpresivo, su voz tranquila y reservada. Dos surcos verticales, por encima de su nariz, podían indicar zozobra o concentración. Había una suerte de cautela en sus movimientos, como en los de un gato, y al mismo tiempo la sugestión de una perfecta coordinación nerviosa. Sus manos eran quietas y muy sensibles —manos de cirujano—. Parecían manejar el cuchillo, el tenedor y el vaso según su propia volición, como si pudieran seguir actuando aunque su dueño estuviera dormido o muerto. Durante la cena Nigel vio sonreír a Herbert Cammison sólo una vez, y esa vez a su mujer en medio de un silencio de la conversación: una sonrisa de curiosa tibieza y complicidad.

Las relaciones entre los dos eran evidentemente inmejorables. No había nada de ese pugilato verbal ligeramente petulante y semiafectuoso a que suelen entregarse las parejas mal avenidas ante la gente extraña. Y de ningún modo rivalizaban para atraer la atención de sus huéspedes. Nigel se preguntaba ociosamente por qué Sophie Cammison, con sus oscuros cabellos y sus brillantes colores, usaba tonos de pastel tan insípidos, en lugar de algo más crudo y bárbaro, cuando surgió el nombre de Bunnett. Cammison le había preguntado si bebería cerveza o *whisky*. Nigel eligió cerveza. Al tocar la botella, vio que estaba rotulada: «Cervecería de Bunnett, Maiden Astbury, Dorset».

—¿Tiene algo que ver con el hombre que voy a conocer esta noche? —preguntó, e instantáneamente advirtió una tensión en la atmósfera, una cautelosa premeditación en la forma en que contestó la señora de Cammison:

—Sí, es el dueño de la cervecería local. —Rápida y suavemente, continuó—: El señor Bunnett quería conocer al señor Strangeways, de modo que lo invité, a él y a otros, a dar una vuelta por aquí después de la reunión.

—Ah —dijo Herbert Cammison—. Ya veo.

En apariencia era imposible imaginar dos observaciones más vulgares, pero por alguna razón Nigel sintió que el tono de la señora Cammison implicaba: «No muestres sorpresa, Herbert: deja que yo arregle esto», y la respuesta de su marido una aquiescencia más que superficial.

—Bueno —dijo Cammison con su tono sombrío de costumbre—, a su salud. — Levantó su vaso y meneó el dedo meñique en dirección a Nigel (un gesto que repentinamente tendió un puente sobre el golfo que separaba a Oxford de Maiden Astbury)—. Me gustaría saber si no nos estamos bebiendo a Trufas esta noche — añadió.

—¿Bebiendo trufas? —preguntó Nigel, asombrado.

—¡Herbert! —reconvino la señora Cammison—. ¡No seas repugnante! De cualquier modo esa mezcla no debe de haber madurado aún.

—A mí no me molesta. Le añadiría cuerpo —dijo Herbert con ecuanimidad.

—¿De qué diablos se trata? ¿Alguna vieja receta de Dorset?

—No de eso, precisamente —respondió Cammison—. Trufas se cayó dentro de una de las calderas abiertas hace ya una o dos semanas. El perro de Eustace Bunnett. Una feliz liberación para la abominable bestezuela, diría yo. Bunnett armó una batahola infernal por eso, creo.

—¿Una feliz liberación?

—Sí —dijo Cammison vigorosamente—. Sospecho que Eustace Bunnett posee tendencias sádicas, entre otras cosas.

—¡Herbert! —exclamó su esposa. Fue algo más que la reconvención de una ofensa convencional.

Herbert replicó con aspereza:

—Bueno, tal vez «sospecho» no sea la palabra; Todos sabemos...

—¿Le molesta que la gente le haga preguntas después de su conferencia? — interrumpió apresuradamente Sophie. Nigel hizo una mueca.

—Es parte del trato, me temo —dijo.

Cuando terminó la cena se dirigieron al salón. Era un lugar polvoriento, mohoso, deprimente, que olía a barniz y a té —el centro, imaginó Nigel, de las actividades más horripilantes de todo Maiden Astbury, de cambalacheos a juicios—. La clase culta del pueblo, por así llamarla, ya estaba reunida. Nigel fue presentado a una mujerona rolliza de agresivo aspecto cívico, que podría haber posado, adecuadamente vestida, para una estatua de la Diosa de las Obras Públicas («Miss Mellors, nuestra presidenta»), y siguió su estela hasta el estrado. La Diosa de las Obras Públicas respiró pesadamente sobre él, extrajo un frasco de agua de colonia, se empapó liberalmente, y zumbó, dirigiéndose a Nigel:

—Encantada de que haya venido. Buena concurrencia esta noche. ¿Nervioso?

—Cohibido. Sin embargo, me he fortificado con un poco del excelente licor de nuestro señor Bunnett. Buen material, ¿verdad?

—¿Le parece? “Bueno” no es la palabra que yo le aplicaría. Soy vicepresidenta de la Sociedad de la Cinta Azul. Aspiramos a extirpar el alcoholismo.

—¡Oh! —dijo Nigel, reflexionando que cualquier cosa sobre la que se detuviera Miss Mellors tendría poca probabilidad de sobrevivir. Hojeó nerviosamente sus notas y comenzó a escudriñar a su auditorio. La tendencia predominante, dedujo, era una

medianía inferior: comenzó a preguntarse si una conferencia sobre los poetas de la postguerra sentaría bien con su té... Sin embargo, ya era demasiado tarde para hacer algo. La fila delantera estaba ocupada, de izquierda a derecha, por dos señoras con trompetillas del tamaño de cornucopias; un niño que chupaba un caramelo y tenía aspecto de revoltoso, como bien podía tenerlo, consideró Nigel, después de haber sido arrastrado a una reunión como ésta; una mujer bucólica, su madre, probablemente, con aspecto de haberse sentido más cómoda entre los precios de la carne que en medio del ritmo tenso de la poesía moderna; un anciano caballero con la mano ya expectantemente ahuecada junto a la oreja; dos monjas; tres sillas vacías; un cura radiante.

—¿Todas... eh... estas personas pertenecen a la Sociedad literaria? —preguntó tímidamente a *Miss Mellors*.

—¡Oh!, no. Hoy abrimos la reunión al público. Después se servirá café y sándwiches.

—¡Ah! —pensó Nigel—, eso lo explica todo. Podría haberlo dicho con un poco más de tacto, sin embargo. Pan y circo, y yo haciendo de circo, supongo.

—Sólo se admiten personas respetables, naturalmente —dijo *Miss Mellors*.

—Naturalmente.

Mientras *Miss Mellors* se ponía de pie para presentarlo —con palabras que no eran ni pocas ni muy notablemente escogidas—, Nigel reanudó su estudio del auditorio. Su mirada fue atraída por un caballero, en la tercera fila, que lo contemplaba fríamente a través de sus quevedos: a Nigel le causó un disgusto instantáneo; su rostro redondo y su boca pequeña, petulante, contrastaban de manera desagradable con algo vil, ascético y arrogante en los ojos. Sin alejar su mirada de Nigel, el hombre hizo una observación a una mujercita desvaída, de aspecto patético, que se sentaba a su lado, torciendo su boca desdeñosamente hacia ella. La mujer elevó su mirada hacia él al responderle, mientras el blanco de sus ojos mostraba una expresión horriblemente servil y dócil, como si fuera su perro. A alguna distancia más atrás, Nigel alcanzó a ver a sus anfitriones; Herbert serio, reservado, como siempre; su esposa sonriendo traviesamente a Nigel. Lejos, hacia la derecha, se sentaba un joven con una manchada chaqueta de *tweed*, una camisa de color caqui y patillas, manifiestamente empeñado en mantenerse alejado de cuanto ocurría. El desdeñoso fruncido de sus labios le recordó a alguien, vagamente, ¿quién podría ser? Junto a él se sentaba otro joven, que parecía ya estar dormido: “la prensa local, sin duda”, se dijo Nigel. *Miss Mellors*, arrebatada por su peroración, hablaba con una voz afectada que, sin duda, reservaba para sus proclamas culturales; Nigel prefería su normal estruendo áspero.

—«...y estoy segura de que nos sentimos privilegiados por tener esta noche con nosotros a un autor tan distinguido. La fama del señor Strangeways en otro campo de actividades es bien conocida por todos. Sin duda, como *detective* eminente, podrá darnos algunas claves para entender esta poesía moderna, y me siento segura de que

la mayoría de nosotros las necesita. ¡Ja, Ja! ('Escuchen, escuchen', rugió inesperadamente el anciano caballero con la mano ahuecada junto a la oreja). Bien; ustedes no han venido a escucharme a mí, de modo que sin más rodeos pediré al señor Strangeways que lea su deliciosa conferencia. Señor Strangeways».

Nigel se puso de pie y les leyó su deliciosa conferencia...

Cuando terminó, y hubo concluido el café y los sándwiches, *Miss Mellors* pidió que se le hicieran preguntas.

Un caballero de bigote blanco y cutis manchado se puso instantáneamente de pie y arremetió con una filípica contra las pretendidas tendencias bolcheviques de los poetas jóvenes. Su discurso terminó con un signo de interrogación; pero como sólo había contenido preguntas retóricas, Nigel tuvo que contentarse con replicar que sin duda había mucho de cierto en lo que había dicho el último orador.

Una joven bastante bonita se levantó, ruborizándose, y dijo que a ella le parecía que no había música en la poesía moderna.

Nigel citó una cantidad de pasajes para refutar su herejía.

Otra joven, considerablemente menos bonita, con dientes salientes y cierto brillo de curiosidad teosófica en los ojos, preguntó:

¿Qué puede decirme de la música de las esferas?

Era ésta la primera pregunta —en el sentido estrictamente gramatical— que había recibido Nigel; pero como no conocía la respuesta, tuvo que permanecer silencioso. De este atolladero vino a sacarlo el joven de la camisa caqui.

—¿Qué opina usted del surrealismo? —preguntó bruscamente.

Nigel tradujo su opinión sobre el surrealismo en lenguaje relativamente incensurable. El joven mostró entonces señales de querer pronunciar un discurso combativo, pero fue sofocado simultáneamente por una aviesa mirada de *Miss Mellors* y por el caballero por quien Nigel había sentido instantáneo disgusto, que se puso de pie.

—El señor Bunnett —dijo *Miss Mellors*.

«De modo que ése es el señor Bunnett», pensó Nigel. «Podía haberlo adivinado».

Todas las cabezas se volvieron cuando el cervecero local ajustó sus quevedos y emitió una tosecilla seca.

—No creo —dijo con tono incisivo, chillón— que pueda resultarnos provechoso preocuparnos por el surrealismo. Quizás no seamos expertos en cuestiones artísticas —su boquita se torció hacia el último orador—, pero al menos podemos conocer la locura de remate cuando la vemos.

—¡Escuchen, escuchen! —exclamó el caballero moteado.

El señor Bunnett se quitó los quevedos y los apuntó hacia Nigel.

—Ahora bien, señor. Decía usted, creo, que los poetas modernos se sienten ligados a la verdad, a la exploración de la realidad, no importa lo fea o dolorosa que pueda ser —y puedan serlo también a menudo, temo, los resultados poéticos—. Ahora bien, he aquí mi punto de vista. Ustedes pueden creer que soy un vejestorio,



pero he leído mi Tennyson, mi Browning, mi... eh... Shakespeare, y no quiero realidad en mi poesía. Hay bastante en la vida ordinaria. Si quisiera realidad miraría la libreta del carnicero.

El señor Bunnett se detuvo significativamente. La mujer desvaída que se sentaba junto a él rió disimuladamente, lo que hizo que el resto del auditorio estallara en una risa cortés.

—No, señor —prosiguió el señor Bunnett, la voz vibrante, como si hubiera apretado el pedal de la *vox humana*—, lo que pido al poeta es Belleza: le pido que me haga olvidar la fealdad y las dificultades de este mundo, que me conduzca a un jardín encantado.

—Estoy seguro, señor —replicó Nigel con su voz más cortés e imparcial—, de que ningún poeta moderno desearía conducirlo a usted por el sendero de un jardín encantado.

Hubo un instante de ansioso silencio, mientras el auditorio trataba de determinar el significado exacto de la observación. Luego sobrevino un silencio más frío, como en la noche ártica, quebrado sólo por un sonido —que podía haber sido un ronquido o un resuello— proveniente de la prensa local.

—Evidentemente no se logra nada en este pueblo diciéndole insolencias a su señor Bunnett —dijo Nigel mientras regresaba con la señora Cammison a su casa.

—No —replicó ésta con suavidad—, es muy respetado, como se suele decir.

Repentinamente comenzó a reír, y agitando hacia Nigel un imaginario par de quevedos, carraspeó en la más exacta imitación del tono del señor Bunnett:

—Pido al poeta que me conduzca a un jardín encantado.

Su voz cambió. Repitió, hablando casi consigo misma:

—Un jardín encantado. Sí. Tal vez no sea tan incongruente. Las hadas eran espíritus malévolos, ¿no es verdad?

Nigel vaciló, se decidió en contra de la pregunta que hubiera deseado hacer, y dijo con ligereza:

—Es usted una imitadora notable.

—Sí, así me dicen. Debería ver esta calle a la luz de la luna; hay sombras encantadoras. La luna llena se acaba de poner, sin embargo.

¡Qué extraña mezcla de franqueza y misterio era esta mujer! Su charla sobre la luz de la luna por alguna razón recordó a Nigel la *Oda Sáfica* de Brahms. Comenzó a tararearla suavemente. Todavía la canturreaba cuando se detuvieron en la puerta de calle; Sophie Cammison colocó una mano sobre su brazo y le dijo:

—Nigel. No vuelva a decir insolencias al señor Bunnett, ¿quiere?

Nunca había oído su voz tan neutra y ecuánime. Y no había en sus palabras nada que explicara el leve estremecimiento que recorrió su espalda, como si el mismo espíritu del miedo hubiera colocado sobre ella un dedo frío y deliberado.

Cinco minutos más tarde la desaliñada y cómoda sala de la señora Cammison estaba llena de gente. *Miss Mellors* ocupaba la mayor fiarte de un sofá. Nigel fue

presentado a Eustace Bunnett y a la mujer de aspecto patético, su esposa; luego al joven de la camisa caqui, Gabriel Sorn; después a varios otros, cuyos nombres no alcanzó a entender. Herbert Cammison se ocupaba de las bebidas, sirviéndolas con visible destreza y levantando las copas a la luz cómo si fueran tubos de ensayo. Volvió hacia *Miss Mellors* su rostro moreno completamente inexpresivo.

—¿*Whisky, sherry, un cocktail*, o jugo de tomate. *Miss Mellors*?

—¡Ah, hombre perverso! —rió ella, traviesamente—. ¿Está tratando de hacerme romper la promesa?

El doctor era, evidentemente, un favorito.

—¿Señora Bunnett?

Ésta se sobresaltó un poco, y dijo, jadeante:

—¡Oh! ¿Yo? *Sherry*. Un poquito de *sherry*, por favor. —Luego se volvió, como excusándose, hacia su marido.

—¿Estás segura de que no preferirías un poco de agua helada? —preguntó Eustace Bunnett con su voz precisa, chillona, haciendo tintinear un manajo de llaves en su bolsillo. Hubo una breve pausa embarazosa. Luego, el doctor Cammison explicó, con voz grave:

—No hay agua helada —y Emily Bunnett, advirtiendo la mirada de Nigel, se ruborizó dolorosamente y dijo al mismo tiempo:

—No, querido, creo que tomaré un poco de *sherry*. Nigel observó una leve contracción en los músculos de la mejilla de Bunnett. Se preguntó cuánto tiempo había pasado desde la última vez en que la señora de Bunnett había hecho valer sus derechos; sin duda se le haría pagar por ello más tarde. Nigel se descubrió sintiendo más y más disgusto hacia el cervecero.

Durante algún tiempo la conversación fue general. Después Gabriel Sorn se acercó a Nigel y comenzó a hablarle de surrealismo. Hablaba bien. Pronto los demás lo estaban escuchando. Cuando Sorn advirtió esto, su manera entusiasta, bastante ingenua, cambió. Su boca se retorció en una expresión teatralmente cínica, y dijo:

—Claro que la ventaja del método está en que uno no es responsable —no conscientemente, al menos de nada de lo que crea, y por eso no se halla expuesto a la crítica.

—¿*No* está usted traicionando sus creencias ahora? —preguntó Nigel con suavidad—. El joven le dirigió una mirada asombrada, casi respetuosa; después bebió un trago de *whisky* —había estado bebiendo bastante— y exclamó:

—No es la primera vez. Paso mi vida traicionándolas. ¿*No* sabía usted que soy el bardo de la cervecería?

Eustace Bunnett se quitó los quevedos y abrió la boca, pero Sorn se anticipó:

—¡Ah, sí! —continuó desatinadamente—, usted debe de haber visto alguno de mis... ¿versos ocasionales los llamaremos?

*En el Polo y en el Ecuador*

*la cerveza Bunnett es la mejor.*

Eustace Bunnett intervino, con su fría voz de hielo:

—El señor Sorn nos hace un poco de publicidad, señor Strangeways, entre... eh... entre otras cosas.

—Bueno —dijo Nigel—, por cierto que les da a ustedes público. Soy enteramente partidario de que la poesía sea popular. Consiga que el hombre ordinario se acostumbre a la vida del verso —en carteles, películas, en cualquier parte— y habrá más probabilidad de que quiera leer una obra seria.

—No estoy de acuerdo —dijo Sorn—, la poesía nunca puede volver a ser un medio de expresión popular. Tendrá que apelar a un círculo pequeño de personas sensibles, altamente educadas. Yo...

—Vamos, Gabriel —interrumpió el señor Bunnett—, no podemos permitir que usted monopolice a nuestro distinguido huésped. Vaya y hablele a la señora Cammison.

Los puños de Sorn se cerraron. Durante un momento Nigel se aterrorizó al pensar que podía producirse una escena desagradable. Luego los hombros del joven cedieron; pateó el guardafuegos como un niño, y se alejó. Evidentemente el señor Bunnett no era partidario de que sus empleados se exhibieran a la vista del público. Esparrancó ahora sus piernas frente a la chimenea, hizo un movimiento con sus manos, como arreglando un invisible trozo de papel secante sobre una mesa imaginaria situada frente a él, y dijo:

—Tengo un problemita para usted, señor Strangeways, en su capacidad *detectivesca* más bien que literaria.

Nigel tuvo la impresión de que todos los que estaban en la sala habían quedado congelados, inmóviles, en medio de una palabra o un gesto; aquello le recordó un juego infantil llamado «los pasos de la abuela». El señor Bunnett tenía auditorio donde lo necesitaba.

—Sí —prosiguió—, estoy seguro de que le interesaría. Hace una quincena, el dos de este mes, para ser preciso, mi *fox-terrier*, Trufas, desapareció. Fue encontrado más tarde mientras mis obreros limpiaban una de las calderas abiertas. Toda la carne, naturalmente, había sido disuelta, pero lo identificamos por el rótulo de su collar metálico.

Eustace Bunnett hizo una pausa solemne.

—Pero ¿dónde aparezco yo? —preguntó Nigel.

—Entiendo que usted se interesa en los crímenes —dijo el cervecero con voz mesurada, perfectamente seria—, no tengo la menor duda de que el perro FUE ASESINADO.

Los huéspedes, que se habían estado agitando un poco, quedaron petrificados otra vez. Nigel observó al doctor Cammison, rígido, con una botella suspendida sobre un vaso.

—Pero... —tartamudeó por fin Nigel—, pero ¿no es mucho más probable que el perro cayera a la caldera abierta por accidente, cazando una rata, por ejemplo, o algo parecido?

El señor Bunnett levantó una mano severa.

—Si me permite contarle los hechos... Trufas me acompañaba a la cervecería todos los días. En mi oficina había una canasta para él, y era atado a la pata de la silla con una fuerte cadena de acero. Esa mañana tuve ocasión de salir durante unos pocos minutos. Cuando regresé encontré que el animal se había ido. No se había zafado del collar. Alguien había soltado el gancho de la cadena.

—Bueno, admitido que fuera así, supongo que usted no sospecha que uno de sus empleados robó deliberadamente el perro y lo arrojó a la caldera abierta. Sin duda alguien lo soltó para hacerle una broma, y el perro anduvo por ahí y encontró la muerte accidentalmente.

—Las paredes de la caldera abierta en que fue encontrado, señor Strangeways, tienen seis pies de altura, y Trufas era viejo, y estaba lejos de ser ágil.

«Ninguna maravilla», pensó Nigel, «después de toda una vida encadenado/»

—Interrogué a mis empleados, pero no pude culpar a ninguno.

La voz de Eustace Bunnett enmudeció. Sus labios apenas se movieron cuando añadió:

—Estoy sumamente ansioso por descubrir quién lo hizo.

Nigel se sintió verdaderamente aterrado por su tono. Como buscando dar al cervicero una oportunidad para justificarlo, dijo:

—¿Quería usted mucho a Trufas?

—El animal era propiedad mía, señor Strangeways.

Un corto silencio se produjo mientras la concurrencia digería estas palabras.

—Me parece que es hacer demasiada bulla por un perro —dijo *Miss Mellors* inesperadamente—. ¿Por qué no llamó a la policía cuando andaba en eso?

—La llamé —replicó el señor Bunnett fríamente—. Se declaró incapaz de hacer algo. Por eso le pregunto al señor Strangeways.

Nigel se pellizcó subrepticamente. Sí, estaba, despierto, le parecía increíble que pudiera estarlo.

—¿Desea usted que yo realice una investigación? —dijo—. Pero todo el asunto es... —estuvo a punto de decir «absolutamente ridículo», pero recordó el pedido de Sophie de no decir impertinencias al señor Bunnett, y enmendó—: muy irregular.

El señor Bunnett le sonrió. Por lo menos una especie de centelleo apareció en sus ojos, aunque su boca permaneció singularmente triste.

—No imaginaba que un poco de irregularidad, como dice usted, sería un gran obstáculo para quien se declara admirador de los metros poéticos modernos. Estoy dispuesto a proporcionarle toda clase de facilidades para que interroge a mi personal, y libre acceso a la fábrica, naturalmente. Mi problemita podría ayudarlo a ejercitar su mano mientras se presenta su próximo gran caso criminal.

El pedido del señor Bunnett era tan grotesco que Nigel se sintió fuertemente tentado a aceptarlo. Pero no, todo era demasiado repugnante: esta criatura reseca, vengativa, con su ansia de dominación...

—Temo, señor, no poder realmente.

—Oh, por amor de Dios, hágalo. Ninguno de nosotros conseguirá un momento de paz hasta que no se aclare todo el asunto. —Era Gabriel Sorn quien los había interrumpido. Nigel advirtió una súplica sincera por debajo de su tono reprimido, afilado.

—Muy bien, pues —dijo—. Me encargaré de ello. Pero le aseguro, señor Bunnett, que sigo convencido de que fue un accidente.

—Me sentiré feliz si consigue convencerme a mí —replicó el cervecero—. Ahora bien, veamos; mañana a la mañana no estaré en la cervecería. Si quiere venir más o menos a la hora del té, lo esperaré y dispondré que le muestren todo el lugar. No sé si acepta honorarios por esta clase de asuntos; me atrevo a decir que no, pero...

—Mis honorarios mínimos son veinticinco guineas por adelantado, más cinco guineas por día.

El señor Bunnett miró a Nigel con incredulidad, pero el rostro de éste estaba perfectamente serio y formal.

—La verdad, señor Strangeways, es un poquito... quiero decir, yo había pensado en unos honorarios reducidos, digamos...

—No puedo aceptar ni un penique menos, señor Bunnett.

—Oh... eh... muy bien, entonces.

Era la primera vez que Nigel veía a Eustace Bunnett desconcertado.

---

---

## CAPÍTULO II

«Según haga la cerveza, así la beberá».

Ben Jonson

Nigel despertó ante el parloteo inconsciente de una multitud de gorriones, y las notas prolongadas del reloj del Priorato, que anunciaba las ocho. Se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Los techos del pueblo se extendían lejos, cuesta abajo. Tejedos grises, musgosos, puntiagudos; había un atractivo curioso en sus ángulos absurdos, que recordaban a un agitado mar gris verdoso que se hubiera congelado de pronto: sus arquitectos, sin duda, nunca habían oído hablar de urbanismo, y la relación de casa a casa había sido determinada sólo por un instinto infalible. Un sol brillante bendecía al pueblo, mientras más allá las colinas boscosas, veladas por la niebla, prometían un mediodía abrasador. Nigel se preguntó perezosamente dónde estaría la cervecería. Aquella chimenea de ladrillo, allá, quizás. Era difícil, en medio de esta luz fresca, tomar en serio al señor Bunnett o al fantástico problema que le había propuesto. La noche anterior Nigel se había acostado convencido de que el cervecerero era uno de los caracteres más sórdidos y, con mucho, el más peligroso que había conocido. Ahora atribuía este juicio de histérico a la perturbadora influencia de la Sociedad literaria de Maiden Astbury. Estaba pensando en algunas frases bien escogidas con las cuales describir a Georgia esta asociación, mientras bajaba a tomar el desayuno.

—Espero que habrá descansado bien —le dijo la señora Cammison.

—¿Descansado? Oh, sí, gracias. Sus ordalías no fueron tan graves como esperaba. Pero, dígame, ¿está bien que... me quede unos pocos días más? Podría...

—Quédese todo el tiempo que quiera —dijo Herbert Cammison.

—Pero ¿se va a encargar en serio de este ridículo asunto de Trufas?

—Bueno, parece que me he metido en él. Debo de haber bebido demasiado anoche. Después de todo, siempre he querido visitar una cervecería. «Los placeres simples», como dijera Oscar Wilde, «son el último refugio de los complejos», y ¿pudo haber un placer más simple que ver la cara de su señor Bunnett cuando le comuniqué mis honorarios?

—Sí, no le gusta dar dinero. La mitad de los aparatos de la cervecería son anticuados; pero el señor Bunnett está demasiado pasado de moda, y es demasiado avaro para hacerlos reemplazar. Pero dígame, joven Nigel, ¿qué se propone hacer si descubre que alguien fue responsable de hacer reventar a Trufas?

—Bueno, supongo que decírselo a Bunnett; quiero decir, es un alarde bastante

tonto tirar una bestia inofensiva dentro de una caldera abierta, sencillamente porque a uno le disgusta su dueño.

—Espere un minuto. Quizás se haya dado cuenta de ello, quizás no, pero Bunnett es un hombre terriblemente vengativo. Nadie que fuera tan tacaño como él consentiría en pagar la suma exorbitante que usted pidió —nada más que para probar una sospecha descabellada— si estuviera completamente cuerdo. Le digo a usted, con toda seriedad, que Bunnett no lo está del todo. Como otras personas odiadas, dueñas de un poder casi ilimitado, padece de una marcada manía de persecución. Su creencia de que alguien «asesinó» a su perro es un síntoma. Al mismo tiempo sabe que se está poniendo en ridículo; de modo que su motivo para encontrar una víctima es aún más fuerte.

—Sí, veo todo eso; y bien, ¿qué?

—¿Sabe usted qué hará Bunnett con cualquiera a quien usted logre presentar como culpable?

—Lo echará, supongo.

—Ésa será sólo la medida preliminar —dijo ásperamente el doctor—. Hará todo cuanto pueda para perseguirlo hasta el final de su existencia. Le hará imposible conseguirse otro trabajo, en primer lugar. Y si usted cree que dejará que el sujeto viva cómodamente de limosna, está muy equivocado.

—¡Maldito sea! —protestó Nigel—. No puedo tragar todo esto. Es demasiado melodramático, aun para mi espíritu sensacionalista.

Por primera vez vio una expresión de impaciencia en el rostro de Cammison.

—Usted sabe tan bien como yo que la gente que siente pasión por el poder une una manía de persecuciones, vive en un mundo de melodrama. Yo podría contarle cosas sobre Bunnett...

—Nada de horrores durante el desayuno, por favor —interrumpió Sophie con su voz engañosamente neutra. Bastó, sin embargo, para quitar tensión a la atmósfera. El rostro de Herbert se tornó otra vez impasible, y siguió hablando con más ligereza.

—Bueno, prométame de cualquier modo que, si en verdad encuentra al culpable, no tomará ninguna medida hasta que haya conversado conmigo.

—Perfectamente. Eso es bastante justo. Siempre podría devolverle el cheque a Eustace si me convenciera de que debo callarme la boca.

—Lo convencería muy bien, joven Nigel.

Herbert pareció estar a punto de amplificar esto último; pero lo hizo callar una rápida mirada de su mujer, que Nigel alcanzó a interceptar. Contemplando imparcialmente la punta de su nariz, como era habitual en él cuando reflexionaba sobre la conducta de quienes lo rodeaban, Nigel trató de interpretar esa mirada; había una súplica en ella, y algo muy parecido al pánico, también. Oh, bueno, allá eso. Pero la memoria de Nigel era demasiado retentiva para dejar escapar algo para siempre.

Comenzó a hacer preguntas a Herbert sobre su trabajo en Maiden Astbury. Aunque especialista en cirugía, Cammison había preferido dedicarse a la medicina en

general. Su desprecio por el «tipo Harley Street'» era corrosivo: «nada más que saliva, lustre y pomposidad», los llamaba; «todo lo que uno necesita para pasarla bien allí es un buen sastre, un criado elegante, y el descaro suficiente para hacer que la gente pague cien guineas por el consejo que cualquier médico común puede dar por dos. ¡Chantajistas de levita! Lo único que puede decirse en favor de ellos es que roban sólo a los ricos».

Cuando Cammison hablaba de su trabajo, cosa que hacía sin vacilación, complacencia o falsa modestia, su rostro atezados imposible se iluminaba con una expresión casi fanática. Sus ojos parecían atravesar a Nigel y escudriñar alguna visión del futuro, mientras prorrumplía en invectivas contra las condiciones sociales: la desnutrición de los niños en todas las áreas industriales donde había trabajado primero, el cinismo con que algunos patronos trataban de evadir los reglamentos sanitarios.

—Y no es preciso ir a las áreas industriales para encontrar estas cosas. ¡Qué!, si en este mismo pueblo... —Cammison se interrumpió bruscamente; luego dijo:

—Por el precio de unos pocos acorazados podríamos darles una nación sana. Disponemos del conocimiento, de la habilidad, de los recursos materiales; pero los que están en el poder prefieren utilizarlos para destruir a los competidores y salvaguardar sus propias ganancias.

Después del desayuno el doctor Cammison salió a efectuar sus visitas y Nigel caminó por el pueblo. Al regresar a mediodía encontró a su huéspedada sentada en el jardincillo detrás de la casa. Nigel buscó una silla y se sentó junto a ella.

—Su esposo es un hombre notable. Debe hacer mucho bien por aquí.

—Sí, creo que sí. Tiene que luchar contra muchas cosas, sin embargo.

Nigel esperó que explicara estas palabras, pero no dijo nada más.

Estudió su rostro ingenuo, hermoso; las galas de carey, que en cierto modo le daban el aspecto de estar representando un papel en un juego de adivinanzas; las manos grandes, diestras, que tejían una camisita de niño. Una criatura desconcertante. Parecía como si nada pudiera turbar esa humorística compostura maternal. Nigel se echó hacia atrás y dijo tranquilamente:

—¿Por qué le tiene miedo al señor Bunnett?

Las manos grandes, diestras, se detuvieron un momento, luego continuaron su tejido. Sin volver la cabeza, replicó:

—Sería una historia larga.

Esto recordó a Nigel lo que él mismo había dicho el día anterior, mientras tomaba el té: «es una historia larga y bastante vergonzosa». Contestó en broma:

—No demasiado vergonzosa, espero.

—Algunas personas pensarían que sí —replicó Sophie Cammison con franqueza desconcertante. Lo miró rectamente al añadir—: Usted, no.

Nigel se sintió a un tiempo reprochado y complacido.

—Debe perdonarme —dijo—. Siento una curiosidad incurable por los asuntos de



los demás.

Una ligera brisa de verano agitó los rosales y barrió el césped con las sombras del follaje.

Nigel dijo:

—Disculpe este porfiar con el viejo Bunnett, pero no puedo imaginarlo dueño de una cervecería. ¿Cómo se las arregla para retener a sus empleados, en primer lugar?

—Oh, ése es Joe.

—¿Joe?

—Su hermano menor. Es el jefe del personal. Los empleados harían cualquier cosa por él. Realmente actúa como una especie de paragolpes entre el personal y Eustace. Siempre está tratando de conseguir que Eustace modernice la fábrica, y otras cosas, pero Eustace es terriblemente conservador.

—Yo diría que Eustace es capaz de desechar cualquier sugestión por el mero hecho de venir de otra persona.

—Sí, me parece que es cierto.

Otra vez Nigel advirtió esa nota cautelosa en su voz.

—Me gustaría conocer a Joe —dijo.

—Acaba de irse de vacaciones. Efectúa un crucero de paseo por Poolhampton. Iba a dar la vuelta al Lizard, esta vez hasta la costa galense, creo. Es lo que le encanta hacer.

—¿Un crucero a motor?

—Oh, no. Joe los desprecia. Ni siquiera tiene máquina auxiliar. Dice que ningún marino que valga algo necesita una máquina. A menudo le hemos dicho que es bastante peligroso... no llevar una, quiero decir.

—Parece que debiera haber sido marino.

—Le hubiera gustado. Pero creo que su hermano lo hizo entrar en la cervecería cuando era muy joven.

—¿De modo que Eustace tiene a Joe en un puño, también?

La señora Cammison meditó sobre esto.

—Sí —dijo—; temo que sí, un poco. Joe pertenece al tipo “hola... amigo... encantado de conocerlo”; espantosamente popular con todos, y gran valentía física. Pero supongo que moralmente es un poco débil. Lo queremos mucho.

Un informe breve pero muy revelador, en más de un sentido, pensó Nigel. Descubrió que Sophie Cammison le gustaba cada vez más.

A las cuatro de la tarde Nigel cruzaba con sus zancadas de avestruz y su aire preocupado los portones de la cervecería. A su izquierda había una gran pared de ladrillo, rezumando humo aquí y allá, con unas pocas ventanas dispuestas en forma irregular, muy arriba y que no tenía los vidrios intactos. El familiar olor a malta impregnaba el aire. Más adelante había una plataforma elevada, y contra ella un camión hacia el cual unos hombres hacían rodar barriles. Trepano a esta plataforma, más allá de la cual había un cartel: «Toda clase de informes aquí», Nigel pudo ver, a

su derecha, un largo túnel: por este túnel marchaban hacia él unos barriles, moviéndose con el paso majestuoso, digno de una procesión cívica. Nigel reprimió un fuerte impulso de quitarse el sombrero ante ellos. Dominado por la admiración, al principio no oyó el grito del capataz.

—¡Apártese, señor!

Nigel levantó la vista hacia lo que le señalaba el hombre, y saltó convulsivamente a un lado. Un enorme cuévano, descendía rápidamente hacia el lugar donde había estado un momento antes, girando en el extremo de una cadena. El capataz guiñó un ojo.

—Poco saludable este lugar, señor. El aparejo se rompió el otro día.

—¿Y había alguien abajo?

—¿Si había? Derribó al viejo George, le rompió el hombro, sí señor, y suerte endemoniada que no fue su cabeza.

—Bueno, supongo que ahora, después de eso, tendrán un aparejo nuevo.

—¿Aparejo nuevo, nosotros? Remendamos el viejo, eso es todo. Pero cuando regrese el señor Joe...

En ese momento algo distrajo la atención del capataz, y, después de una última mirada a los barriles que se deslizaban sobre el transportador, Nigel penetró en la oficina.

—¿El señor Bunnett? —dijo el empleado—. No creo que esté en la fábrica ahora. Averiguaré.

—Dijo que iba a ordenar que me mostraran la fábrica esta tarde. Tal vez el señor Sorn esté enterado de eso.

El empleado tomó un teléfono interno y se entregó a alguna briosa discusión con el incorpóreo chirrido que venía del otro extremo del hilo.

—No está, señor. El señor Sorn viene a atenderlo.

El empleado no demostraba mucha inclinación a continuar su trabajo, y deleitó a Nigel con informes infalibles, datos categóricos y noticias íntimas de las caballerizas. Poco tiempo después apareció Gabriel Sorn, con aspecto inesperadamente eficiente bajo su chaqueta blanca. Condujo a Nigel por una variedad de pasajes y puertas de vaivén, la última de las cuales se abría hacia el estruendo más infernal que había oído Nigel.

—La sala de envase —gritó Sorn en su oído.

Botellas por todos los lados. Marchando sosegadamente por los transportadores, doblando esquinas, sacudiéndose bajo los aparatos que las llenaban y tapaban, las botellas parecían tan humanas, por lo menos, como las muchachas desaliñadas que con movimientos hoscas, mecánicas, ayudaban a su progreso y alimentaban la máquina. Durante un momento Nigel pensó que estos ejércitos de botellas en marcha eran dioses de vidrio, y las muchachas, sacerdotisas que ejecutaban el ritual interminable y extraño de su culto. Después de un rato, casi ensordecido por la rugiente maquinaria y el fragor del vidrio, se dejó conducir a otro lado.

Trepó detrás de su guía una escalerilla empinada que llevaba a una suerte de garita de señales, diez pies por encima del piso. Allí fue presentado a un hombre alto, flaco, de aspecto abatido, con las cejas más grandes y más negras que había visto en su vida.

—El señor Barnes, nuestro cervecero principal.

—Encantado de conocerlo, señor.

—Bueno, bien podríamos tomar un poco de té antes de que lo conduzca a través del infierno —dijo Sorn.

Alcanzó a Nigel una taza y un plato con bizcochos secos. El señor Barnes se rascó el mentón, sirvió un vaso de cerveza, lo escudriñó con sombría curiosidad, como si nunca hubiera visto cosa parecida, y tomó un sorbo delicadamente.

—Mmm... Ha salido buena esta cerveza —dijo soñadoramente; luego, de pronto, volcó todo el resto en su garganta.

—Cómo puede beber eso a las cuatro de la tarde, no alcanzo a comprenderlo —dijo Sorn.

—Nunca pude aficionarme al té. Veneno, eso es. Le vuelve las entrañas de cuero. Un proceso de curtiembre, como quien dice.

—Tonterías —dijo Sorn.

Nigel miró por la ventana de vidrio cilindrado de la garita de señales. Abajo había dos hombres, sentados sobre un barril, charlando. Nigel recordó la garrulería del capataz y el empleado.

—¿Hay algún descanso, o qué? —dijo—. Algunos de sus chicos no parecen reventar trabajando.

El señor Barnes apoyó un dedo sobre un lado de su nariz.

—Como el gato está lejos...

—El viejo Cara-de-Torta no ha aparecido hoy —amplió Sorn—. Los vería saltar a sus puestos si anduviera husmeando por ahí.

Nigel notó que Sorn era una persona completamente distinta dentro de la cervecería. La noche anterior había estado espinoso, discutidor, muy de acuerdo a su dignidad poética, afectado; aquí parecía más cómodo, más seguro de sí mismo, más tratable, pero posiblemente menos interesante. Evidentemente guardaba al poeta surrealista y al aprendiz cervecero en dos compartimientos separados, y el segundo estaba mucho más interesado en su trabajo de lo que le habría agradado admitir al primero.

—Esperaba que Bunnett me aguardaría para estimularme en este caso de Trufas —dijo Nigel.

—Oh, probablemente aparecerá pronto —dijo Sorn con indiferencia.

—No ha estado aquí en todo el día, ¿verdad? —dijo el señor Barnes.

—No. ¿Qué hay con eso? ¿Le *gusta* tenerlo rondando por ahí? Cuente sus bendiciones, señor cervecero principal.

La voz de Gabriel sonó innecesariamente irritada.

—Está bien —dijo el señor Barnes, incómodo, indeciso, sin duda, entre la lealtad a su patrón y su propia sensación de alivio.

—Rondar por ahí es una de las características más repulsivas del viejo Cara-de-Torta —continuó Sorn—. Siempre tiene que estar plantado al lado de sus obreros. Sería capaz de usar zapatillas de fieltro, sólo que hay una baraúnda tan grande que no las necesita.

—¡Tranquilidad, señor Sorn! No debería decir eso —reconvino el cervecero principal alzando sus cejas negras hasta la mitad de la frente, lo cual le daba un fugaz parecido con George Robey. El labio inferior de Sorn sobresalía belicosamente. Otra vez preocupó a Nigel su parecido con... ¿con quién podía ser?

—¡Ah, sí!, ¿qué me dice de Ed. Parsons? —exigió ásperamente Sorn.

—Oh, bueno —dijo el señor Barnes—, se sentía bastante mal ese día. Eso es lo que pasaba; estaba enfermo.

—¡Patrañas! —Sorn se volvió hacia Nigel—. Ed. Parsons es la persona encargada de la carga de los camiones. Bueno, un día estaba allá afuera y Bunnett vino y se detuvo detrás de él. Ed. sabía que estaba allí, pero no iba a darse vuelta. Bunnett no hizo más que quedarse, contemplando a Ed. con esos ojitos redondos de reptil que tiene, sin decir nada. Después de un rato Ed. no lo pudo soportar más, se indispuso ahí mismo, vomitó; así es el señor Eustace Bunnett, para que usted sepa. —La voz de Sorn se había convertido casi en un chillido.

—No tiene sentido hurgar la historia antigua, señor Sorn —dijo el cervecero principal—. No moleste a los perros dormidos, es lo que yo digo. De cualquier modo, tal vez no tengamos al patrón por aquí mucho tiempo más.

—¿Qué es eso? ¿Qué diablos quiere decir? —exclamó Sorn con vivacidad.

—Han llegado rumores a mis oídos —replicó el señor Barnes obscuramente—. No especificaré a mi informante, pero han llegado a mis oídos rumores de que puede haber una fusión. Una gran firma de Midland, cuyo nombre no mencionaré, desea comprarle esto al señor Bunnett.

—¿No diga? —La voz de Gabriel Sorn era apática, pero Nigel notó que una especie de punzada cruzaba su rostro; el joven tragó fuerte antes de decir:

—Bueno, Strangeways, si está dispuesto echaremos un vistazo por ahí.

Se proporcionó a Nigel uno de aquellos largos blusones blancos, pues una gira por la cervecería era propensa a dejar su marca sobre las ropas.

Dejaron al señor Barnes sirviéndose meditativamente otro vaso de cerveza, y descendieron de su nido de águilas. Otro pasadizo, otra escalera que trepar, y se encontraron sobre una plataforma, junto a dos recipientes. Uno recordaba una tina, enorme, el otro era una esfera de cobre que a nada se parecía tanto como a la canastilla de un globo estratosférico. Sorn señaló a esta última.

—La caldera de presión —dijo—. Ahí se hierven juntos el extracto de malta y el lúpulo. En este momento estamos recargados de trabajo. Tres cocciones separadas por día —el proceso lleva casi dos horas y media—. Esta caldera ha sido colocada hace

poco; el orgullo de la cervecería. Joe tuvo una pelea infernal con Eustace para conseguir que la instalara. —Se volvió hacia la enorme tina—: Ésta es la vieja caldera abierta. Mucho más desperdicio aquí: evaporación. Aquí es donde apareció Trufas.

De modo que Nigel ya se encontraba en la escena del crimen. Apenas alcanzaba a mirar dentro de la caldera abierta poniéndose de puntillas. Por cierto que no parecía que un perro viejo, de hábitos sedentarios, pudiera haber saltado adentro.

—Pronto trasegarán. A las cinco limpian la caldera de presión.

Nigel se preguntó cómo podría meterse alguien en ese orbe de cobre; luego advirtió, a un costado, una especie de escotilla.

Gabriel Sorn lo condujo directamente a través de las distintas secciones, diciendo tecnicismos que Nigel no se esforzó por entender. Como su mente no tenía tendencia mecánica, le impresionaban menos las maravillas científicas que los detalles curiosos, fuera de lugar, tales como los grandes y coposos cuajarones de espuma desparramados por el suelo, los acres olores que encontraba —vapor, lúpulo, fermento, malta, y el cielo sabía qué más—, la imponente atmósfera de las bóvedas enjalbegadas debajo de la cervecería, con centenares de barriles que yacían uno junto al otro sobre el piso arenoso, uno o dos, de vez en cuando, siseando quedamente entre sí. Aquí, en un recinto, había una mohosa puerta de hierro.

—Allá está el pozo, por esa puerta. Fue cavado poco después de construirse la cervecería. El agua del pueblo no hacía buena cerveza. La calidad química del agua es todo.

Sorn dejó caer una piedra en el pozo. Uno... dos... tres... ¡plop! contó Nigel. Buen lugar para deshacerse de una persona, pensó. Lo mismo, sin embargo, se le ocurrió varias veces durante su recorrido. En efecto, toda la cervecería parecía una serie de tentaciones para una persona con inclinaciones criminales. Estaban, por ejemplo, las tinas para la cerveza rechazada, abandonadas durante meses enteros: una hermosa manera de disponer del cadáver. O las cubas de fermentación. Sorn se encaramó por encima del pasamanos de una escalerilla, hasta una enorme plataforma circular de madera, e hizo señas a Nigel para que lo siguiera.

—Lo que hay debajo de sus pies es una de las cubas de fermentación. Si descorre la tapa y espía, morirá en treinta segundos. Está llena de CO<sub>2</sub>.

Nigel le dio a entender que creía en su palabra.

Caños, caños, caños. Toda la cervecería parecía tan llena de complicados tubos intestinales como el cuerpo humano; se retorcían sinuosamente en las esquinas, desaparecían en el cielorraso, le echaban a uno zancadillas, y todos, sin duda, gorgoteaban encantadora cerveza.

—Razonable —pensó Nigel.

El calor, en algunas de las secciones, era espantoso. Después de visitar la sala de calderas Nigel comenzó a desear tener gorgoteando dentro de él un poco de aquella encantadora cerveza. Enjugó el sudor de su frente.

—¿Quiere refrescarse? —dijo Sorn—. Sígame.

Subieron y bajaron varias de las múltiples escaleras, y atravesaron una habitación llena de enormes costales de cinco arrobas, hasta llegar a una puerta de aspecto muy sólido. Antes de abrirla Sorn apretó un conmutador que había junto a ella.

—El timbre de alarma —explicó—. Un hombre se encerró aquí una tarde, por equivocación. Apenas se las arregló para mantenerse vivo corriendo de un lado a otro. Después de eso Bunnett *tuvo* que hacer instalar el sistema de seguridad.

Nigel pronto entendió por qué, cuando giró la sólida puerta. Estaban en la cámara frigorífica. El frío no golpeaba en el rostro al entrar, porque no había corriente de aire; pero después de unos momentos uno comenzaba a sentirlo calar insidiosamente hasta los huesos. Brillantes de escarcha, los tanques de refrigeración se destacaban, blancos y monstruosos. Sorn había cerrado la puerta tras sí, y aquel silencio, después del confuso rugido de las maquinarias que aún aturdió a Nigel, parecía el silencio congelado del casquete polar. Nigel se encontró hablando en susurros. Sorn explicaba el método para regular la temperatura, y Nigel —que sentía que realmente no podía aguantar más datos científicos— restregaba al descuido un dedo a lo largo de una ranura cubierta de escarcha que había en el depósito más próximo a la puerta, cuando tropezó con un objeto pequeño, sólido, en la base de este surco. Había allí un pequeño depósito de escarcha (anotó el ojo de Nigel), y el objeto yacía encima de él; su superficie se hallaba ligeramente escarchada, pero no estaba sumergido. Lo recogió casi inconscientemente, y en seguida lo dejó caer en su bolsillo, donde estaba destinado a quedar olvidado durante varios días, y de este modo, a aumentar sustancialmente las dificultades del grotesco problema que en ese preciso momento aguardaba a Nigel fuera de la cámara frigorífica.

Mientras había estado conduciendo a Nigel por la fábrica, los gestos de Sorn habían sido eficientes e impersonales; evidentemente estaba acostumbrado a desempeñar funciones de guía —las frases descriptivas brotaban de sus labios con fluidez, casi distraídamente, como el palo de *baseball* de Wally Hammond cuando ha pasado las cincuenta—. Pero Nigel tenía la impresión de que, tras este flujo de detalles mecánicos, la mente de Sorn se ocupaba de un asunto completamente distinto. Una o dos veces le pareció sorprender en los ojos del joven una mirada de... ¿miedo?, ¿angustia?, ¿o alguna batalla emocional más completa? De pronto, Nigel se preguntó si no sería Sorn el que había matado al perro de Bunnett. Dijo:

—Bueno, supongo que debería estar haciendo algo para ganar mis honorarios.

—¿Qué? Ah, Trufas. Sí —dijo Sorn abstraído.

—Por otro lado, no puedo hacer gran cosa hasta que el señor Bunnett me proporcione más detalles.

—No. Puedo mostrarle... eh... la escena de la desaparición, si gusta —dijo Sorn, abriendo la sólida puerta y haciéndose a un lado para dejar pasar a Nigel—. Iremos hasta la habitación de Eustace. Quizás ya haya aparecido.

Pero según sucedieron las cosas no alcanzaron a subir a la habitación de Eustace.

Cuando Sorn cerraba la puerta tras sí, oyeron un grito apagado que provenía de algún lugar, a la derecha, e hizo que Nigel advirtiera que el rugido de la maquinaria había disminuido hasta convertirse en un suave zumbido. Miró automáticamente su reloj: las cinco y tres; el trabajo del día ya debía estar casi terminado. Un hombre, con los ojos desorbitados, se precipitó hacia Sorn, dijo algo, jadeante (Nigel sólo pudo oír las tres últimas palabras: «caldera de presión»), y se alejó a escape, mientras Sorn iba pisándole los talones. Nigel los siguió. Pocos segundos más tarde trepaba de nuevo a la plataforma donde se levantaban las calderas. El señor Barnes ya estaba allí, dirigiendo blasfemias a un corrillo de hombres, abajo, que habían tratado de subir a la plataforma. Junto a él había otro hombre, cuyas sucias ropas acentuaban la palidez de su rostro. La escotilla de la caldera de presión estaba abierta. El señor Barnes sacudía un dedo señalándola. Sorn trepó y miró hacia adentro. Nigel pudo verlo enderezarse, retroceder, y tambalearse como si estuviera a punto de perder el sentido. Lo ayudaron a bajar, y Nigel ocupó su lugar.

El interior de la caldera estaba obscuro, pero no tanto que Nigel no pudiera ver aquella cosa lívida, que le sonreía estúpidamente. Era un esqueleto casi desarticulado; pero no esta vez el esqueleto de un perro. Lo que de él quedaba tenía los restos empapados y desgarrados de una chaqueta y una camisa.

Nigel alejó sus ojos penosamente del desagradable espectáculo y dio un salto hacia atrás. El señor Barnes y el limpiador lo contemplaban con la mirada impotente, bastante patética, de gente enfrentada por algo excepcional ajeno a su experiencia normal.

—¿Han telefoneado a la policía y al médico? —preguntó Nigel, advirtiendo, apenas lo hubo dicho, que nadie podía necesitar menos un, doctor que ese montón de huesos encerrado en la caldera.

—Sí, señor —dijo el cervecero principal—, le acabo de decir a Percy que...

—Escuchen; tenemos que sacarlo de ahí, no podemos... —la voz de Sorn se aproximaba a la histeria. Nigel lo cogió por los hombros y lo sacudió violentamente.

—Cálmese —ordenó.

Sorn pasó una mano fatigada sobre su frente; después clavó en Nigel una mirada extraña; su cuerpo se puso otra vez rígido. Susurró, con la seriedad exageradamente deliberada, artificial, de un borracho:

—¿Sabe quién es ése que está ahí adentro?

—No —elijo Nigel—, pero quizás podamos descubrirlo.

Se detuvo un momento, indeciso. Luego, murmurando para sí mismo, «no hay razón para esperar a la policía», ordenó al limpiador que consiguiera una linterna eléctrica y registrara el interior de la caldera para ver si había algo desparramado por allí.

—No mueva al... eh... cadáver, pero si hay algo en los bolsillos puede sacarlo. Y póngase estos guantes antes de entrar; no queremos que se multipliquen las impresiones digitales sobre el exterior de la caldera.

—Impresiones digitales —dijo el señor Barnes dudosamente, rascándose la barbilla—. ¿Quiere decir que puede haber crimen aquí?

—Nadie atravesó esa escotilla por accidente, y no supondrá usted que alguien se suicidaría de manera tan fantástica, ¿verdad? —replicó Nigel con alguna irritación.

—Tiene razón —dijo el señor Barnes.

—¿Le parece que mande a un hombre a que mire el filtro del lúpulo?

—¿El filtro del lúpulo? —preguntó Nigel, desconcertado.

—Eso es. Donde desagua la cerveza nueva. Cualquier cosa pequeña que hubiera ahí se deslizaría por el caño de desagüe al extraerse la cerveza nueva, ¿entiende?

—Sí. No; pensándolo dos veces, mejor que no lo haga. —Nigel comprendía que si se encontraba alguna clave era mejor que la encontraran cuando él estuviera presente.

De la caldera provenía un sonido hueco, resonante, mientras el limpiador se movía de un lado a otro, dentro de ella. Los espectadores oyeron una exclamación ahogada. El letárgico señor Barnes saltó hacia la escotilla con inesperada presteza. El limpiador le alcanzó algo.

—Fíjese, señor Barnes, es el reloj del patrón; estaba sujeto a su chaleco. —Fue un susurro apremiante, pero de algún modo sus palabras alcanzaron a los hombres de abajo, y se perdieron entre roncosp murmullos.

—El patrón.

—¡El patrón!

—El patrón está ahí adentro.

—Han encontrado su reloj.

—¡Alguien tiró al patrón dentro de la caldera de presión!

—¿Quién dices tú que lo tiró?

Nigel estudió las caras de sus compañeros. El cervecero principal parecía estupefacto; su cerebro trataba de entender todo aquello. Gabriel Sorn parecía estar resolviendo un cálculo del que dependiera su vida.

El encargado de la limpieza salió gateando por la escotilla, parpadeó un poco, después sacó de los profundos bolsillos de su *overol* una estilográfica, un par de quevedos con casi todo el vidrio ausente, monedas sueltas, y una linterna eléctrica. Nigel hizo que lo pusiera todo en fila sobre el piso.

El señor Barnes extendió su mano hacia el *pince-mes*; luego la retiró lentamente, como si el *pince-mes* fuera un perro acometedor.

—Ésos son los anteojos del señor Bunnett, lo juraría —dijo—. Y ésa es su estilográfica, también una Waterman. Eso lo prueba.

—Temo que no quede probado de manera tan simple —dijo Nigel—. Advirtió que sus compañeros estaban muy conmovidos. Particularmente para un tipo nervioso, como Sorn, la expresión podía resultar peligrosa. Nigel comenzó a hablar con voz desapasionada de conferenciante:

—Para establecer la identidad, es necesario...



Pero su inquieto auditorio no tuvo que escuchar mucho tiempo. Se oyeron pasos. Un inspector de policía corpulento, pálido, avanzaba hacia ellos a lentos trancos; con él venía un sargento, y pegado a ellos, para sorpresa de Nigel, el Dr. Cammison. El inspector trepó dificultosamente la escalerilla, clavando en el grupo sus ojos suspicaces, irritables. Instantáneamente Nigel supo qué iba a decir el inspector: «Bueno, bueno, ¿a qué viene todo esto?». Y a buen seguro que lo dijo. Nadie parecía preparado para contestar esta pregunta medianamente sencilla, de modo que Nigel lo hizo.

—Hay un cadáver en la caldera.

El inspector contempló a Nigel con lástima; después, desconcertado por su expresión seria, dijo:

—¿Un cadáver, eh? Bueno, ya veremos eso. —Extrajo una libreta y preguntó con tono más fuerte, fanfarrón:

—¿Quién lo encontró?

El limpiador tragó saliva y dijo:

—Yo, señor.

—¿Nombre?

Anotó su nombre y sus señas, luego las de Sorn y el cervecero principal. El inspector se volvió hacia Nigel con una mirada de sospecha taimada:

—¿Y su nombre, señor?

—Nigel Strangeways.

—¿Empleado de aquí?

—No, yo...

—Ah, me parecía que no. Y... ¿me permite que le pregunte cuál es su ocupación aquí?

Irritado por la voz grandilocuente y agresiva del hombre, Nigel replicó solemnemente:

—Bueno, vine a ver a un hombre, por un perro.

La mandíbula del inspector se contrajo y un rubor airado apareció en su cara; Nigel no pudo resistir y añadió:

—Pero parece que, como dijo el poeta, el hombre fue el que murió.

---

---

## CAPÍTULO III

«¿Cuándo nos libraremos de este lodazal del sentido? ¿Cuándo será depositado al fin este polvo de pensamientos? ¿Cuándo será asesinado el hombre de carne y alma, y quedará tan sólo el hombre de hueso?».

A. E. Housman

—¿Que vino a ver a un hombre por un perro? —dijo el inspector cuando hubo recobrado el habla—. ¿Espera usted que lo tome en serio, o se está divirtiendo a mis costillas?

La pedantería de la frase hizo que el inspector pareciera realmente peligroso durante un momento. Nigel se sentía fastidiado consigo mismo por haber cedido a la tentación de tomarle el pelo.

—No, en serio. Tal vez no debería haberlo expresado de ese modo. —Y en pocas palabras Nigel procedió a explicar la comisión que le había encargado el señor Bunnett.

—El señor Strangeways es un agente privado de investigaciones. Ha ayudado a la policía en varias ocasiones. Su tío es subcomisario —explicó el doctor Cammison, que había estado observando aquella conversación con una levísima contracción ocasional de un músculo de su rostro impasible.

—Muy bien —dijo el inspector con frialdad—. Es mejor que nos pongamos a trabajar. Mi nombre es Tyler, entre paréntesis, y éste es el sargento Tollworthy. ¿Quién es el finado?

—El cadáver no está en condiciones de ser identificado, al menos que yo sepa —dijo Nigel—. Pero en la caldera se han encontrado ciertos artículos que el señor Barnes ha reconocido como pertenecientes al señor Eustace Bunnett. Ahí están.

Cuando se mencionó el nombre de Bunnett, se oyó al sargento Tollworthy dar expresión a su deseo de que lo tragara la tierra, y hasta el inspector pareció un poco agitado. Sin embargo, pronto se recuperó:

—No debieron haber tocado estas cosas —dijo mirando severamente a Nigel—. ¿Quién las recogió?

—El limpiador —repuso Nigel con presteza—. Asumo toda la responsabilidad.

El inspector se volvió bruscamente hacia el encargado de la limpieza, y se dirigió a él con la voz enérgica, intimidadora, que aparentemente reservaba para los miembros de la clase obrera.

—¿Usted, eh? Describa cómo estaban.

El hombre se mordió los labios nerviosamente, y dijo:

—Bueno, señor, estaban así. La cadena del reloj, sujeta a un ojal de su chaleco; el reloj colgaba de su extremo. El dinero en el bolsillo del pantalón, y la linterna eléctrica en la chaqueta. La estilográfica prendida al bolsillo de dentro. Los anteojos habían quedado sujetos por esa cosa que va alrededor de la oreja..., sujetos al costado de su cabeza, ¿entiende?

—¿Y es esto todo lo que encontró?

—Sí, señor.

—¿Seguro?

—Sí, señor.

—Regístrelo, sargento.

El inspector Tyler no corría riesgos inútiles. El encargado de la limpieza tuvo que someter sus bolsillos y su persona a un minucioso examen.

—Vamos —dijo el inspector, cuando hubo terminado—, deme esa linterna. Echaré un vistazo dentro.

El grupito de hombres, en la plataforma, permaneció silencioso y quieto mientras penetraba torpemente por la escotilla. En cierto modo los impresionó el que se metiera tranquilamente sin siquiera echar un vistazo preliminar al espantoso objeto que había esparrancado allí adentro. Oyeron que arrastraba sus pies. Luego, silencio. Pareció quedarse adentro un tiempo interminable. Sorn retorció nerviosamente sus dedos. Al cabo, el rostro del inspector reapareció por la escotilla; estaba aún más pálido que de costumbre, y se veían gotas de sudor bajo la visera de su gorra. Salió de la caldera con movimientos lentos, deliberados: luego se detuvo un instante, sacudiéndose el uniforme. Por fin se volvió hacia el cervecero principal:

—Hum. Ese orificio de escape, caño de desagüe, o como se llame... ¿adónde va?

—Al filtro del lúpulo —dijo el señor Barnes—. Si lo que quiere son claves...

—Tollworthy, que alguien le muestre ese filtro; revíselo cuidadosamente. Ahora veamos, ¿quién es el jefe aquí?

—Supongo que, en cierto modo, soy yo —dijo el señor Barnes—, dado que han acabado con el patrón y que el señor Joe está afuera, de vacaciones.

—Muy bien; necesitaré una habitación privada para examinar en seguida a los testigos. ¿Quiere encargarse de eso? Me parece que la del señor Bunnett vendría bien.

—Ah, el patrón jamás lo permitiría —exclamó el señor Barnes con tono ofendido. La influencia de Eustace Bunnett se resistía a morir. El inspector desatendió su protesta.

—Si quiere efectuar un examen preliminar, doctor, es mejor que lo haga ahora. No me parece que resulte muy útil, sin embargo. No ha quedado mucho que examinar —agregó ásperamente—. No lo mueva, por favor, señor. Nuestro fotógrafo estará aquí dentro de un minuto.

El doctor Cammison vaciló un instante, como si fuera a decir algo; luego desapareció dentro de la caldera.

—Ahora veamos —dijo el inspector Tyler— ¿cuándo fue visto por última vez el

señor Bunnett?

—No ha estado por aquí hoy —repuso el cervecero principal.

—¿Está seguro de eso?

—Positivamente seguro. El empleado de la oficina de informes le dirá que no ha estado. En seguida lo habríamos sabido si hubiera andado por ahí. No se preocupe usted.

—El señor Bunnett nunca fue lo que uno llamaría una Presencia Invisible —añadió Gabriel Sorn.

Durante un momento, el inspector clavó en él una mirada penetrante y desconfiada. Sorn la soportó muy bien.

—¿A qué hora llegan los empleados por la mañana?

—A las cinco... los primeros.

—Necesitaré ver a esos hombres. ¿Están en la fábrica?

—No. Ya deben de haberse ido.

—Bueno, mándelos a buscar, por favor.

El cervecero principal descendió la escalerilla, y se le oyó decir a uno de los hombres de abajo que el Señor, Dios Todopoderoso, quería ver a tal y cual, y cual y tal, y tal y cual, en la cervecería, ¡vivo! Para ocultar esta revelación, que no parecía del todo halagadora para el inspector, Nigel dijo:

—El señor Bunnett estuvo anoche en una reunión, en casa de los Cammison. Partió con su esposa entre las once y las once y cuarto. Eso determina uno de los extremos. Me dijo entonces que no iba a estar en la cervecería por la mañana, pero que me esperaría aquí a la hora del té.

Los ojitos celestes del inspector contemplaron a Nigel con mirada inquisidora.

—¿No se sorprendió cuando el señor Bunnett faltó a la cita?

—Moderadamente, nada más. Pensé que aparecería en cualquier momento. El señor Sorn tuvo la bondad de servirme de guía.

—¿Y el señor Bunnett no dejó ningún mensaje para usted?

—Que yo sepa, no.

—Hum. Muy extraño. —El inspector parecía irradiar una atmósfera de desconfianza que impregnaba, como una niebla húmeda, todo cuanto decía y los huesos de quienes lo escuchaban. Nigel lo clasificó como hombre ambicioso, cuyas ambiciones no habían sido logradas con suficiente rapidez, y se ponían agrias dentro de él.

—La primera tarea —decía el inspector— es establecer la identidad y fijar la hora de la muerte con tanta aproximación como podamos.

—Y eso no va a ser fácil —dijo Herbert Cammison con sequedad, emergiendo de la caldera—. La carne ha sido consumida, de modo que no contaremos con ayudas del tipo de las marcas de nacimiento. La mandíbula inferior y una cantidad de huesos pequeños se han soltado; los encontraremos todos, sin duda, pero llevará algún tiempo articular el esqueleto; afortunadamente, las ropas lo han mantenido bastante

armado. Si hay alguna deformidad congénita de los huesos, o alguna fractura corregida, digamos, la encontraré cuando haga un examen completo, y eso podrá darle un índice. Todo lo que puedo decirle por ahora es que los restos parecen coincidir, en altura y físico, con los de Bunnett; las ropas son suyas, y el cabello, por el color, parece que también. Como observó usted, el cadáver quedó prendido en el serpentín que hay dentro de la caldera. El calor de ese caño solo habría bastado para quemar toda la carne que lo tocaba. Incidentalmente, fue el hecho de que el cuerpo estuviera prendido en ese serpentín lo que impidió que se hundiera en el fondo de la caldera, cuando se desagotó su contenido, obstruyendo de ese modo la boca del caño de desagüe. A propósito, ¿dónde están los dientes?

—¿Los dientes? Ah, yo he notado eso —dijo el inspector, con lentitud.

—Por lo que sé, Bunnett tenía una dentadura postiza, completa. La mandíbula superior y la inferior, separadas de la calavera, están ambas sin dientes. ¿Puede usted buscar esos dientes? Serían los mejores medios de identificación.

—Yo me encargaré de eso, señor —dijo el inspector un poco quisquillosamente—. Ahora bien, ¿qué me dice de la hora de la muerte?

—Ahí no puedo ayudarlo. Y tampoco podrá la autopsia. Sucede, sencillamente, que no hay órganos que examinar. Todo cuanto puedo decir es que debe de haber estado en esta caldera seis horas, por lo menos, para quedar reducido a este estado.

El inspector se volvió hacia el señor Barnes.

—¿Abren esa escotilla antes de dejar entrar el material —el lúpulo y lo demás— por la mañana?

—No.

—¿Y a qué hora comienza el proceso de cocción?

—A las ocho de la mañana.

—Lo que quiere decir que —hasta donde podemos decir algo por ahora— el cuerpo del señor Bunnett fue colocado ahí en algún momento entre las once y cuarto de la noche y las ocho de la mañana.

Consciente de tener un auditorio atento, el humor del inspector mejoraba a medida que hablaba.

—Señor Barnes, necesitaré el nombre y las señas del sereno nocturno... Gracias. Ahora, Dr. Cammison, por el momento no tiene nada más que hacer por aquí. Me gustaría saber si le molestaría telefonar a la viu... a la señora de Bunnett. Usted es el médico de la familia, de modo que resultará más natural que lo haga. No alarme a la buena señora. Simplemente pregúntele cuándo salió de su casa su marido, esta mañana. Puede buscar alguna excusa para esta averiguación: que el señor Strangeways se extrañó de que no hubiera acudido a la cita..., algo así.

—Muy bien —dijo Cammison.

—Un momentito, doctor —dijo Tyler—. Antes que se vaya. ¿Le parece que hay alguna posibilidad de que sea un caso de suicidio o accidente? Casi no parece que valga la pena preguntar, pero...

—El accidente, descartado —replicó Cammison lacónicamente—. ¿Suicidio? Significaría que el desdichado se metió ahí adentro, echó el cerrojo a la escotilla (cosa que no puede hacerse desde adentro; y si la hubiera dejado abierta alguien lo habría notado esta mañana antes de verter el material) y luego se puso a esperar que lo hirvieran vivo. Lo mismo vale para la probabilidad de que haya saltado adentro hoy, en algún momento, después de iniciado el proceso de cocción: la escotilla habría sido encontrada abierta, y habrían informado sobre ello.

—¿Nadie informó en ese sentido, señor Barnes? —preguntó el inspector.

—No haré averiguaciones mañana, si quiere, y lo sabré con seguridad.

—Si me hace el favor...

—No, créame, el suicidio es posible teóricamente; pero humanamente, imposible —dijo Cammison.

—Así me parecía —dijo Tyler—. Y lo mismo ocurre con el cadáver, ¿eh? Quiero decir, teóricamente podría ser otro, pero prácticamente es con bastante certeza el señor Bunnett.

—Yo no iría tan lejos —replicó Cammison, volviendo a su cautela profesional—. Hay una cosa más, de paso. El asesino no pudo haber hecho pasar a la víctima por esa escotilla sin hacerle perder el sentido antes. Si fue con una droga, con veneno o con anestesia, ya no podré decirlo. Si fue algo que pudiera afectar la estructura ósea —un golpe en la cabeza, por ejemplo— mi examen podría darle alguna pista.

Herbert Cammison fue a hablar por teléfono.

Poco después llegaron el fotógrafo y el encargado de las impresiones digitales, y se pusieron a trabajar. Nigel los contempló abstraídamente, tratando de recordar algo que le rondaba por la cabeza. La caldera. Cocción. ¡Ah, sí!

—Sorn, ¿no dijo usted hoy que se hacían tres cocciones separadas en esta caldera?

—Sí.

—¿De dos horas y media cada una?

—Sí, sobre poco más o menos.

—Fíjese, inspector. Cammison dijo que el cadáver no pudo haber quedado en este estado a menos que hubiera sufrido el proceso de cocción durante seis horas, como mínimo. Eso implica que debe de haber estado ahí durante las tres cocciones. Por lo tanto debe de haber sido metido ahí antes del primer..., antes de las ocho de la mañana..., sea Bunnett, o quien sea.

—Sí, señor. Eso parece bastante acertado. No sabía que se hacían tres cocciones separadas. Creía que la caldera trabajaba continuamente todo el día.

Nigel tuvo la sensación de que este detalle implicaba otras cosas, pero su cerebro estaba demasiado cansado para desenredarlas. En ese momento apareció el sargento Tollworthy, colorado, sucio y triunfante. Su noble cabeza de labriego se afirmaba sólidamente sobre su cuello de color de ladrillo. Llevaba algo, con mucho cuidado, envuelto en un pañuelo. Lo desdobló para revelar los objetos más espantosos

(exceptuando el cadáver mismo) que habían aparecido hasta entonces; dos chapas dobladas, rotas y deformadas, con unos pocos dientes postizos aún en su sitio. En el pañuelo había también una cantidad de dientes sueltos, un anillo de sello, y algunos huesecillos.

—¿Reconoce este anillo? —Tyler torció la cabeza bruscamente en dirección al señor Barnes.

—Eso es del patrón, sin duda. Su sello, ¿ve?

—Debe de haberse soltado de la falange cuando se disolvió la carne. Sargento, que los hombres de la ambulancia saquen ya el cadáver. Regresaré al destacamento dentro de media hora... Ah, ¿ya está usted aquí, doctor? ¿Qué dice ella?

Nigel tuvo conciencia de una tensión en la atmósfera. Las negras cejas del señor Barnes se juntaron. Gabriel Sorn contemplaba fijamente el dorso de su mano derecha; hasta el inspector parecía haber mudado parte de su piel oficial, y tenía un aspecto excitadamente curioso. El rostro de Herbert Cammison estaba tan impasible como siempre, sin embargo; con el mismo tono con que podría haber observado, «fíjese que el paciente esté bien abrigado; tiene un poquito de fiebre... nada alarmante», dijo:

—La señora de Bunnett me dice que hoy no ha visto a su marido. No apareció a la hora del desayuno.

—¿No apareció a la hora del desayuno? —exclamó el inspector—. ¿Quiere decir usted que el difunto estuvo ausente de su hogar todo el día, y su mujer no ha tomado ninguna medida al respecto? —Contempló al Dr. Cammison con ferocidad, como si fuera responsable de la conducta antinatural de la señora de Bunnett.

—Así parecería —replicó Herbert, imperturbable—. Pero mejor pregúntele a ella misma. Si quiere podemos ir hasta allá ahora. Le daré la noticia del hallazgo y después, si se encuentra en condiciones de ser examinada, puede interrogarla.

El inspector dio unas cuantas instrucciones más; después se dispuso a partir.

—Debo pedirle que se quede aquí, señor Barnes —dijo—. Cuando haya entrevistado a la señora de Bunnett regresaré a registrar la oficina privada de su marido, y a interrogar a esos hombres. Haga el favor de estar preparado.

El señor Barnes tenía un aspecto más abatido que nunca.

—Perfectamente. Tendré que ponerme en contacto con las autoridades de los impuestos. Todo un día de elaboración de cerveza perdido es suficiente para partirle el corazón a uno.

Ésta era, tal vez, pensó Nigel, mientras se alejaba el cervecero principal, considerando el carácter de Eustace Bunnett, la opinión más sensata sobre los acontecimientos del día. Nigel mismo se sentía desgarrado entre el disgusto y la curiosidad. Eustace Bunnett estaba mejor muerto, no podía haber duda sobre ello, y Nigel no sentía deseo de perseguir a la persona que lo había eliminado. Y sin embargo, en cierto modo, se sentía comprometido. No se trataba sólo del asunto de Trufas. No podía olvidar las extrañas reticencias de Sophie Cammison, y ese momento aún más extraño en que había colocado su mano sobre su brazo y le había

pedido que «no dijera más insolencias al señor Bunnett»; había sido como si el mismo espíritu del Miedo hubiera puesto un dedo sobre él. ¿Qué era este miedo que le había comunicado Sophie? Pero no, pensó, echando impacientemente hacia atrás el mechón de cabello rojizo que caía sobre su frente; todo es luz de luna, desvaría. No me entrometeré en esto.

—Bueno, me voy —dijo.

—¿No quiere venir con nosotros? —preguntó Cammison inesperadamente. El inspector frunció el ceño.

—Muy irregular, señor; no sé si podría...

—Pero fíjese —interrumpió Cammison—. Strangeways ya está en este asunto. El caso de Trufas puede estar relacionado con la muerte de Bunnett o de quien sea.

—Oh, vamos, señor. Eso es extremar las cosas un poco. No hay por qué confundir aún más este asunto —replicó el inspector con irritante superioridad.

Cammison dijo, pacientemente:

—*Puede* ser una coincidencia, claro. Pero resulta por lo menos extraño que, en quince días, primero un perro y luego su amo sean muertos de la misma manera. ¿No es posible que la muerte de Trufas fuera un ensayo general para la de Bunnett?

Hasta el inspector hubo de sentirse impresionado por esta desalentadora sugestión, tanto más desalentadora por haber sido formulada en el tono calmado, formal, de Cammison.

—Bueno, señor, puede haber algo de eso —dijo—. Pero me gusta hacer las cosas con orden y...

—¡Pero hombre, caramba, éste es un crimen, no una interrupción del tránsito! Si quiere regularizar la situación telefonee esta noche a *Sir John Strangeways*, en Scotland Yard, y le dará garantías sobre Nigel.

De modo que al final de cuentas Nigel se encontró saliendo de la cervecería con los otros dos. Notó que era el único cuya opinión no había sido consultada; tanto Tyler como Cammison aparentemente daban por sentado que era un sabueso ansioso —si bien aficionado— que pugnaba por soltarse de la trailla. ¡Oh!, bueno; lo mismo daba. La casa de los Bunnett estaba apenas a un minuto de camino de la cervecería —una construcción de ladrillo rojo, en las afueras del pueblo, que resaltaba crudamente contra la dignidad sazónada, añosa, de Maiden Astbury; una vivienda adecuada para su difunto dueño, pensó Nigel.

El Dr. Cammison los dejó en la salita mientras iba a hablar con la señora de Bunnett. El inspector se sentó, sólido y erguido, las manos sobre las rodillas, la vista clavada frente a él. Nigel rondó inquieto por la habitación, manoseando los muebles distraídamente. Sobre la chimenea había un retrato que le llamó la atención; la cabeza y los hombros de un hombre de edad mediana; rostro redondeado, cabello con mucha brillantina, peinado con raya al medio, bigote militar que sólo ocultaba a medias la debilidad de la boca pequeña, demasiado afable. Los ojos tenían una expresión entre cordial y tímida. Nigel tuvo la sensación de que pertenecía a la clase de hombre que



gustaría conservar en la vida civil un título militar temporario, sí, le encantaría ser llamado «capitán tal y tal»; probablemente se dirigía a uno diciéndole: «Bueno, muchacho, ¿cómo anda eso?», pediría bebidas para todos, y contaría alguna historia sucia no muy sutil. Sin advertirlo, temería a la impopularidad más que a otra cosa, pero sería popular —particularmente con los «inferiores sociales»—. En cuanto a la profesión, tanto podía ser un criador de aves sin suerte, como un viajante de comercio. Sin duda resultaría excepcionalmente hábil, pensó Nigel, para ofrecer excusas.

—¿Sabe quién es ése? —preguntó al inspector.

—El señor Joe Bunnett, hermano del señor Bunnett.

—¡Buen Dios! No se parece nada a Eustace. Por lo menos, toda la expresión es diferente. Aunque *hay* un parecido en los rasgos, si uno se fija.

Lo que resultaba más extraño a Nigel, sin embargo, era que Sophie hubiera dicho que querían mucho a Joe; no parecía de ningún modo su tipo. Aun reflexionaba sobre esto cuando el Dr. Cammison apareció en la puerta.

—La señora de Bunnett está ya dispuesta a hablar con usted. Le he dicho que tememos mucho que su marido haya encontrado la muerte. Sería conveniente suprimir los detalles desagradables.

—¿Cómo lo ha recibido? —preguntó el inspector.

—Bueno, naturalmente es un golpe severo para ella —replicó el Dr. Cammison. Nigel infirió algunas reservas detrás de esta afirmación impersonal. Aun el inspector observó a Cammison con curiosidad, como esperando que ampliara lo dicho. El médico, sin embargo, los condujo silenciosamente a la sala de la señora de Bunnett. Mientras el inspector expresaba sus condolencias, Nigel estudió a Emily Bunnett. Sus ojos ofuscados, las mejillas afiebradamente enrojecidas y las manos temblorosas; el revoltijo desaliñado de sus cabellos grises, uno de sus bucles cayendo sobre la oreja; el zafio desorden de su vestido, y el temblor de las comisuras de su boca grande, débil, deprimida, todo ello recordaba a Nigel... ¿qué podía ser? Algo muy distinto a una viuda dolorida. Sí, era igual a una de esas viejas solteronas reprimidas, solitarias, raras, que de pronto, sin razón aparente, después de una vida intachable, ceden un día y se emborrachan y chillan blasfemias en medio de la calle y desconciertan penosamente a los policías que tienen que sacarlas de ahí. Nigel había visto una exactamente igual, años atrás, arrastrada a través de una muchedumbre entusiasta, en Pimlico.

El inspector Tyler, le decía:

—Ahora bien, señora, usted dice que no ha visto a su marido desde que los dos regresaron, alrededor de las once y veinte, anoche. Usted se fue derecha a la cama. Su marido, que ocupa otra habitación, dijo que tenía algún trabajo que hacer. Usted se durmió en seguida y no lo oyó acostarse. ¿Es así como digo?

—Sí, señor.

Ese «señor», y un toque de vulgaridad en el acento de la señora Bunnett —muy

distintos al tono tímido pero señoril de la noche anterior—, asombraron a Nigel. Eustace Bunnett debía de haberse casado «por debajo de él»; su muerte había liberado a Emily de todo su cuidadoso «entrenamiento»: ahora, por fin, podía ser otra vez ella misma; ésta era la verdadera Emily Bunnett.

También el inspector había sido un poquito desconcertado por esa palabra «señor». El efecto que tuvo sobre él, sin embargo, fue hacerle reasumir inconscientemente algo de la voz fuerte y agresiva con que había hablado al hombre de la limpieza, en la cervecería.

—¿Y me dice que, aunque su marido no bajó a desayunarse, y aunque más tarde descubrió que nadie había dormido en su cama, no tomó ninguna medida? ¿Ni siquiera telefoneó a la cervecería para averiguar?

Como si la nota intimidadora de su voz le recordara a Eustace —le recordaba que se suponía que era «una señora»—, Emily Bunnett respondió con su antiguo tono gentil.

—Sí... quiero decir, no. Fíjese usted, a mi marido le disgustaba cualquier clase de intromisión. No le gustaría... no le habría gustado la idea de que yo anduviera alborotando por ahí. Quiero decir que si hubiera descubierto que yo había andado haciendo averiguaciones en la cervecería, se habría enfadado mucho.

—Pero sin duda, si nadie había dormido en su cama, después de todo ¿no le pareció eso... raro, digamos?

Los dedos de la señora Bunnett retorcieron el pañuelo. Las mejillas se encendieron con un rojo más profundo. Al cabo levantó la cabeza y dijo con una vocecita desafiante:

—Bueno, no era raro. No. Había ocurrido varias veces antes.

—¿Qué diablos...?

El Dr. Cammison interrumpió el arranque del inspector, diciendo tranquilamente:

—¿Quiere usted decir que su marido solía... andar con otras mujeres?

—Sí. —La voz de la señora de Bunnett era casi inaudible—. Y si no podía conseguirlas aquí, solía irse y pasar las vacaciones con mujeres en París. Nunca se preocupaba por ocultármelo. Me despreciaba demasiado para tomarse el trabajo... —La voz se quebró; por fin estaba llorando.

No permanecieron mucho más tiempo. Resultaba imperativamente necesario el regreso de Joe Bunnett de sus vacaciones, pero Emily nada sabía de sus movimientos, salvo que había zarpado de Poolhampton y haría un crucero en torno a Land's End y por la costa galense. Tyler tendría que notificar a los varios puertos de escala posibles, y esperar. La sirvienta de los Bunnett declaró que había oído entrar al señor y la señora alrededor de las once y veinte, la noche anterior, y después se había dormido. El inspector preguntó el nombre del dentista de Bunnett, de modo que pudiera ser identificada la dentadura postiza. Después de una o dos preguntas más, partieron. Se fijó la hora de la autopsia, y Tyler se despidió secamente de los dos.

—La señora de Bunnett no parecía demasiado angustiada. Y no me extraña —dijo

Nigel mientras caminaban por la calle estrecha y empinada—. Una liberación de la esclavitud, eso debe significar esto para ella. ¡Israel saliendo de Egipto!

Herbert Cammison se volvió bruscamente hacia él.

—Lo primero que dije, cuando le conté que temíamos que su esposo estuviera muerto, fue «¿Muerto? ¿Eustace muerto? ¿Me dice la verdad? ¿Está realmente muerto, por fin? No puedo creerlo». Era el *shock*, claro; no era responsable por lo que decía —añadió significativamente.

—Claro que no —dijo Nigel, sin expresión.

—Me sorprendió, créame. Parecía como si yo le hubiera llevado un regalo. Ruborizada; el cabello revuelto; patética. Supongo que usted también notó su acento.

—Sí.

—Curioso. Nunca lo habría sospechado. Bueno, eso es todo. Y fíjese, joven Nigel, nada de contar esto a Tyler. Ese hombre es demasiado ambicioso. No le preocupará otra cosa que detener a alguien y tan pronto como sea posible. Metería en la cárcel a la señora Bunnett apoyado en lo que acabo de contarle. Tollworthy es un buen sujeto. He jugado mucho al *cricket* con él. Pero tendremos que vigilar nuestros pasos con Tyler, créame. Hay sólo una palabra para ese hombre...

El Dr. Cammison pronunció la palabra.

—Un eufemismo, ni más ni menos —dijo Nigel.

---

---

## CAPÍTULO IV

Un tal Pinch, un villano hambriento, de rostro magro, una mera anatomía.  
*Shakespeare (Comedia de las Equivocaciones).*

“ε οα ο αα”  
*Esquilo (Fragmentos).*

—¿De veras le gusta tomar el café desde el suelo? —preguntó Sophie Cammison—. Hay una mesita al lado de usted.

Nigel recogió su taza y la apoyó en su regazo. Estaba sentado con la espalda contra uno de los brazos de su mullido sillón, y las piernas por encima del otro. Junto a él, la alfombra estaba cubierta de ceniza de cigarrillos. Sophie le echó una mirada y suspiró, mitad afligida, mitad resignada. Realmente Nigel era una criatura descuidada. ¿Para qué servía dejar ceniceros en todos los puntos estratégicos de la casa, si sencillamente los ignoraba? Era extraño que pudiera preocuparse por un detalle tan ridículo, después de lo que Herbert le había contado mientras se vestía para la cena. Eustace Bunnett estaba muerto, y he aquí que ella se alborotaba por un poco de ceniza de cigarrillo. El polvo al polvo; las cenizas a las cenizas. Todavía le costaba creerlo.

—¿En qué está pensando? —preguntó Nigel.

—Estaba pensando en lo tonta que he sido al preocuparme por la ceniza de su cigarrillo cuando... bueno, cuando acaba de suceder todo esto.

—¿Ceniza de cigarrillo? ¡Oh caramba, realmente lo siento mucho! ¡Qué revoltijo horrible he hecho! ¡Soy bestialmente desaliñado!

El rostro de Nigel estaba cómicamente afligido, como el de un niño a punto de estallar en lágrimas. Retorciéndose salió de la silla, derramando casi su taza de café al hacerlo; tomó de la chimenea la pala del carbón y un cepillo, y comenzó a reparar el desaguisado. La señora de Cammison lo estudió observándolo por encima de su tejido. Estaba enteramente absorto en su trabajo; sus movimientos torpes\* a un tiempo la emocionaban y la irritaban. ¡Qué infantiles resultaban los hombres en su concentración sobre cosas insignificantes! Era imposible imaginar que esta criatura desgarrada y ruborosa, que tan ineptamente esgrimía la pala y el cepillo, hubiera seguido a un criminal a través del mundo de espejo deformante de su imaginación, hubiera escrito un libro sobre los poetas Carolinos, y se hubiera casado con una de las mujeres más notables de su época.

—¿Por qué lo hace? —preguntó de pronto.

—¿Por qué hago qué? —dijo Nigel, enderezándose de rodillas y contemplándola de un modo extraño—. Me parece que es la menor reparación que podría ofrecer por estropearle su hermosa alfombra.

—No me refiero a eso —dijo Sophie, un poco molesta por la implicación de que era una de esas mujeres fanáticamente orgullosas de su casa—. Me refiero al porqué de su mezcla con el crimen.

—A veces uno no puede evitarlo —repuso con ligereza.

Los dedos de Sophie Cammison se detuvieron un momento en su tejido. Cuando recomenzaron, no eran sus mismos movimientos mecánicos, pensó Nigel; parecía como si ella les hubiera enviado un mensaje: «¡Sigán! ¡Tejan, les digo! ¡Tejan! ¡No deben ceder ahora!». Dijo:

—Pero eso sólo sucede a veces. ¿Por qué se dedicó a eso?

—¡Oh!, para tener algo que hacer, supongo. Parecía la única profesión para la que podía servir una educación clásica.

—Ahora se está riendo de mí. Le hablo en serio.

—Yo también. Es así. Si alguna vez, en sus «días de ensalada» —como los llama uno de mis cómicos tíos— se vio obligada a hacer el análisis de algo escrito en latín, sabrá que presenta un paralelo exacto con la averiguación criminal. Tiene una larga oración, llena de transposiciones; al principio parece nada más que una mezcolanza de palabras. Eso es lo que también parece el crimen, a primera vista. El sujeto es el hombre asesinado; el verbo es el *modus operandi*, la manera como fue cometido el crimen; el objeto es el motivo. Ésas son las tres partes esenciales de toda oración y de todo crimen. Primero encuentra usted el sujeto, después busca el verbo, y los dos lo llevan al objeto. Pero todavía no ha descubierto al criminal... el sentido de toda la oración. Hay una cantidad de cláusulas subordinadas, que pueden ser claves o trampas, y tiene que separarlas mentalmente y reconstruirlas para que se ajusten a la oración y amplifiquen su sentido. Es un ejercicio de análisis y síntesis, el mejor entrenamiento para un *detective*.

—Pero, la verdad —exclamó Sophie, bastante abrumada por todo esto—, eso suena horriblemente a seco y calculado. Usted se olvida del elemento humano.

—¡Oh, no, no me olvido! —dijo Nigel dogmáticamente—. Claro que es sólo una analogía, y ninguna analogía resulta cierta en todos sus puntos. Pero, volviendo a la educación clásica, usted aprende a escribir composiciones latinas y griegas al estilo de ciertos autores. Lo primero que aprende es que los mejores autores constantemente violan las reglas gramaticales; cada uno tiene su propia idiosincrasia; y eso es igualmente cierto respecto del criminal... en particular del asesino. Escribir una buena composición latina o griega requiere algo más que un don superficial de mimetismo; requiere que uno se meta dentro de la cabeza y la piel de su modelo. Tiene que tratar de pensar y sentir como Tucídides, o Livio, o Cicerón, o Sófocles, o Virgilio. De igual modo un *detective* tiene que meterse dentro del carácter del criminal si ha de reconstruir con éxito el crimen.

La señora de Cammison miró a su huésped asombrada. ¿Creía realmente en todos estos desatinos, o no? Ahora lo advertía; hablaba sólo para distraerla, para alejar su mente de esa espantosa visión de Eustace Bunnett desarticulado, un revoltijo de huesos y cabellos, dentro de la caldera. ¿Sabía él que esa visión obsesionaba su espíritu? Bueno, le había permitido olvidarla durante unos minutos y debía sentirse agradecida por ello. ¿Pero sospechaba también esa cosa infinitamente más horrible, que hasta ahora ni siquiera se había atrevido a admitir a la luz de su mente, que luchaba por rechazar, apretando los ojos, rehusando siquiera una mirada a sus temidos rasgos? De pronto se sintió asustada de Nigel. Deseó que Herbert estuviera allí; pero lo habían llamado para atender un caso durante el almuerzo.

—Usted teje una enormidad... ¿verdad? —dijo Nigel—. Debe de tener un montón de sobrinos y sobrinas.

—Sí —dijo Sophie. Luego, en respuesta a la pregunta que supuso (equivocadamente) que debía esconderse tras la observación de Nigel—: Herbert y yo decidimos no tener hijos hasta que... hasta que nuestra posición económica fuera más firme.

—¿Cuánto tiempo hace que se casaron?

—Casi tres años. Nos casamos cuando Herbert se asoció aquí.

—Usted sería una madre muy buena, me parece.

Sophie sintió que no podría soportar más esta clase de conversación. Era capaz de echarse a llorar en cualquier momento. Para matar esta debilidad dijo, con bastante energía:

—Pero no entiendo por qué quiere cazar criminales. Estoy segura de que no puede gustarle. No necesita hacer eso para vivir. ¿Cree en la Justicia, o en algo parecido?

Nigel contemplaba indiferente la punta de su nariz. «¡Hola! ¿Qué es esto?», se dijo. «¿Qué la hace atacarme en esta forma? ¿Qué trata de ocultar de mí o de usted misma?». Dijo a la señora de Cammison:

—No creo en la justicia abstracta. Algunos crímenes son «justos», y algunas acciones criminales. Supongo que lo hago porque la investigación criminal proporciona una oportunidad única para estudiar a la gente al desnudo, por decirlo así. La gente complicada en un caso —particularmente en un asesinato— está siempre alerta, a la defensiva; y es al tratar de cubrir una parte de su mente, cuando expone el resto. Aun la gente completamente normal comienza a comportarse de la manera más anormal.

—Parece usted completamente inhumano —dijo Sophie con voz temblorosa.

—No. No hay nada inhumano en la curiosidad. Y la mía es sólo curiosidad científica, educada. Pero perdóneme; la estoy turbando a usted con esta charla. No soy un monstruo, realmente. A decir verdad, ya estoy casi decidido a no tocar este asunto de Bunnett. Quienquiera que haya acabado con él, tenía todas las excusas necesarias, me parece.

—Probablemente en eso tiene razón —dijo una voz profunda detrás de Nigel—, pero yo no me apresuraría a hablar de abandonar el caso.

El doctor Cammison había entrado, inadvertido por los otros dos. Su rostro cuadrado con su mandíbula firme, su color atezado y sus profundos ojos castaños — junto con sus movimientos silenciosos, moderados, hermosamente cautelosos con que cerró la puerta y se acercó a ellos— hicieron pensar a Nigel en una pantera negra. Sus ojos lo miraron, brillantes y fijos.

—Bueno —dijo Nigel—, ¡cómo vira y cambia usted! Esta misma mañana me decía que abandonara el caso Trufas. ¡Y ahora! ¡Ah, bueno!; como ha dicho el viejo Tácito, *Supervacuum inter sanos medicus*, o, para traducirlo aproximadamente: «Cuando el médico está entre los sanos, parece aún más vacío que de costumbre».

—«Aproximada», difícilmente es la palabra para esa traducción —dijo el doctor Cammison; sus blancos dientes destellaban en una de sus sonrisas repentinas, escasas.

—Pero Trufas muerto es una cosa, y Bunnett muerto, otra.

—Adecuada, si bien algo sentenciosamente expresado.

—Vea usted, a una considerable cantidad de gente le habría gustado ver a Eustace Bunnett liquidado... y pido disculpas por la infortunada exactitud del término.

—¿Y eso qué?

—Y eso...

—¡Herbert!

La angustia de la voz de Sophie Cammison impresionó a Nigel como si le hubieran arrojado algo sólido. Durante un momento se encontró sin aliento. Hasta la compostura de Herbert pareció vacilar. Miró a su mujer, dudoso.

—Está muy bien, querida —dijo lentamente—, pero...

—Oigan los dos —dijo Nigel, recobrándose—. Yo no quería entrometerme en sus problemas privados. Pero resultaba obvio, desde el momento en que llegué, que algo pesaba en la mente de Sophie, algo relacionado con Eustace Bunnett.

—Yo creía..., no veo cómo pudo pensar eso —interrumpió ella con prisa.

—Cada vez que se mencionaba su nombre, tenía que acorazarse para conducirse normalmente. Y se le notaba. Lo único que una persona no puede imitar con buen éxito es su propio yo normal.

—Todo esto se está volviendo demasiado metafísico —dijo el doctor Cammison—. Es inútil, Sophie. Tenemos que decírselo. Quién sabe si no necesitaremos su ayuda antes de mucho.

—¿Su ayuda? —Un destello de comprensión asomó a los ojos de Sophie. Se aferró a los brazos de su sillón. Era la única manera de detener el temblor de sus manos. Herbert se inclinó por encima del respaldo y puso sus manos sobre los hombros de su mujer. Comenzó a hablar, con un toque de pedantería profesional en sus palabras:

—Tuve mucho que ver con Bunnett, en todo sentido. Poco después de llegar aquí, quiso consultarme. Resultaba muy extraño. Annerley era su doctor, y la etiqueta

médica —como usted sabe— no permite que uno trate al paciente de otro sin su permiso. Informé de esto a Bunnett, naturalmente. Dijo que Annerley estaba... eh... que él no estaba satisfecho con Annerley, y que sería una tontería mía si no me encargaba del caso. Su dinero era tan bueno como el de cualquier otro. Etcétera... Le dije —con bastante sequedad, supongo— que no hacíamos las cosas de esa manera. Debe de haber sido la primera vez en muchos años que alguien se le oponía. Se enojó mucho, bramó contra los fetiches médicos, etcétera. Creí que allí terminaría todo. Pero la próxima noticia que tuve fue que se había peleado con Annerley y había rehusado tener algo que ver con él. Después vino a verme otra vez. Annerley se portó con mucha decencia en todo esto. De modo que ahí terminó el asunto. Me encargué del caso de Bunnett. Creía tener una úlcera gástrica, o peritonitis, o algo así. ¡Poco pánico sentía! Claro que no había nada de eso. Lo puse a dieta —la misma dieta, sin duda, que habría recomendado Annerley— y pronto se repuso. Desdichadamente entonces comenzó a tomar confianza con nosotros, a invitarnos a cenar, a enviarnos cajones de vino... esas cosas. Personalmente yo no podía soportar al sujeto, y comenzaba a oír cosas sobre la cervecería que me gustaban aún menos. No podía imaginar cuál era su motivo, al intimar conmigo de ese modo. Luego el motivo se hizo dolorosamente evidente. Él... eh...

—Comenzó a propasarse conmigo —dijo la señora de Cammison—. ¡Qué hombrecito horrible! Era ridículo, sin embargo; no podía menos que reírme de él.

—Y Bunnett no era la clase de persona capaz de disfrutar de una broma, ¿verdad? —dijo Nigel.

Herbert Cammison lo contempló con seriedad.

—No. No lo era. Y bien puedo decirle ya que a quien lo suprimió, el Estado debería darle cerveza gratis durante el resto de su vida. Pertenecía a la peor clase de peste antisocial, que la sociedad decente debería encerrar en la cárcel. Bueno, en resumen, los de su tipo no deberían poder existir en una sociedad bien organizada. Sus... eh... insinuaciones con Sophie eran sólo un síntoma, de importancia secundaria, realmente, comparadas con...

Sophie Cammison rió disimuladamente. Durante un momento volvió a ser la de antes.

—Querido —dijo, apretando la mano de su marido—, lamento que mi honor ocupe un lugar tan bajo en tu escala de valores.

—Tu honor puede cuidarse solo, con mucha eficiencia, me atrevo a decir —replicó con incólume gravedad—. Los empleados de la cervecería eran menos invulnerables. Con todo, después de poco tiempo Bunnett abandonó a Sophie —temporalmente, por lo menos—. Fue precisamente entonces cuando comencé a descubrir cosas en la cervecería. Buena parte de mis clientes estaban empleados allí, y había demasiados accidentes y casos de enfermedad profesional. No me ocupó en prestar oídos a los chismes; por otro lado no creo que un médico deba negarse a interesarse en las condiciones sociales. Por lo menos debería interesarse en evitar la



enfermedad tanto como en curarla.

—¡Escuchen! ¡Escuchen! —dijo Nigel—. ¡Qué admirables son estas arcaicas creencias chinas!

—Tomaremos lo que oí primero —prosiguió el doctor Cammison, con el tono preocupado de quien pronuncia una conferencia ante un grupo de estudiantes, junto a una mesa de operaciones—. ¡Me enteré de que Bunnett empleaba hombres casados siempre que era posible, para tener mayor dominio sobre ellos! Tuve la impresión de que sus empleados estaban realmente asustados de él —siempre aparecía en lugares distintos y se detenía en silencio detrás de ellos mientras trabajaban, cosa que los ponía nerviosos, según me contó uno— de modo que comenzaban a aturdirse y a cometer errores; y entonces, claro, Bunnett hacía con ellos lo que quería.

—Sí, Sorn me contó un caso esta tarde. Alguien que se enfermó de veras... ¿cómo se llamaba? Ed. Parsons.

—Sí, y hubo en el caso de Ed. Parsons más de lo que usted sabe. Bueno, éstos no son más que algunos ejemplos. Me enteré de muchos otros. Naturalmente, siempre hay sujetos que no pueden vivir sin quejarse, y sin duda algo de lo que oí era exagerado. Pero debe de haber habido un fuego respetable cuando se veía un humo tan infernal. Las cosas maduraron, en cuanto a mí concierne, cuando se me llamó para atender a uno de sus conductores, que había sufrido una colisión grave en Honeycombe Hill, justamente a la salida del pueblo. A través de la declaración prestada después en el tribunal, resultaba perfectamente obvio que el conductor había trabajado con exceso, obligado a cumplir un horario imposible, y se había dormido por puro agotamiento. Bunnett, siendo quien era, salió del paso con la multa mínima; y celebró la ocasión despidiendo al chófer. Estas cosas suceden constantemente, claro: resulta provechoso para los empleadores; ganan más con el ahorro de tiempo y mano de obra de lo que pierden a causa de una multa ocasional. La verdad es que no fue la injusticia abstracta de estas cosas lo que me empujó a intervenir; fue el efecto que me causó oír a ese pobre diablo, en el delirio que siguió al accidente, repitiendo una y otra vez: «¡Nopuedo hacerlo! ¡Cristo, tengo sueño! ¡Es un crimen! ¡No puedo hacerlo! ¡El patrón me va a echar! ¡Es un crimen, eso es lo que es! ¡Tengo sueño! ¡Cristo, tengo sueño!».

»Como médico, estoy endurecido, Nigel, pero eso me deprimió. Traté de olvidarlo, pero no pude. El acabose fue cuando echó al pobre hombre después de todo aquello. Fui a ver a Joe, el hermano de Eustace; como usted sabe, dirige la sección transporte. Prácticamente le dije que era un asesino. Lo tomó muy bien; la verdad es que hemos sido amigos desde, entonces; dijo que una y otra vez había dicho a su hermano que obligar a sus conductores a cumplir ese horario era buscar líos, pero que no había logrado nada con ello. El pobre Joe es un hombre muy bueno, pero Eustace siempre hizo con él lo que quiso. Sin embargo, esta vez Joe pensó que, si contaba con la declaración de un médico —mi nombre no iba a ser mencionado, claro está—, podría causar alguna impresión en Eustace. Yo pensé que lo mismo daba ser ahorcado

por un cordero que por una oveja, de modo que conseguí que Joe me mostrara la cervecería; quería ver exactamente hasta qué punto la gente había exagerado las condiciones. Créame, no había habido mucha exageración. Realicé una buena inspección del lugar, desde el punto de vista higiénico. No lo molestaré con detalles; pero la ventilación esa espantosa, y no era preciso ser un técnico experto para ver que la maquinaria y los aparatos estaban casi gastados del todo y resultaban sumamente peligrosos. Bunnett pertenecía a esa clase de individuos que exprimen hasta la última onza el trabajo de sus máquinas y el de sus obreros.

—Pero sin duda hay inspectores del gobierno que...

—Hay medios y arbitrios, joven Nigel, para encarar esa dificultad. La pintura para los ojos y la grasa de palma, aplicadas en proporciones justas, realizan milagros, Y Eustace era experto en su aplicación, no tenga duda de ello. Bueno; envié a Joe un informe detallado sobre las condiciones higiénicas de la cervecería, su efecto sobre la salud de los empleados, etc... y sobre el horario de los camiones. Estaba tan ansioso como yo por mejorar las condiciones. Reprendió a su hermano con mi informe. Lo que sucedió después, en lo que a mí respecta, fue que al día siguiente recibí una nota donde se me solicitaba que diera una vuelta por la cervecería y viera a Eustace. Eustace estaba sentado al extremo de una larga mesa, en la sala del directorio, enderezando delante de él un trozo de papel secante. Al menos supuse que era un trozo de papel secante, hasta que lo recogió con una mano, lo golpeó ligeramente con su *pince-nez*, y dijo: «Entiendo que usted es el autor de este... eh... documento». ¡Era mi informe! Escrito a máquina y sin firma, pero había caído en ello con suficiente rapidez.

«Después de eso, naturalmente, hubo un infierno que pagar. Me preguntó con qué derecho me entrometía en los asuntos de otro hombre. Le dije que era deber de todo ciudadano cuidar que no se burlaran las leyes. Me pidió que citara cualquier ley que él hubiera burlado. Cité partes de las actas sobre factorías. Entonces me preguntó qué me proponía hacer en ese caso. De modo que le dije que, a menos que se hicieran algunos cambios bastante pronto, provocaría tal escándalo que aun él, el omnipotente Eustace Bunnett, tendría que someterse. Permaneció en silencio un rato, jugueteando con un cortapapeles y lanzando hacia donde yo estaba alguna mirada ocasional de sus fríos ojitos de lagarto. Luego, ante mi sorpresa, cedió. Dijo que yo no parecía ser persona capaz de aceptar una crecida remuneración a cambio de una política de no intervención en el futuro —aquí hizo una pausa significativa, pero no mordí la carnada—. “Muy bien, pues”, continuó, «usted gana. Deme seis meses para realizar las alteraciones sugeridas en su informe, y entonces creo que podrá regresar con una carilla limpia... hem, ah, snif». Usted sabe la clase de ruidos que hada. Señalé que no llevaría seis meses el revisar el horario de los camiones. Carraspeó y resopló un poco, pero finalmente prometió ocuparse de eso en seguida. Y lo hizo. Cuando Joe me contó que el horario había sido acertado, me sentí convencido de que realmente había puesto a Bunnett en su lugar. Pero...

—Pero descubrió la gran verdad —interrumpió Nigel—, que siempre tienen que aprender las tropas bisoñas —y por la que tienen que pagar—; que los veteranos nunca son tan peligrosos como cuando ceden terreno.

—Sí. Lo tenía merecido por pensar que podía encargarme del asunto solo. Exactamente seis meses más tarde, Bunnett me pidió que fuera a verlo otra vez. Mientras cruzaba la cervecería camino de su oficina privada, miré a mi alrededor y no me pareció que se hubiera realizado reconstrucción alguna. De modo que puede imaginar que no me sentía de buen humor cuando llegué ante la Presencia. Bunnett estaba sentado ante su escritorio, frunciendo su boquita y frotándose las manos —hacían un ruido parecido al de la cola de un lagarto deslizándose por una pared de piedra—. «¡Ah, doctor —dijo, yendo directamente al grano—, si recuerdo bien, durante su última visita dijo que era deber de todo ciudadano cuidar que no se burlaran las leyes! Ahora estoy seguro, doctor Cammison, de que —como profeticé la última vez que vino— usted hallará la manera de dar un informe limpio de nosotros». Hasta ese momento no me daba cuenta de adónde iba a parar. Se reclinó en su sillón y dijo: «Kate Alpace». Entonces supe que estaba vencido.

—¿Kate Alpace? —preguntó Nigel, desconcertado.

—Mi hermana —dijo la señora de Cammison—. Sucedió antes de que viniéramos aquí: vivíamos entonces en el Midland. Ella tenía un amante; un día quedó embarazada y pidió a Herbert que le provocara un aborto.

Herbert Cammison dijo:

—No apruebo el aborto, por regla general. Pero sucedió que descubrí que había insania en la familia del joven. De modo que lo hice por ella. Bueno, como usted sabe, ésa es una ofensa criminal; presidio, si lo descubren.

—¿Y Eustace Bunnett lo había descubierto?

—Sí. Debe de haber empleado los seis meses que le había dado para mejorar su negocio en realizar averiguaciones sobre mí. Algún dudoso agente privado, sin duda. ¿Le da esto una idea de cómo era Bunnett? El cielo sabe cómo descubrieron eso sus agentes; de cualquier modo, no viene al caso. El hecho era que si Bunnett había burlado la ley, también la había burlado yo.

—Una especie de *mate* fracasado —dijo Nigel.

—Peor. Mi revelación le habría costado bastante dinero en multas; pero la suya habría deshecho toda mi carrera. Realmente su posición era fuerte. Bueno, por lo general tengo bastante dominio de mí mismo, pero esa vez perdí los estribos. Le dije a Bunnett exactamente qué pensaba de él. Desdichadamente también le dije que la gente como él debía ser exterminada.

—¿Desdichadamente? —preguntó Nigel—. ¿Quiere decir...?

—Sí —dijo Cammison—. Una de las agradables costumbres de Bunnett —olvidé mencionarla antes era tener uno o dos espías en la fábrica; no es cosa desconocida en los grandes negocios: el patrón paga a uno de sus empleados para que le informe sobre cualquier descontento, rumores de huelga, etc... que pueda oír en el taller.

Tengo mucho miedo de que uno de los espías de Bunnett estuviera oyendo mi pequeño arranque.

—Parece que sería mejor que me quedara —dijo Nigel.

—Sin duda —dijo el doctor Cammison con gravedad—. A menos que por casualidad haya estado todo el tiempo sentado junto a la puerta de mi dormitorio, anoche.

Nigel lo contempló perplejo.

—Pues de otro modo no hay prueba de que no visitara la cervecería y liquidara a Bunnett.

—Sin duda, su posición resultaría comprometida si el inspector descubriera esa pelea que sostuvo con Bunnett. No obstante debe haber muchas otras personas que tenían motivos igualmente fuertes para acabar con él.

—Muy consolador de su parte, debo decir.

—¡Oh, por favor, dejen de hablar de esto como si fuera un problema de ajedrez! —exclamó Sophie Cammison—. ¿No se dan cuenta de que...?

—Está bien —dijo suavemente su marido—, me doy cuenta de todo, no te aflijas. Y a propósito, joven Nigel, ya que *me* estoy incriminando yo mismo, es mejor que lo haga del todo. A partir de esa entrevista con Bunnett, Sophie y yo habíamos estado viviendo (para decirlo con suavidad) en un estado de considerable incertidumbre. Durante algún tiempo él no hizo nada. Pero hace pocos meses empezó otra vez a propasarse con Sophie. Hasta le dijo que podía destruir mi carrera si quería, y que lo haría, si ella no era más condescendiente. Sí, ya sé, suena a novelita de tres peniques; pero así es; Bunnett no se distinguía por su buen gusto literario, después de todo, como descubrió usted en la reunión. El asunto es que cuando Sophie me contó eso fui a ver a Bunnett y le informé que —carrera o no carrera— lo vería muerto antes que dejarlo continuar en esa forma.

—Y ahora lo ha... eh... visto muerto —dijo pensativamente Nigel—. Sí, por cierto que la situación es un poquito difícil. Sin embargo, *courage, mes enfants*. Consagraré a este caso los gigantescos recursos de la mente educada. Usted reconstruya la anatomía, Herbert, y yo reconstruiré el crimen. Y entonces, Sophie —agregó— podrá comenzar a tejer todo un guardarropa para sus hijos.

---

---

## CAPÍTULO V

«Centinela, ¿qué ha habido esta noche?».

Isaías (XXI, 11).

Exactamente a las dos y diecisiete de la mañana siguiente Nigel había despertado con una idea grotesca, descabelladamente fantástica, en su cabeza. Después del desayuno llevó a Herbert Cammison aparte y le dijo:

—Óigame, anoche tuve una idea. Suponga que, después de todo, ese esqueleto no sea de Eustace Bunnett.

—Bueno, todavía no lo sabemos. Pero toda la evidencia señala en ese sentido. Sea como fuere ¿dónde está Bunnett, si no era él el que estaba en la caldera? ¿Y por qué no había de ser él?

—Se me ocurrió que era una manera curiosa, innecesariamente complicada, de deshacerse de él. Quiero decir, ¿por qué no matarlo sencillamente, y terminar con todo? ¿Por qué tomarse tantas molestias para destruir su identidad, y no obstante dejar sus ropas y su anillo y todo lo demás?

—Eso se explica con mucha sencillez. Poniendo el cadáver en la caldera, el asesino lograría borrar todo cuanto pudiera darnos una clave sobre el método del crimen, es decir, a menos que hubiera sido realizado con un instrumento contundente. Se destruiría así todo rastro de envenenamiento, digamos, o de estrangulamiento, o aun de puñaladas.

—¡Oh, cielos! —gimió Nigel—. Claro. Estas inspiraciones de medianoche siempre resultan torcidas a la luz del día. Sin embargo, no sé por qué no se me ocurrió eso en seguida.

Además —continuó el médico— si los restos no fueran de Bunnett, y están, no obstante, vestidos como para hacernos creer que lo eran —me estoy volviendo poco gramatical—, la deducción sería que fue Bunnett quien cometió el crimen. A menos que haya un tercer interesado, X... que mató a Y., y luego persuadió a Bunnett de que cambiara ropas con el cadáver. ¿Y por qué debía hacer eso X... o Bunnett, por lo que a ello atañe?

—X podría haber matado a Bunnett también.

—Ahora está usted buscando complicaciones.

—Es cierto. Bueno, entonces, supongamos, por discutir, que no hay tal X. Entonces Bunnett sería el asesino.

—Pero, mi querido y buen Nigel, ¿por qué? ¿Por qué habría de querer matar a alguien, y matarse a sí mismo de paso, que es lo que está haciendo al vestir al cadáver

en forma que se parezca a él?

—¡Regístreme!

—¡Debería hacerlo! Pero hablando en serio. Eustace Bunnett era el último hombre capaz de cometer un crimen. El crimen —incluidos aun los más impremeditados— es el último recurso de una persona que no puede lograr lo que quiere de otro modo. Ahora bien, Bunnett poseía, en su negocio, en sus relaciones personales, en todo este pueblo, un poder casi absoluto. Podía conseguir lo que quería, cuando lo quería, sin matar a nadie para ello, excepto algún ocasional conductor de camiones. Lo único que no consiguió aquí fue a Sophie: yo era el obstáculo; ¿va a sugerir usted que fui realmente yo quien fue hervido en la caldera?

—¡Bueno, hombre, bueno! ¡Pax! —Los dientes irregulares y un tanto descoloridos de Nigel se mostraron en una sonrisa apaciguadora—. En realidad nunca tuve mucha confianza en mi inspiración de medianoche; simplemente me preguntaba si podría proponérsela al inspector, suponiendo que...

—¿Suponiendo que empezara a perseguirme? Bueno, podría hacer la prueba con él; pero...

Herbert Cammison hizo una mueca y movió el pulgar hacia abajo.

—Bueno —dijo—, debo ir a tratar de armar de nuevo a Humpty Dumpty. ¡Buena caza!

—¡Buen rompecabezas! —respondió Nigel cortésmente.

Mientras caminaba desde el pueblo hacia la cervecería, media hora más tarde, Nigel divisó a *Miss Mellors* avanzando en su dirección con paso resuelto. Echó una mirada furtiva alrededor para ver si había algún comercio donde refugiarse: no, nada más que casas particulares; se mantuvo en su puesto, con el obstinado fatalismo del habitante de las praderas que contempla al ganado galopando hacia él, y cuya esperanza se reduce a una patada rápida y terminante en la cabeza. A una distancia de veinte yardas *Miss Mellors*, levantando simultáneamente su bastón y su cabeza parecida a la de un toro, bramó:

—¡Hola! ¡Señor Strangeways! Quiero decirle una palabra. ¡No se me escape!

Nigel se sometió a un apretón de manos que casi le dislocó el brazo.

—Dígame ¿qué es todo esto que oigo sobre un accidente en la cervecería?

—Se... eh... se descubrió un cadáver allí, ayer a la tarde. Parece posible que sea el del señor Bunnett.

El efecto de esta noticia fue devastador. La cara grande y sanguínea de *Miss Mellors* palideció repentinamente. Tomó el brazo de Nigel y exclamó con una vocecita absurda, como un graznido:

—Pero eso es ridículo. Está viajando por mar. En un barco —añadió, innecesariamente.

—No me refiero a Joe. Eustace Bunnett, es decir, hasta donde podemos afirmarlo por ahora.

*Miss Mellors* se repuso muy pronto.

—Mi querido amigo —exclamó con su voz acostumbrada, profunda, de altoparlante—, mi querido amigo, o el cadáver es de Eustace Bunnett, o no lo es. ¿Para qué sirve hacer un misterio de eso?

—Yo no hago el misterio. Es el cadáver, quiero decir, no ha quedado gran cosa, ¿me entiende?

—¡Vamos! No tiene por qué ser tímido. Usted sabe que no soy una nena. Usted quiere decir que el cadáver estaba deshecho hasta el punto de resultar irreconocible —dijo Miss Mellors, no sin fruición—. La obra de un maniático, ¿eh?

—No deshecho —replicó Nigel, ligeramente irritado por la acusación de timidez—, hervido hasta convertirse en despojos, si le interesa saberlo.

—¡Ah!, ¿sí? Bueno, eso es muy interesante —bramó afablemente—. Cuénteme. Nigel hizo un resumen breve y cauteloso de los acontecimientos.

—Un asunto bastante horrible —concluyó.

—¿Asunto horrible? ¡Tonterías! No sea tan convencional, joven. Ese Bunnett era un bribón, y podía esperarlo. Yo misma lo hubiera azotado hace tiempo, sólo que era inferior a mi peso. No diré nada de su vida privada. —Miss Mellors procedió a discurrir sobre ese tema durante unos buenos diez minutos—. Pero aparte de todo eso, el sujeto era un envenenador.

—¿Un envenenador? —profirió Nigel, visiblemente agitado—. ¡Al diablo con eso, no puedo creerlo!

—La bebida fuerte, joven, es un veneno. Quizás no se dé cuenta de ello, pero... —Miss Mellors pronunció una franca y excesivamente científica conferencia sobre los efectos del alcohol'. Concluyó recitando, en tonos sombríos pero penetrantes, mientras subrayaba el ritmo con golpecitos de su bastón:

—Mire, allí se levanta la llameante Taberna, Cómo se hinchan las olas rojas de la Miseria. ¡Cómo arde junto al borde de la edad tempestuosa El horrible faro del Infierno!

—Bueno —dijo Nigel—, tal vez sea así. Pero matar, aquí y allá, a algún propietario de cervecería no va a tener ningún efecto, sobre el comercio de bebidas. Es de presumir que Joe continuará el negocio, y...

—Por cierto que no. No, si se me deja opinar sobre el asunto.

—¿Y qué puede usted opinar sobre el asunto? —Nigel tuvo la audacia de preguntar. Si le resultara posible ruborizarse a una Diosa de las Obras Públicas, uno podría haber dicho que Miss Mellors se ruborizó. Cambió rápidamente de tema, diciendo—: ¿Qué hacía Bunnett en la cervecería a medianoche, en todo caso? Husmeando por ahí, apostarí. Lo tiene merecido. Vive y deja vivir, digo yo —añadió, con alguna inconsistencia—. ¡Bueno, hasta muy pronto!

Pero claro que ése *era* el asunto, reflexionó Nigel mientras proseguía su camino. ¿Cómo consiguió el asesino llevar a Bunnett a la cervecería? Había que conseguir la respuesta muy pronto. Un polizone detuvo a Nigel a las puertas de la cervecería. Al dar su nombre, se le dijo que el inspector quería verlo en la oficina privada del señor

Bunnett.

—Conforme a la sugestión del doctor Cammison, anoche me puse en comunicación con Scotland Yard. Sir John Strangeways respondió por usted personalmente, de modo que su posición respecto a este caso está ahora regularizada —dijo el inspector. Nigel hubiera deseado que no usara esa falsa especie de lenguaje oficial: sin duda tenía el propósito de impresionarlo con la educación superior de Tyler; ¡oh!, bueno, lo principal era que ahora ocupaba alguna posición oficial.

—¿Cómo andan las cosas? —preguntó.

—Acabamos de abrir la caja de caudales del señor Bunnett. Encontramos esto, que puede interesarle, señor. El inspector le alcanzó una carilla de papel ordinario, rayado, donde se leía, escrito en letras de imprenta:

*Estimado señor: Si quiere saber adónde van a parar su cerveza embotellada y su azúcar; vaya a la cervecería mañana a la noche, alrededor de las doce y pregúntele al sereno. — Un Bienintencionado.*

—¡Oh! —dijo Nigel—, de modo que eso es lo que lo llevó a la cervecería. Me lo estaba preguntando. ¿Está el sobre también?

—Sí, señor. Sello de correos de Weston Priors, una aldea situada a unas quince millas. Fecha 15 de julio, a las 7.30 de la tarde.

—Entiendo que el pájaro que escribió esto es el asesino: lo que implica que el asesino tenía un conocimiento bastante bueno de la actividad de la cervecería, aunque podíamos haberlo dicho sin necesidad de esta carta.

—Exactamente, señor —dijo el inspector con una superioridad complaciente que Nigel encontró excesivamente irritante—. Pero hay una posibilidad que usted ha pasado por alto.

—¿Y cuál es esa posibilidad?

—Ésta, señor Strangeways: la carta podría ser un anónimo de buena fe; el señor Bunnett, actuando según ella, podría haber ido a la cervecería y sorprendido al sereno nocturno birlándole la cerveza; eso podría haber conducido a una pendencia durante la cual Lock —éste es el sereno— mató al señor Bunnett; a raíz de lo cual, para ocultar la evidencia de su crimen, colocó el cadáver en la caldera.

—¡Hum! —dijo Nigel cortésmente—, sin duda es una idea. Me parece que presenta dos inconvenientes bastante notorios, sin embargo.

—¿Cuáles podrían ser? —preguntó el inspector reclinándose en su sillón de modo que por encima de la parte trasera de su cuello apareció un rollo de gordura.

—Primero: el hecho de que este supuesto bienintencionado fijara el día y la hora en que Bunnett debía venir a la cervecería sugiere que se proponía esperarlo allí. Un autor de anónimos ordinario no tendría por qué fijar la hora exacta. Si el sereno nocturno fuera un ratero, es tan posible que anduviera hurtando una noche como otra. Segundo: si en efecto el sereno mató a Bunnett, ¿por qué no colocó el cadáver en una



de las hornallas de las calderas? Eso habría destruido completamente toda prueba de su crimen; Bunnett habría desaparecido y no habría razón para suponer que había acudido a la cervecería esa noche; el sereno no podía estar enterado del anónimo, claro.

—¡Ah!, pero si cada criminal hiciera siempre lo más sensato, la Policía tendría que cerrar su negocio. Sin embargo, admitiré que puede haber algo en lo que usted dice. Ahora bien, señor, he conversado con este Lock antes de que ocupara su puesto anoche; y descubrí uno o dos detalles de interés. Primero, es un hombre nuevo; fue tomado hace sólo un par de meses. Segundo, trabaja de acuerdo a una especie de horario.

—¿Horario?

—¡Ajá! Se supone que visita todos los lugares de la cervecería, los varios almacenes y secciones, si usted me sigue, a horas determinadas de la noche. Es parte de su trabajo ver que se mantengan las temperaturas, que las espitas funcionen bien, y cosas por el estilo. Lleva en la muñeca un reloj en una caja de cuero, puesto en hora con la radio todas las tardes. Sobre la pared de su cueva, donde se sienta cuando tiene un rato libre, hay un horario que muestra a qué hora debe hacer esos recorridos.

Ahora bien, señor Strangeways, ¿entiende usted el significado de todo esto?

Huello, usted quiere decir que, si cumplía con su deber, deberíamos saber dónde estaba exactamente en cualquier momento de la noche.

—Sí y no, señor, sí y no. Yo lo veo de este modo. Si cumplía con su deber, debería haber estado haciendo una de sus giras de inspección entre las once y media y medianoche. ¿Por qué, entonces, no vio al señor Bunnett y al asesino, suponiendo que había una tercera persona en la fábrica? Uno pensaría que por lo menos habría oído un forcejeo, o algo.

—No estoy muy seguro de eso. Recuerde que la cervecería es muy grande. Si Bunnett trataba de sorprender al sereno hurtándole algo, habría tenido buen cuidado de no ser visto ni oído. En cuanto al asesino, habrá tenido igual cuidado de ejecutar su trabajo sucio en momentos en que Lock estaba en otra parte del edificio. Allí hasta donde alcanzo a ver, esto sólo prueba que el asesino tenía un conocimiento preciso de la manera cómo funcionan las cosas en la cervecería, cosa que, por lo menos, limita un poco el número de posibles sospechosos.

—Eso es teoría, señor, nada más que teoría, si me perdona que lo diga. Lo que quiero son hechos.

—Naturalmente. Y así decimos todos. ¿Tiene aquí ese horario?

El inspector se lo alcanzó; luego dijo al agente, que aguardaba en la puerta, que preguntara al señor Barnes si quería darse una vuelta por allí. Nigel tomó el horario. El período importante, si el anónimo era realmente parte del plan del asesino, debía estar alrededor de medianoche: entre las once y treinta y las doce y treinta, digamos, admitiendo un amplio margen. La gira de inspección del sereno terminaba a medianoche, observó; de manera que sólo después de medianoche Bunnett podría

esperar sorprenderlo empujando la cerveza embotellada. Por esa razón, si era el sereno quien lo había matado —presumiendo, naturalmente, que no se había dedicado a la cerveza embotellada antes de la hora de apertura, por así decirlo—, el crimen habría sido cometido poco después de medianoche. Pero eso resultaba igualmente probable si el sereno no era el asesino; no tenía menos probabilidad de atacar a Bunnett mientras Lock realizaba su recorrido que cuando se hubiera retirado otra vez a su cubil. Sin embargo, como decía el inspector, todo era teórico. Rápidamente Nigel copió el horario y en el momento en que lo devolvía entró el cervecero principal.

—Este hombre. Lock —dijo el inspector, sin preámbulo—: ¿dice usted que es enteramente digno de confianza?

—Así es. Ha sido soldado. Tuvo un trabajo en la casa Roxby antes de venir con nosotros.

—¿No ha habido robos pequeños últimamente: cerveza embotellada, por ejemplo, o azúcar?

El señor Barnes arqueó sus macizas cejas, y su rostro lúgubre asumió la apariencia de lo que podría haber sido llamado animación.

—Es curioso que mencione eso. Hace cosa de tres semanas, cuando hacíamos las facturas, descubrimos que faltaban un saco de azúcar y un par de cajones de cerveza liviana. ¿Cómo se enteró de eso?

—Información recibida —replicó Tyler secamente—. ¿Por qué no se lo denunció a su debido tiempo?

—Pregúntele al patrón, compañero, pregúntele al patrón. Creyó que era mejor hacer algunas investigaciones por su cuenta. «Barnes —me dijo—, Barnes, estos policías locales no sirven; si vamos a descubrir quién ha andado alzándose con esas cosas, tendremos que hacerlo solos».

—Bueno, vamos —dijo el inspector, no sin calor—, no dispongo de todo el día para oír sus reminiscencias.

Así es que el patrón tendió una trampa —confirmó el señor Barnes suavemente—. Se inspeccionaron los depósitos todas las noches y todas las mañanas durante una semana, ¿entiende?, de modo que si Lock se hubiera alzado con algo lo habríamos notado, ¿comprende? Pero no faltó nada. Fíjese, yo no objetaba que Lock tomara un vaso de cerveza por la noche —cuando se sentía con humor de hacerlo, como quien dice—. Pero el patrón era un poco tacaño en ese sentido. Poco después su perro cayó en la caldera abierta, y anduvo muy alborotado por eso, de modo que el otro asunto quedó olvidado.

—¿Quién puso a Trufas en esa caldera, entre paréntesis? —preguntó Nigel apaciblemente—. Ahora que su dueño se ha... eh... ido por el mismo camino, parece que no hay razón para ocultarlo más tiempo.

—Tampoco parece que haya razón para preguntarlo, en ese caso —replicó el señor Barnes, echando una mirada de sagacidad poco común en dirección a Nigel—. Que los muertos entierren a sus muertos, es lo que yo digo. Pero no podría decírselo,

señor, aunque quisiera. El patrón hizo una investigación, fíjese usted, casi puso patas arriba todo el maldito lugar: pero nada se logró con ello. Todos pudieron probar que estaban trabajando en ese momento, es decir, todos menos el personal de la oficina de contaduría, el señor Joe y yo.

—¿Y el personal de la oficina es...?

—Lily —mi hija— era la secretaria del señor Bunnett, y un par de empleados.

—Hum... Tendré que conversar con ellos en algún momento.

—Bien, caballeros, si han terminado conmigo por ahora, recogeré mi línea. Hay que mantener en movimiento las ruedas de la industria. Hasta luego.

El señor Barnes arqueó sus cejas en dirección a ellos y recogió su línea.

El humor del inspector Tyler no mejoró en ningún sentido a raíz de esta entrevista. Cuando el sereno nocturno entró en la habitación, Tyler le dijo agriamente:

—Veamos, Lock, ¿qué significa todo esto que oigo sobre sus raterías en los almacenes de la cervecería, eh?

—No sé qué ha oído usted, señor, pero sin duda no es cierto.

—¿Nunca toma una botella por la noche, eh? ¡Menuda tentación debe de ser toda esa cerveza alrededor de uno!

—No para mí, señor. Soy abstemio, desde que abandoné el ejército. Puedo probarlo, señor.

El inspector se reclinó en su silla y manoseó el anónimo. Dijo:

—Bueno, con la cerveza se puede hacer algo más que bebería, y con el azúcar, ¿eh? ¿Qué hacía usted, la vendía a sus amigos?

—No, señor. No sé qué está tratando de achacarme, a menos que sea ese robo que tuvo lugar a fines del mes pasado.

Lock había estado cuadrado, muy erguido; era un hombre fornido, canoso, con muchas arrugas en las comisuras de sus ojos inmóviles.

—¿Qué tiene que decir de esto? —preguntó el inspector empujando el anónimo hasta el otro extremo del escritorio. Lock dio un ágil paso militar hacia adelante, haciendo chocar los talones al detenerse y recogió la carta.

—No entiendo, señor Esta especie de ratería no valdría la pena en un trabajo como el mío. Uno tiene que ser honrado —aunque no debería decirlo— para trabajar de sereno. Pregunte a mi viejo regimiento, o a Roxby; fueron mis últimos empleadores. Apuesto a que me darán una hoja de servicios bien limpia.

Hum... Puede ser. ¿Y usted aún afirma que llevó a cabo su recorrido de inspección anteanoche, y no oyó ni vio nada sospechoso?

—Así es, señor.

—¿No le parece extraño que se hubiera cometido un crimen en esta fábrica y usted no supiera nada de él? ¿No tiene idea de cómo sucedió todo?

—No, señor.

—No preguntar por qué, no, ¿eh?; pero fue el señor Bunnett el que murió, ¿no es así? —dijo Nigel con voz amistosa—. Sabe, inspector, me siento inclinado a creerle.

Me gustaría saber, señor Lock, ¿le molestaría si le mirara las manos?

El inspector se sobresaltó ligeramente; luego dijo:

—¿Qué es esto? ¿Quiromancia? Eso es nuevo para mí.

—Lo que me interesa por el momento no es tanto la palma como el dorso de las manos.

—Perfectamente, señor —dijo Lock, extendiendo sus manos.

Nigel las inspeccionó de cerca, recogió las mangas, y estudió las muñecas del hombre; luego volvió a sentarse en su silla.

—Muy bien —dijo—. Ha terminado la revista, en lo que a mí respecta. Supongo que el señor Lock querrá irse a dormir.

—¿Qué significa toda esta ridiculez con las manos? —preguntó el inspector con desconfianza luego que Lock dio una elegante media vuelta y marchó fuera de la habitación.

—Usted opinaba que Bunnett podría haber sospechado de Lock acerca del hurto, que hubo alguna suerte de lucha en la que Bunnett fue muerto o herido, y que Lock lo metió en la caldera. Y bien. Si Lock hubiera usado un cuchillo, habría hallado rastros de sangre —o de haberla limpiado— en la escena del crimen. ¿Los encontró?

—No, señor. Anoche revisamos toda la cervecería con mucho cuidado, y admito que no había tales señales. Pero...

—Si Lock, o cualquier otro, lo hubiera golpeado en la cabeza con un instrumento contundente, Cammison probablemente habría hallado rastros durante su primer examen. Si hubiera estrangulado a Bunnett, habría habido rasguños en el dorso de sus manos; muy probablemente marcas en su cara, también. No había. La única otra posibilidad es que haya usado sus puños, derribándolo: no creo de ningún modo posible que si Lock sólo lo hubiera herido, lo habría rematado luego. Después de todo no había motivos tan grandes como para justificar eso.

—Un montón de «si...», señor. No creo que haya probado nada.

—No con su clase de prueba, quizás. Pero todo eso es relativamente insignificante. ¿Sabe usted cuál es el peor crimen en el ejército?

—Bueno, supongo...

—Golpear a un oficial superior. Con todos esos años de disciplina y tradición detrás de él, estoy dispuesto a afirmar que era prácticamente imposible —física y psicológicamente imposible— que Lock atacara a Bunnett. Su reacción inmediata, si hubiera sido sorprendido empujándose un vaso ilícito de cerveza, habría sido cuadrarse. Y de cualquier modo, es evidente que pertenece al tipo de hombre honrado, digno de confianza. No tengo ninguna duda de que encontrará docenas de otras personas con infinitamente mejores motivos para quitar a Bunnett de en medio.

—Puede ser que tenga razón —dijo el inspector, rascándose la barbilla.

Exactamente cuánta razón tenía Nigel y en particular su última observación, iba a quedar demostrado más pronto de lo que él o el inspector podían haber imaginado.

---

---

## CAPÍTULO VI

«Elijamos albaceas y hablemos de testamentos».  
Shakespeare (*El Rey Ricardo II*).

Herbert Cammison, Sophie y Nigel acababan de sentarse a almorzar, o, para ser más precisos, Sophie y Nigel se habían sentado mientras el doctor trinchaba un pollo con la concentración un tanto siniestra de alguien que opera un apéndice, pero anticipa algunas intrigantes complicaciones. Cuando los restos del paciente hubieron sido llevados a la cocina, y Herbert se hubo servido patatas, ensalada, sal, manteca y un vaso de agua, con una deliberación casi enloquecedora para Nigel, dijo:

—Bueno, Felston y yo hemos estado trabajando con ese esqueleto.

—Espero que se habrán divertido —dijo Nigel cortésmente—. ¿Y pueden vivir esos huesos secos? ¿Se levantarán y responderán a su nombre, si puedo expresarme así?

—Puede, joven Strangeways. Hasta cierto punto lo harán. No tenemos ninguna duda de que no sea Bunnett.

—Oh, Herbert. —Sophie ya no trató de ocultar el miedo de su espíritu. Parecía patéticamente joven y vulnerable, pensó Nigel, casi como podría parecerlo su propia hija a la edad de quince años, con esas absurdas gafas de carey y su complexión infantil, fresca.

No debes afligirte, Sophie. En efecto, yo no lo maté, y el porcentaje de personas condenadas erróneamente por crimen es realmente muy bajo.

El doctor Cammison comenzó a hablar de sus próximas vacaciones. Sophie recogió el tema con ansiedad patética. Nadie se engañaba; pero sirvió como cualquier otra cosa para pasar la hora del almuerzo. Después Nigel llevó aparte al doctor y le pidió detalles.

—Ningún signo de violencia en el cráneo. Ningún hueso quebrado. La altura corresponde con bastante exactitud a la de Bunnett, cinco pies y siete pulgadas: claro que uno tiene que admitir cierto margen de error en una reconstrucción como ésta.

—¿Cuánto?

—Un par de pulgadas, cuando más. El cabello, como dije al principio, es del color exacto. Tripp todavía está trabajando con las placas dentales, pero está bastante seguro de que es el juego que le hizo a Bunnett. Felston está de acuerdo conmigo en que tenemos bastantes datos para presumir su muerte... A propósito, telefoneé a Tyler y le informé de nuestra conclusión: va a entrevistarse con Grimshaw —el abogado de Bunnett— a las tres, por el testamento; accede a que vaya usted también, si quiere.

—Hum... No sé... Ese hombre parece haberse vuelto respetuoso. No sé si no lo prefiero sin guantes.

—¿Tyler? Un matasiete común o de jardín. Hace lo mismo con cualquiera que tenga autoridad. Y eso se lo debe a su tío.

—¡Dios mío! Y yo había estado pensando que era el efecto de mi personalidad dominante. Hablando de lo cual, entre paréntesis, ¿cuáles son sus reacciones ante nuestra *Miss Mellors*?

—¿Qué es lo que quiere saber?

—¿Hasta qué punto se interesa en sus asuntos de templanza, por ejemplo? ¿De paso, por decirlo así, o como una fanática? ¿Qué hay, o hubo, entre ella y Joe Bunnett? ¿Qué figura le parece que haría como asesina?

—¡Mi querido Nigel! —Una vez siquiera Herbert Cammison pareció asombrado—. ¡Qué ideas espantosas tiene usted! ¡Ariadne Mellors asesina! ¡Déjese de tonterías!

—¿Mellors cómo?

—Ariadne. Addie, para abreviar.

—¡Bueno, casi no puedo soportar mi asombro! Ariadne. Bueno, bueno, bueno. Pero ésta dejó plantado a Baco. Mas vayamos por partes. ¿Fanática?

—No —dijo Herbert cuidadosamente—. Diría que no. Lo que realmente le interesa es la organización, más que la doctrina misma.

—¿Exactamente como el Obispo de...?

—No dispongo de información sobre los obispos —dijo Herbert con una guiñada.

—Bien, ¿y qué me dice de Joe Bunnett?

—¿Joe?

—Sí, esta mañana me dio la impresión de que ella lo tiene en un puño.

—Oh, no creo. Son buenos amigos. ¿Está tratando de sugerir un idilio entre ellos?

—No, eso no precisamente. ¿Quién podría estar enterado de esto?

—Bueno, nosotros no hemos estado aquí el tiempo suficiente... Podría preguntarle a Barnes. Sophie quizás sepa, en realidad: a veces Joe le ha hecho confidencias. Alguna gente suele hacérselas.

—Sí. Puedo imaginármelo.

Media hora más tarde Nigel y el inspector Tyler conferenciaban encerrados con el señor Grimshaw. «Encerrados» parecía la única palabra posible, porque la oficina del abogado era exigua, y sus piernas largas y extendidas ocupaban la mayor parte del piso. Mientras cambiaban las formalidades de práctica, Nigel observó al señor Grimshaw, fascinado: sus orejas se movían cuando hablaba, cosa que atraía la atención hacia los pelos rojizos que brotaban de días; tenía también el hábito de mascar antes de pronunciar cada frase, como si las palabras sonaran mejor una vez bien masticadas.

—Bien, señor Grimshaw, no creo que necesite retenerlo mucho tiempo —decía el inspector—. En un asunto como éste ha de considerarse la cuestión del *motivo*. Por eso estoy interesado en el testamento del difunto señor Bunnett. Tal vez pueda usted

tener la bondad de decirme quiénes son los principales beneficiarios, señor.

—Hum... mum... mum... ah... Creo que no debemos vacilar en ese sentido. No. Hay ocasiones en que la ley debe tener prioridad sobre el abogado. Mum... am. Fíjese usted, normalmente no debería apoyar tal irregularidad; pero... eh... mum... los acontecimientos desesperados re... quieren remedios desesperados.

Con aspecto presumiblemente tan desesperado como era capaz de asumir, el señor Grimshaw desdobló un documento con un crujido agudo que sobresaltó a Nigel; lo aplastó negligentemente, y clavó la vista en él con cierto disgusto.

—Mum... am... Debo aclarar desde el principio que yo no estaba del todo satisfecho con ciertas cláusulas del testamento, como hombre, no como abogado. En efecto, me aventuré —con considerable des... confianza— a objetar al señor Bunnett en esos puntos. Pero, como ustedes saben, mi cliente era un hombre testarudo, acostumbrado a hacer lo que quería, de modo que naturalmente tuve que acceder a sus deseos. Pero en verdad (aquí las orejas se movieron *molto agitado*) la disposición de la propiedad es muy peculiar. Muy peculiar. Como sigue. Hum... mum... yam... Lega a su hermano, Joseph Bunnett, las acciones de Eustace Bunnett en la cervecería, siempre que esté soltero en el momento de la muerte del testador. Del patrimonio personal de Eustace Bunnett ha de pagarse una pensión anual de 100 libras a su esposa, Emily Rose Bunnett. Hay unos pocos legados menores. Todo el res... to de los bienes pasan a la señora Annabel Sorn, siempre que no se haya casado de nuevo.

—¡Sorn! —exclamaron simultáneamente Nigel y el inspector.

—Exacto —mascó el señor Grimshaw, reclinándose en su silla y contemplando a sus visitantes con franca consternación.

»Consideré muy inadecuada la provisión hecha en favor de la señora de Bunnett; hablo —añadió con presteza— en mi capacidad privada, no profesional. Pero mi cliente no aceptó mis objeciones de ningún modo.

—¿Quién es esta señora Sorn? ¿Vive aquí? ¿Pariente de Gabriel Sorn? —preguntó Nigel.

—Um... am... Se domici... lia en el sur de Francia. Tengo su dirección aquí. —El señor Grimshaw alcanzó un trozo de papel al inspector—. Mi cliente declaró que era una vieja amiga suya. Fue para hacerle un favor, entiendo, por lo que tomó a su hijo en la cervecería.

—Oh, de modo que el señor Sorn es su hijo ¿no? —dijo el inspector con visible fruición—. Bueno. Veremos. Ahora, señor, ¿puede usted darme una idea de cuánto gana la señora de Sorn con el testamento?

—Déjeme ver. Me resulta imposible decírselo con exactitud, naturalmente. Pero diría que, cuando se hayan liquidado los demás legados, y se hayan pagado las partidas de defunción, etcétera, la señora de Sorn debería recibir algo así como 50.000 libras.

—Un lindo fajo —dijo Nigel—. ¿Y Joe?

—Mi difunto cliente poseía la mayor parte de las acciones de la cervecería. Esos intereses pasan ahora a Joseph Bunnett.

—¿Y cuál ha sido la posición de Joseph hasta ahora?

—Num... am... Creo que se le pagaba un salario como administrador del transporte y las casas que comerciaban exclusivamente con la cervecería. También tenía acciones en el negocio.

El inspector tomó los nombres de los legatarios menores —el cervecero principal estaba entre ellos—, agradeció al señor Grimshaw, y se dispuso a partir. El abogado farfulló una cordial despedida. En el momento en que llegaban a la puerta Nigel se volvió y dijo:

—Entre paréntesis, ¿no tiene usted idea de por qué Eustace incluyó esa estipulación sobre la soltería de su hermano?

—Profesionalmente hablando, no, mi querido señor. Pero si puedo hablar como individuo pri... vado y sin prejui... cio —sin prejui... cio, claro— me atrevería a decir que se debió a las tendencias un tanto dominadoras de mi difunto cliente. Por favor, fíjese que no hago afirmaciones. Pero cuando el señor Joe regresó de la guerra, brotó un afecto entre él y cierta joven de esta localidad que debe permanecer anónima. Fue poco después de esto cuando mi cliente insertó esa estipulación en su testamento. No hago afirmaciones, repito. Pero pueden pensar que es legí... timo deducir cierta inferencia.

—¿Y cómo tomó todo esto *Miss Mellors*? —preguntó Nigel cándidamente. Las orejas del señor Grimshaw realizaron una revolución casi completa.

—Hum... um... am... —exclamó, incómodo—. Realmente, mi querido señor, temo que nos estamos yendo fuera de nuestros términos de referencia. Realmente no puedo admitir...

—Muy bien. Lo borraremos de los archivos. Muchas gracias. Buenos días.

—¿Qué significa eso que dijo de *Miss Mellors*? —preguntó el inspector cuando estuvieron afuera.

—Enamorada de Joe Bunnett. O lo estuvo. Dos cosas me lo sugirieron, esta mañana. Casi se desmayó cuando le conté que Bunnett estaba muerto. Creyó que me refería a Joe. También dijo que Joe no continuaría en la industria cervecera si se la dejaba opinar sobre ello: lo que presumiblemente significa que *podía* opinar.

La cara redonda y pálida del inspector mostró una expresión desagradable. Era, pensó Nigel, como ver a un plato de leche agriándose delante de uno.

—Lo que quiere decir, señor, que a Joe Bunnett le había impedido su hermano casarse con *Miss Mellors*. De modo que *Miss Mellors* y Joe conspiraron para asesinar a Eustace, suprimiendo así el obstáculo de su casamiento y ganando para Joe la mayor parte de las acciones de la cervecería.

—¡Y dicen que la policía no tiene imaginación! No, no quiero decir todo eso. Si *Miss Mellors* y Joe conspiraban para asesinar a Eustace, ¿por qué había de comportarse ella de manera tan estrafalaria cuando le conté la muerte de Bunnett?



—Ah, esas cosas afectan a la gente de muchas maneras. No esté tan seguro, señor Strangeways. Tendré que investigar esto.

—Joe está en alta mar, de cualquier modo. ¿O no?

—Todavía no me he puesto en contacto con él, señor —la expresión hizo estremecer interiormente a Nigel—; pero aguardo un informe de la gente de Poolhampton en cualquier momento. Tollworthy anda por ahí averiguando el paradero de todos los que estuvieron en contacto con el señor Bunnett la noche del crimen. Puede no resultar muy útil. Normalmente la gente estaría en la cama a esa hora de la noche, y ésa es probablemente la coartada más difícil de refutar.

—Sí —se dijo Nigel, recordando a Herbert Cammison—, y la coartada más difícil de probar, también.

Recorrían una calleja bordeada por casas miserables, lejos del centro del pueblo, una calle que casi cada cincuenta yardas torcía y continuaba en otra dirección. Hacía un calor horrible, y la calle ofrecía indicios desagradables de que terminaba en un mercado de ganado. Nigel pensaba anhelosamente en su piso, que miraba a una plaza de Londres, *démodée* pero limpia y hermosa. Justamente cuando el hedor se hacía casi intolerable y llegaban a la vista de un espacio de terreno abierto, cubierto por corrales blanqueados, el inspector se detuvo frente a una escuálida casa de ladrillos.

—¿Para qué hemos venido aquí? —preguntó Nigel—. La verdad es que no necesito comprar carne por el momento.

—Quizás le agradaría un cerdo asado —dijo Tyler con el aire complacido y desafiante de quien ha hecho un chiste demasiado sutil para el ingenio inferior de su auditorio.

—Entonces lo compraré. ¿De qué se trata?

—Ésta es la casa de la señora Bolster —dijo el inspector, golpeando vigorosamente la puerta—, donde se aloja el señor Sorn.

—¿Aquí? ¿Gabriel Sorn? ¡Dios nos asista! Pero ¿por qué? No sabía que fuera coprófilo además de surrealista.

La puerta se abrió, y apareció una mujer que respondía muy bien a su nombre<sup>[3]</sup>.

—Buenas tardes, señora Bolster. ¿Está su inquilino? Me gustaría decirle unas palabras.

—El zeñor Zorn acaba de zalir. Ziempre zale a pazear los zábados por la tarde. Eztará de vuelta para el té, en cualquier momento.

—Lo esperaremos, entonces. ¿Podemos entrar?

—Zin duda. Por aquí, caballeroz, por favor.

La señora Bolster los dejó pasar y cerró la puerta tras ellos. El corredor estaba obscuro como boca de lobo e impregnado de un olor complejo y peculiarmente fétido, del que no se podía afirmar nada, salvo que su base parecía ser pescado podrido.

—¿Quieren ezperar en la zalita? —preguntó la mujer.

—No, creo que bien podríamos ir directamente a la habitación del señor Sorn.

Una cosa, señora Bolster. Estoy investigando el asesinato del señor Bennett, y tenemos que descubrir —un asunto de rutina— el paradero de todos los que estuvieron con él el jueves a la noche. El señor Sorn estuvo en una reunión hasta las once y cuarto, más o menos. Supongo que regresó alrededor de las once y media.

—Zí, zeñor. Y media justaz, eran. Nuestra Bertha tenía un dolor de muelaz bastante cruel eza noche y yo eztaba zentada con ella. Muy mal eztaba.

—Supongo que usted cerraría después que él entró, entonces —dijo el inspector, un poco desanimado.

—Oh, no, zeñor, ziempre cierra el mizmo. A menudo zale a pazear por la noche, ¿entiende? Muchaz vecez le he dicho que el aire de la noche no ez bueno para el hombre ni para laz bestiaz, pero él lo hace igual. Un caballero raro en zuz hábitoz, pero paga el alquiler regularmente.

—¿Salió a dar uno de sus paseos el jueves a la noche?

—Ezo no puede decirlo, no, no con zeguridad. Creo que lo ezcuché bajar la ezcalera otra vez, puez yo eztaba acompañando a nueztra Bertha, que eztaba muy enferma eza noche. Andaba muy zilenciozamente, como ziempre, de noche, puez no dezea dezpertarnoz. Un caballero muy konziderado, el zeñor Zorn, ezo zí.

—Sin duda, sin duda —dijo el inspector cordialmente—. ¿Realmente no lo oyó salir, entonces?

—No zeñor, no puedo decir que lo haya oído. ¡Oh, válgame Dioz!, me olvidaba. Debo de eztar bastante extraviada. Claro, zi anoche mismo, cuando le traje la zopa, el zeñor Zorn me dijo, «Bolster», dice, puez eza ez zu manera de llamarme, aunque ziempre le digo que ez irrezpetuoza, pero hoy día una no puede elegir zuz inquilinoz, «Bolster», dijo, «ezpero no haberla dezpertado anoche, cuando volví». Le dije que eztaba dezpierta con nueztra Bertha, que ze zentía muy mal con zu dolor de muelaz. Azi ez que el zeñor Zorn dice que no ze había zentido muy feliz con zuz tripaz eza noche, de modo que había bajado a buzcar un libro en cazo de no poder dormir. De modo que debo de haberlo oído, ¿entiende? cuando buzcabá el libro.

—Sí. Claro, sin duda —ronroneó el inspector—. Bueno, si quiere mostrarnos ahora la habitación del señor Sorn, no creo que necesitaré molestarla más.

Lo más notable en la habitación de Gabriel Sorn era un ruido extraordinario, confuso, precipitado, metálico, como si uno se hubiera metido en una suerte de hormiguero mecánico. Ésa, en verdad, era la única cosa notable, porque la habitación estaba aún más oscura que el corredor.

«Una máquina infernal, eso debe ser» —pensó Nigel con fatalismo—. «Sorn la ha dejado ahí para hacer volar la prueba acusadora y los *detectives*. Bonito, aunque infortunado».

La señora Bolster descorrió las cortinas, diciendo:

—El zeñor Zorn debe de haber eztabo con zu poezía antez de zalir. Ziempre le rezulta máz fácil hacerla en la obzcuridad, dice.

—¿Como si fuera a revelar una fotografía? Un principio muy sólido —dijo Nigel,

los ojos apretados ante la inminente explosión y el doloroso deslumbramiento que se derramaba ahora dentro del cuarto.

—Ah, un buen montón de cosas pueden hacerse en la obscuridad, ¿eh, señor Strangeways? —dijo el inspector significativamente.

—¡Por favor, inspector! No estamos en el salón de fumar ahora —protestó Nigel, abriendo lentamente los ojos—. ¿No sería un buen plan poner la bomba en un balde de agua, antes de que nos haga volar a todos, quiero decir?

—¡Bomba! —estalló el inspector—. ¡Bomba! ¿Qué es eso de bomba? ¿Le ha hecho mal-el sol, señor?

—Oh, le ruego que me disculpe. Percibo que el error es mío. De modo que Sorn es cronométrófilo, además de ser coprófilo. Me gustaría saber cuántos hay.

Nigel comenzó a recorrer la habitación, contando los relojes que había.

—De izquierda a derecha —dijo— tenemos un reloj de pie; un reloj de cuco; dos relojes de origen suizo, muy raros y curiosos, que representan respectivamente un gnomo que martilla sobre un yunque y un coche con la rueda trasera moviéndose a saltos; sobre la chimenea un reloj de mármol, que pesa probablemente una tonelada, rematado por un par de luchadores agotados, que evidentemente no se esfuerzan mucho; también dos relojes de viaje; un reloj de pared, calado, con la mayoría de sus entrañas colgando; un reloj más modesto, asomando tímidamente la felpa roja; ídem, ídem, felpa verde; en oncen y último lugar, un reloj combinado, calendario y barómetro —sin duda dice la suerte y da conferencias nocturnas sobre el cultivo de las remolachas—. Bueno, nunca he visto cosa igual. ¿Y todos esos relojes pertenecen al señor Sorn?

—Oh, no, zeñor —dijo la señora Bolster—. Zon de mi marido.

—¿Coleccionista?

—No, zeñor. Mi marido ez religioso, ¿entiende uzted? Tuvo una viziión de que la Zegunda Venida iba a producirze en la medianoche del 3 de abril, el año pazado; y como quería zer puntual y ezta preparado, ¿entiende usted?, zolía ir por laz zubatzaz y comprar relojez. Loz ponía en hora a todoz, de modo que zi uno o dos ze dezcompuzieran de repente, igual zabría cuándo ceñirze el coztado. Dezpuez, cuando la Zegunda Venida no ze produjo, no tuvo corazón para dezhacerze de elloz. Llegó a zer un hábito, ¿entiende uzted?, darlez cuerda todoz loz díaz. Pero no quizo vivir más en ezta habitación, puez era un hombre dezengañado, como quien dice, azi ez que la alquilámoz al zeñor Zorn.

—Entiendo —dijo Nigel.

La señora Bolster hizo una reverencia hasta donde su figura se lo permitía, y se retiró. Nigel rondó la habitación. Las sillas y los sofás eran de una sorprendente variedad de formas, pero todos parecían uniformemente incómodos. La biblioteca contenía un muy extraordinario conglomerado de libros: las obras de Shakespeare se codeaban con una grave obra sobre *Cómo desarrollar la confianza en sí mismo*; a continuación venían las *Conferencias preliminares de Freud*, Ella Wheeler Wilcox,

completa, encuadernada —aparentemente— en esponja; un manual sobre el ciclismo. *De grumete a almirante*, los sermones del reverendo Spurgeon, *El cuidado de las muías*, *La divina comedia*, *Las cartas de Sacco y Vanzetti*, *Vagando hacia el éxito*. Los cuadros representaban, en su mayoría, escenas amorosas del siglo dieciocho; rubias tísicas, extendidas sobre rústicos bancos o posando ante urnas de mármol, recibían los requiebros de jóvenes de aspecto reprochable con sombreros de tres picos, botas de montar y calzones ajustados. La insipidez de estos cuadros era aliviada por un arenque ahumado que colgaba del marco de uno de ellos, y un par de tirantes que festoneaban sobre otro.

—¿Sabe usted —dijo Nigel con pavor— que este sujeto, Sorn, es en verdad admirablemente consistente? Entre el ganado que muge afuera, los relojes que repican adentro, los libros, los cuadros, y todo, ha creado un perfecto ambiente surrealista.

—Yo le daré surrealismo —gruñó el inspector—. ¿Adonde fue a pasear el jueves a la noche, eh? ¡Haciendo tragar a la señora Bolster ese cuento de ir a buscar un libro!

—¿Observó usted, sin embargo, la *hora* a que...?

El punto de vista de Nigel, cualquiera que fuese, fue ahogado por la explosión de un estruendo infernal. El torrente metálico de tictaques disminuyó; un pajarito saltó del reloj de cuco y ofreció una excelente imitación de una lechuza huciendo sobre una horca; a continuación hubo una irrupción de resuellos, rugidos, carraspeos, arcadas, sonidos nasales, y cabriolas, mientras los otros diez relojes achiraban sus gargantas antes de dar las cuatro.

—Realmente —gritó Nigel— creo que lo mismo dio que no se produjera la Segunda Venida. El padre de Bolster debería de haber tenido un oído notablemente agudo para alcanzar a oír la Última Trompeta en medio de todo este alboroto. — Cuando terminó la batahola, se abrió la puerta y entró Gabriel Sorn. Al verlos, su boca movidiza y débil se frunció involuntariamente y todo su rostro pareció cerrarse. Nigel castañeteó los dedos: al cabo había descubierto a quién se parecía Sorn.

—Me sorprende verlos encerrados en una tarde hermosa como ésta, inspector — dijo Sorn con levedad bastante espeluznante—. ¿Puedo sentarme? ¿Quieren que me vuelva hacia la luz, o algo así?

El inspector pasó todo esto por alto. Su cara ancha resaltaba horrorosamente sobre su uniforme; pálida y un tanto amorfa, como una raya gigante —pensó Nigel.

—Bien, señor, tengo que hacerle una o dos preguntas, Primero, ¿desde cuándo ha estado enterado del contenido del testamento del difunto señor Bunnett?

—Ésa es fácil. Todavía no sé nada de eso.

—¿No sabía usted entonces que legó la mayor parte de sus bienes a... —el inspector se detuvo un segundo, escudriñando cuidadosamente a Sorn— a su madre, la señora Annabel Sorn?

El rostro del joven asumió una expresión de sorpresa y consternación casi teatrales.

—¿A mi madre? —boqueó—. Pero eso... quiero decir, ¿por qué?

—Eso es lo que esperaba que usted me dijera.

—Oh, ya veo —dijo Sorn, recobrándose—. Motivo. Pero usted no puede achacar nada a mi madre: usted sabe que está en Francia. ¿O anda detrás de mí? Claro: el hijo mata al empleador para salvar a su Madre, viuda, de la destitución. ¡Qué vulgar!

Sorn hablaba por la nariz con la voz gangosa que una vez se asoció a los Puritanos y ahora, por algún curioso capricho de la sucesión, ha sido heredada por los estetas.

—Ya ventilaremos eso —dijo el inspector, no más molesto por todo esto que Carson por los agudos epigramas de Oscar Wilde—. ¿Quiere contarme por favor cuál fue su relación con el difunto, cómo surgió, etc.?

—Era un viejo amigo de mi madre. Poco después de abandonar yo la universidad, se ofreció para tomarme en la cervecería como aprendiz; creo que existía la idea de que me convirtiera en socio, si «salía bueno», como probablemente diría usted.

—Entiendo. ¿Salario?

—Oh, poco. No alcanza más que para mis gastos particulares: y recibo una pequeña pensión de mi madre. Como sugiere usted, tenía todos los incentivos para asesinar a ese viejo rufián.

—¿De modo que usted *estaba* enterado del testamento, eh?

—No. No estoy admitiendo nada de eso. Si no puede entender...

—Sorn —interpuso Nigel—, yo suprimiría la ironía. El inspector entiende los hechos, pero no las figuras de dicción.

—¿Dónde estaba usted la noche del crimen?

—En la cama.

—Es curioso. Su casera dice que lo oyó bajar la escalera no mucho después de haber regresado de la fiesta.

—Oh, sí —dijo Sorn, quizás con demasiada prontitud—. Bajé a buscar un libro.

—¿Qué libro?

—*La gran muralla china* de Kafka, siete chelines y seis peniques netos. Todo muy preciso.

—Entonces, ¿cómo explica el hecho de que fuese visto cerca de las puertas de la cervecería no mucho después de medianoche?

Nigel se incorporó bruscamente. Era la primera vez que él oía... oh, no, se trataba de un golpe largo del inspector, y decididamente debajo del cinturón, además. Claro es que Tyler siempre podría decir que era un caso de identidad confundida si Sorn trataba de meter bulla por eso. Pero no hubo necesidad. La baladronada de Sorn se derrumbó. No tuvo vigor para sostenerse en su propio engaño: su boca se crispó, y apareció saliva en sus comisuras.

—Yo no... supongo que puedo dar un paseo, si se me ocurre, malditos sean sus ojos.

—Una hora curiosa para salir de paseo, ¿eh?

—Los poetas tienen hábitos curiosos, mi buen inspector.

—Tales como... trabajar en la obscuridad, ¿eh?

—Sí, si le parece. —Luego Sorn percibió el doble sentido—. No estuve en la cervecería, no tengo nada que ver con eso. ¡Cómo se atreve a intimidarme de este modo! —Su voz gangosa se elevó en un triste falsete. Nigel se sintió acalorado y aturdido.

—Nadie lo acusa de nada todavía —dijo el inspector—. ¿Por qué fue a la señora Bolster con ese cuento de que había bajado a buscar un libro?

—Porque, si es que debe saberlo, cuando encontramos a Bunnett en esa caldera y se dijo que debía de haber sido muerto la noche anterior, pensé que vendrían a husmear por aquí, preguntando dónde había estado.

—Creo —señaló Nigel con su voz más desapasionada— que realmente esto habla en favor del señor Sorn. Si hubiera cometido el crimen, habría intentado lograr una coartada tan pronto como fuera posible. Tal como sucedieron las cosas, no lo hizo hasta la tarde siguiente; durante la cena, dijo la señora Bolster.

—Hum. Podría ser, pero...

—¡Basta! —gritó Sorn—. ¿Quieren terminar? ¡Les digo que no lo hice! ¡Hablándome como si yo fuera algo colocado bajo un microscopio! ¡No ven... es estúpido, digo... no puede... una cosa así no puede pasarme a mí! Y ahora me han hecho enfermar: tengo dolor de cabeza: quiero que se vayan —añadió resoplando ridículamente.

—Domínese, señor... ¿Quiere tener la bondad de decirme exactamente adonde fue a pasear, y la hora aproximada?

Tras muchos inconvenientes se logró aclarar este punto. Sorn sostuvo que había salido de nuevo entre las once y media y las doce menos cuarto, que había andado por Long Acre, sobre el puente del ferrocarril, en el extremo sur del pueblo, y que luego había regresado por el deslinde del parque Honeycombe, y bajado por la colina de Honeycombe, hasta el pueblo. Había pasado por la puerta de la cervecería, suponía, alrededor de la una menos veinte.

—¿Afirma usted, pues, que no entró en la cervecería?

—Claro que no entré. ¿Cuántas veces más tengo que...? Y si...

—¿No vio ni oyó nada sospechoso? ¿No había luz en el edificio?

—No. A menos que considere sospechoso a un hombre en una motocicleta.

«¡Oh, Dios, Dios! —pensó Nigel—. Culpable o inocente, el joven tonto está resultando demasiado inteligente—. Con humorismo pesado y malicioso, como si estuviera diciendo a un motorista errante: ¡Oh, iba a veinticinco millas por hora!, ¿no?». El inspector recogió ese detalle:

—¿Un motociclista, eh? ¿Y dónde pudo haberlo visto?

—Cuando llegué... oh, casi cincuenta yardas más allá de la cervecería, oí que en algún lugar, detrás de mí, se ponía en marcha una motocicleta y partía en la dirección contraria.

—Y ese motociclista suyo salió del patio de la cervecería; ¿no es así?

—¡No es un motociclista mío! Y no sé de dónde salió, o si era un hombre: estaba demasiado obscuro. Puede haber estado de visita en una de las casas de enfrente. Todo lo que sé es que no había pasado al lado mío cuando entré en el pueblo. Me sorprende —añadió Sorn con acento de sospecha— que quienquiera haya sido el que me vio pasar por la cervecería, no viera a ese motociclista.

—Muy sorprendente, sin duda, señor, *muy* sorprendente —replicó el inspector, con pesado sarcasmo.

—Pero le digo... —gimió Gabriel Sorn.

—¡Oh, olvídense! —dijo Nigel, con impaciencia—, puede verificarse muy fácilmente, en uno u otro sentido. *Hay* una pregunta que me gustaría hacerle, sin embargo, Sorn.

—Adelante. No se preocupe por mí. Sólo que, por favor, no me pregunte otra vez si cometí el crimen. Encuentro tediosa la repetición —dijo Sorn, volviendo a ser un poco el de antes.

—No, no es eso. Sólo quería preguntarle desde cuándo sabe que Eustace Bunnett es su padre.

Toda la cabeza de Gabriel Sorn se sacudió hacia atrás, como si la hubiera amenazado un puño. Luego la sangre bañó su rostro, y se lanzó malignamente contra Nigel. El inspector tuvo buen trabajo para retenerlo y hacerlo caer otra vez en su silla. Después de un instante la mirada feroz desapareció de sus ojos; sonrió torcidamente y jadeó:

—Le pido disculpas. ¡Qué primitivas son las reacciones de uno! Hijo Afectuoso Defiende el Honor de su Madre. Apalearé al bruto que llama a mi madre..., demasiado terriblemente Victoriano y folletinesco.

—¿De modo que *sabía*? —dijo Nigel con suavidad.

—No sabía. Lo sospechaba, si quiere. Cierta desgraciado parecido en los rasgos comenzó a preocuparme. Realmente, demasiado humillante. Me pregunto si nadie más lo notó.

—Es muy leve. No se me ocurrió —excepto que se parecía vagamente a alguien que había conocido— hasta que oí esa cláusula del testamento. Eso explica el legado, supongo.

—También lo supongo. Pero hay algo más... algo que de cualquier modo no puedo explicar —dijo Gabriel Sorn con una voz que no le habían oído antes.

—¿Qué cosa?

La voz del joven era casi inaudible; la verdad es que no les hablaba a ellos.

—¿Por qué mi madre...?, ¿cómo pudo entenderse con ese cerdo de Eustace?

---

---

## CAPÍTULO VII

«Era una máxima de Foxey —nuestro reverendo padre, caballeros—: ¡Sospechad siempre de todos!».

*Dickens (Almacén de antigüedades).*

Nunca creí que se me antojaría una gota de cerveza otra vez —dijo el sargento Tollworthy—. Pero uno nunca sabe hasta que hace la prueba, ¿verdad?

Herbert Cammison y Nigel aplaudieron esta nítida afirmación de la filosofía empírica; el sargento bebió un vigoroso trago y exprimió la humedad de su bigote en el vaso. Eran las nueve de aquella misma noche. El sargento parecía gozar de un breve respiro en su trabajo, sentado con el cuello desabrochado y una pinta de cerveza a su vera, en el sillón más cómodo de Herbert. Sophie se había ido a acostar temprano, con un fuerte dolor de cabeza.

—Supongo que no debería aceptar su hospitalidad, viendo que estoy aquí, en parte, por asuntos de negocios, doctor —dijo el sargento—. Sin embargo, minea me gustó el formalismo, y maldito si no hay demasiado en la Policía.

Bebió otro trago más pausado.

—Creía que sólo se les permitía beber con los sospechosos —dijo el Dr. Cammison contemplando agudamente al sargento—. ¿También me tiene en la lisa, Jim?

—En cierto modo, sí, señor. Claro que usted y yo nos conocemos. Usted sabe que tengo mi deber que cumplir, y yo sé que usted no tiene nada que ver, de modo que lo que yo digo es; ¿por qué no echar un buen trago? ¿Algo así como combinar negocios y placer?

—Un concepto muy sólido, noblemente concebido y noblemente expresado —dijo Nigel—. Bueno, a su salud.

—Fíjese usted, doctor —explicó Tollworthy—; es así. Yo no habría venido a molestarlo, pero ese Tyler... es un verdadero espanto, sí señor, de veras. No respeta a las personas Tyler, no señor; y viendo que había llegado cierta información a sus oídos, me mandó hasta aquí... nada más que un asunto de rutina, señor, casi no necesito decirlo... Bueno, la verdad del asunto es que quiere saber dónde estuvo usted la noche del crimen, ese mastuerzo estúpido.

El sargento Tollworthy, habiendo librado de un peso a su conciencia, comenzó a transpirar profusamente, suspiró con alivio, sacó un pañuelo rojo y blanco del tamaño de una toalla de baño mediana, y se enjugó.

—¿Anteanoche? —dijo Cammison—. Tuvimos una fiesta. Todos los huéspedes se habían ido antes de las once y media. Strangeways y yo echamos un último trago. Me fui a la cama a eso de las doce menos cuarto. En cama pasé todo el resto de la



noche. Temo que no haya ningún testigo. Duermo en una habitación distinta a la de mi mujer, y probablemente la doncella roncaba en el desván.

—Basta para mí, señor —dijo el sargento, alzando la mano en un gesto de su oficio—. Usted estaba en la cama, y allí lo dejaremos —inspector o no inspector—. Fíjese usted, señor, yo no quería venir aquí... oficialmente, quiero decir. Es ese Tyler. Es desconfiado. Ah, un hombre muy desconfiado, Tyler. Sospecharía del trasero de *Herr* Hitler, Tyler, sí, señor. Dele media oportunidad, y sospecharía del Arzobispo de Canterbury.

—Bueno, es su oficio, después de todo, ¿no es así? —dijo Herbert.

—¡Que reviente el oficio! No veo que tenga sentido buscar complicaciones. Pero Tyler es desconfiado, ¿entiende usted? Ese hombre tiene una opinión muy baja de la naturaleza humana.

—¿Un poco más de cerveza?

—Gracias, no diré que no... A su salud, señor, y a la suya, señor.

—¿Decía usted que había llegado alguna información a oídos de Tyler? —prosiguió Cammison.

El sargento Tollworthy pareció excesivamente confuso. Manoseó la tirilla de su cuello, cambió de pie, respiró pesadamente; después prosiguió.

—Es ese bastardo. Feather, que está buscando dificultades.

—¿Feather? ¿Se refiere a...?

—Ajá. El que trabaja en la cervecería. Vino esta tarde a la comisaría y dijo que tenía alguna información que dar esa rata..., si me perdonan la expresión, caballeros. Si tuviera a ese Feather junto a mí, nada más que unos instantes, ya le sacaría yo alguna información; nada más que un instante y no quedaría nada de él salvo lo que arrebajaran de sus restos. ¿Información? ¡Bah!

—Pero ¿qué dijo?

—Dijo que oyó una pelea entre usted y el señor Bunnett allá en la cervecería, hace un tiempo. Dijo que le oyó decir que vería muerto a Bunnett antes que se llevara no sé qué cosa; de manera que cuando asesinan a Bunnett, este Feather ata cabos y se viene a ver a Tyler con su solución. Ésa es *su* historia. Menudo trabajo me costó no ponerle las manos encima a este maldito mentiroso, sí señor.

—Desdichadamente es completamente cierto..., la parte de la pelea, quiero decir. Discutimos por las condiciones de la cervecería, y sin duda Bunnett se encargó de que este espía suyo estuviera escuchando en alguna parte.

—¿Es cierto eso, señor? Malo ¿verdad? Un poco peliagudo para usted, quiero decir. Claro que sé muy bien que usted no lo hizo. Pero ese Tyler, como es un sujeto desconfiado... Oh, bueno, cuanto menos se habla, más pronto se arreglan las cosas. Pero eso no es lo peor. Tyler me dice: «¿Para qué puso el asesino el cadáver en dicha caldera? Pues sería para destruir la prueba de cómo fue cometido el crimen». Lo que sugiere que el crimen fue cometido de modo que no dejara rastros que descubrieran al criminal, suponiendo que quedarán restos. «Ahora bien», dice Tyler, «¿quién tiene

más probabilidades de poder matar a alguien de manera secreta que un médico — drogas, veneno, o un limpio trabajo de cuchillo—?» y usted perdone, señor. Pero ése es el asunto, ¿entiende? Muy brillante para ser Tyler, en verdad.

—Ay —dijo Nigel—, temo haber sido yo el que prohibió esa idea siniestra. Sin embargo hay otras maneras de mirarla. El sereno nocturno, de acuerdo a su horario, debía visitar la plataforma donde están las calderas más o menos diez minutos antes de medianoche. El asesino podría haber matado a Bunnett allá arriba, y luego haber oído al sereno que venía, o sabido que debía venir, y arrojó el cuerpo de prisa en esa caldera, nada más que para deshacerse de él.

—No está en su mejor forma. Nigel; podría vulnerar esa teoría en unos doce puntos. Por ejemplo: quienquiera que haya hecho el trabajo, debe de haber conocido muy bien las actividades y la distribución de la fábrica; de manera que habría tenido cuidado de hacerlo cuándo y dónde había seguridad de que no viniera el sereno.

—Sí —dijo Nigel abstraídamente—. Lo que me preocupa es por qué metió al viejo Bunnett en-la caldera. O era parte del plan, o lo hizo apremiado. Su argumento, Herbert, parece anular la segunda alternativa. ¿Por qué era parte del plan, entonces?

—¿Una especie de justicia poética, señor —dijo Tollworthy—, tirarlo dentro de su propia cerveza?

—¿Justicia *poética*? No sé. Gabriel Sorn, claro. Es una posibilidad.

—¿Simplemente un ciego ataque de rabia? —sugirió Cammison.

—Pero eso implicaría que todo el crimen fue impremeditado, y el anónimo lo contradice.

—No necesariamente —dijo Cammison—. Cierta tipo de carácter —el débil moral, sensitivo, neurótico, para decirlo *grosso modo*— es posible que viera rojo *después* de dar el primer golpe. Usted me entiende, la clase de hombre que pisa un gato con el automóvil y luego se baja y lo golpea hasta convertirlo en una gelatina; es miedo, realmente; una combinación de miedo y sadismo.

—Sí, había un muchacho así en mi escuela. Tímido, apocado, solitario. Un día en que otro chico lo estaba molestando, se volvió contra él y lo derribó con un golpe afortunado; y entonces, maldito yo si casi no le desparramó los sesos por el suelo. Se necesitaron tres de nosotros para separarlo, y el otro muchacho estuvo quince días en el sanatorio. Pero este tipo ¿podría llegar a idear un crimen y excitarse de modo de dar el primer golpe? Eso es lo que dudo.

—Diría que es poco probable, pero no imposible —replicó Cammison—. El tipo en que pensamos es probablemente un fantaseador. Podría planear la ejecución del crimen como una fantasía; sería muy capaz de enviar un anónimo y aun de ir a la cervecería él mismo. Normalmente se detendría allí. Pero suponiendo que Bunnett lo descubriera acechando por ahí, suponiendo que hubiera alguna pelea, su asesinato fantástico podría ser cometido de verdad, casi en defensa propia. Una vez que lo hubiera golpeado hasta atontarlo, bien podría saborear la sangre —por así decirlo— y terminar con él como es debido.

—Sí, es razonable, creo. Otra vez el gorro parece quedarle muy ajustado a ese infeliz de Sorn. No se puede llamar neurótico fantaseador al cervecero principal, por ejemplo, o a *Miss Mellors*.

Nigel se preguntó, sin embargo, quién le había sido descrito recientemente como «moralmente débil». No era Gabriel Sorn, sin duda. No, Sophie había usado la frase refiriéndose a Joe Bunnett.

—Luego, además, existe la posibilidad de una *dementia praecox*. Lo que llaman «personalidad dual», Jim —dijo el Dr. Cammison—. La mente se divide, y sus dos partes trabajan alternadamente. Es lo que se oculta tras esos casos de sacerdotes y maestros del carácter más ejemplar, que de pronto cometen atropellos indecentes en los trenes. Su asesino puede ser algún sujeto normalmente inofensivo, y no tener ninguna conciencia de lo que ha hecho. *Jekyll y Hyde*, ¿entiende?

—Denos una oportunidad, doctor —protestó el sargento—. Pronto me estará diciendo que fue Tyler, o su misma señora, quien lo hizo.

—Me pregunto si un desdoblamiento deliberado, consciente de la personalidad —dijo Nigel— puede hacer al sujeto especialmente propenso a la condición mórbida. Sorn, por ejemplo, parece mantenerse con bastante éxito en dos compartimentos separados. En la cervecería es una persona muy diferente a lo que es *chez Bolster*.

—Temo no poder decírselo.

—De cualquier modo, todo es muy abstracto. Lo que queremos son más hechos. ¿Qué me dice de ese anónimo, sargento? ¿Se está haciendo algo con eso?

—Tenemos un hombre encargado de él, señor. La correspondencia es recogida en Weston Priors a las dos y veinte y a las siete y veinte. La carta debe de haber sido echada al buzón entre esas horas, de modo que he estado averiguando los movimientos de la gente la tarde del 15 y las noches del 16 y 17.

Aquí está la lista de personas que me dio Tyler, con las observaciones. ¿Le interesa verla?

—¡Cáspita! —exclamó Nigel, echando un vistazo a la carilla de papel—. No hay duda que su inspector es bastante liberal en la elección de sospechosos. —Leyó en voz alta para sí mismo:

<i>Nombre</i>	2.20 a 7.50 ( <i>Julio 15</i> )	11.30 en adelante ( <i>Julio 16-17</i> )
G. Sorn.	En la cervecería hasta las 5.30 p. m. (confirmado por H. Barnes y otros). En su alojamiento, 5.35 a 7.30 (confirmado por la Sra. Bolster).	De paseo de las 11.40 a las 12.45, aprox. (sin confirmación aún).
H. Barnes.	En la cervecería hasta las 5.30 p. m. (confirmado por G. Sorn, etc).. Llegó a la «Cabeza del Ciervo» a las 7.5 y permaneció allí hasta las 8.15 (confirmado por el barman, etc).. Según propia confesión, viajando en auto por el campo entre 5.30 y 7.5: ruta dada (sin confirmación aún).	En la cama (confirmado por su mujer).
	2.20 a 4 p. m. descansando (parcialmente	

Sra. de Bunnnett.	confirmado por la doncella). <i>Tea-party</i> 4.15 a 5.30 (confirmado por la Sra. Amberley). 5.30 a 7.30 en el jardín y vistiéndose para la cena (confirmado por la doncella).	En la cama (sin confirmación todavía).
J. Bunnnett.	Llegó al «León Real», Poolhampton, 3 p. m. (confirmado por el portero, etc).. Movimientos durante el resto del día confirmados por Elias Faulkes, a cargo del barco de Bunnnett, el <i>Gannet</i> , personal del hotel, etcétera.	Ninguna evidencia. Presumiblemente en el mar. El <i>Gannet</i> salió del puerto a las 7.45 p. m. (confirmado por Elias Faulkes, etc)..
A. Mellors.	Rehúsa declarar paradero desde 2-20 a 3.30. 3.30 a 3.40 haciendo mermelada (confirmado por doncella). 4.30 a 6.30 reunión de comisión (confirmado por Rev. Summers) - 6.30 a 7.30 cultivando el jardín (confirmado por vecinos).	En la cama (ninguna confirmación); vive sola en la casa.
H. Cammison.	¿ ?	¿ ?

—¡Hum! Dudo si la columna del 15 de julio puede resultar muy útil. Hay tantas maneras de franquear una carta, aparte de echarla al buzón uno mismo. Barnes, la Sra. de Bunnnett, Joe Bunnnett, Parsons y *Miss Mellors*, todos pudieron haberlo hecho, por lo que hasta ahora sabemos.

—¿De qué se trata? —preguntó Herbert.

—La cuestión acerca de quién echó el anónimo en Weston Priors, entre las dos y veinte y las siete y veinte del 15. Le convendría llenar su pequeño espacio, ya que estamos en esto.

—¿El 15? ¡Dios mío! Yo estaba en casa de Eglinton esa tarde. Pasé a un par de millas de Weston Priors a la vuelta; usted sabe, Jim, la bifurcación de caminos de Aldminster. Me parece que estoy llenando rápidamente los requisitos para el rol de asesino principal.

El sargento Tollworthy rió con ganas.

—Bueno, señor, usted siempre bromeando. Si me permite anotar los detalles..., supongo que Tyler querrá que vaya a husmear al hombre de Aldminster y cosas por el estilo.

Cammison se los dio. Nigel estudiaba la lista.

—Veo que tiene anotada a Ariadne. ¿Por qué no quiso decirles dónde había estado esa tarde?

—¡Regístreme, señor! Regañó mucho a causa de eso, sí, señor; dijo que sus asuntos privados no tenían nada que ver con un montón de policías entrometidos. Me sentí como un castillo de naipes durante un terremoto, la verdad. Tendremos que investigar eso, supongo. Si *Miss Mellors* hubiera estado en algún lugar del maldito paisaje, alguien la hubiera notado sin duda.

—Veo que este Ed. Parsons tiene una motocicleta —dijo Nigel—. Supongo que el inspector le contó la historia de Sorn sobre el motociclista enmascarado, y todo lo demás.

—¿Enmascarado? ¡Cuernos! No sabía que estuviera enmascarado.

—Hablando figuradamente. En noche negra, enmascarado para los ojos de los hombres. Verso blanco.

—¡Ah! Tyler mismo anda, tras de Parsons. Su casera puede saber cometido algún pequeño error respecto a la hora en que volvió, y esa Lily Barnes —una pequeña descarada— *dijo* que había andado de paseo con él, pero...

—Pero ¿por qué había de matar Ed. Parsons a Bunnett? ¿Tenía motivos, también? ¿Hay en todo este pueblo y condado alguien que no tuviera un motivo?

—Conociendo a Bunnett, me inclinaría a dudar —dijo ásperamente Cammison.

—Ed. Parsons tuvo alguna desavenencia con el señor Bunnett. A causa de la carga de los camiones. Debido a algunos camiones sobrecargados. Lo llevamos al tribunal. El joven Ed. dijo que sólo había actuado de acuerdo a instrucciones del señor Bunnett, cosa que el señor Bunnett niega con mucho vigor. Desde entonces, de acuerdo a mi Gertie, que solía ser bastante carne y uña con Lily Barnes —pues Lily andaba acaramelada tras el joven Ed—, el señor Bunnett hizo de la vida un perfecto infierno para él; siempre persiguiéndolo y encontrándole faltas y todo eso. Lo cansó, podría decir. Y eso no es todo. Mi Gertie le contó a su madre que Lily está metida en un lío y le echa la culpa al señor Bunnett, aunque no tiene por qué contar esto por ahora, viendo que Gertie se lo dijo a su madre confidencialmente.

—Sí, supongo que es un motivo suficiente. Pero no puedo entender por qué si Parsons hubiera asesinado a Bunnett, había de anunciar su presencia rugiendo ante las puertas de la cervecería en una motocicleta, a medianoche.

—Tiene razón, señor. Y Parsons es un mozo decente, recto, además... un tanto demasiado bueno para esa Lily, si me pregunta a mí.

—Me gustaría saber si el señor Barnes conocía los apuros de su hija.

—Eso es lo que preguntaría Tyler, también. Sólo que todavía no le he contado lo de Lily. —El sargento cambió de pie y se tiró del bigote, inquieto—. Estaba pensando, señor —si puedo atreverme a tanto— si no quisiera cambiar unas palabras con Lily usted mismo. Como usted no es oficial, podría sentirse más inclinada a conversar con usted que con nosotros.

—Hum. No alcanzo a imaginarme convertido en escudero de damas errantes. Sin embargo... Sí, lo haré. De cualquier modo tengo que hablar con ella por este asunto de Trufas. ¿Qué noticias hay del frente de Poolhampton, entre paréntesis?

—El señor Joe Bunnett llegó allá en su automóvil, alrededor de las tres. Pasó el resto del día consiguiendo provisiones, petróleo para su máquina y...

—¿Petróleo para su máquina? —dijo Nigel—. No... Sin duda Sophie me dijo que despreciaba las máquinas, y rechazaba todo lo que no fuera velas.

—Sí —dijo Herbert Cammison—, es todo un viejo lobo de mar. Pero me dijo que

iba a colocar una máquina auxiliar para este crucero, pues no había encontrado nadie que lo acompañara y no le agradaba la idea de dirigir el barco solo, a esta altura de la vida, nada más que con velas. Muy sensato. Ya va para los cincuenta, sabe, y desde el punto de vista físico no es precisamente un Viking.

—Veo. Y desde entonces, ¿cuándo?, las siete y cuarenta y cinco de la tarde del jueves, ha estado navegando hacia el oeste, ¿no es así?

—Sí, señor. Hemos advertido a todos los lugares donde podría hacer escala — Lyme Regis, Exmouth, Plymouth y el resto— para que estén a la mira de su barco, pero todavía no ha entrado en ninguna parte.

—Ni lo hará tampoco, supongo —dijo Cammison—; tiene bastantes provisiones para un viaje largo, y un buen barril de agua. Hice un crucero con él el año pasado, y se mantuvo en el mar los primeros cuatro días seguidos. Se ponía al paio de noche, y navegaba todo el día. Una tormenta sería lo único que podría empujarlo a puerto.

—Parece que sería mejor advertir a la navegación que esté atenta a la aparición de su barco. Sin embargo, calculo que no hay urgencia. La cervecería puede funcionar sin él un día o dos más. Parece una lástima amargarle las vacaciones.

Después de esta afirmación, lamentablemente extraoficial, el sargento chasqueó la lengua y miró abstraídamente dentro de su vaso. Herbert interpretó estos signos correctamente: el vaso fue llenado de nuevo.

—Es un caso miserable —dijo Nigel—. Ningún cadáver que pueda ser llamado tal. Todos tienen un motivo. Nadie parece tener una coartada, excepto Barnes y Parsons, y sus coartadas son proporcionadas sólo por sus mujeres, lo que significa que maldito lo que valen para nosotros. El asunto no es nada ortodoxo. Los libios de texto no nos van a ayudar. Tendremos que recurrir al mesmerismo o a la vara mágica o a algo parecido. ¿Qué candidatos apoya Tyler, o acaso el viejo zorro se muestra imparcial?

—Por ahora diría que le gusta el señor Sorn, amigo. El joven salía ganando mucho con la muerte del señor Bunnett. El inspector ha pedido a la policía francesa que se ponga en contacto con la señora Sorn, pero no se conseguirá nada por este lado. La señora nunca ha visitado este pueblo, eso lo *sabemos*, de modo que no podría haber conocido la cervecería como para hacer lo que se hizo.

—¿Sabe usted —dijo Nigel— que tengo la sensación de que hemos pasado por alto algo? Hay algo que parece zumbarme en la cabeza, vagamente relacionado con esa fiesta, después de la reunión de la sociedad literaria. Pero ¿qué diablos es?

Nigel repasó mentalmente lo que había sucedido en esa habitación dos días atrás. La señora de Bunnett se había mostrado firme en el sentido de tomar un poco de *sherry*. Eustace le había dicho, «¿Estás segura de que no preferirías un vaso de agua, querida?», o palabras parecidas. La voz precisa, crepitante, hizo eco en la cabeza de Nigel; pero faltaba algo; otro sonido debía acompañarla. Otro sonido...

—¡Ja! —exclamó—. ¡Llaves! Bunnett hizo sonar un manojo de llaves esa noche. ¿Dónde están? ¿Por qué dejó el asesino todo en los bolsillos de Bunnett, excepto el

manejo de llaves?

—Oh, pero las *encontramos*, señor. Esa noche hice una segunda investigación en el filtro del lúpulo, pues el señor Barnes había afirmado que el difunto siempre llevaba un manejo de llaves, y allí estaban, a buen seguro. Fácil era echarlas de menos la primera vez en ese baño; lo filtré todo la segunda vez: encontramos algunos dientes más, también.

—¡Ideas —declamó Nigel trágicamente— todas mis pequeñas ideas! Es la última que me quedaba. Ahora renunciaré.

El sargento Tollworthy se puso de pie:

—Bueno, caballeros, tengo que irme. Pero no se aflija, doctor: encontraremos a ese sujeto antes de que pase mucho tiempo. Y si ese Feather comienza a hablar de más, le haré saltar la cabeza.

—Un amigo en los tribunales —dijo Nigel cuando el sargento se hubo ido.

—Sí. Es un buen hombre. El año pasado saqué a su chico, Ned, de un feo ataque de neumonía, y desde entonces el viejo Tollworthy ha sido casi desconcertantemente agradecido.

—No hay duda de que es un gran cambio encontrar un policía que no sospecha de todos por principio. Éste es uno de los dos puntos brillantes de este caso estigio.

—¿Y el otro?

—Quienquiera que haya asesinado a Bunnett tenía su corazón en el debido lugar, de modo que no tenemos por qué anticipar más crímenes. La *fons et origo malí* ha sido, diremos, tapada. De modo que todos deberían sentirse muy felices.

—Esperemos que tenga usted razón —dijo Cammison con ecuanimidad.

---

---

## CAPÍTULO VIII

«Sin duda el hábito continuo del disimulo es apenas astucia débil y perezosa, y no muy sagaz».

*Bacon (Progreso del Conocimiento).*

Domingo por la mañana. Maiden Astbury fluctúa en un estado de animación suspensa. Los repiques del Priorato han llamado alegremente al primer servicio, y han dejado de sonar; la campana de los cinco minutos ha jugado al gato y el ratón con los devotos atrasados, retumbando con creciente impaciencia, cayendo luego en un ominoso silencio para que las ancianas recogieran sus faldas de *satín* negro y apretaran el paso, tañendo después otra vez deliberadamente, sacando su lengua de hierro, sin duda, a aquellas criaturas viejas y jadeantes, y repitiendo de nuevo todo el proceso. Ahora la traviesa campana de los cinco minutos también está callada, y las calles se echan a dormir y a gozar del sol apacible. Hasta los trozos de estaño y papel con que las cubrió anoche un bullicioso grupo de excursionistas, parecen peculiarmente quietos e inanimados. El único sonido que quiebra esta calma sabática procede del cuarto de baño de la casa del doctor Cammison, donde Nigel obsequia a los grifos cromados con una selección de su repertorio. Aun el más cortés de los habitantes de Wykeham habría encontrado alguna dificultad para expresar admiración por el canto de Nigel: sus propios amigos lo comparaban al ladrido de un león marino, al sonido de uno de los primeros tractores trepando una pendiente bastante empinada de tierra arada, a los ásperos alaridos de la soldadesca brutal limpiando de enemigos algún reducto, a un barrenado, al graznido de los cuervos en una costa salvaje y rocosa, según su inclinación natural y sus poderes de invención. En una cosa estaban acordes todos, y ésa era el volumen de sonido realmente demoledor que Nigel podía emitir, una vez entusiasmado.

«Encontré a Napper Tandy,  
Lo tomé de la mano»,

rugió, marcando el compás con una esponja de aspecto deteriorado. Sin embargo, en lugar de continuar e inquirir cuán pobre era la vieja Irlanda y dónde estaba, Nigel calló repentinamente. “Encontré a Napper Tandy y lo tomé de la mano”, se dijo. 1 le ahí algo que podría haberme llamado la atención antes. El asesino se encontró con Bunnett a la entrada de la cervecería y le dijo: “¡Qué casualidad verlo por aquí a esta hora de la noche! Bueno, ya que está ¿quiere venir a la oficina un minuto? Quiero abrirle el gajnate con este afilado cuchillo que tengo en el bolsillo”. Porque, si no



hizo así, ¿cómo pudo estar seguro de que Bunnett estaría alguna vez en posición vulnerable para ser asesinado? Después de todo, Bunnett había ido a sorprender al sereno en sus supuestas raterías: se mantendría cerca de Lock, dondequiera que fuera; de modo que éste sería una especie de guardaespaldas inconsciente. Claro que el asesino pudo estar emboscado, esperando a Bunnett en algún lugar *en el camino*, hasta las puertas de la cervecería y..., pero ¿dónde? Bunnett podía decidir ir directamente a la sección de almacenaje, o al lugar donde se guardaba la cerveza embotellada, o al cubil de Lock. ¿Cómo podía saber el asesino qué ruta iba a tomar Bunnett? Claro que podía acechar en el patio e interceptar a su víctima antes que entrara al edificio mismo. Pero el patio era dominado por la fila de casas, enfrente, y había por lo menos una probabilidad de que alguien lo viera en el acto. Aparte de eso, si mató a Bunnett en el patio, ¿por qué tomarse el trabajo, y correr el peligro de arrastrarlo a la cervecería por los peldaños de la plataforma de la caldera? ¿Por qué no dejarlo revolcándose en su propia sangre? Hecho que, claro, lo traía a uno al dilema original: ¿por qué fue colocado Bunnett en la caldera?

Dejando eso a un lado, pensó Nigel, quizás mi primera idea no es tan extravagante como parecía. Es perfectamente concebible que el asesino — llamémoslo X— encontrara a Bunnett a la entrada de la cervecería. ¿Qué excusa podía tener? ¡Qué situación apurada! Dice que había recibido un anónimo; lo muestra, en efecto. Fácilmente pudo haberlo franqueado él mismo, al tiempo que despachaba el de Bunnett. Después, sería bastante fácil maniobrar con Bunnett hasta llevarlo a algún rincón apartado donde pudiera blandir el instrumento contundente, o lo que fuera, con el máximo de impunidad. Pero sin duda, ¡no en la sala de calderas! No podía haber excusa posible para arrastrar a Bunnett hasta allá, cuando se suponía que los dos andaban a la caza del errante Lock. Bunnett *debe* de haber sido asesinado en algún otro lugar, en alguna habitación donde X pudiera plausiblemente llevarlo mientras trataba de sorprender al sereno. ¿Dónde? Bueno, ¿por qué no en una de las oficinas, la del mismo Bunnett, o la de Joe, o la oficina del empleado? Ninguna de ellas era visitada por el sereno nocturno, cosa que haría aún más fácil aquello. X podría decir —*par exemple*—: “Óigame, este sujeto Lock puede ser bastante avieso; hay un buen salvavidas (un revólver, un puñal) en la oficina de fulano; vayamos a buscarlo primero”. O...; pero había docenas de pretextos para llevar a Bunnett allá. Sin embargo, deberían haber quedado algunas señales, si se hubiera utilizado alguna de las habitaciones privadas. Debo interrogar sobre este punto al personal de la oficina; o a quien las limpie por la mañana. Me gustaría saber si cierran la oficina de Joe Bunnett en su ausencia. Ése habría sido un buen lugar.

Y luego hay otra cosa. Si mi teoría es correcta, elimina a la señora de Bunnett, a Miss Mellors y a Herbert Cammison de la lista de sospechosos: no resulta concebible que ninguno de ellos pudiera haber pretendido que el «Bienintencionado» le había enviado una carta explicándoles cómo sorprender al sereno. También podría ser eliminado Joe Bunnett: no podía afirmar de manera plausible que había regresado de

su crucero fundándose en un anónimo. No, no sería plausible para nadie, salvo para un individuo medio maniático, como su hermano Eustace, que en su espantoso celo por sorprender a sus empleados en cualquier lugar y de cualquier modo, podría pasar por alto una consideración de esa clase. Joe no puede ser eliminado del todo. Eso me deja con Gabriel Sorn, el cervecero principal, Ed. Parsons y —más dudosamente—. Joe Bunnett como competidores en la carrera de sospechosos.

Unos golpes en la puerta despertaron a Nigel de su *reverie*.

—¡Hola! —gritó una voz—. ¿Le ha dado un síncope? ¿O está haciendo experimentos con agua hirviendo? Quiero bañarme.

—Lo siento, Herbert. Estaba pensando.

—Bueno, sus pensamientos son menos ofensivos que su canto, lo admito, pero resultan igualmente inconvenientes para su prójimo.

Nigel hizo algunas espeluznantes observaciones sobre la verbosidad de los pedantes, y se dispuso a salir...

Dos horas más tarde penetraba en la limpia y modesta residencia del señor H. Barnes. Fue introducido en una salita que, a causa del calor y la exuberancia de los helechos, se aproximaba mucho a una selva tropical. El cervecero principal no tardó en aparecer en mangas de camisa. Dio la bienvenida a Nigel con una ceja alzada y la otra deprimida.

—Bien, señor, ¿qué le trae a usted tan temprano a mi humilde morada? —preguntó jocosamente.

—Quería conversar unas palabras con su hija Lily. Se supone que debo encargarme del «ángulo Trufas» de este caso, y pensé que comenzaría por el personal de la oficina.

El señor Barnes se rascó el hirsuto mentón.

—Bueno, supongo que eso está muy bien —dijo en tono de duda—. Si le gusta perder el tiempo, no es asunto mío. Pero no moleste a Lily, señor. Últimamente no ha sido la misma. No sé qué le pasa; háblele de eso a su viejo papá, no a ella. No me extrañaría que fueran esas estúpidas revistas cinematográficas en que gasta su dinero —añadió obscuramente.

—No, no la molestaré. Quiero hacerle unas pocas preguntas inofensivas. Pero, escúcheme, hay una o dos cosas que quizás usted podría decirme primero.

Nigel logró la información de que: *a*), la habitación de Joe Bunnett era cerrada en su ausencia, pero había en la oficina una llave maestra que podía abrirla; *b*), las habitaciones y oficinas privadas no habían sido limpiadas la mañana del crimen, pero la policía las había registrado después; *c*), Eustace Bunnett no era una pérdida para el mundo, y la cervecería sería un lugar diferente con el señor Joe a la cabeza.

—Sí, la pondrá de pie otra vez —dijo el señor Barnes.

—Eso me hace acordar... ¿No dijo usted, aquella tarde, en su oficina, cuando estábamos el señor Sorn y yo, que había rumores de que Bunnett vendería la cervecería?

El señor Barnes se golpeó ligeramente un lado de la nariz.

—No haga preguntas, y no le dirán mentiras.

—Pero, sin duda, eso no puede causar ningún daño ahora. Eustace está muerto, de modo que es de presumir que el asunto fracasará.

—Sí, hay algo en eso —dijo el cervecero principal, a quien evidentemente le gustaba que las confidencias le fueran arrancadas con la deliberación y el ceremonial debidos—. Fíjese, señor Strangeways, no digo que esto sea el evangelio. Puede haber sido un embuste. Sí, un embuste —repitió con gusto—, pero la verdad es que llegó a mis oídos, por canales que no especificaré, que Roxby, esa gran firma de Midland, estaba haciendo negociaciones con el señor Bunnett para comprarle la fábrica.

—Pero ¿por qué? Quiero decir, parece raro que Bunnett hubiera considerado la venta del negocio cuando le causaba tanto gusto dominarlo.

—Dicho de esa manera, resulta raro. Pero ésa es sólo la mitad del asunto —dijo el señor Barnes magistralmente—. Vea usted, y fíjese que no hago afirmaciones, una cosa es vender y otra cosa es que lo obliguen a vender.

—¿Quiere decir que la cervecería estaba en bancarrota?

Las cejas del cervecero principal casi se le salieron de la cabeza a causa del horror.

—Vamos, por favor, señor Strangeways —protestó—, realmente no debe sacar conclusiones como ésa. La verdad es ésta: el patrón era testarudo; no le gustaban los métodos de última moda, y no le gustaba gastar dinero; no hay por qué cerrar los ojos a esto. En consecuencia, a la cervecería le resultaba difícil competir con firmas que tienen mejores métodos y equipo más nuevo. Bunnett no estaba en bancarrota, pero dudo si habríamos soportado la parranda otros diez años o aun cinco, tal vez.

—¿Tiene idea de cuánto tiempo hacía que se habían estado realizando estas negociaciones?

—¿Con Roxby? No podría decirlo con certeza. Desde hace muy poco, me parece.

—Oh, bueno, nos pondremos en contacto con Roxby para saber eso.

—Perfectamente. Pero no olvide... —la verdad es que el señor Barnes complicaba las cosas con sus cejas— que yo no le dije nada.

—¿Usted? Oh, claro. No, la llamaremos «información recibida». Dígame otra cosa más. Si Roxby se hubiera encargado de la fábrica de Bunnett ¿habría significado eso cambios grandes en el personal?

El señor Barnes arrojó a Nigel una de sus inesperadas miradas sagaces.

—Veo adónde va usted. —Permaneció silencioso un momento—. No, le está ladrando al árbol equivocado, señor Strangeways. No creo que la transferencia hubiera afectado a nuestro personal, son buenos muchachos, valen lo que se les paga, todos. No los habrían echado.

—¿Y qué me dice de Joe Bunnett, de usted mismo, y del señor Sorn? —dijo Nigel, respondiendo a la franqueza con la franqueza.

—¿Qué? ¿Los hombres esenciales de la fábrica? Vamos, usted está bromeando,

señor.

El señor Barnes rió de buena gana.

«Con demasiadas ganas» —pensó Nigel—. «¿No podría Roxby haber hecho una limpieza general? Claro, Joe tiene acciones en la cervecería; no podrían hacer nada en ese sentido; pero podían instalar un nuevo administrador en su lugar. Y sin duda no podría llamarse hombre esencial a Sorn, aprendiz cervecero/»

—Bueno, muchas gracias —dijo Nigel—. ¿Puedo hablar unas palabras con su hija, ahora?

—Desde luego. La llamaré.

El señor Barnes caminó hasta la puerta, balanceando sus largos brazos.

—¡Eh, Lily! —llamó hacia lo alto de la escalera.

—Sí, papá.

—Un caballero quiere verte.

Este anuncio fue recibido con una risita perceptible y un: «¡Dile a Ed. que no sea fresco! Estoy en mi mejor ropa interior dominguera. ¡Que haga la prueba!».

—No es Ed. Es un caballero; se hospeda en casa del doctor Cammison. ¡Apúrate y vístete, muchacha!

Hubo un chillido ahogado. Luego, silencio. El señor Barnes metió la cabeza por la puerta de la salita y dijo con ese aire cargado de profundos significados que su rostro lúgubre lograba dar a sus dichos más ordinarios:

—Dos es compañía, señor Strangeways. Me voy. Lily bajará dentro de un minuto.

Cualquier cosa que hubiera esperado Nigel —y por cierto que, después de aquel diálogo, esperaba lo peor—, jamás pudo haber previsto la aparición que entró en el cuarto cinco minutos más tarde. Lily Barnes heredaba el rostro largo, los brazos largos y el cuerpo largo de su padre; sobre esta base había construido una imitación notablemente precisa de Greta Garbo. Su peinado evidentemente databa de «Cristina de Suecia» —una especie de melena morena que aleteaba sobre sus hombros—; había empolvado su cara hasta volverla tan blanca como cualquier primer plano de su gran original; no había usado afeites, salvo el rojo amortiguado sobre su boca larga, marchita. Lily Barnes llevaba un impermeable viejo —y nada entre él y su «mejor ropa interior dominguera», sospechó Nigel—. Entró a la habitación cabizbaja, con las manos en los bolsillos del impermeable, apoyó su espalda contra la puerta y mugió hoscamente a Nigel:

—¿Usted quería verme?

Nigel realizó esfuerzos sobrehumanos para contenerse y no replicar: «¡No, yo quiero ir a casa!»., y dijo:

—Eh... sí, nada más que por unos minutos. Quiero... digo, ¿no se sienta usted?

—Me gusta estar de pie.

—Oh... eh... bueno, como usted guste. —Recobró la calma. Una táctica de sorpresa sería la mejor para usar con esta Greta Garbo—. Quiero hablar con usted sobre el perro del señor Bunnett, Trufas.

Una de las manos de Lily apareció bajo el impermeable y comenzó a golpear el marco de la puerta. Muy estúpido, pensó Nigel, notando cómo temblaba la mano. Se mantuvo firme, sin embargo.

—¿Trufas? Sí. Pobre perrito —mugió hastiadamente.

—Ahora bien, tengo buenas razones para creer que cuando Trufas... eh... halló su fin, todos los de la cervecería se lo explicaron perfectamente, salvo el personal de la oficina —dijo Nigel con viveza—. También tengo razón para creer que la muerte del perro puede estar relacionada con la muerte del señor Bunnett.

—¿Y eso qué? —preguntó Lily bruscamente, con una caída temporal en Jean Harlow.

—De modo que, como me he encargado de este caso, pensé acudir a uno de los miembros del personal de la oficina, y ver qué tenía que decir de eso.

—Oh, un *detective*, ¿no? ¿Me acusa de que maté al pobre perrito?

Nigel cambió de dirección con facundia y astucia. Contempló admirativamente a Lily, como si antes no se hubiera fijado bien en ella.

—¿Sabe usted —dijo— que cuando entró en esta habitación durante un momento no pude pensar a quién me recordaba? Realmente el parecido es extraordinario. Me atrevería a decir que tiene una verdadera personalidad cinematográfica; y hoy día la personalidad es lo que cuenta en la pantalla.

Miss Barnes tragó la carnada vorazmente. Fulguró de una manera que en nada recordaba a la Garbo, y dijo:

—Eso es lo que siempre le digo a Ed.

—¿Ed?

—Ed. Parsons... es mi no... uno de mis admiradores, quiero decir —corrigió de prisa Lily.

—¡Bueno! ¿Qué me dice? —exclamó Nigel, explorando desesperadamente su memoria en busca de vocabulario cinematográfico—. ¿Ed: Parsons? Ajá, mala suerte, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lily con presteza.

—Bueno, diría que ahora está en la mala.

—¡Oh, déjese de tonterías! —dijo Lily, dejando caer al suelo a Greta Garbo—. ¡Hable en inglés! Mi Ed. no ha hecho nada, y si alguien dice...

—Medio minuto —interrumpió Nigel agradecidamente, recuperando su propia personalidad—. Arreglemos primero el asunto de Trufas. O su muerte está relacionada con la de Bunnett, o no.

—¡Siga! —dijo Lily en son de burla.

—Seguiré. Si estuvo relacionada, implica que el asesino quería hacer un experimento sobre las cualidades sarcófagas.

—¿Las cualidades *qué*?

—Perdón, las cualidades *devoradoras de carne* de la caldera de presión. En otras palabras, el que mató a Trufas mató también a Bunnett. De modo que, naturalmente,

alguna sospecha recae sobre el personal de la oficina.

La naciente consternación de los ojos de Lily no escapó a Nigel. Pero continuó volublemente, contemplándose la punta de la nariz.

—Claro que todo pudo haber sido una broma que salió mal... o que se puede explicar de una manera inocente, en efecto, resultando mucho más cómodo para todos los que están comprometidos que así fuera. Pero temo que...

Lily Barnes estaba al lado de él, aferrándolo de los hombros.

—Óigame: si le cuento todo, ¿me promete no ir con el chisme al señor Joe o a papá? Se enojarían mucho, y todo fue un accidente; juro que fue un accidente.

El disparo de prueba de Nigel había dado en el blanco. Trató de parecer tan omnisciente como evidentemente Lily creía que era; sentó a la muchacha en una silla, e hizo que le contara su historia. En pocas palabras era ésta: El día antes Eustace Bunnett había armado un infierno en la oficina. Lily y los dos empleados, rabiosos de indignación, habían planeado raptar a Trufas. Esto, en parte para vengar a su dueño, y en parte porque sentían verdadera lástima por el animal —Trufas no había escapado al mal humor de su amo esa mañana; habían oído a Bunnett azotándolo en su cuarto—. El plan consistía en que cuando Bunnett saliera en su gira de inspección de la mañana, al día siguiente, Lily cogería el perro, lo escondería bajo su chaqueta, saldría con él al patio de la cervecería y lo entregaría a su amiga, Gertie Tollworthy, que estaría esperando fuera de las puertas con una canasta. Gertie tomaría el ómnibus y entregaría el perro a algunos amigos suyos que vivían en una aldea, a veinte millas de distancia. Allí lo guardarían hasta que le encontraran un hogar permanente. Todo había ido a pedir de boca, hasta cierto punto. Pero precisamente cuando Lily iba a salir del edificio, oyó a Bunnett hablando con el empleado en la oficina de la entrada. Desdichadamente Trufas también lo oyó y comenzó a regañir debajo de la chaqueta. Lily perdió la cabeza, salió a escape por la puerta y trepó la escalera de la sala de calderas. Por fortuna en ese momento no había nadie. Lily se detuvo detrás de la caldera abierta, lista para agacharse si Bunnett se dirigía hacia ese lado. Trufas estaba ahora muy inquieto. Había oído la voz de su amo; y con ese instinto perverso y horrible que empuja a un perro a acercarse aliquebrado a la mano que lo castiga (su instinto le decía que hacía mal al no estar tranquilamente sentado en su canasta, en la habitación de Bunnett), Trufas se meneó y se retorció, y antes de que Lily pudiera agarrarlo bien, se había escapado de sus brazos y había caído justamente en la caldera abierta.

Eso era todo. Lily sabía que moriría un segundo después de haber caído en esa mezcla hirviente. Corrió a la oficina y contó lo sucedido a los demás conspiradores. Cuando Bunnett hizo sus averiguaciones por la desaparición del perro, ambos empleados juraron y volvieron a jurar que Lily había estado en la oficina todo el tiempo que él estuvo afuera; y si alguno de los demás empleados la había visto en otro lugar del edificio, les gustaba demasiado para que corrieran a informar a Bunnett.

Este cuento era a un tiempo tan raro y tan minucioso que Nigel no halló dificultad para creerlo, aparte de la obvia sinceridad de la narradora. Pero había un detalle.

—Estoy seguro de que es la verdad —dijo—, no piense que dudo de eso, porque no es así. Pero por lo que he oído del difunto E. Bunnett, me sorprende bastante que no la haya intimidado hasta sacarle la verdad.

Lily se ruborizó y enroscó sus dedos en torno a uno de los botones del impermeable.

—No se empeñó mucho. Fíjese... Bueno, parece estúpido, porque era tan viejo como Matusalén y ya había pasado la época de esas cosas, pero andaba acaramelado detrás de mí, y supongo que por eso...

«Ésta iba a ser una operación delicada», pensó Nigel. Bueno, bien podía hacer la prueba.

—Supongo que Ed. se sentiría bastante celoso, digo, si estaba enterado.

El rostro de Lily se endureció, sombrío.

—Vamos —dijo—, ¿está tratando de acusar de algo a Ed.? Porque si es así, le agradeceré que no meta su nariz en este asunto.

—No se trata de que yo esté tratando de acusarlo. Es la policía, y sus narices son un poco más agudas que las mías.

La boca larga de la muchacha comenzó a temblar. Estalló:

—Pero Ed. No... de cualquier modo, no sabía... y yo estuve con él esa noche, en el bosque de Honeycombe —no volvimos hasta las doce y media—, así que no pudo haber cometido el crimen; eso lo prueba, ¿verdad?

Nigel no pretendía ser infalible como detector de mentiras. En verdad, podía haber aceptado todo esto fácilmente si poco antes no hubiera oído a Lily contando lo que sin duda era verdad sobre Trufas. ¡Había una divergencia tan obvia entre su manera de contar las dos historias! La coartada de Ed. salió con demasiada prontitud, llegó a sus labios demasiado mecánicamente, a pesar de la tensión emocional que hizo un tanto incoherente su expresión: y daba la impresión —una impresión que causan todos los mentirosos poco prácticos— de escuchar sus propias palabras y buscar qué efecto causaban en el auditorio.

Nigel dijo, con su voz suave pero clara, sin mirar a Lily:

—He estado mezclado en varios crímenes ¿sabe usted?, y siempre he notado una cosa. Da buen resultado decir la verdad. Recuerdo un caso, no hace mucho tiempo, en que varios testigos —a causa de los motivos mejores y menos egoístas— ocultaban ciertos detalles, y deformaban otros. Era un terrible error de su parte. Querían escudar a alguien; y, naturalmente, pronto caímos en la cuenta, y sólo tuvo el efecto de hacernos sospechar de él con mucha más seriedad de lo que habríamos hecho si sus amigos hubieran dicho la verdad desde el principio. Todo esto es bastante complicado, pero ¿entiende usted lo que quiero decirle? Si cree de veras que alguien es inocente, pues entonces lo mejor, con mucho, es decir la verdad sobre él. Decir la verdad es realmente una prueba de cuán fuerte es su creencia. Si usted, por ejemplo,

ama a Ed. Parsons lo suficiente como para creer de modo absoluto en su inocencia entonces...

Nigel fue interrumpido por un sollozo ahogado de la muchacha. Ésta se dominó y dijo:

—¿Es cierto lo que dice? ¿Sinceramente? ¿No me está tendiendo una trampa para que...?

—No tengo aspecto de viejo embrollón, ¿verdad?

—Confío en usted, entonces. Me he sentido tan desdichada, preguntándome qué debía hacer... Fíjese, señor Strangeways, fue así...

Entonces Lily Barnes comenzó a contar su historia, una historia distinta. Ella y Ed. habían salido del baile a las once y media, como había dicho en un principio, y habían ido hasta el bosque de Honeycombe. Allí se había encendido una disputa. Ed. había comenzado insistiendo sobre el tema Eustace Bunnett. Lily había replicado con bríos que aún no estaba casada con Ed., y que si a éste no le gustaban sus amigos, ya sabía lo que podía hacer. Ed. replicó obscuramente que claro que lo sabía y que era mejor que Bunnett vigilara sus pasos, y Lily también, si no era demasiado tarde ya. ¿Qué era exactamente lo que había querido decir con eso? Bueno, dijo él, no habría sido la primera vez que una muchacha había sido metida en un lío por su patrón. Lily se había sentido furiosa ante esta insinuación totalmente falsa (aseguró a Nigel); tan furiosa, en verdad, que ni siquiera se había tomado la molestia de negar su verdad. Si Ed. creía que era de esa clase, allá él; ella no lo recibiría otra vez, no, aunque volviera de rodillas. Nigel preguntó cómo podía haberse metido esa idea en la cabeza del joven, y Lily replicó que esa gatita sucia, Gertie Tollworthy, que aparentemente nutría una pasión desesperada por Ed., debía haber andado con cuentos. Recordando la afirmación del sargento, Nigel pudo verificar este punto. Pero, dijo, él creía que Lily y Gertie eran amigas íntimas. Lily hizo algunos enérgicos comentarios sobre el tema «víboras en el pecho», y le contó que había peleado con Gertie poco después del episodio de Trufas, y desde entonces no se habían hablado. Nigel la condujo de vuelta, con mucho tacto, a la pendencia con Ed. Después de desvariar un rato, Ed. le había preguntado a quemarropa si no estaba embarazada de Bunnett. Lily le había dicho que si le gustaba creer tal cosa, no iba a detenerlo; y añadió algunas observaciones excusables, pero impropias sobre la potencialidad comparativa de Ed. y el señor Bunnett para la paternidad. Esto, según dijo, terminó con aquello. Ed. había tomado su negativa a demostrar la falsedad de su acusación como una confesión de culpa, había saltado a su motocicleta y partido a toda velocidad, abandonando a Lily para que caminara de vuelta, hasta Maiden Astbury. La tarde siguiente Ed. había vuelto poseído de respetable pánico. Eustace Bunnett había sido asesinado y la policía podría sentirse empujada a sospechar de él. Lily misma estaba aterrorizada de que pudiera haberlo cometido, aunque él jurara que, después de dejarla la noche anterior, había andado por el campo, tratando hasta cierto punto de quebrarse el pescuezo, y no había llegado cerca de la cervecería. Así es que había hecho las paces



con él y había aceptado decir que había estado con él toda la noche.

—Exactamente, ¿a qué hora la dejó Ed.? —preguntó Nigel.

—Oí que el reloj del Priorato daba la medianoche poco antes de que se fuera. ¿Usted no cree que...?

—No, no creo. Y esto prueba cuánto más satisfactorio habría sido que hubiera contado la verdad desde el comienzo. Vea usted, no es probable que Ed. planeara matar a Bunnett hasta haber oído de su propia boca que el viejo sátiro la había ultrajado. Pero el anónimo que llevó a Bunnett a la cervecería fue escrito el 15, el día anterior a su pelea. Entiéndame, eso de ningún modo aclara la situación de Ed.; pero la mejorará mucho.

Lily sonrió a Nigel. Había recobrado su espíritu, lo mismo que cierta cantidad de su «personalidad Garbo».

—¿Sabe usted que es un muchacho simpático? Un muchacho muy simpático, de veras —dijo.

—Sí —repuso Nigel, retrocediendo de prisa hacia la puerta—, así me dice mi mujer. Hasta pronto.

---

---

## CAPÍTULO IX

«¡Yo te daré ejemplo de robo!».  
Shakespeare (*Timón de Atenas*).

«La escarcha y el fraude tienen finales sucios».  
William Gurnall  
(*Un cristiano con Armadura Completa*).

Camino del destacamento de policía, Nigel visitó el alojamiento de Ed. Parsons. Ed. era un joven alto, con un mechón de porfiados cabellos rojos y una complexión bastante delicada. Al principio se inclinó a ser truculento; pero al oír que Lily había contado a Nigel la historia verdadera, se calmó y admitió su verdad. Había dejado a Lily violentamente enojada, y había corrido como un loco por los caminos desiertos durante casi media hora antes de regresar a su casa. Se avergonzaba ahora de haber sospechado alguna vez de las relaciones de ella con Bunnett; pero le habían dado algunas bromas al respecto en la cervecería, y cuando Gertie Tollworthy le contó que Lily iba a tener un hijo, y Lily le insinuó que podía ser cierto, ¿qué podía esperarse?

—¿Cuándo le contó eso Gertie? —preguntó Nigel.

—Oh... déjeme ver... fue durante el baile, el jueves a la noche, eso es.

«Bien. Si ella confirma eso, usted está eliminado —pensó Nigel para sí—. La carta fue echada al correo el miércoles a la tarde. A menos, claro está, que haya complicidad entre Ed. y Gertie, cosa que no parece posible. De cualquier modo, si Gertie hubiera contado su historia a Ed. *antes* del jueves a la noche, ya habría decidido matar a Bunnett y escribir el anónimo, caso en el cual evidentemente no resultaría seguro permitir que Lily supiera que lo creía culpable».

Sin embargo, para asegurarse más. Nigel obtuvo de Parsons la dirección de Tollworthy, encontró a Gertie en su casa y pronto la redujo a un adecuado estado de lágrimas y arrepentimiento. Sí, admitía haber acudido a Ed. con un cuento sobre Lily y el señor Bunnett, el jueves a la noche: no había podido evitarlo; el ver a Ed. bailando con Lily la había hecho sentirse de pronto tan celosa que se le había escapado aquello: y, naturalmente, el señor Bunnett *había* andado detrás de Lily —por lo menos eso era lo que decía la gente de la cervecería— de modo que realmente no era sino justo que alguien advirtiera a Ed.

Nigel interrumpió esta casuística, y recorrió las treinta yardas que mediaban hasta el destacamento de policía. Allí encontró al sargento Tollworthy, positivamente reventándose los botones de excitación reprimida.

—Anoche robaron en casa del señor Bunnett —dijo.

—¿De Eustace Bunnett?

—Sí, señor.

—¿Qué llevaron?

—Eso todavía no lo sabemos bien. Ni objetos de plata ni nada por el estilo. El tipo parece haber andado atrás de caza más elevada.

—¡Hola! Usted me interesa de una manera extraña, Watson. ¿Ningún papel privado, por casualidad?

El sargento se echó hacia atrás, ladeó la cabeza y contempló a Nigel con admiración:

—Justamente esta mañana le decía a ese Tyler que usted tiene una cabeza sobre los hombros —dijo—. Nunca da buen resultado juzgar por las apariencias, ¿verdad, señor? —añadió entusiasmado.

—No, supongo que no —replicó Nigel con menos entusiasmo.

—Papeles, eso era, señor. Y bien revuelto estaba el estudio del señor Bunnett. Los cajones abiertos; todo desparramado por allí. En este momento el inspector los está revisando con la señora de Bunnett, aunque calculo que ella no entiende gran cosa de los asuntos privados de su marido.

—¿Forzó la puerta de la casa?... Me refiero al ladrón.

—No, señor; sencillamente se entró por la puerta, en apariencia. Usted tenía razón en lo de las llaves, después de todo, señor.

—¿Razón en lo de las llaves? —dijo Nigel desconcertado.

—Ajá. El asunto es así. Cuando, durante nuestras investigaciones en la escena del crimen, no encontramos rastros de forzamiento —declamó sonoramente el sargento—, dedujimos que el ladrón debía de haber estado en posesión de las llaves. La puerta de calle era cerrada con llave y cerrojo por la noche, naturalmente: pero hay una puerta lateral con una cerradura Yale, sin cerrojo, y fue por ésta por donde debe de haber efectuado su entrada el criminal. Asimismo los cajones del escritorio del señor Bunnett no habían sido forzados, lo que indicaba la presencia de una llave de escritorio en posesión del malandrín.

—Exactamente —dijo Nigel, la cabeza un poco tambaleante a causa del impacto de esta jerga—. Pero ¿cómo es que las llaves llegaron a la posesión del malandrín?

—Ah —dijo el sargento gratuitamente—, acaba de poner el dedo en la llaga. Tyler tuvo una idea un poco tarde, pero hace cuánto puede con el cerebro que Dios le ha dado. Mostró a la señora de Bunnett el llavero del señor Bunnett, encontrado en el filtro del lúpulo, pensando que el asesino podría haberle sacado un par de llaves antes de empujar al difunto dentro de la caldera. «Nada de eso», dice la señora, «todas presentes, y bien». Tyler parecía bastante descorazonado, cuando he aquí que la señora de Bunnett canturrea: «Pero ¿y los duplicados? ¿Dónde están?». Y de este modo se trasluce que el señor Bunnett solía guardar duplicados de las llaves de las puertas y de los escritorios de su casa y de la cervecería en el bolsillo del chaleco; de

modo que si perdía un juego, aún le quedaba otro, si entiende lo que quiero decir.

—En efecto, apuesto dólares contra buñuelos que el sujeto que anoche anduvo jugando con los papeles de Bunnett es el que lo asesinó.

—Así es, señor. Pero no hay impresiones digitales, ninguna que no tenga razón de estar allí. Así que no veo que nos pueda servir de mucho.

—Oh, vamos, ahí no estoy de acuerdo. Sin embargo, ¿cómo tomó eso la señora de Bunnett? Quiero decir, ¿cómo reaccionó ante la idea de haber recibido una visita de medianoche del asesino?

—Oh, menuda bruja esa vieja. ¿Asesino en la casa? ¿Robado el estudio de su marido? ¿La afligió todo eso? ¡Ni un poquito! Estuvo todo el tiempo regañando a Tyler para que detuviera a Alice —su sirvienta— por comer una torta y un par de rebanadas de pan que había cocinado el día antes. Bonito arrebató tenía la vieja. Tyler tuvo que tapparle la boca con bastante vigor, al final.

En este punto entró el inspector, trayendo un archivo y un legajo de papeles debajo del brazo. Saludó secamente a Nigel con la cabeza, y se sentó a su mesa.

—¿Encontró que faltaba algo, señor? —preguntó Tollworthy.

—Todo a su tiempo, muchacho —dijo Tyler, desplegando los papeles frente a él, y leyéndolos. Luego añadió, por encima de sus hombros—: No puedo decir qué faltaba, porque no sabemos qué había allá originariamente.

El sargento se calmó. Después de uno o dos minutos Tyler empujó los papeles a un lado, impaciente.

—Nada que pueda interesar. Eso nos deja con este archivo. Archivo nuevo, con la marca «Roxby», señor Strangeways, encontrado vacío; ningún papel en el estudio del señor Bunnett relacionado con él. «¿Roxby?». Pues ¿dónde diablos he oído ese nombre?

—El sereno nocturno estaba empleado allá antes de trabajar con Bunnett —dijo Nigel con gazmoñería.

El inspector frunció el ceño.

—Sí, claro. Lo tenía en la punta de la lengua. Siempre pensé que podía haber algo raro en este Lock.

—No tan raro: cerveza —dijo Nigel, sucumbiendo, como de costumbre, a su debilidad por el exhibicionismo—. Roxby es una gran firma cervecera del Midland. Los papeles que faltan contienen las negociaciones preliminares\* entre Roxby y el señor Bunnett sobre la venta de las acciones de él en la cervecería.

Nigel contempló la punta de su nariz y esperó que estallara la tormenta. Los ojos del sargento parecieron salirse de sus órbitas. Tyler estaba sentado, muy rígido, con su rostro grande y blanco inmóvil como una luna congelada; después estalló:

—Dígame, señor. ¿Ha estado usted guardándose esta información?

—¡No, no! Por cierto que no. Nunca me guardo ninguna información; por lo menos, casi nunca. Es muy irregular. Muy mal método. Hasta esta mañana no conocí los... eh... detalles.

Nigel procedió a contar su entrevista con el cervecero principal. Tyler ordenó al sargento que consiguiera comunicación con alguna autoridad de Roxby.

—Lástima que Barnes no me contara todo esto antes. Ese hombre siempre ha resultado un obstáculo. Sin embargo, eso lo elimina, supongo.

—¿Lo elimina? ¿Por qué?

—Bueno, señor —explicó el inspector, entrecerrando sus ojitos con arrogancia—, sin duda es evidente. Si anoche Barnes se hubiera tomado todo ese trabajo para destruir la prueba de su próximo trato con Roxby, no es probable que le contara todo esta mañana.

—No sé. Sería una excelente manera de alejar toda sospecha de sí mismo.

—Oh, vamos, señor Strangeways. Eso es demasiado sutil para mí. La gente no se comporta así fuera de los libros.

—Bueno, entonces ¿por qué el ladrón no se llevó el archivo? ¿Y por qué dejó la habitación en ese desorden?

—Perdió la cabeza, supongo. La sirvienta, Alice, dice que se levantó y salió de su dormitorio alrededor de la una de la mañana. Sin duda el ladrón la oyó moverse y salió a escape.

—Eso es muy teórico. Si era de importancia tan vital para él mantener en silencio el asunto «Roxby» robando los papeles, ¿por qué diablos no se llevó el archivo también?

—Supongo que no vio el nombre «Roxby» escrito en él. Está del lado de abajo de la tapa, donde fácilmente podía pasarlo por alto.

—Bueno, todavía pienso que todo esto sugiere que el asesino atrajo deliberadamente nuestra atención hacia las transacciones de Roxby; lo que implicaría que el motivo real de su crimen fue completamente distinto.

—Con su imaginación, señor, debería escribir un libro —dijo riendo el inspector.

—Ya lo he hecho —dijo Nigel agriamente—. También he eliminado a otro de sus sospechosos.

—¡No me diga, señor! —dijo Tyler con voz complaciente.

—Así es: Ed. Parsons.

Nigel relató la substancia de sus entrevistas con Lily, Ed. y Gertie Tollworthy.

—¡Hum! ¿Así que esos dos nos han estado contando mentiras todo el tiempo, eh? Ya me escucharán.

—Sin duda. Pero mientras tanto tenemos entre manos este asuntito del crimen. Yo...

Nigel fue interrumpido por el campanilleo del teléfono. El inspector descolgó el receptor.

—¡Hola! El inspector Tyler, en Maiden Astbury, Dorset... ¿Una vuelta de golf? Sí, señor, debe de haber sido un gran inconveniente para usted; pero sucede que estoy investigando un crimen... Sí, el señor Eustace Bunnett... Sí, señor, muy lamentable... Ahora bien, sólo quiero conocer los detalles de las negociaciones entre

él y su gente, por la venta de la cervecería... Sí, señor, naturalmente, será algo confidencial...

El cotorreo metálico del otro extremo prosiguió. En cierto punto los ojos del inspector se redondearon y silbó por lo bajo. «¿Cerrando la fábrica, dice usted?... Sí, claro... ¿Y había algún otro\* por su lado o aquí, que probablemente conociera estas negociaciones?... Oigo. Muchísimas gracias, señor. Me parece que eso es todo, por ahora».

Tyler se volvió hacia Nigel con una mirada triunfante.

—Me gustaría saber cómo va a explicar eso su señor Barnes.

—Usted habla con acertijos. Explíquese, se lo ruego.

—Roxby planeaba extender su negocio por este lado. Están construyendo nuevos talleres cerca de Bath, y se proponían comprar la cervecería de Bunnett y cerrarla, para suprimir la competencia. Dijo que les resultaría mejor que modernizar el lugar. ¡Y ahí está ese Barnes, embutiéndole a usted historias de que el cambio no afectaría a nadie en la cervecería! Se burló de usted como de un niño de per lio, ¿eh?

Bueno, quien mama último mama lo peor. Velemos. ¿Y va usted a abalanzarse sobre el señor Barnes con un lindo par de esposas fundándose en eso?

—Puede apostar que no. Hay mucho trabajo de rutina que hacer antes. Pero a ustedes los *amateurs* eso no les interesa, ¿verdad? Trabajo demasiado duro, ¿no? —dijo el inspector con la jovialidad pesada de un calamar gigante que acaba de digerir cinco arrobas de pescado fresco y ahora dice a una jibia pequeña en qué punto debe detenerse—. No digo que Barnes sea nuestro hombre. Pero calculo que he reducido el asunto a él, al señor Joe Bunnett y a ese señor Sorn. Son los únicos que estarían interesados en que esas negociaciones con Roxby no se llevaran a cabo, y los únicos que probablemente las conocían, también.

—Bueno, todavía me siento inclinado a pensar que este asunto «Roxby» es una nube de humo tendida por el asesino. Sin embargo, suponiendo que usted tenga razón: ¿qué me dice de Joe Bunnett? Es el que con más probabilidad conocía los detalles de las negociaciones. El cierre de la cervecería, financieramente le resultaría mal negocio; en tanto que la muerte de Bunnett le da entero dominio sobre ella; y la verdad es que parece haber estado interesado en ella —como ser humano, quiero decir—; la idea de todos esos tipos despedidos...

—Ah, muy probable. Pero ¿dónde está? Es muy conocido en este pueblo y en las aldeas vecinas porque recorría las tabernas de propiedad de la cervecería. Alguien no podría menos que haberlo visto y reconocido ya. Si fue él quien entró anoche en el estudio de Bunnett, no puede estar muy lejos; no ha sido visto aquí en la estación del ferrocarril, y su automóvil está en el *garage*, allá en Poolhampton. Pero sería una locura de su parte quedarse en cualquier lugar cerca del pueblo si cometió el crimen e intentó ese cruce suyo a modo de coartada.

—¿Ninguna noticia del *Gannet* todavía?

—No. Curioso. Se ha advertido a la navegación, tanto como a los guardacostas y

a las autoridades del puerto. Es bastante fácil que desaparezca un hombre, pero cómo hacer desaparecer un crucero de tamaño decente es algo que sencillamente no sé.

—Supongo que algún pajarito consiguió una varita mágica. O, en otro caso, podría haberse hundido.

—¿Con este tiempo?

—Sí, sería una estupidez, ¿verdad? ¿Supongo que últimamente Joe Bunnett no ha andado comprando una motocicleta?

La cara blanca como la luna, del inspector, asumió una expresión positivamente maquiavélica.

—¡Ah! —dijo—. Me preguntaba si no habría pensado en eso. Estoy haciendo investigaciones. Con todo, no es la única piedra de la playa. Este joven señor Sorn..., muy sospechoso ha sido su comportamiento. Dijo que salió a pasear esa noche, pero... pero...

—Sin embargo, dudo de que hubiéramos logrado que lo admitiera tan fácilmente si hubiera cometido el crimen. No sé.

—Y fíjese en su motivo. Cincuenta mil soberanos a repartir con su madre. Ella no tiene nada que ver, entre paréntesis, me enteré por la policía francesa. Estaba tranquilamente en su villa, allá, cuando sucedió esto.

—¿No se está inclinando por el motivo «Roxby», entonces?

—No del todo. De nada sirve ser fanático, señor. Sea imparcial y estudie los hechos, es lo que yo digo.

El sargento entró e informó a Tyler que había un hombre, afuera, que quería verlo. El inspector salió.

Nigel encendió un cigarrillo, colocó la cajetilla vacía sobre su pulgar, y la arrojó limpiamente dentro del canasto de los papeles, al otro lado de la habitación.

«Ajá —se dijo—, la vieja mano no ha perdido su habilidad: que es más de lo que puede decirse del viejo cerebro, parece. Es que sencillamente no tengo idea de quién mató a Eustace Bunnett. Gabriel Sorn; veamos. Parecía tan evidente que fuera el villano de la obra, que quizá no pensé bastante en él. Tenía oportunidad y motivo para cometer el crimen. Por otro lado, parece disponer de una coartada en lo que se refiere al anónimo. Sin embargo, pudo haber conseguido alguien que lo echara al correo. Debo descubrir si conoce a alguien en Weston Priors. Pero ¿y el motivo? Por una u otra razón no alcanzo a imaginar a ese joven matando a alguien por dinero: no es el tipo calculador, frío; y lo cierto es que parecía decir la verdad cuando dijo que no conocía el testamento de Bunnett. Pero lo que pareció trastornarlo durante esa entrevista fue que su madre hubiera tenido relaciones con Bunnett. Sí, esa idea, y el que Bunnett fuera su padre, bien podrían desequilibrar a un tipo neurótico como él. Y además Bunnett lo había estado hiriendo en otro punto vital: le había estado haciendo escribir coplas de propaganda para sus cervezas; recuerdo qué excitado estaba, en ese sentido, la noche de la fiesta. Lo resentiría esa humillación más que cualquier otra cosa, casi. ¡Hum! Gabriel Sorn. Sí. Y la forma en que el asesino, creo, ha estado

atrayendo nuestra atención hacia este negocio de Roxby: eso señala a Sorn, también; estaría distrayendo nuestra atención de sí mismo y de sus motivos, porque realmente era el que salía perdiendo menos con el cierre de la cervecería. Sí, habría que investigar acerca de Gabriel Sorn. Me gustaría saber si anoche anduvo en otra de sus caminatas».

En este punto entró el inspector con una expresión perpleja en su rostro.

—Afuera hay un tipo llamado Carruthers —dijo—. Tenía que aparecer alguien con nuevas complicaciones cuando creía que comenzaba a enderezar las cosas.

—Estas cosas nos son enviadas para probarnos —dijo Nigel.

—No sé cómo entender esto. Este tipo cuida la cámara frigorífica de la cervecería, dice. Aparentemente, la mañana después del crimen, es decir, el viernes, encontró descompuesto un timbre de alarma conectado con esa habitación.

—¡Diablos! Ésta es una gran noticia. Ahora por fin llegamos a alguna parte. ¿Por qué diablos no dijo nada antes?

—Miedo de meterse en agua caliente. Su ocupación era cuidar los refrigeradores, ¿entiende? De modo que arregló el timbre y no dijo nada. Ahora bien; como usted sabe, el viernes a la noche realizamos un registro cuidadoso del edificio, tratando de encontrar algo que nos diera una clave del lugar exacto donde se había cometido el crimen. No encontramos nada. Así es que a la mañana siguiente escribimos una exhortación, que el señor Barnes pegó en varias partes de la cervecería, pidiendo que se presentara ante nosotros cualquiera que hubiera encontrado algo poco común o fuera de lugar el día anterior. De modo que este Carruthers consulta con la almohada, y hoy decide que su deber es traernos la información. No veo, sin embargo, que...

Pero Nigel ya estaba fuera de la habitación, y comenzaba a interrogar a Carruthers.

—El timbre estaba descompuesto. ¿Quiere decir usted que había sido desconectado, interrumpido, cualquiera sea la palabra, o dañado deliberadamente?

Carruthers se puso excesivamente técnico.

—¡Eh! ¡Basta! —dijo Nigel—. A mí me criaron con verbos irregulares, no con bobinas de alta frecuencia. Cuénteme eso en palabras de una sola sílaba. Primeras lecciones de electricidad del Tío Percy para los chiquitines.

Carruthers sonrió e hizo lo que pudo. Nigel coligió que el timbre había sido descompuesto de tal modo que pudiera parecer el resultado de un trastorno accidental. Carruthers, sin embargo, sabía que este tipo de timbre era muy digno de confianza, y opinaba con energía que debían de haber andado tocándolo.

—¡Venga! —exclamó Nigel—. Debemos visitar la escena del crimen. Éste es asunto serio. Famoso Sabueso Aficionado sigue la Clave del Timbre Sa *boteado*.

Echó a andar hacia la cervecería. Tyler y Carruthers trataban vanamente de competir con sus trancos largos y galopantes. Pronto estuvieron junto a la sólida puerta de la cámara frigorífica. Carruthers pronunció una breve conferencia explicativa.



—¿Y el timbre estaba en orden el jueves?

—¡Oh!, sí, señor. Lo probé yo mismo el jueves a la tarde.

—Exploremos, entonces —dijo Nigel.

—Está perdiendo el tiempo, señor —dijo el inspector—. Ya hemos revisado esa habitación.

—No importa.

La pesada puerta fue abierta, y entraron. Buscaron durante un cuarto de hora. La cámara frigorífica estaba fría, limpia, blanca y vacía como un cielo de invierno.

—Ahí tiene usted, señor —dijo el inspector.

—Sí... parece que... aquí tengo... —Nigel estaba junto a la puerta, dando la espalda a uno de los refrigeradores—. No parece tan fría como la última vez que estuve aquí.

—No, señor —dijo Carruthers—, ahora estamos descongelando.

Nigel se enderezó. Abrió la boca y su rostro asumió la expresión vacía, asombrada, de alguien que ha sido herido y está a punto de venirse abajo.

—¡Descongelando! —gritó—. ¡Dios, qué idiota soy! ¡Buen viejo Escarcha! ¡Adonde fue a parar ese maldito blusón, me gustaría saber!

Dio media vuelta y salió de la habitación corriendo como un perro rabioso. El inspector, machacando detrás de él, llegó segundo, pero lejos, a aquella especie de casilla de señales que era la oficina del cervecero principal. Nigel ya estaba revolviendo los bolsillos de varios blusones blancos que colgaban de la pared. Luego extendió su mano hacia Tyler. Sobre la palma yacía un fragmento de alguna sustancia de color verde oscuro, más o menos del tamaño de un tercio de la uña de su meñique.

—Ahí tiene usted —jadeó— la clave que faltaba. Recree sus ojos con esto, amigo. Y ahora, vamos.

Corrió hacia la cámara frigorífica, con el inspector taconeando ominosamente a su lado. Cuando hubieron llegado, Tyler estalló.

—Bueno, señor, ¿de *qué* se trata? ¿Qué es eso de ocultar una prueba como...?

—¡Ocultar... mi espalda! Ahora me acuerdo. Cuando me mostraron esta habitación, el viernes a la mañana, recogí este trocito (sin pensar, ¿entiende?) y lo dejé en el blusón blanco que tenía puesto. Cuando Carruthers mencionó la descongelación tocó el resorte de mi memoria. Fíjese, este objeto estaba sobre un depósito de escarcha en el fondo de esta hendidura.

—Bueno, pero...

—¿No ve? Estaba *sobre* el depósito de escarcha. Me llamó la atención. Eso quiere decir que debía de haber caído muy recientemente; de otro modo la escarcha lo habría cubierto. ¿Cuándo descongelaron por última vez, Carruthers, quiero decir, antes de la noche del crimen?

—La temperatura fue elevada la tarde del miércoles, y bajada otra vez el jueves a la mañana.

—¿De modo que durante todo el jueves se habrá estado formando escarcha?

—Eso es, señor.

—Q. E. D.<sup>[4]</sup> —dijo Nigel triunfante—. Si este pequeño objeto hubiera caído allí *antes* del jueves a la noche, antes de la mañana del viernes habría estado cubierto de escarcha. Pero *no* estaba cubierto de escarcha. Ergo, fue dejado caer en algún momento *durante* la noche del jueves, o el viernes a la mañana.

—Pero eso no lleva necesariamente a ningún lado. Uno de los empleados pudo haberlo dejado caer allí el viernes, antes de que viniera usted.

—¿Quiere echarle un vistazo? Es un fragmento de algo. ¿De qué?

El inspector Tyler lo escudriñó cuidadosamente. Había unas líneas finas, parte de algún dibujo, grabadas en la sólida superficie de color verde oscuro. El inspector resopló sobre él durante un minuto.

—¡Ya está! —dijo—, es un fragmento del sello de un anillo. Pero...

—Exactamente. Y sólo pudo haber sido astillado por la fuerza: si su dueño dio un golpe a ese refrigerador, por ejemplo, y lo rajó con el puño, de modo que el sello se quebró y ese fragmento cayó sobre el depósito de escarcha, ahí abajo.

—Pero, maldita sea, señor, la gente no anda por ahí dando golpes a los refrigeradores.

—No. Claro que no. Endiablado mal gusto, andar golpeando refrigeradores. Ése es el asunto. Pero un sujeto bien podría darle un golpe a otro sujeto *luchando, en la obscuridad*, errarle, y aplastar su puño contra el refrigerador por equivocación.

—Hum. Hay algo en eso. Mejor que me encargue de ese trocito de metal. No debe ser difícil descubrir quién posee un anillo de sello, aunque supongo que se habrá deshecho de él al descubrir que estaba astillado. No es un trozo del de Eustace Bunnett, de cualquier modo: ése estaba intacto.

—Me parece que el Colegio de Heráldica podría reconstruir todo el escudo con ese pedacito, y una vez conocido éste se estaría encima del asesino.

—Le echaremos un vistazo con el microscopio primero, señor. —El inspector observaba cuidadosamente el costado del refrigerador—. ¡Ah!, hay una astillita aquí, exactamente por encima de donde encontró ese pedazo de sello; parece reciente. ¡Hum! A cuatro pies y seis pulgadas del suelo. Más o menos la altura donde uno golpearía con el puño si apuntara a la mandíbula de un tipo de la estatura de Bunnett.

Nigel contemplaba abstraídamente sus pies.

—Me gustaría saber por qué fracasaron los planes del asesino —dijo.

---

---

## CAPÍTULO X

«Labios que tocan licor, nunca tocarán los míos».  
Balada de la Templanza (*Siglo XIX*).

Nigel estaba aún un tanto abstraído cuando regresó al destacamento de policía, después del almuerzo. Esto podría haberse atribuido a los dos platos de asado, los tres platos de torta de ciruelas, y el plato de queso y bizcochos que los Cammison, con creciente aprensión, le habían contemplado comer.

—¿Sabe usted —dijo Herbert— que le hará daño si persiste en comer así? No hace mucho tiempo atendí un caso...

—No es eso lo que me aflige —dijo Sophie—, sino mi despensa. Tendremos que construirle un anexo antes de la próxima visita de Nigel.

—¡Hum! Muy buen queso, éste. ¿Puedo servirme más?

—Sería interesante medir su presión sanguínea a esta altura.

—Estoy segura de que no quedará nada para la cena —dijo Sophie.

—¡Oh, caramba! ¿De veras? Escuchen, deje que los lleve al hotel, entonces —dijo Nigel, verdaderamente conmovido.

Sophie rió.

—No está bien. Algo juntaremos. Usted es cómico ¿sabe? Pero simpático.

—Gracias.

—¿Está alimentando la caldera para hacer algo definido, o simplemente por principio? —interrogó el doctor Cammison.

—Bueno, por las dos cosas. Por lo común los hombres de genio han sido grandes comilones. Además voy a entrevistarme con *Miss Mellors*. ¿Qué piensa *usted de ella*? —disparó a quemarropa contra Sophie.

—¿Yo? ¡Oh!, no conozco a la gente. —Sophie pareció solemne y un poco turbada detrás de sus anteojos de carey, como una lechuza acosada por los pajaritos—. Es muy simpática, sin duda, aunque es mandona. Creo que probablemente es un vejstorio sentimental, y está avergonzada de ello, y por eso asume esos modales de sargento mayor. No me sorprendería si tuviera un dolor secreto.

—¡Querida, y dices que *ella* es sentimental! —dijo Herbert.

—Bueno, sí. Es muy bondadosa y siempre son estas almas ásperas y bondadosas las que tienen dolores secretos, en los libros, por lo menos.

—¡Oh, los libros!

—No hay nada malo en los libros —dijo Nigel—, si uno no deja que lo dominen. ¿Por casualidad diría usted ahora que Joe Bunnnett era el dolor secreto de *Miss*

Mellors?

Sophie estalló en una carcajada.

—¡Joe! ¡Oh Dios mío! —Después, con voz más sobria—: ¿Joe Bunnett? Bueno, podría ser, en efecto. La verdad es que a veces ella lo mira de una manera un tanto perruna, fiel, quiero decir, no juguetona. Y lo prohija un poquito, también; por ejemplo, se da una vuelta por su casa y se asegura de que esté limpia y tibia antes de que regrese de sus vacaciones. Viven casi al lado, ¿sabe usted?

—¿Ahora también?

—Oiga, joven Nigel —dijo Cammison—, en verdad, ¿en qué anda usted?

—Yo mismo no lo sé. De veras, no lo sé. Espero que amanezca. ¿Joe Bunnett usa un anillo de sello?

—No. Nunca se lo he visto, al menos. ¿Y tú Sophie?

—Tampoco.

Herbert Cammison contempló a Nigel, impassible. Dijo:

—¿Por casualidad sospecha que Joe pueda haber matado a su hermano?

—Las cosas no se presentan muy bien para él.

Sophie emitió un sonido entrecortado.

—¡Nigel! No puede... Joe no es..., no pensaría eso si lo conociera.

—Pero está realizando un crucero. ¿Cómo podría...?

—Desdichadamente, Herbert, no parece que sea así. Su bote ha desaparecido.

—Pero ¿qué razón tendría?

—Por ahora ustedes dos deben guardar esto en secreto: la cervecería estaba en peligro de ser cerrada. —Nigel les contó las negociaciones de Eustace con Roxby—. De modo que ahí tienen ustedes. Con su hermano vivo, Joe habría visto clausurada la cervecería, y desocupados a todos esos hombres que ustedes admiten que quería tanto y entre quienes era tan popular. Con Eustace muerto, Joe heredaría la parte principal de las acciones, podría interrumpir las negociaciones con Roxby, y modernizar la cervecería como usted y él querían.

—Sí, hay mucha verdad en eso, supongo —dijo Cammison—. Pero, verdaderamente, aunque Joe es un tipo muy bueno y todo lo demás, por una u otra razón no puedo imaginarlo cometiendo un crimen por motivo tan altruista. Le gusta demasiado la comodidad y la *bonhomie* para ser uno de esos fanáticos que creen indispensable que un hombre muera por el pueblo.

—De acuerdo. Pero ¿suponiendo que tuviera un fuerte motivo personal para deshacerse de su hermano? Dicen ustedes que Eustace siempre tuvo a Joe en un puño, y evidentemente resultaba bastante irritante ser dominado por el puño de Eustace. Bien, cuando se produce el asunto «Roxby», proporciona a Joe una racionalización y una justificación de su motivo personal.

—Posiblemente. Sin duda Joe era frustrado y reprimido en toda la línea por su hermano. El asunto «Roxby» podría haber provisto el exceso de calor que lo hizo hervir. Pero, fíjese, Eustace no hacía todo como le daba la gana. Joe no tenía coraje

para oponérsele abiertamente, lo admito: pero lo sobrepasaba en mucho por medios más tortuosos. Eustace podía ser manejado hasta cierto punto, si uno adoptaba con él la línea de menor resistencia: hacerle un poquito de reverencia, darle la sensación de que uno lo creía el ungido del Señor, nunca oponérsele francamente. Mientras lamía esta clase de lisonjas, las ratas podían jugar; hasta cierto punto, digo. Joe sabía eso perfectamente.

Sophie pareció sorprendida e indignada.

—Herbert ¿cómo puedes? Es diferente en el caso de Nigel: él no conoce a Joe como nosotros. Pero hablar de él como si fuera el interior de uno de tus pacientes o algo así... ¡es tan cruel! Piensa en las veces que se ha sentado donde está ahora Nigel, divirtiéndose; piensa en esos cómicos hombrecitos que hace con frutas y cerillas, y cuando nos hacía creer que se le habían caído los dientes en la sopa. Es...

—El diagnóstico debe preceder a la cura —dijo Herbert con bastante tiesura—. No vamos a ayudar a Joe pretendiendo que es completamente distinto de lo que en verdad es...

Cuando Nigel llegó al destacamento de policía, encontró al inspector absorto ante un microscopio.

—Fíjese, señor, échele un vistazo. ¿Qué le parece que es?

El fragmento de sello del anillo yacía sobre la platina. Nigel miró largo tiempo y con intensidad.

—Parece la pata de un animal, con la cola. ¿Qué son esas líneas verticales a ambos lados? ¿Un aguacero tropical?

—Podrían ser tallos de flores, o trigo, o algo así.

—¡Hum! Grifo *couchant* en campo de trigo. O quizás sea un perro. Demasiados perros en este caso. Bueno, esto debería servir de ayuda. A propósito, los Cammison dicen que nunca han visto a Joe Bunnett con un anillo de sello.

—Son amigos de él, sin embargo.

—¿Y bien?

—Es obvio.

—¡Hum! Foxey, nuestro\* venerado padre, caballeros.

—¿Qué es eso?

—Nada. Un Fragante Momento de Charles Dickens. ¿Ha aplicado su mente al gran problema que le propuse?

—¿A qué se refiere?

—¿Por qué cambió sus planes nuestro asesino? Evidentemente tenía todo preparado para que pareciera un accidente. Había descompuesto ese timbre de alarma. Bunnett debía ser inducido a penetrar en la cámara frigorífica, y luego la puerta debería haberse cerrado tras él. Podría haber golpeado y gritado hasta ponerse ronco, y el sereno no lo habría oído: la habitación es a prueba de ruidos; por eso se ha instalado el timbre. Antes de que llegara la mañana siguiente, Bunnett se habría congelado hasta volverse quebradizo; no tendría vigor para moverse toda la noche,

como el último tipo que quedó encerrado. El anónimo encontrado después, para explicar su presencia en la cervecería, habría sido quizá destruido. Era más seguro para el asesino destruir la nota. Bunnett siempre andaba rondando por la cervecería, después de todo. Se encuentra descompuesto el timbre de alarma. Habría resultado casi imposible probar que no había sido un accidente... Entonces, ¿por qué, una vez que hubo calculado un proyecto tan bonito, puso a Bunnett a hervir, en cambio?

—Eso es fácil, señor. La razón debe de haber sido que no logró llevar a su víctima, sin lucha, hasta la cámara frigorífica. Bunnett puede haber arrastrado consigo al asesino; o puede haber abierto la boca para gritar, y el asesino decidió arrastrarlo adentro antes que oyera el sereno. Sea como sea, hubo una lucha, y el asesino derribó a Bunnett de un golpe, de alguna manera que dejó marcas en él. Eso destruyó su idea de hacer que todo pareciera un accidente. Más aún, hasta creo que a Bunnett se le hizo entonces algo que habría revelado la identidad del asesino, y por eso el cadáver fue colocado en la caldera.

—Sí, eso parece bastante posible. Sin embargo, fíjese, cualquier marca hallada sobre el cuerpo de Bunnett fácilmente podía haber sido atribuida al hecho de haberse golpeado él mismo, en su desesperación, contra la puerta cerrada de la cámara frigorífica. No obstante, es muy probable que el asesino pasara eso por alto, nervioso porque su plan original había fracasado. Pero ¿cuáles *podrían* ser estas marcas reveladoras en el cuerpo de Bunnett?

—Bueno, señor, el asesino podría haber traído algún ácido, digamos vitriolo, que arrojar a Bunnett, suponiendo que su plan fracasara. ¿Qué clase de persona podría sugerir eso?

—Una mujer, supongo.

—¿O un médico? —preguntó Tyler, con una mirada astuta y peligrosa en sus ojos.

—Posiblemente.

—Bien, entonces, podría haber habido quemaduras de ácido en la cara de Bunnett. O suponiendo que el asesino fuera zurdo... La pericia médica generalmente puede demostrar cuándo un golpe ha sido dado por un zurdo. Eso descubriría el juego, sin duda, ¿eh?

—Ingenioso. ¡Hum! Prefiero la idea del zurdo. El vitriolo es demasiado melodramático. ¿Ninguno de los de su tropa es zurdo?

—Temo no haberlo notado, señor. La idea sólo se me ocurrió hoy. Pronto descubriremos la verdad, sin embargo.

—Bueno, me parece que iré a ver a *Miss Mellors*. Consiga más material sobre Joe Bunnett. ¿Tiene algún mensaje afectuoso para ella?

—Puede preguntarle qué hacía la tarde en que fue echado al correo el anónimo, y qué diablos quiere decir al negarse a dar informaciones a Tollworthy.

—Muy bien. Abriré la calefacción. ¿Cuál es su número? Será mejor que \*le telefonee para ver si está en su casa.

Nigel efectuó la llamada, y una sirvienta le informó que esperaba que *Miss Mellors* estuviera de regreso para tomar el té, a las cuatro. Ocupó su tiempo caminando por el pueblo, bebiendo la luz y la fragancia de limones y alelúes. Cuando el reloj del Priorato dio la hora, Nigel deambulaba por el Camino de las Acacias, buscando *Le Nid*, como se llamaba, con bastante poca propiedad, la casa de *Miss Mellors*. ¡Ah!, allí estaba. Y dos puertas más allá se levantaba una bonita casa de piedra, con los postigos de la planta baja cerrados, y las persianas descorridas, arriba —la casa de Joe Bunnett, sin duda—. Respondiendo a un impulso repentino, Nigel se dirigió por un sendero empedrado hasta la parte trasera de la casa, y espió por la ventana de la cocina. Todo parecía cuidado, reluciente y desierto.

Se volvió y cruzó el portón de *Le Nid*. Frente a la puerta de calle colgaba un amuleto, y sobre el dintel había una inscripción de bienvenida pirograbada, en versos bastante mediocres. Esto preparó a Nigel para el despliegue de artes y oficios que lo aguardaba adentro: la sala estaba llena de artículos de *papier-mâché*, repujados, estatuillas insípidas, felpudos de fabricación casera y cosas por el estilo. El objeto más audaz que había a la vista era la reproducción de unas flores de Van Gogh. Aparte de esto, no había nada más que objetos de virtud demasiado fácil. ¡Oh!, no: Nigel percibió una mesita, escondida tras un biombo, en el otro extremo de la habitación, sobre la que había unos pocos objetos de plata. Se acercó. Muy bonitos; heredados, sin duda: dos cajas de rapé, un crucifijo, una cafetera, un tarjetero y una de esas manos de marfil en miniatura con largos y delgados mangos, empleadas por las damas elegantes del siglo dieciocho cuando deseaban rascarse en público. Nunca fue remiso Nigel en curiosear los objetos de los demás. Recogió una caja de rapé y la abrió; después jugueteó con la tapa de la cafetera; luego, de pronto, tomó otra vez la caja y la observó cuidadosamente. Estampada sobre ella había un escudo, un perro de dudosa estirpe y apariencia truculenta sentado en un campo de trigo, y abajo la leyenda *Semper Fidelis*. Nigel se inclinó rápidamente y vio el mismo escudo grabado sobre la cafetera y el tarjetero. Muy abstraído, deslizó la caja de rapé en su bolsillo; y en ese momento la voz de *Miss Mellors* rugió detrás de él:

—¿Es un hábito suyo guardar objetos de plata en el bolsillo, joven?

La confusión abrumó a Nigel.

—Re... realmente —tartamudeó—. Lo... lo siento muchísimo. No, no es un hábito. Estaba pensando en alguna otra cosa en ese momento, y parece que...

—Se metió en su bolsillo. Ya sé. ¿Y qué es esa otra cosa en que estaba pensando?

«Bueno, pensó Nigel, entre dos se pueden emplear tácticas de sorpresa». Dijo:

—Me preguntaba si tiene usted un anillo de sello con el mismo escudo.

Ahora le tocaba a *Miss Mellors* confundirse; y sin duda se confundió. Un doloroso rubor se extendió sobre su rostro y su cuello; sus rasgos pesados parecieron disolverse y solidificarse otra vez en una expresión desequilibrada.

—¿Un anillo? No, no tengo. Quiero decir, tenía; pero lo regalé. Hace mucho tiempo.

El éxito de su pregunta turbó a Nigel casi tanto como la pregunta misma a *Miss Mellors*. Sin embargo, disparando una flecha al azar, dijo:

—¿A Joe Bunnett, quiere decir?

—Joe, sí, ¿cómo lo sabía? Me prometió que nunca... —Se interrumpió, escudriñando a Nigel con desconfianza.

—¿Que nunca lo usaría en público? —preguntó éste.

Asintió silenciosamente con la cabeza. Nigel se sintió un poco avergonzado de sí mismo; un poco molesto, también, por su expresión reveladora cuando se mencionó el nombre de Joe. *Miss Mellors* se dominó y dijo, con algo de su antigua manera cordial:

—¿Sabe usted que es un joven muy curioso? Primero me roba la plata, y después empieza a sonsacarme secretos. ¿Está juntando material para una novela?

—¡Dios no lo permita! —exclamó Nigel fervientemente—. Puedo ser ladrón, pero por lo menos no soy novelista.

*Miss Mellors* le sonrió, y emitió un agudo ladrido de risa.

—Bueno, ya es algo tener a qué estar agradecido. Todo suciedad y fornicación. Sin embargo no creo que haya venido aquí a discutir la novela moderna. ¿Qué quiere saber? ¿Y a qué se debe todo esto sobre mi... sobre el anillo del señor Bunnett? ¿Lo han encontrado en alguna parte?

—Bueno, sí y no. En un sentido... eh... eso es.

—¡Disparates! O el anillo ha sido encontrado, o no. Decídase, joven.

—No, es verdad. Quiero decir, se ha encontrado un pedazo, un pedazo del sello.

Nigel trató de guardar un tono suave e ingenuo; pero no engañó a *Miss Mellors*. Su rostro adquirió otra vez aquel aspecto desequilibrado. Preguntó con brusquedad:

—¿Encontrado? ¿Dónde?

—Temo no poder decírselo aún. Le agradecería mucho, sin embargo, si me contara algo más sobre el anillo... y sobre Joe Bunnett. Es una impertinencia de mi parte, lo sé, pero...

—¿Quiere usted decir que se sospecha de Joe Bunnett de haber asesinado a su hermano, y que la policía quiere que usted les haga el trabajo sucio?

—Joe es sólo uno de los varios sospechosos. Usted misma es otra.

—¿Yo? ¡Oh, la verdad, señor Strangeways!...

—Y en cuanto al «trabajo sucio», probablemente descubriría usted que el inspector es mucho mejor para eso que yo.

—Perfectamente, joven, no pierda su lana. Si le da miedo oír unas cuantas palabras claras, ha venido al negocio equivocado.

—Agradecería un poco de franqueza. Por eso le pregunto por Joe Bunnett.

—Bien. Ahora sabemos dónde estamos. Pero permítame que le diga: si se le ha metido en la cabeza que Joe mató a ese cerdo execrable de su hermano —aunque Dios sabe cuánto lo merecía Eustace—, está cometiendo el mayor error de su vida.

—Sinceramente espero que así sea. Bien, iba usted a decirme...



—Cuando Joe regresó de la guerra, nació una amistad entre él y yo. Nos sentimos atraídos. En aquellos días yo era bonita. Sí, sí, sí, no tiene necesidad de ser cortés, sé que ahora soy un caballo de guerra viejo y estropeado, aunque *todavía* estoy del lado bueno de los cincuenta. Un afecto, sí. Nada de estupideces sentimentales. —Miss Mellors fijó en Nigel una mirada turbia—. Nunca pensé que Joe fuera un dios griego o un *pantecnicón* de todas las virtudes, y nunca lo pensaré; pero nos llevamos muy bien, y después de poco tiempo le declaré mi amor —o lo declaró él—, me he olvidado quién fue, y decidimos unirnos. Pero impuse una condición. Joe tenía que alejarse de esa maldita cervecería. No soy más fanática que cualquier otro, pero mi padre bebió hasta matarse, y tuve que cuidarlo en las últimas etapas, y si usted alguna vez ha visto la ruina podrida, lamentable y desdichada en que la bebida puede transformar a un hombre bueno, entenderá bastante bien por qué me negaba a casarme con Joe mientras tuviera algo que ver con el comercio de licores. Bueno, Joe comenzó a discutir; pero pronto le hice cerrar la boca; tenía que tomarla o dejarla. Al final decidió dejarla —me refiero a la cervecería—. Pero no había contado con ese rufián, Eustace. Dios sabe qué poder tenía Eustace sobre él. Joe siempre había estado dominado por él, pero creí que tendría coraje para liberarse, por mí. Bueno, pues no lo tuvo. Y eso fue todo. Nunca olvidaré esa tarde en que Joe vino a decirme que no podía hacerlo; blanco y tembloroso, y bastante avergonzado de sí mismo, como bien podía estarlo. Cómo llegué a enamo... a sentir cariño por un mequetrefe tan débil como él, sólo el Creador lo sabe. Pero así fue. Bueno, yo le había dado a Joe ese anillo mío, y cuando me rogó que le permitiera guardarlo —supongo que yo era un poco sentimental en aquellos días— no tuve corazón para quitárselo. Mas no iba a permitir que lo usara en público, y así se lo dije; hay límites que no cruzaré para transformarme en el hazmerreír de Maiden Astbury, y ése era uno de ellos. Naturalmente, Joe dijo que sólo teníamos que esperar, y que todo saldría bien. Joe siempre tuvo algo de *Mr. Micawber*. Pero yo veía mejor las cosas. Hemos seguido siendo los mejores amigos; pero me reconcilié con la idea de morir convertida en una solterona, no importa cuánto pudiera charlar el pobre sobre alamares de plata y *Llegó la Aurora*. Supongo que se está preguntando por qué le cuento todo esto. Confidencias juveniles de una señora en decadencia, ¿eh?

—Bueno, yo...

—Usted tiene una cara simpática, joven, aunque no sea ningún Clark Gable. Pero no es eso, no se haga ilusiones. Supongo que han encontrado el anillo de Joe, o lo que sea, en la escena del crimen. Créame, están persiguiendo la liebre equivocada. Si Joe iba a asesinar a ese hermano suyo, lo habría hecho la primera vez que se interpuso entre nosotros. No habría esperado casi quince años. Es lógico, ¿no? Si no tuvo el buen sentido de cortar el pescuezo de esa porquería hace quince años, ciertamente no lo habrá hecho la semana pasada. En aquellos días yo podría haber valido un crimen, pero ahora no soy ningún galardón, y lo sé. ¿Por qué no trae el té esa maldita muchacha?

Miss Mellors tiró violentamente del cordón de la campanilla. Fue una válvula de escape para su emoción, y le dio la oportunidad de volverse y ocultarla. Cuando la doncella hubo salido de nuevo, Nigel dijo:

—Gracias por contarme todo esto. Estoy de acuerdo con lo que usted dice; pero desdichadamente Joe parece haber tenido otros motivos posibles, aparte de ése.

Miss Mellors quebró un bizcocho con deliberación poco natural.

—¿Otros motivos? No creo. ¿Cuáles?

—Bueno, hereda las acciones de su hermano.

—Sí... sí, supongo que sí. No había pensado en eso. Pero, maldita sea, señor Strangeways, Joe tiene sus defectos, pero no sería capaz de cometer un crimen por dinero.

—N... no. Me atrevo a decir que no. —Nigel no se sintió justificado para contar a Miss Mellors el asunto «Roxby». Esta debió advertir que ocultaba algo, porque dijo:

—¿En qué piensa, joven?

—Me gustaría saber —respondió Nigel— si ayudaría en algo a Joe el que usted me diera la información que rehusó dar a Tollworthy.

—Aspiradores de polvo —dijo Miss Mellors decisivamente, después de una breve pausa.

—¿Cómo dice?

—Eso es lo que debería estar haciendo. Vendiéndolos. Ha equivocado su vocación. La combinación exacta de plausibilidad, astucia inferior y jerga comercial empedernida.

—Y además, como un aspirador de polvo, doy vueltas por ahí recogiendo la suciedad, ¿no?

—¿Por qué había de ayudar a Joe? Eustace no fue asesinado esa tarde.

—No; pero, por razones que no puedo darle, queremos saber qué hizo Joe entre el momento en que salió de aquí, y el momento en que llegó a Poolhampton.

—Viajó hacia Poolhampton, sin duda.

—De acuerdo. Pero ¿cuál era su estado de ánimo? ¿Se sentía feliz y despreocupado al partir de vacaciones? ¿O estaba agitado, melancólico, taciturno, como quien ha planeado cometer un crimen la noche siguiente?

—No, nada de eso: estaba completamente normal, puedo as...

—¿Estuvo usted con él, entonces?

—Bueno, joven, bueno. No es preciso que sea tan engreído. No se imagine que me ha pescado. Tenía la mejor intención de decírselo. Joe me pidió que lo acompañara parte del camino. La verdad es que llegué hasta Aldminster y después tomé el ómnibus de regreso. El conductor puede decírselo, si no me cree.

—No pasó por Weston Priors ¿verdad?

—¿Weston...? No, queda lejos del camino real. Además, está más allá de Aldminster.

—Joe la vino a buscar aquí, y usted lo acompañó hasta Aldminster.

—No, no aquí, lo encontré en Honeycombe Hill.

—¿Accidentalmente?

—No, le digo que habíamos decidido viajar juntos.

—¿Llevaba Joe ese anillo durante el viaje?

—Sí.

—¿Por qué no dio esta información a Tollworthy?

—Ese hombre es un chismoso. No quiero que se hable de mis asuntos privados en todo el pueblo.

—Pero sin duda ¿no hay razón para que usted no hiciera un paseo en coche con un viejo amigo?

—No sea tonto. Claro que no. Pero Maiden Astbury no necesita razones para murmurar; todo lo que necesita es una excusa.

—¿Cuánto tiempo tuvo que esperar el ómnibus en Aldminster?

—Alrededor de un cuarto de hora. Llegamos más o menos a las dos y cuarenta y cinco, y el ómnibus sale a las tres.

—Y Joe la recogió ¿cuándo?

—A las dos y quince en punto.

—¿Les llevó media hora cubrir las diez millas y pico que hay hasta Aldminster?

—No había prisa. Teníamos muchas cosas de qué hablar.

—¿Y Joe le pareció completamente normal?

—Claro que sí. Ya se lo he dicho una vez. Perfectamente normal, hablando del crucero y cosas así.

Miss Mellors estaba muy enojada. Nigel hizo cuanto pudo por apaciguarla. Después, agradeciéndole mucho el té y la información, regresó a casa de los Cammison. Quería probar la conexión entre la entrevista y el caso, mientras aquella estuviera fresca en su mente. Sacó una gran hoja de papel, y escribió rápidamente con su letra pequeña, docta:

> *Joe Bunnett.*

1º) Motivo adicional para matar a Eustace: interposición de Eustace entre él y Miss Mellors. Su odio hacia E. por esto debería haberse enfriado en quince años; depende del carácter, en algunas personas estalla en seguida, en otras permanece latente. K1 asunto Roxby bien podría haber atizado el motivo principal hasta hacerlo llamear: hizo madurar la represión que J. había sufrido durante toda su vida a manos de su hermano.

2º) Lo que encontré en la cámara frigorífica era un trozo de anillo de Joe. Es una prueba condenatoria de que estuvo allí la noche del crimen. A menos que Mellors mienta al decir que J. tenía el anillo cuando partió de vacaciones. ¿Y por qué había de mentir? (El eco responde «¿por qué?»).

3º) El anónimo. Si la declaración de Mellors es correcta, Joe tardó un

cuarto de hora en llegar de Aldminster a Poolhampton, que está a una distancia de cinco millas y media (cf. el horario de Tollworthy). Esto le daría tiempo, si se dio prisa para hacer el rodeo de cuatro millas que pasa por Weston Priors y echar la carta al correo. Las llegadas y partidas tendrán que ser verificadas por Tyler.

4º) Estado mental de J. Mellors. Insistió (¿quizás con demasiado vigor?) que estaba perfectamente normal. Todo el asunto de este viaje ¿no fue sin embargo, bastante raro? M. y J. (de acuerdo a M). no querían que se murmurara de ellos: no obstante, ¿qué fuente de murmuración más fértil que el hecho de que M. partiera con J. al comienzo de sus vacaciones? El que M. regresara pronto no sería obstáculo para los murmuradores, sólo un jugoso acontecimiento adicional sobre el cual especular. Ciertamente, se tomaron medidas para evitar el descubrimiento —reunión de M. y J. fuera del pueblo—, pero J. era bien conocido en el condado; M. también, tal vez, y es fácil que los hubieran visto juntos. ¿Bastante arriesgado para ellos, sin duda? Lo que sugiere que valía la pena correr ese riesgo. ¿Por qué? Respuestas obvias: (a). Joe había planeado matar a E., y de ese modo tomaba una especie de tónico para los nervios, al tiempo que se despedía, en caso de que lo atraparan; (b) además de eso Mica a proporcionarle sin querer una coartada en el asunto del anónimo (si fue así, esto debe de haber fracasado por alguna razón); (c) Joe y Mellors colaboraron en este crimen, y aprovecharon esta oportunidad para ultimar los detalles. Pero si (b) o (c) son correctas ¿por qué J. no dispone de una coartada mejor para el anónimo?

Nigel se echó hacia atrás y leyó sus notas de nuevo. Varios puntos comenzaban a resaltar y a sugerir un diseño del todo distinto, un diseño muy inesperado y siniestro, además. Tomó otra hoja de papel y escribió:

#### *Ariadne Mellors.*

1º) Ninguna coartada para la noche del crimen. La doncella duerme afuera. Sugiere inocencia, pero podría ser un doble *bluff*.

2º) Tiene fuerza física como para disponer de Bunnett y transportarlo a la caldera.

3º) Es concebible que por medio de Joe pudiera haber logrado informaciones suficientes para escribir el anónimo y conocer la topografía de la cervecería. ¿Es bastante experta como para descomponer el timbre de alarma de ese modo? (Habilidad manual, cf. las chucherías de su casa). La dificultad principal aquí: ¿cómo podría explicar su presencia en la cervecería de Bunnett? Casi insuperable, esto. Pasar. Joe pudo haberle contado lo de Roxby; de este modo podría haber robado la correspondencia de Roxby para

desviar la sospecha. Pero así la sospecha se desviaba hacia Joe. ¿Sin duda no querría tal cosa? (ver 5°).

4°) Motivos. Muy fuertes, *a)* Horror a la bebida —el padre bebió hasta matarse—, efecto sobre la hija, incalculable. Matando a Eustace mataría dos cervecedores con una sola piedra —Joe quedaría libre de la influencia de su hermano y de este modo capacitado para abandonar el negocio—; *b)* Odio personal hacia E. por su influencia sobre J., tanto más fuerte en una mujer de su carácter dominador; *c)* la muerte de Eustace daría a J. libertad para casarse con ella...

5°) ¿Es posible que haya asesinado a E. y esté tratando de incriminar a Joe? Esto último, *sea* porque haya perdido la serenidad, o debido a un odio subconsciente hacia J. por haberla dejado sin matrimonio y sin maternidad en el pasado, a causa de su debilidad moral. Suena un poco a fantástico, pero explicaría varios puntos: *a)* Su relativa buena voluntad para contarme sobre el anillo. N. B.: no puedo confiar en nada más que su palabra para afirmar que J. poseía el anillo. Su confusión cuando lo mencioné por primera vez puede haberse debido, no a recato respecto a Joe, sino al hecho de advertir repentinamente que habíamos hallado una clave de *su propia* presencia en la cámara frigorífica. Toda la historia del regalo a J. puede ser, pues, el resultado de que M. perdiera la cabeza. (*Nota:* Preguntar a los sirvientes del hotel, etc. de Poolhampton, si J. llevaba puesto el anillo). *b)* Mellors admitió su inquina contra Eustace —¿inocencia o astucia?—. *c)* También manifestó cierto grado de desprecio por Joe. *d)* «Nunca olvidaré aquella tarde en que Joe vino a decirme que no podía hacerlo, blanco y tembloroso...». ¿Fue ésta una manera sutil de impresionarme con la idea de Joe como asesino potencial? *e)* En cierto momento dijo: «¿A qué se debe todo esto sobre mi... sobre el anillo del señor Bunnett?». Si el anillo hubiera estado en poder de Joe durante todos estos años ¿habría comenzado a decir «*mi anillo*»? Posiblemente. Un detalle despreciable, éste, *f)* Sus protestas de que Joe parecía perfectamente normal durante el viaje podrían haber sido subrayadas *deliberadamente* con el propósito de hacerme sospechar que ocultaba el hecho de que el estado de J. no era normal.

6°). El anónimo. Resulta perceptible que Mellors se proporciona a sí misma algo muy parecido a una coartada en este punto. Bajó del automóvil de J. en Aldminster, a las dos cuarenta y cinco; esto no le habría dado tiempo para llegar a Weston Priors y regresar antes de que el ómnibus partiera, a menos que alquilara otro auto —lo que evidentemente habría sido demasiado peligroso—. Si escribió la carta, debe de haber sido despachada de una de estas dos maneras: *a)* pidió a J. que la echara al correo en Weston Priors, *en route* hacia Poolhampton (pero W. P. no está *en route*; por lo tanto, a menos que M. y J. estuvieran en complicidad, M. no podía darle una razón plausible

para no echarla ella misma en Aldminster. De cualquier modo, casi sin duda, él vería el nombre de Eustace en el sobre, lo que sería fatal para M). b) J. y M. hicieron un rodeo y la echaron antes de llegar a Aldminster: esto explicaría el tiempo poco común que les llevó el viaje.

Nigel estudió todo esto con una expresión de disgusto. Le pareció bastante tedioso y demasiado teórico. La única cosa en su favor era que proporcionaría algún fin a las investigaciones policíacas en el distrito de Aldminster. Después de otros veinte minutos, sacó una tercera hoja de papel de notas, y escribió lentamente:

1º) Joe Bunnett. El mejor candidato, hasta ahora.

2º) Complicidad entre Joe y Mellors. Prometedor; pero si hubo complicidad, sin duda podían haber pensado en una estratagema más definida para el anónimo. Sólo dos explicaciones hasta ahora: o la estratagema ha sido hecho deliberadamente débil, o M. ha perdido la cabeza.

3º) *Miss Mellors*. El rival más probable, con mucho.

---

---

## CAPÍTULO XI

«Quien busca a tientas en la obscuridad, encuentra lo que no quería encontrar».  
*John Ray (Proverbios ingleses).*

«No —pensó Nigel, sorbiendo su té de la mañana—, la verdad es que este caso no es plato para mí. Su aparatosidad grotesca atraía sólo para engañar. Eustace Bunnett, tus huesos carecen de tuétano. Tras sus hermosos comienzos el caso está marchitándose en una rutina detestable. La policía recogerá más indicios de evidencia, probará todas las estratagemas, se entregará a orgías de deducción, y después de todo eso, alguien se adelantará y afirmará que la noche fatal vio a X salir de la cervecería, chorreando sangre. Así es como se resuelven los casos criminales. O, si no, dentro de un par de días, el agente principal despertará de sus sueños con zorros y portones de cinco barras, y visitará a Scotland Yard, y enviarán algún brillante petimetre y tal vez descubrirá la identidad del criminal, pero no habrá pruebas suficientes para justificar un proceso, y se añadirá uno más al número de los presuntos asesinos que bailan con pies fantásticos y ligeros sobre los cuerpos de policías desconcertados. Y debo decir que no me sentiré anonadado por el remordimiento. Eustace Bunnett era un fullero, una amenaza y un atormentador. Podemos pasarlo muy bien sin él. Y el caso puede pasarlo muy bien sin mí». Sin duda, las cosas habrían tomado por este camino. Una investigación larga, tediosa, con la policía haciendo cuanto podía para dar al asesino sogas suficientes con que ahorcarse. A no ser por un hecho: el hecho (que Nigel se vería obligado a advertir dentro de una hora) de que el criminal estaba apremiado. Contrariamente a la mayoría de los asesinos, cuyo naípe del triunfo —si tienen valor para jugarlo— consiste en quedarse quietos y no decir casi nada, éste tenía una urgente necesidad de terminar. Cada minuto era precioso para él; nadie pudo negar, después, que actuó con habilidad y prontitud. Nadie pudo negar, tampoco, que fueron las mismas condiciones del crimen las que inexorablemente tendieron las redes en que cayó el criminal. Una acción muy pulcra —en efecto, casi clásica— de Némesis, pero que reflejaba poco crédito, consideró Nigel, sobre sí mismo y sobre los otros agentes mortales de esa diosa sin azar. Todo lo que pudo darle alguna reputación fue el hecho de haber tropezado con la identidad del asesino a las nueve y diez minutos de esta noche del lunes; pero fue un triunfo puramente académico de su parte; porque de cualquier modo el asesino estaba destinado a ser atrapado pocas horas después.

La primera indicación de Nigel en el sentido de que se duplicaba la velocidad de la marcha de los acontecimientos, se produjo exactamente a las ocho y veintisiete del día. Sonó la campanilla del teléfono, preguntaron por Nigel, y la voz del inspector

ladro desde el otro extremo:

—¿El señor Strangeways? Habla Tyler. Desde la cervecería. Ha habido lío aquí, anoche. El sereno sorprendió a alguien en el edificio. El sujeto se escapó. Nos telefoneó en seguida —Lock, quiero decir— e inmediatamente hicimos una investigación. No pudimos encontrar nada. Estamos efectuando una búsqueda más intensa ahora. Si le interesara proporcionarme el beneficio de su colaboración...

Tyler tenía el hábito de decir inesperadamente frases altisonantes como ésta; de otro modo Nigel podría haber supuesto un sarcasmo latente. Pero la voz del inspector sonaba cortante e iracunda: probablemente estaba furioso consigo mismo por no haber mantenido una vigilancia adecuada en la cervecería, y se desahogaba con algún subordinado, pensó Nigel; aunque nadie podía haber esperado...

—Muy bien —dijo—. Estaré allá dentro de un cuarto de hora.

Diez minutos de este cuarto de hora fueron gastados en el desayuno; como decía Herbert Cammison, si otros dos hombres cualesquiera hubieran podido almacenar tanto desayuno en ese lapso, le habría gustado conocer sus nombres. Los cinco minutos restantes llevaron a Nigel a la cervecería. Por cierto que Tyler había procedido con brío; parecía haber policías en todas partes, hurgando por ahí, haciendo preguntas, o simplemente quietos, irradiando desconfianza. También los empleados estaban evidentemente afectados por la excitación de la atmósfera; trabajaban intermitentemente —estallidos de energía furiosa seguidos por pausas para la charla murmurada y las miradas furtivas—. Sólo las muchachas empleadas en las secciones de envase atendían sus palancas y transportadores sin una interrupción en su ritual mecánico, espasmódico, guiñolesco.

—Exactamente como en el tiempo viejo —dijo el señor Barnes al encontrarse con Nigel, camino de la sala de envase—. Nunca los he visto trabajar así desde que murió el patrón. Eh, bueno, es un mal viento, como reza el dicho. ¿Y a qué debemos el placer de su visita, señor?

—Al asesino.

Las cejas del señor Barnes saltaron y quedaron suspendidas, por así decirlo, contra la blanca extensión de su frente.

—Quiere decir, si lo entiendo bien, que el tipo que Lock sorprendió aquí anoche es Su Gracia en persona. Debe tener desfachatez... Bueno, dicen que el asesino siempre regresa a la escena de su crimen, ¿no es así?

—¡Hum! Claro, si el asesino está empleado aquí, la verdad es que no sé cómo pudo evitar regresar a la escena del crimen, ¿no? Endiabladamente molesto para ese tipo tener esa caldera delante de las narices todo el día, ¿no le parece?

—¿Caldera? Oh, entiendo. Por un momento creí que se refería a nuestro Muchacho Azul, nuestro estimado inspector Tyler. —El semblante lúgubre del cervecero principal realizó las desalentadoras contorsiones que representaban su idea de una sonrisa—. Lo que me recuerda... No le haga chistes a Tyler esta mañana, si quiere un consejo. Está rabiando. Se ha tragado una espina de pescado, sí. Hace un



ratito me estaba fastidiando otra vez con esa caldera de presión, de modo que le dije en broma, pero amistosamente: «hay una maldita cantidad de polizontes de más en la cervecería esta mañana». Palabra, eso le tapó la boca a medias. Alguien debería proyectar una válvula de seguridad para ese hombre, de lo contrario hará volar su propia tapa uno de estos días.

—Dios mío, así no iremos a ninguna parte. A propósito, ¿dónde está ahora?

—Arriba, en el cuarto del patrón.

Al llegar a la puerta de Eustace Bunnett, Nigel oyó la voz del inspector elevada en quejicosa indignación.

—¿Para qué diablos cree que lo puse en la puerta de la cervecería? Primero deja que entre el sujeto, y después, que salga.

—No puedo estar en dos lugares a un tiempo, señor —replicó una voz hosca.

—¡Nada de contestaciones tampoco, amigo! Supongo que se durmió, ¿eh?

—No, señor.

Nigel pensó que era hora de que alguien vertiera un poco de aceite en estas aguas tempestuosas. Entró.

—Oh, ya está usted aquí —dijo Tyler con rudeza—. Este maldito idiota —movió la cabeza hacia el colorado y sudoroso polizonte que permanecía en posición de firme junto al escritorio— ha dejado deslizarse al asesino entre sus dedos.

Nigel coligió que el polizonte había estado de guardia en la entrada principal, había oído gritos dentro de la cervecería, alrededor de la una menos diez, esa mañana; había corrido adentro y hallado al sereno en plena carrera tras el intruso. Sólo que, de algún modo, el intruso había desaparecido. El policía juraba que no había pasado junto a él, en tanto que Lock juraba con igual vehemencia que había escapado en dirección a la entrada principal.

—¿Cómo consiguió entrar ese sujeto, de cualquier modo? —preguntó Nigel.

Ésta resultó ser una pregunta poco diplomática. Porque era evidente que, a menos que el intruso hubiera trepado la alta pared —y no había rastros de que lo hubiera hecho— debía haber entrado por una puerta lateral que daba a Ledgett's Lane; y esa puerta lateral no había sido vigilada.

—¿Cómo había de saber que regresaría a la cervecería? —se quejó el inspector—. ¡Qué!, si fue sólo una formalidad estacionar a Palmer en la puerta principal.

—¿Quién tiene las llaves de la entrada lateral?

—Había una en el llavero del señor Bunnett. Joe Bunnett tiene otra, y el señor Barnes, y Ed. Parsons. Cualquiera pudo haber sacado un molde, naturalmente, y encargado una llave.

—Y cualquier podría haberse quedado en la cervecería, escondido, después de terminado el día de trabajo. Entonces podría haber robado la llave maestra de la oficina.

—La llave maestra no ha sido robada —replicó Tyler agriamente—. Además, si el sujeto se ha quedado, ¿por qué esperó tanto tiempo para hacer lo que quería hacer?

—Sí. Así es. ¿Pero *qué* quería hacer? ¿Destruir pruebas?

—Supongo. Fue en este corredor, ahí afuera, donde Lock encontró al sujeto. Pero no hay señales de que se haya sacado nada de esta habitación. Ni de la del señor Joe Bunnett. Lock parece pensar que sorprendió al tipo antes de que alcanzara a ponerse a trabajar, y yo diría que es muy probable. Lo que me aflige más es que no puedo pensar en nada parecido a pruebas que el asesino pudiera querer destruir. Revisamos estas habitaciones y la oficina con mucho cuidado, hace un par de días; las habríamos encontrado entonces, si...

—Debe de ser algo que a primera vista no parece comprometedor, pero que el asesino sabe que resulta peligroso para él. —Nigel castañeteó los dedos y prosiguió, excitado—: Escuche, esto debe de estar relacionado con el robo en casa de Eustace. Suponga que Eustace tuviera algo en su poder —cartas, digamos— que señalarían la identidad del criminal. Éste registra su estudio, no las encuentra, y roba la correspondencia de Roxby para obscurecer la pista. A la noche siguiente viene a la cervecería, en la esperanza de encontrar lo que busca, aquí, en la habitación de Eustace.

—Sí, todo eso está muy bien; pero ¿qué prueba es ésta? Aquí no había nada que tuviera la conexión más remota con el crimen; sólo documentos comerciales.

—Tal vez haya un cajón secreto, o un subterráneo, o algo de ese tipo.

—Ya le he dicho... Hemos revisado esta habitación, señor. Y cuando revisamos una habitación, lo hacemos como es debido —dijo Tyler visiblemente ofendido.

—Sí, estoy seguro de que es así. Oh, bueno, me parece que conversaré con Lock. ¿Está aquí todavía?

—Lo mandaré a buscar.

Pocos minutos después. Lock entró con su paso tieso, militar. Nigel le pidió que repitiera su historia de lo que había sucedido la noche anterior.

—Fue así, señor. Había terminado el recorrido de medianoche y estaba sentado en ese cuartito, cerca de la entrada principal, tomando resuello. Después de poco, no sé cómo —usted sabe lo que son esas cosas— me pareció recordar que había oído un sonido que *no debía* haber oído.

—¿Qué clase de sonido?

—En ese momento no lo relacioné con nada. ¿Sabe usted?, en cierto modo no lo oí. Recordé que había habido un ruido —eso es todo— como cuando uno está ocupado en algo, y no oye el tránsito, afuera... y sin embargo lo oye.

—¿Subconscientemente?

—Así debe ser, señor, sin duda. He estado pensando en eso después, y, como le conté aquí al señor Tyler, se me ocurrió que era el ruido de una puerta de vaivén al cerrarse; ¿sabe usted?, ésas que funcionan con aire comprimido. Sea como sea, me dirigí —era poco más de la una menos cuarto— hacia el lado de donde recordaba que había venido el ruido.

—¿Encendió alguna luz?

—Válgame el cielo, no señor. Conozco mi camino a oscuras, como un topo. Tenía una linterna, claro; pero no quise usarla, para que no revelara mi posición al enemigo. Un buen ataque nocturno; con eso quería sorprender al importuno, ¿entiende? Bueno, subí las escaleras callandito, y en el momento en que doblaba al final de este pasaje, vi a alguien junto a la puerta de la habitación del señor Bunnett. Por la claraboya entra siempre un poquito de luz; no lo que uno llamaría claro, pero tampoco es tan oscuro como la escalera; lo suficiente para que yo viera una especie de figura. Así es que apreté el resorte de mi linterna; pero como estaba pegado a la pared, el movimiento golpeó a la linterna contra ella, cosa de un segundo antes de que se encendiera la luz; el botón está un poco duro, ¿sabe? El intruso oyó el ruido, y eso le dio tiempo para deslizarse por la esquina y desaparecer; se movía como un maldito relámpago, sí señor, si perdona la expresión: apenas vi su farol trasero al salir a escape, por así decirlo. Me eché tras él, pensando que estaba obligado a salir por la entrada principal, pero parece que no fue así.

—¿No lo oyó cuando se alejaba corriendo?

—No. Es un pasaje largo ¿sabe usted?; cuando yo llegué al otro extremo, debe de haber estado a mitad de camino de Margate. Sin embargo, debe de haber traído zapatos con suela de goma, de otro modo lo habría oído taconeando por la escalera.

—Usted vio esa figura de pie junto a la puerta... ¿La puerta de cuál de los Bunnett?

—No podría decirlo con seguridad. La del señor Eustace, supuse. No sé.

—Ya volveremos sobre eso. La figura. ¿No podría decirme algo más de ella? ¿Altura? ¿Tamaño? ¿Sexo?

—No, señor. Fue apenas un segundo, y me quedé helado. Tengo la impresión de que estaba inclinado hacia adelante, como para buscar la cerradura. Me parece que durante un segundo pensé que era un fantasma.

—Tal vez lo fuera —dijo Tyler irritado—. Me siento bastante inclinado a creer que usted imaginó todo eso.

—Yo no, no señor. Era un hombre, sin duda. Pero más que esto no puedo decirle, a menos que quiera que imagine un montón de detalles que nunca vi —añadió con rudo humorismo.

—Traiga esa linterna, ¿quiere? —pidió Nigel.

—¿De qué se trata? —preguntó el inspector con desconfianza, cuando Lock hubo partido a realizar su diligencia.

—Un experimento de óptica, si es ésa la palabra que estoy tratando de hallar.

Lock regresó. Nigel inspeccionó la linterna y notó que el botón todavía estaba duro. Colocó a Lock al final del corredor, donde había estado la noche anterior, y él mismo se quedó junto a la puerta de la habitación de Eustace Bunnett.

—Ahora, cierre bien los ojos. Cuente hasta diez. Después apriete el botón; trate de golpear el extremo de la linterna contra la pared, primero, como hizo anoche. Cuando sepa que la linterna está encendida, abra los ojos.

Nigel se inclinó hacia la puerta. Cuando oyó el golpe de la linterna, se detuvo una fracción de segundo, y luego corrió hacia la esquina.

—¡No sirve, señor! ¡Lo he visto! —gritó Lock. Ya había entendido el propósito del experimento. Lo repitieron varias veces, tardando Lock deliberadamente más tiempo para encender la linterna antes de abrir los ojos. Pero en todos los casos vio a Nigel antes de que pudiera doblar la esquina.

—Está probado, entonces, que el sujeto no trataba de entrar en la habitación de Eustace. Ahora haremos la prueba con la de Joe.

La puerta de Joe se abría apenas a una yarda del final del corredor, más cerca de él que la de Eustace, aunque del mismo lado. Esta segunda serie de experimentos tuvo un resultado muy distinto. La primera vez Lock vio a Nigel justamente antes de que doblara la esquina, la segunda vez sólo vio el faldón de su chaqueta; la tercera, no vio absolutamente nada.

—Así es, entonces —dijo Nigel—. Hay indicio razonable de que la persona que usted vio estaba tratando de entrar en la habitación de Joe Bunnett.

—O acababa de salir de ella —dijo el inspector, que había estado observándolos.

—Ahora tenemos que revolver la habitación de Joe de arriba abajo. *Tiene* que haber algo ahí. Un sereno práctico como Lock es posible que haya tenido conciencia de ese sonido —la puerta de vaivén o lo que fuera— muy poco después de haberlo notado su subconsciente. Una reacción de diez a treinta segundos, diría yo, Pero aun suponiendo que fue un minuto, o dos, o tres, aun eso difícilmente daría tiempo al intruso para abrir los cajones, tal vez la caja de caudales, y encontrar lo que había venido a buscar. Evidentemente no sabía con exactitud dónde podía encontrarlo, de otro modo no habría perdido tiempo revolviendo la casa de Eustace la noche antes.

El inspector tenía un aire de astucia.

—Suponga que el intruso fuera el mismo Joe Bunnett. Suponga que el robo en casa de su hermano no tuviera otro motivo que apoderarse de esos papeles de Roxby, y que hubiera en esta habitación algo más que necesitaba tener. *Él* sería capaz de encontrarlo bastante pronto. Y es la persona con más probabilidades de tener la llave de su propia habitación, además.

—Sí. Es cierto. Aunque no alcanzo a entender por qué no había de revisar el estudio de Eustace y su propia habitación la misma noche. ¿Es que se concreta a un solo hecho tenebroso cada veinticuatro horas? Parece bastante caprichoso. Bueno, hagamos el último intento por cascar esta nuez.

Entraron en la habitación de Joe Bunnett. Una caja de caudales, un escritorio, un archivo, una alfombra raída, la fotografía de una excursión de los empleados de la cervecería, un dibujo a lápiz del *Garniel*, y unas pocas sillas, constituían el grueso de su mobiliario.

—¿Registraron la habitación esta mañana? —preguntó Nigel.

—Sí.

—¿Polvo?

—No sirve, señor. Durante nuestra primera inspección dejamos demasiadas huellas en el polvo para poder descubrir otras ahora. No hay impresiones digitales nuevas.

Nigel abrió un cajón al azar. No contenía nada más que ejemplares de *Razzle* y *Film Fun*. Lo cerró con prisa murmurando:

—¡Ajá! Un harén. Revelador, pero no hace al caso.

Metió sus dedos en una de las casillas. «Metió el pulgar y sacó una ciruela... no, no una ciruela, un pasaporte».

Lo hojeó con indiferencia. La fotografía con el aspecto pervertido de costumbre. «Joseph Bunnett. Edad, cuarenta y ocho. Altura, cinco pies ocho pulgadas. Cabello rubio. Bigote». Lo de siempre. «Visado para Francia y Suiza el año pasado». Nigel comenzó a hurgar otra vez. Luego se irguió de golpe y dejó escapar un alarido salvaje.

—¡Eureka!

—¿Cuánto? ¿Le ha picado una avispa, señor?

—No una avispa. Una idea. Sí, ¿por qué no? Joe quiere salir del país. Necesita su pasaporte. Todo muy legal. ¿Qué me dice de esto?

Tyler se rascó la barbilla.

—Hum. Hay algo en eso. Sí. Pero fíjese, si hubiera planeado matar a Eustace y escabullirse del país, sin duda no habría olvidado de llevar consigo el pasaporte.

—No. Pero suponiendo que todo ese asunto del crucero fue intentado como coartada, y que algún detalle fracasó radicalmente... Suponga que se proponía aparecer en Maiden Astbury después de un intervalo decente, y decir: «Bueno, muchachos, no me enteré de que mi hermano estaba muerto hasta que entré en Falmouth», o palabras parecidas; y suponga que por alguna razón ese plan se fue a pique, y se dio cuenta de que la Fortuna (maritornes veleidosa) le había dado un puntapié en el trasero; en ese caso ¿qué más probable que perdiera la cabeza y volara como una flecha entrando a buscar su pasaporte, *en route*?

—Quizás. Bueno, eso puede darnos algo sobre qué trabajar.

—¿Algo para trabajar? Eso es un eufemismo. No ve usted... ahora tiene una prisa de todos los demonios. *Volverá otra vez a buscar su pasaporte*. Tiene que hacerlo, y entonces lo tendremos.

—Optimista, ¿verdad? Ya debe saber que podríamos hacer que lo detuvieran en cualquier lugar de Francia donde desembarcase.

—No; porque no sabe que *sabemos* que anda tras el pasaporte. No tiene razón para creer que sospechamos de él hasta el punto de advertir a la policía francesa. Imagina que todavía nadamos haciendo círculos en busca del *Gannet*.

—Hay algo en eso. Pero ¿dónde se esconde? Eso es lo que me gustaría saber. No puede estar lejos, si es él el que ha andado haciendo todas estas intentonas.

—Quizás pare en el Royal Hotel, disfrazado de Archidiácono de Wessex.

—Y quizás mi nombre sea Winston Churchill —replicó el inspector ferozmente.

Nigel contempló los cordones de sus zapatos. Se acercó a la chimenea a aplastar su cigarrillo en un cenicero. El cenicero, observó, era de los de propaganda; estampado en él se leía «Aguas Minerales Marca Castillo».

—El hogar de un inglés es su castillo —murmuró Nigel. Luego, *pianissimo*—: ¿Supongo que Joe Bunnett no está escondido en su propia casa, Tyler?

—¡En su casa! ¿Qué? ¿Cree que está loco? —casi gritó el inspector.

—No. Tal vez sea un poquito más inteligente de lo que creímos. ¿Han registrado la casa?

Los ojos del inspector se apartaron de Nigel. Parecía incómodo:

—¿Registrado la casa? Y bien, no señor. No teníamos por qué; quiero decir, no podíamos suponer, es ridículo— prosiguió con ira—, claro que hemos revisado su estudio y su dormitorio, el sábado a la mañana fue eso, para ver si había algo que pudiera darnos una clave sobre su paradero actual. Pero no hemos revisado toda la casa, ni levantado los pisos, ni golpeado las paredes, y todas esas tonterías. Cuando se hizo la investigación no había razón para suponer que era el asesino.

—¡Sombras de los Fugitivos de Bow-Street! —profirió para sí mismo Nigel En voz alta dijo—: Bueno, me parece que debería hacerse una investigación cuidadosa ahora, ¿no?

El inspector concedió esto, con cierta mala gana. No le gustaba que lo sorprendieran en un error. Para ocultar sus sentimientos y fortalecerse, procedió primero a realizar un cuidadoso examen de la habitación. Se sacó, se leyó y se arrojó a Nigel cada papel. De este modo se produjo el segundo descubrimiento de la mañana. En un cajón, confundida entre una cantidad de cartas personales, varios viejos programas de baile, el menú de una cena del regimiento, y algunas pastillas extrafuertes de *peppermint*, encontraron un documento, debidamente firmado y atestiguado, por el cual Joe Bunnett legaba todo lo que pudiera poseer en el momento de su muerte... a Ariadne Mellors.

—¡Bueno, como para ponerse a gritar! —exclamó Nigel—. Sin duda éste es un caso muy irregular. Primero ni siquiera olemos una clave, y ahora llueven sobre nosotros como hojas de otoño, y todas señalando en diferentes direcciones, más bien como las hojas de la Sibila, diría yo.

—Puede ser significativo, después de lo que me contó ayer de su entrevista con Miss Mellors.

—¡Hum! Abre toda clase de avenidas para la conjetura. Por ejemplo: Mellors puede haber planeado asesinar a Joe tanto como a Eustace: motivo, apoderarse de la cervecería y cerrarla —un golpe demoledor contra el comercio de bebidas alcohólicas—; después perdió la cabeza y decidió apoderarse de este testamento comprometedor, y destruirlo, o guardarlo hasta que las cosas hubieran pasado. O puede haber estado en complicidad con Joe; puede aún haber estado ocultándolo en su propia casa; uno u otra mata a Eustace; luego Joe pierde la cabeza, y Mellors tiene que callarlo; nunca pude imaginar por qué *Lady Macbeth* no puso algo en el café de su marido cuando

éste comenzó a hacer observaciones turbadoras en la mesa. Ahora que pienso en ello, hay mucho parecido superficial entre los Macbeth y Joe y *Miss Mellors*. Bueno, ella mata a Joe para salvaguardarse, y viene a buscar el testamento por la misma razón. Hay infinito número de posibles variantes y combinaciones de esta situación.

—Sin duda —dijo secamente el inspector—. Aunque en este preciso momento no me interesan los problemas de aritmética. Averiguaremos dónde estuvo *Miss Mellors* anoche, y después revisaremos la casa de Joe Bunnett.

*Miss Mellors* no estaba en su casa. La doncella no la había visto esa mañana, pero *Miss Mellors* siempre cocinaba su propio desayuno y luego limpiaba los utensilios, y a menudo estaba afuera antes de que llegara la sirvienta. Estaban a punto de partir cuando la muchacha hizo estallar una bomba. Nigel había observado aparte a Tyler que, como regresaba a su casa después de la cena todas las noches, no podía saber nada de las andanzas de su patrona. La muchacha alcanzó a oír esto, y una mirada astuta apareció en sus ojos; dijo que esa mañana había estado hablando a través de la cerca con su amiga Iris, que trabajaba al lado; Iris le había contado que la noche anterior se había estado despidiendo de su novio en la puerta, poco antes de las doce, y habían visto a *Miss Mellors* salir de su casa muy furtivamente, y apresurarse camino abajo. ¿En qué dirección? La doncella señaló. Ah, pensó Nigel, por la casa de Joe Bunnett, hacia la cervecería. El inspector sabía que Joe Bunnett dejaba las llaves de su casa a cargo de *Miss Mellors* cuando se iba de vacaciones. Las había pedido prestadas para su indagación anterior. Se envió a la doncella a buscarlas. Después de unos pocos minutos regresó, asombrada, y dijo que las llaves habían desaparecido del gancho donde estaban colgadas de costumbre; por casualidad había notado que estaban allí la noche anterior; cosas curiosas ¿no?

El inspector le dio las gracias bruscamente, le pidió que le indicara dónde estaba el teléfono, y se comunicó con su cuartel general. Dispuso que acudieran en seguida varios hombres, dos para vigilar los fondos de la casa de Joe Bunnett, otro con un manojo de llaves maestras para abrir las puertas, y un cuarto para montar guardia en la puerta de calle. Mientras tanto, él y Nigel aguardaron en el porche de *Le Nid*. Seis minutos después pasó una pareja de agentes de investigaciones, que les hicieron una seña furtiva, advirtiéndoles que la retaguardia de la casa estaba vigilada. El inspector y Nigel los siguieron. Un hombre se quedó en la puerta de Bunnett, el otro los siguió por un bello sendero empedrado. La casa parecía sobrenaturalmente silenciosa: sus persianas cerradas hacían que pareciera desocupada; ¿se escondía el cerebro de un loco detrás de ese frente ciego, vacío? —se preguntó Nigel—. ¿O el frenesí desesperado de un asesino, nervioso como el gatillo de una pistola después de tres días de suspenso, aislamiento y peligro, acorralado ahora, dispuesto a abrirse camino a la fuerza? Resultaba extraño pensar que nunca había visto a este hombre que tenían ahora rodeado. ¿O es que no lo tenían? ¿Era concebible que hubiera tenido la sangre fría necesaria para quedarse en su casa durante todo este tiempo?

Chirrió una llave y la puerta se abrió. El inspector se abrió paso con el hombro

junto a su subordinado, y entró en el oscuro vestíbulo. Nigel lo siguió, extendiendo instintivamente las manos como para detener el golpe que podía caer desde las sombras. Pero no cayó ninguno: ningún sonido, salvo el duro eco de sus propios pies sobre el piso de piedra. El comedor, vacío. La sala de descanso, vacía. Los muebles amortajados en fundas blancas. Tyler arrancó estas cubiertas una por una. La cocina, vacía. El sótano, vacío. Se exploró cada aparador, cada hendedura. Aún no se había pronunciado una sola palabra; era raro, pensó Nigel; había algo opresivo en la casa que les impedía hablar, e incluso murmurar. Marcharon en fila escaleras arriba. Uno, dos, tres dormitorios, todos vacíos. Al final del pasillo, una habitación más pequeña —el santuario de Joe—; grabados deportivos en las paredes, un escritorio, una caña de pescar y palos de *golf* en un rincón, una mesa de juego mecánica, un mullido sillón, frente a la chimenea, con el respaldo vuelto hacia ellos, también enfundado. Automáticamente el inspector se acercó a él y arrancó la cubierta. Lanzó un sonido entrecortado. El sillón era la única cosa de la casa que no estaba vacía. Ariadne Mellors estaba sentada en él, con la cabeza aplastada de un golpe.

Durante varios segundos los tres permanecieron inmóviles, anonadados por el descubrimiento. Después Nigel murmuró:

—Un precio excesivo por la inocencia.

Como si esto lo hubiera puesto en libertad de acción, el inspector comenzó a trabajar furiosamente. Resultaba casi imposible imaginar que el asesino estuviera aún en la casa, pero Tyler envió a su subordinado a revisar el baño, el lavabo, el armario de la ropa blanca y todo lo que pudiera haber, en tanto que él telefoneaba pidiendo ayuda. La mirada de Nigel pasó de aquel espanto hundido en el sillón, al atizador manchado de sangre que yacía en la parrilla de la chimenea. Una linterna eléctrica hecha trizas en el suelo, manchas de sangre entre la chimenea y el escritorio. *Miss Mellors* debía de haber entrado en la habitación, sorprendiendo al asesino (¿o había estado éste acechándola?), y había sido muerta sin preámbulo ni misericordia. Si hubiera tenido tiempo siquiera para gritar una vez, sin duda la habrían oído en la casa de al lado, y habrían informado. Nigel se sintió enfermo. Advertía que, indirectamente, era responsable de esto. La entrevista de la tarde anterior con *Miss Mellors* había hecho demasiado evidente que había graves sospechas en torno a Joe Bunnett; así es que por la noche ella había venido a su casa, sin duda para ver si había dejado alguna huella reveladora contra sí mismo, y para destruirla, si era necesario. *Semper fideliza* era el lema de la familia de esa mujer extraña, cómica, desafortunada; había vivido a su altura, y había muerto de acuerdo con él. Era inconcebible que, si había sido la cómplice de Joe en el asesinato de Eustace, Joe la hubiera matado; porque, como cómplice, habría conocido su escondite y él habría esperado que lo visitara; en tanto que si Joe *era* de verdad el asesino, evidentemente había golpeado a su visitante de la noche anterior en la obscuridad, con pánico desesperado, sin advertir quién era.

Pero aún no había prueba definida de que Joe hubiera asesinado a Eustace, aparte



del fragmento del anillo de sello encontrado en la cámara frigorífica. Resultaba posible que alguna otra persona, el verdadero criminal, pudiera haberse apoderado del anillo, o haber hecho fabricar una réplica, y hubiera dejado la clave tras sí para complicar a Joe. Por otro lado, si el asesino no era Joe ¿qué había estado haciendo anoche en esta casa? Nigel castañeteó los dedos. ¡Lo tenía!; distribuyendo más indicios falsos. «Bien, pues. Sí, queda bien. Creíamos que Joe mató a su hermano y se escondió aquí. Pero sin duda tres noches en esta casa habrían dejado algún rastro de ocupación. Sin embargo, no encontramos ninguno. Esto tiene dos filos, no obstante. Si el asesino quiere hacernos creer que Joe ha estado acechando aquí, y por lo tanto es el matador, sin duda habría simulado alguna huella que señalara en esa dirección. Tal vez *Miss Mellors* lo sorprendió antes de que tuviera tiempo. Sin embargo, no podía haber sabido que la policía no realizaría un examen detallado hasta hoy. Tal vez haya alguna prueba, colocada de intento, o genuina, que no hemos logrado descubrir. ¡Maldita sea! ¿Cómo pudo haberse colocado alguna, si sólo *Miss Mellors* tenía las llaves de la casa? ¿O tenía alguien más un juego de llaves? Debe de haber un duplicado de la de la puerta de calle, por lo menos. Sólo Joe Bunnett, sin duda. No obstante, supongo que alguien pudo haber sacado el molde de su llave y haber hecho fabricar otra. Más trabajo para el inspector. Quizás se sientan inclinados a pedir ayuda a Scotland Yard, después de esto».

Nigel descubrió que, absorto en sus pensamientos, se había alejado andando por el corredor. Encendió un cigarrillo y, distraído como siempre, dejó caer la cerilla sobre la alfombra. Esto le recordó a *Sophie Cammison* y sus críticas sobre sus descuidos. Se inclinó para recogerla; al hacerlo, observó una débil marca redonda en el espeso tejido de la alfombra; luego otra, después dos más. Alguien, muy recientemente, había estado de pie sobre una silla, en ese lugar, ésa era la interpretación obvia. Nigel llamó a los policías que *Tyler* había enviado a revisar el resto de la casa.

—¿Han estado subidos en una silla, aquí?

—¿Silla? No, señor. Todavía no hemos revisado este pasillo.

—Bien. Debe de ser el asesino. Alcánceme una, quiere; una silla, digo, no un asesino. No deje sus impresiones digitales sobre ella.

Nigel colocó las patas de la silla sobre las cuatro marcas. Correspondían exactamente.

—¡Hum! Debe de haber sido ésta, u otra de estructura similar. Busquen todas las sillas con patas de este tamaño y forma que haya en la casa, y fíjense si tienen impresiones digitales.

Se quitó la chaqueta, la extendió sobre el asiento, y trepó cautelosamente sobre él. El techo del pasillo estaba ahora a sólo un pie de su cabeza. Estaba empapelado con el mismo dibujo chillón y confuso que las paredes. Pero desde esta posición ventajosa Nigel pudo ver los cuatro lados de un cuadrado delineados sobre el dibujo. ¡Una trampa! Usando su pañuelo, empujó suavemente hacia arriba. La trampa cedió. Sólo

cuando su cabeza ya se había metido por la abertura advirtió que podía resultar una trampa en más de un sentido. ¡El asesino podía estar ahí arriba, bajo el techo, nervioso como el gatillo de una pistola, acorralado! Con un involuntario espasmo de miedo, Nigel cerró los ojos un instante. Luego los abrió de nuevo y miró. No había nadie. Se izó a través de la abertura. Las vigas estaban entarimadas en una extensión equivalente a la mitad del desván. Sobre las tablas yacían algunos cachivaches; unos, pocos cajones, una vieja lata de pintura, un álbum de recortes. Pero no les prestó atención. Lo que atrajo su mirada fue la pila de felpudos y el almohadón tendido junto a ellos. Aquí al menos había una prueba de que el asesino había estado escondido: no, no era una prueba, podía ser el indicio falso, fingido con endemoniado ingenio y confianza en sí mismo, además. Nigel inspeccionó cuidadosamente la pila de ropas. Un olor débil fluctuaba en torno al almohadón. Brillantina. Nigel recordó la fotografía de Joe Bunnett en casa de Eustace, el cabello untuoso. Sacó un lente y estudió el almohadón. Tenía pegados uno o dos cabellos. Los guardó en un sobre. Luego notó algunas migajas en las juntas de las tablas; con pinzas, y con infinita delicadeza, las extrajo y las dejó caer en otro sobre; llevándolas bajo la claraboya, las examinó; algunas estaban aún blandas, y algunas olían..., olían..., ¿olían...?, ¿qué olor era ése?... Ah, semillas de alcaravea.

Nigel procedió a registrar los cajones. Fue entonces cuando realizó su último y más espeluznante descubrimiento. Detrás del forro desgarrado de una maleta, encontró un pañuelo, salpicado de manchas de sangre fresca. Sin duda no habría impresiones digitales en aquel atizador del estudio; el asesino había envuelto su mango con este pañuelo. Nigel desdobló el arrugado cuadrado de lienzo. En una esquina estaban marcadas las iniciales J. B.

---

---

## CAPÍTULO XII

«Lo retiene con su mano huesuda, “Había un barco”, dice».  
S. T. Coleridge (*El Viejo Marino*).

El examen médico confirmó el hecho ya evidente de que *Miss Mellors* había sido muerta alrededor de medianoche, con el atizador que yacía en la parrilla de la chimenea. Había sido golpeada por alguien colocado frente a ella; lo que sugería, aunque no probaba, que el asesino ya estaba en la habitación antes que ella entrara. Así, al menos, lo entendía el inspector. Nigel consideraba que aquello podía interpretarse en otro sentido: podía significar que el asesino era conocido de *Miss Mellors* y gozaba de su confianza; de otro modo no se habría arriesgado a dejar que ella lo viera, colocándose frente al haz luminoso de su linterna. Un rasgo más siniestro del crimen fue revelado cuando Herbert Cammison manifestó, con su expresión objetiva y precisa de costumbre, que, allí hasta donde podía arriesgarse a decirlo tras un examen apresurado, la víctima había sido muerta por el primer golpe, dado con la mano derecha, y después el asesino debía de haber continuado golpeándola salvajemente cuando ya sabía que estaba muerta.

«¿Terror u odio?», pensó Nigel. Si era terror, resultaba más probable que el hombre fuera Joe Bunnett; si era odio, podía ser ese indefinido y abominablemente ingenioso X que, aún podían llegar a probarlo, había andado desparramando falsos indicios contra Joe con tanta cautela, con tal discriminación magistral y tanta medida. El inspector Tyler, después de habersele mostrado el contenido del desván, no vaciló. Nada restaba —en lo que a él concernía— sino conseguir una autorización para encontrar y detener a Joe Bunnett. Su descripción sería transmitida por radio a toda Inglaterra; se advertiría a la policía de todos los puertos para impedir que se embarcara hacia un país extranjero; sólo podía ser cuestión de días, u horas más, probablemente; porque no podía salir de Inglaterra hasta que hubiera recobrado su pasaporte.

En la casa se descubrieron tres grupos distintos de impresiones digitales. Uno pertenecía a *Miss Mellors*, el segundo a la mujer que servía a Joe Bunnett y había limpiado la casa la tarde de su partida: el tercero, presuntivamente, a Joe, aunque eso no podía probarse hasta que lo hubieran apresado. No se encontró ninguna impresión, sin embargo, en las pocas superficies posibles del desván. Éste era un detalle que favorecía ligeramente la realidad de la hipótesis de X, pensó Nigel. Todas las demás impresiones podían haber sido dejadas por Joe antes de irse de vacaciones; en tanto que era improbable, aunque no imposible, que si había estado viviendo tres días y tres noches en el desván, no hubiera dejado rastros. En cualquier caso el inspector estaba demasiado atareado para escuchar las hipótesis tan descabelladas de Nigel. Antes que

concluyera la tarea de rutina en casa de Joe Bunnett, Tyler recibió un mensaje que lo recargó aún más de trabajo.

La policía de Poolhampton hablaba por teléfono, poniendo los hilos en tensión, a decir verdad. Pedía que Tyler se llegara allá en seguida. El *Gannet* había sido localizado, y también tenían información sobre la motocicleta, de la que había pedido que hicieran averiguaciones. El inspector dictó órdenes a diestro y siniestro, allí mismo puso al sargento Tollworthy a cargo de todo, y pronto corría las veinte millas que había hasta la costa, sentado con Nigel en la parte trasera del automóvil policíaco.

En la estación fueron recibidos por el comisario Flaxenham, un hombre alto, colorado, lento para hablar, pero evidentemente capaz. Con poco preámbulo señaló a un mapa oficial de gran escala, extendido sobre la mesa.

—¿Ve esa entrada ahí? —dijo—. Es una caleta pequeña, usada en un tiempo por los contrabandistas, dicen; una profunda entrada de agua, aun con marea baja, la costa la protege bien ahí, ¿ve?; altos acantilados a ambos lados; y tierra adentro —el comisario di una estocada al mapa con el índice y golpeó con él varias veces—, tierra adentro está Basket Down, una solitaria extensión de terreno alto, deshabitado salvo por unas pocas granjas situadas en las hondonadas típicas de esta región.

—Evidentemente aquí Flaxenham derivaba su inspiración de la guía de turismo local —observó Nigel.

—Por razones que se traslucirán a su debido tiempo —continuó Flaxenham jugosamente—, esta área recientemente se ha vuelto más desolada que antes. Desde que recibí su mensaje hemos estado haciendo averiguaciones en la costa —en las aldeas, caseríos, granjas, etcétera— respecto al *Gannet*. Nadie lo había visto, y al principio tampoco encontramos nadie que hubiera notado algo raro el jueves a la noche. Ayer por la tarde, sin embargo, recibimos un informe del agente Harker. Harker está apostado en el caserío de Biddle Monachorum, que, como ustedes observarán, está cinco millas al oeste de Caleta Basket. Harker denunció que el propietario del «Monje Alegre» le había ofrecido la siguiente información: el sábado a la noche un vagabundo de nombre Ezekiel Penny llegó a su taberna, y en el curso de la conversación comentó un incendio que había visto en Basket Down, la madrugada del viernes. El propietario, Harry Bean, dijo que no había oído hablar de ningún incendio y sugirió que Penny debía de haber estado bastante borracho, o que quizás había soñado. A raíz de lo cual este hombre Penny se acaloró mucho, juró que era tan sobrio como un juez, que había sido abstemio toda la vida, y que en cuanto a soñarlo, no podía ser, porque había estado dormido y sólo había visto el incendio al despertar. Penny tuvo que aguantar, una buena cantidad de burlas de los parroquianos del bar, claro. Uno le preguntó si el fuego había asumido la forma de una serpiente llameante, y cosas por el estilo; pero Penny insistió en que había visto un resplandor en el cielo, hacia el mar, en la dirección de Caleta Basket. Pensó que quizás era algún barco que se había incendiado: pero no era asunto suyo, dijo, así es que se dio vuelta

y siguió durmiendo.

—Bueno, caballeros, Harry Bean piensa en esta historia esa noche, ata cabos, y a la mañana siguiente —esto es, ayer— decide contársela al agente Harker. Harker actuó con mucha prontitud. Se comunicó con nosotros, y de acuerdo a nuestras instrucciones encontró a Penny y lo encerró. Interrogué a Penny, y se divulgaron algunos otros hechos interesantes. Sería más sencillo si leyera la entrevista según fue recogida textualmente por el agente Yak.

El comisario tomó una hoja de papel, aclaró su garganta sin piedad, y leyó:

«P. — ¿Nombre?

»R. — Ezekiel Penny.

»P. — ¿Dirección?

»R. — Los amplios campos de Dios.

»P. — Sin habitación fija. ¿Quiere describir con sus propias palabras lo que sucedió el jueves a la noche?

»R. — Había estado caminando desde Poolhampton. Un pueblito muy pintoresco. Lugar saludable...

»P. — Limítese al tema, por favor.

»R. — Muy bien, General. Cuando cayeron las sombras de la noche me encontré en... Basket Down lo llaman, ¿no? Busco un lugar para dormir, y veo una choza en ruinas, a cien yardas del camino, a mi izquierda. De modo que ocupó la misma, y cierro los ojos un rato. Después de poco me despierto...

»P. — ¿Qué hora sería?

»R. — Desdichadamente había extraviado mi maldito reloj pulsera de oro, de modo que no puedo decirlo con exactitud. Todavía estaba oscuro. Quizás las dos de la mañana. Quizás las tres. Bueno, me despierto...

»P. — ¿Alguna razón particular? ¿Algún sonido lo despertó?

»R. — ¡Ah! ¡Lo que es tener cerebro! Me había olvidado de eso. Tiene razón, General: debe de haber sido esa maldita motocicleta lo que me despertó.

»P. — ¿Motocicleta?

»R. — Sí. Oí el ruido de una motocicleta que se alejaba tierra adentro.

»P. — ¿Por el ruido parecía una máquina potente?

»R. — No pude precisarlo. General. No entiendo nada de motores. Bastante potente habrá sido si me despertó.

»P. — ¿Qué sucedió entonces?

»R. — Me levanto y me encamino hacia la puerta de mi mansión temporal, echo una miradita y veo una especie de resplandor en el cielo, justamente hacia donde vendría a estar esta Caleta Basket. De modo que me digo “algo se quema allá”, y me acuesto y me duermo otra vez.

»P. — ¿Y no tomó ninguna medida? ¿Por qué no denunció eso?

»R. — No soy un maldito bombero, ¿verdad? Y no había teléfono en esta choza. Tampoco llevo un telégrafo portátil conmigo.

»P. — Suficiente. ¿No vio ninguna persona sospechosa esa noche, mientras caminaba por las lomas? ¿No oyó nada aparte de esa motocicleta?

»R. — Ni un alma, General. Era rey y señor de todo lo que maldito si alcanzaba a ver bien.

—Eso —dijo el comisario Flaxenham con un leve centelleo en sus ojos— es todo lo que pudimos sacar de Ezekiel Penny.

—Es extraño, ¿verdad?, que nadie más viera nada de ese incendio —dijo Tyler—. ¿No había excursionistas por ahí?

—Ahí está la cosa. Como le sugerí antes, esta región particular de Basket Down está especialmente desierta ahora. ¿Sabe usted?, el Ministerio del Aire la ha comprado para hacer prácticas de bombardeo.

—¡Ah! —murmuró Nigel—. *Solitudinem faciunt; pacem appellant.*

—Bueno, caballeros, apenas recibida esta información, hicimos más investigaciones. El resultado final de las cuales fue el descubrimiento, ayer a la tarde, de un barco hundido cerca de la boca de la caleta. Estamos haciendo que lo refloten y lo encallen, y apostaré cualquier cosa a que es el barco que ustedes buscan. Iremos para allá en seguida, si les parece bien. He dado con Elias Faulkes, el hombre que cuidaba al *Gannet*, y vendrá con nosotros. ¿Nada nuevo sobre Joe Bunnnett por su lado?

—Todavía no lo hemos encontrado. Pero eso sí, hemos tenido noticias de él, sin embargo —dijo el inspector, malhumorado. Hizo a Flaxenham un breve relato de su descubrimiento en casa de Joe.

—¡Bueno! ¡Debe de ser un cliente difícil! —exclamó el comisario—. Malo, eso; muy malo; Dios, Dios, Dios. Y yo pensaba que encontraríamos al señor Bunnnett y a Bloxam en el *Gannet*.

—¿Qué es eso? —preguntó Nigel vivamente—. ¿Bloxam?

—Ajá. El hombre que llevó con él. Pescador de por aquí... Solía serlo cuando había alguna pesca. Lo llevó a bordo a último momento.

—Olvidé decírselo, señor Strangeways —dijo Tyler.

—Pero, maldita sea, esto altera todo el carácter del caso. ¿No ve usted que...?

—No altera mi teoría del crimen, señor. Todo encaja perfectamente —replicó el inspector con su más irritante aire de superioridad.

—Oh, tiene usted una teoría ¿no? ¿Y cuándo tiene lugar la ceremonia del descubrimiento?

—Aguarde a que hayamos visto al *Gannet*, señor.

—¡Hum! Bueno, espero que su teoría explique las dos contradicciones extraordinarias que nos presenta este crucero de Bunnnett.

—Contradicciones ¿eh? —dijo Tyler, tratando de aparentar que estaba enterado de todo—. Sí, contradicciones. ¿Y cuáles diría usted que son las contradicciones, señor?

—¡Ja! ¡Tratando de sonsacarme! Bueno, pues, aquí tiene usted. Primero, sabemos que Joe Bunnett era un viejo lobo de mar; para él no se habían hecho los motores; nació con una vela en la boca.

—Las velas se llevaban en la mano, señor —dijo Flaxenham—, no en la boca.

—Claro. Qué estúpido soy. Bien, he aquí a este hombre, devoto de la navegación a vela, que de pronto, sin razón aparente, instala una máquina auxiliar en su barco. Contradicción número uno.

—Pero nos dijeron que lo hizo porque sentía que ya no podía dirigir el barco solo.

—Exactamente. Pero si la razón de instalar la máquina fue poder dirigir el barco solo, ¿por qué entonces contrató un ayudante a último momento? Contradicción número dos.

El inspector Tyler se rascó la barbilla pensativamente.

—Ah, inteligente de su parte notar eso, señor. Pero creo... sí, todo encaja bien. No invalida mi teoría.

—La esfinge de Maiden Astbury, al ser interrogada, declaró que no tenía nada que decir. Los oráculos están mudos, ninguna voz, ningún horrible zumbido cruza con palabras engañosas bajo el techo abovedado. Excepto, quizás, el horrible zumbido de una motocicleta.

—Sí —dijo Tyler—. La motocicleta. Eso lo prueba, creo.

—Bueno, si ustedes, caballeros, han terminado de decir acertijos, será mejor que vayamos andando —dijo lentamente Flaxenham.

Elias Faulkes, un hombre bronceado, taciturno, les fue presentado, y los cuatro se apretujaron dentro del automóvil policíaco, y partieron. Camino de Caleta Basket, Tyler acosó a Faulkes con preguntas. Ahora bien, esta máquina auxiliar ... ¿cuándo había decidido instalarla el señor Bunnett? Faulkes no sabía cuándo había *decidido*; sólo sabía que Bunnett le había informado de su intención más o menos tres semanas atrás, y poco después había venido a inspeccionar su instalación. El mismo Faulkes entendía bastante de motores marinos y había dado una mano. Tyler pareció muy interesado en esto. Preguntó la fecha exacta en que había sido instalada la máquina. El tres y el cuatro de julio. ¿Se había quedado Joe en el pueblo la noche del tres, o había regresado a Maiden Astbury? Se había quedado en el mismo hotel de siempre. ¿Qué clase de hombre era este Bloxam? ¿De confianza? No había nada que decir de él: un buen pescador, un poco holgazán. ¿Estaba acostumbrado a los motores marinos? No. Pero cualquiera podía entender el quid de esas cosas en diez minutos. ¿Por qué lo había elegido el señor Bunnett, y por qué había dejado para último momento el contratarlo? Faulkes no sabía por qué lo había dejado para tan tarde; pero el señor Bunnett siempre podía estar bastante seguro de conseguir que Bloxam navegara con él, porque Bloxam ahora se ganaba la vida alquilando botes de remo a

los turistas, y su muchacho, Bert, podía hacer eso mientras él estaba afuera ganando buen dinero extra en el *Gannet*; además Bloxam era capaz de cualquier cosa por el señor Bunnett. Bunnett había salvado al joven Bert de que se ahogara pocos años atrás, cuando su chinchorro a vela se dio vuelta en medio de un chubasco.

—¡Chinchorro! —exclamó Nigel, aparentemente despertado de un profundo sueño—. ¿Dónde está el chinchorro del *Gannet*? Joe debe haber tenido uno, ¿no es así?

—Llevaba uno a remolque cuando partió, sí señor —afirmó Elias Faulkes.

—No tengo información sobre ningún chinchorro —dijo Flaxenham.

—Bueno, si el que está hundido en la caleta es el *Gannet*, el chinchorro debe de estar en alguna parte, por ahí. No habría razón para que Bunnett nadara hasta la costa.

Nigel miró a Elias Faulkes interrogativamente, pero el hombre permaneció silencioso como una imagen de bronce.

—¡Contrabandistas! —dijo Nigel después de una breve y frenética búsqueda en su memoria—. Caleta Basket fue usada por los contrabandistas. ¿No habrá tal vez una cueva por ahí?

—Podría haber —replicó Faulkes cautelosamente. Luego, volviendo la cabeza y contemplando a Nigel como si fuera un barco perdiéndose en el horizonte dijo—: Pero ¿qué podía intentar metiendo su chinchorro en una cueva, señor? No tiene sentido.

Tras poco más de treinta minutos se desviaron de la carretera de Poolhampton a Bridmouth, hacia un camino cuyos ramales parecían multiplicarse y enredarse como correhuelas. Aproximándose al mar de esta manera tortuosa, el camino pronto degeneró en una áspera huella que trepaba hacia la yerma soledad de Basket Down. Pasaron junto a una cantidad de carteles que advertían en lenguaje oficial, a quien le concerniera, que esta tierra era propiedad del Ministerio del Aire, y que los intrusos tendrían que culparse a sí mismos si sus cabezas volaban en pedazos. Había en el aire un leve olor a sal y tomillo, y espectrales gritos de gaviotas. La luz viva del sol tornaba la pared de los acantilados en oro casi deslumbrante, a ambos lados de la caleta; el agua era verde como *crème de menthe*. La huella por donde habían viajado se convirtió en camino de herradura, pisado alguna vez, sin duda, por los *ponies* de los contrabandistas, camino que bajaba al acantilado describiendo grandes curvas. En la playita arenosa que había al pie de aquéllos, descansaba un casco ennegrecido, guardado por dos policías. La brigada de salvamento estaba ahí, también, y varios chicos que habían brotado del suelo como hongos, por así decirlo. Había una cantidad de paseantes, tendidos en lo alto del acantilado, que arrojaban descuidadamente a la caleta cáscalas de plátano y cajas de cartón. Alguien ejecutaba “Estoy en el cielo” en una armónica; el último toque perfecto de lo macabro, que exigía la escena, pensó Nigel.

Parecía que la tarea de salvamento había sido desusadamente fácil a causa del fondo arenoso de la caleta. Varios hombres se habían zambullido y habían ajustado



anclotes al barco hundido, que después había sido arrastrado por medio de poderosos tornos colocados en la costa. El *Gannet* ofrecía ahora un espectáculo melancólico, echado fatigadamente sobre su costado, su casco carbonizado, su obra muerta ennegrecida y calcinada, la máquina, un torturado cadáver de metal.

—Emociona, ¿verdad? —dijo Flaxenham a Nigel, muy inesperadamente—. Como los seres humanos, son los barcos. Vivo y coleando cuando está en el agua, y ahora parece un cuerpo muerto. Es una crueldad.

—El señor Bunnett realmente lo quería mucho —dijo Faulkes contemplando al *Gannet* con esos ojos suyos de larga distancia».

El capataz de la cuadrilla se acercó y dijo:

—Hay un difunto en la cabina, señor.

El sonido de la armónica flotaba hasta ellos, como la música de un querubín irresponsable...

*Yo fui a ver el mar...*

Nigel sintió un impulso casi irresistible de estallar en llanto.

El olor a madera carbonizada y metal quemado se tendía pesadamente en el aire de verano. Bueno, de nada servía emocionarse. El *Gannet* se había quemado vivo, y había un cadáver en la cabina. Que Tyler se encargara de eso.

El inspector ya trepaba por el costado empinado del barco. Un silencio intempestivo, una quietud subrayada sólo por el tranquilo y rítmico chapoteo de las olas. El de la armónica había callado. El corrillo de hombres permanecía silencioso, como esperando un funeral. Después de lo que pareció un tiempo muy largo el inspector reapareció e hizo señas a Elias Faulkes llamándolo; los dos penetraron en la cabina. Otra larga pausa. Los chicos comenzaron a ponerse impacientes, y empezaron a trepar las rocas del lado oeste de la caleta.

El inspector Tyler estaba de pie en cubierta, inclinado hacia Flaxenham. «Tiene un extraño parecido con un actor de pie en el escenario, consultando con el productor durante un ensayo», pensó Nigel. Pudo oírle decir tranquilamente:

—Bloxam está ahí. Carbonizado. No ha quedado mucho de él. Faulkes reconoce sus aros, y tiene uno de esos brazaletes con el nombre grabado. Parece que el fuego hubiera comenzado adentro; hay una lámpara de parafina hecha añicos. Tendremos que conseguir a un experto en estas cosas, señor.

—He enviado a buscar uno. Llegará en cualquier momento. ¿Le parece que saquemos el cadáver ahora?

Nigel se alejó. Se sentía aturdido. Tantas preguntas cuya respuesta había que buscar... Todo parecía tan trivial, comparado con el hecho de que *Miss Mellors* estaba muerta, y que Bloxam estaba muerto; dos personas que a nadie habían hecho mucho daño, muertas porque, por alguna razón, no se ajustaban al plan de un asesino. ¿O no era así en el caso de Bloxam? Nada indicaba que el fuego no pudiera haber sido accidental. Después de todo, un asesino no querría poner fuego al instrumento de su coartada. Después de dos crímenes, uno era muy propenso a volverse

mórbidamente desconfiado.

—¡Eh, oiga, ahí adentro hay una barca!

Nigel levantó la vista sobresaltado. La voz parecía proceder, como un oráculo, de la roca sólida. Después, mirando en su dirección, vio la cabeza de un chico que brotaba, al parecer, de un montón de algas marinas. Aproximándose más percibió que aquel montón de yerbajos escondía a medias la entrada de una caverna, al pie del acantilado.

—¿Una abarca? —dijo, algo atolondrado—. ¿Un zapato? ¿Una bota de fútbol, una bota marinera, un botín elástico, un zapato ortopédico, o qué?

—Nao, señor, una barca.

Evidentemente esta conversación no iba a llevar a Nigel a ninguna parte, de modo que agachó la cabeza, penetró por la estrecha abertura, y se encontró en una caverna cuyo piso se inclinaba hacia arriba, y cuyo techo resultaba invisible. Dentro de la caverna había otro chiquillo que saltaba excitadamente sobre el asiento de la «barca». Era el chinchorro del *Gannet*. Otro pedazo del rompecabezas se ajustaba en su lugar.

—¡Basta, Buffy! —gritó el primer chiquillo—; éste es uno de los caballeros que vinieron por los contrabandistas.

El danzarín se detuvo, y Nigel se endureció en una mirada implacable.

—¿Qué contrabandistas? —preguntó.

—Los contrabandistas que vinieron en esa barca.

—Pero éstos... ése no era un contrabandista.

—¡Baah! Claro que eran. Si no, ¿qué iban a estar haciendo en la Cueva de los Contrabandistas? ¿Para qué apilaron yerbajos contra la boca en la cueva, como abuelita dice que su padre le contó que hacen los contrabandistas, si no lo fueran?

Nigel tuvo una inspiración. Se dirigió al chico gravemente:

—Bueno, puede no haber sido un contrabandista. La verdad es... ¿eres capaz de guardar un secreto?

—¡Que me corten el pescuezo!

—Tal vez *él* lo haga, si no lo guardas —dijo Nigel, poniendo un horrible énfasis en la palabra *él*. El chico lo escuchó con aguda fruición. Nigel prosiguió—: Ahora bien, aquí tenemos a este contrabandista. Llega a la costa con la mercadería. No está escondida aquí, ¿verdad? No. Muy bien. Debe de haberla llevado tierra adentro. Ahora bien, ¿cómo? ¿Había un automóvil o una motocicleta esperándolo? Estamos bastante seguros de que no tenía ningún cómplice en tierra, lo que quiere decir que debe de haber habido una motocicleta escondida en alguna parte, encima del acantilado, lista para que se alejara en ella. ¿No conoceréis algún lugar donde pudiera estar escondida una motocicleta, por aquí?

—Air, tiene razón —dijo el chico—. Debía de tener una motocicleta escondida. O no, no la tendría, sin embargo; tendría un aeroplano muy ligero, con una hélice hueca para esconder adentro las joyas, ¿o eran drogas, señor? He visto eso en el cine, sí, señor.

—Puede haber tenido un aeroplano muy veloz —replicó Nigel con admirable paciencia—, y puede haber tenido el Graf Zeppelin. Pero, como se presentan las cosas, no los tuvo. Era una motocicleta. El asunto es ¿dónde estaba escondida?

—¡Eh, señor! —Buffy se «destapó» repentinamente y gritó a la cara de Nigel—: ¡Eh, señor! ¿Qué me dice de esa motocicleta que Fred vio la semana pasada arriba, en el cobertizo?

—Ahora estás hablando. Podría ser. Cuéntame todo lo que sepas. ¿Qué día fue, primero?

—El domingo antes del último. Fred y éste, Curly, y yo subimos hasta allá, y Curly y yo lo desafiamos a que entrara en ese cobertizo que los aeroplanos iban a bombardear. Fred, ése no sabe leer, ¿entiende?, es bobo, ¿entiende?, así que no sabe que ese cobertizo es un blanco para los aeroplanos. Así que Fred empieza a arrastrarse de barriga hacia el cobertizo, y allí estábamos Curly y yo casi desternillándonos de risa, ¿entiende?, porque esperábamos que esos aeroplanos vinieran e hicieran volar a Fred en pedacitos, ¿entiende? Calculo que al final él se rió de nosotros, señor, porque esos aeroplanos no vinieron nunca, después de todo —añadió Buffy con cierto disgusto.

—¡Qué lástima! —dijo Nigel con simpatía—. ¿Qué sucedió después?

—Bueno, Fred entra en el cobertizo y encuentra una motocicleta escondida debajo de un montón de ortigas y cosas. Nos hace señas de que vayamos, y después de un poco cortemos dentro del cobertizo y la vemos, también. Era una motocicleta Rudge.

—¿Nueva?

—No. Un cachivache bastante escacharrado.

—¿No le contaron esto a nadie?

—No hay miedo, señor. Papá nos hubiera arrancado la piel a Curly y a mí, si hubiera sabido que estuvimos ahí, y Fred, Fred es bobo, ¿entiende?; no puede hablar bien, apenas zumbar un poco.

—¿Te fijaste en el número de la chapa de esa motocicleta?

—No, señor.

A fuerza de distribuir dádivas y amenazas siniestras en proporciones iguales, Nigel indujo a los chicos a que repitieran su cuento a Tyler. Visitaron el cobertizo, estaba a doscientas yardas de la cumbre del acantilado, en un repliegue de la loma. Se descubrieron manchas de aceite entre las ortigas y los desperdicios donde había estado la motocicleta. Cuando el lugar hubo sido bien registrado, sin otros resultados, descendieron de nuevo a la caleta. Nigel comentó que era un gesto arriesgado de Bunnett dejar la motocicleta en ese cobertizo durante varios días; si alguien la hubiera observado allí, la habría denunciado a la policía en el curso de sus investigaciones, y fácilmente podría haberse demostrado que la compra de ésta había sido realizada por Joe. De cualquier modo, ¿cómo podía saber que el cobertizo no sería bombardeado en el intervalo? El agente local contribuyó entonces voluntariamente, diciendo que

ninguna persona del distrito se atrevería a acercarse al cobertizo porque un labrador se había ahorcado ahí pocos años antes; y los visitantes serían mantenidos a distancia por los carteles del Ministerio del Aire. Flaxenham dijo que, en lo que a bombardeos se refería, cualquiera podría descubrir, con cierto tacto, cuándo debían comenzar esas operaciones. Tyler dijo que había poco peligro de que se demostrara que la motocicleta era de Bunnett; sin duda la habría comprado por algún medio indirecto, y le habría quitado todas las marcas de identificación; cuando hubiera terminado con ella, sin duda intentaba llevarla a bordo y arrojarla del barco en aguas profundas.

La teoría de Tyler acerca del crimen resultaba ahora bastante clara para Nigel. Sin embargo todavía no tenían tiempo para discutirla. Allí estaba el chinchorro para examinar: se descubrió en él y en los remos una cantidad de impresiones digitales; se tomaron las de los dos chicos, para deleite suyo. Ya había llegado el experto, señor Crankshaw, y estaba examinando el *Gannet*. Prometió telefonar su informe a Tyler en cuanto hubiera terminado su trabajo. Por ahora no quería comprometerse a decir cuál había sido el origen del fuego. Era posible que hubiera comenzado en el camarote, como resultado —digamos— de algún descuido de Bloxam al llenar la lámpara de parafina. Al ser interrogado por Tyler de si era posible que Bloxam hubiera volcado la lámpara al levantarse de su catre, somnoliento, medio narcotizado, el señor Crankshaw replicó que no era muy probable; la lámpara estaba suspendida del techo del camarote y había sido proyectada para resistir un trato rudo. Por otro lado, había base cierta como para sugerir que ese fuego, u otro, se había originado en la máquina o cerca de ella. Esto, también, podía ser consecuencia de un descuido o de un deseo deliberado de provocar un incendio; una observación más minuciosa le permitiría juzgar si se trataba de lo primero o de lo último. Hablando en general, se inclinaría por un incendio deliberado; pero los motores de petróleo eran cosas notoriamente delicadas en manos descuidadas o inexpertas.

El inspector tenía prisa en regresar a Maiden Astbury. El comisario Flaxenham aceptó encargarse de las averiguaciones de rutina en el lugar del hecho; reconstruir los movimientos de Joe Bunnett en su visita previa para inspeccionar la instalación de la máquina, descubrir si había sido visto en algún momento en la vecindad de la Caleta Basket, inquirir en los comercios locales que vendieran *Rudges* de segunda mano, etcétera. Tyler y Flaxenham estudiaron juntos el mapa, y determinaron cuál era el camino más corto entre la caleta y Maiden Astbury; se averiguaría a lo largo de toda esta ruta para descubrir si alguien había oído una motocicleta dirigiéndose hacia el norte la noche del asesinato, o regresando hacia el sur antes del amanecer. Descontando los meandros que hacía el camino cerca de la costa, calcularon que la ruta podía tener poco más de veinte millas. Tyler lo confrontaría con su velocímetro en el viaje de regreso.

El automóvil policíaco partió. Tyler depositó en él un enorme volumen; cómodamente, se volvió hacia Nigel y dijo:

—Ahora bien, señor. Éste es mi caso contra Joe Bunnett.

---

---

## CAPÍTULO XIII

Nigel no aprobaba la teoría de que la bebida fuerte confunde el intelecto. Más bien sostenía que, al suprimir el censor y liberar las muchas influencias subconscientes que obscurecen, deforman o inhiben la razón, la bebida fuerte da al intelecto libertad y bonanza. De este modo, llegaron las siete y media de esa tarde —los Cammison habían cenado temprano y Nigel se excusó apenas concluida la comida— cuando se sentó solo a examinar, ayudado por tres botellas de cerveza, la teoría del inspector Tyler acerca del crimen. Vertió la primera botella en su jarro, colocó éste en equilibrio sobre su regazo, se reclinó y cerró los ojos.

«Teoría de Tyler, se dijo: enunciémosla de nuevo, primero. El criminal es Joe Bunnett. Su motivo para asesinar a Eustace fue la opresión que durante toda su vida sufrió a manos de éste, en particular la prohibición de su hermano a que se casara con Ariadne Mellors; todo esto madurado por la intención de Eustace de vender la cervecería, y de este modo dejar sin trabajo a sus empleados. Puede haber habido otra pelea reciente de la que no nos hemos enterado, también. Es un motivo bastante razonable. Podría añadirse, además, que Joe, humillado por la manera como había cedido ante Eustace en el caso de Ariadne, reafirmaba su hombría más o menos conscientemente al matar a Eustace; mostrándole a ella, en la forma más primitiva posible (y por lo tanto más vigorosa), que no era el gusano que ella y Eustace habían imaginado. Concedido; a primera vista resulta raro que hubiera esperado tantos años para hacerse valer. Pero, como Herbert y Sophie me han inculcado, Joe es, en el fondo de su corazón, un individuo decente, común, el tipo de persona que contemplará la violencia sólo cuando está justificada por algún motivo altruista, no importa lo egoístas que puedan ser los motivos que en realidad lo impulsan a esta crisis de la voluntad, a esta explosión de la violencia».

Nigel bebió un trago abundante, suspiró y encendió un cigarrillo. El motivo, pues, es más que adecuado. Ahora trataremos sobre la reconstrucción del crimen que hace Tyler. Según él, Joe Bunnett preparó una coartada casi perfecta, y un crimen casi perfecto; los cuales fracasaron a causa de una interposición de Némesis, o como dice Tyler menos clásicamente, de una maldita mala suerte. Joe había navegado mucho por la costa de Dorset. Sabía que Caleta Basket era un lugar solitario, más solitario aun últimamente, a raíz de la compra del Down que había tras ella por el Ministerio del Aire. Además, Joe era un hombre cordial con toda clase de gentes; no le resultaría difícil descubrir los períodos en que tendría lugar la práctica de bombardeo y los períodos en que podía dejar su motocicleta, sin peligro, en ese cobertizo. Vale la pena observar que Caleta Basket es casi el punto de la costa más próximo a Maiden Astbury. Hasta aquí, en lo que a él respecta, todas las perspectivas resultan

agradables, y lo único detestable es Eustace.

Ahora, el método del crimen. El ablando de manera general, Joe intenta atraer a su hermano a la cervecería con la carnada del anónimo. Se propone llegar a la cervecería él mismo, bastante antes que su hermano, desconectar el timbre de alarma de la cámara frigorífica, y encontrar a Eustace a la entrada de la cervecería. Aquí, o le dirá a Eustace que está allí porque ha recibido un anónimo, y a su debido tiempo lo llevará a la cámara frigorífica, o golpeará a Eustace de tal modo que después la herida parecerá haber sido sufrida durante la lucha de Eustace por salir de la cámara; y después de aturdirlo llevará su cuerpo hasta allá. Su conocimiento del horario del sereno le permitiría hacer todo esto en la absoluta certeza de no ser descubierto in fraganti.

El propósito era que el asesinato pareciera un accidente. Probablemente, si todo hubiera sucedido como lo planeara Joe, habría tratado de apoderarse del anónimo que había enviado a su hermano, y de destruirlo; encontrada por la policía, la carta podía originar la sospecha de que el accidente de ningún modo era lo que parecía. El accidente, pues, iba a ser la primera línea de defensa de Joe. Pero, para el caso de que fracasara, preparó una coartada; una coartada ni demasiado perfecta ni demasiado complicada; nada más que una coartada pulcra, razonable. Había hecho instalar un motor auxiliar en el *Gannet*. Por dos razones obvias. No se podía confiar en vientos sostenidos a mitad del verano; era esencial que Joe llegara a la Caleta Basket a horario, con bastante tiempo para trepar el acantilado, recoger su motocicleta escondida, y llegar a Maiden Astbury a las 11.30, a más tardar. Era igualmente esencial que, a su regreso al *Gannet*, no se encontrara sereno; planeaba, sin duda, entrar a Lime Regis, o cualquiera fuera su próximo punto de escala, a una hora tal que razonablemente pareciera haber estado navegando toda la noche.

¿Y qué lugar ocupa Bloxam en todo esto? En general, estoy inclinado a concordar con Tyler en que el hecho de que Joe recogiera a Bloxam, fue un refuerzo de último momento para su coartada, y no una parte del plan original. La teoría de Tyler, sin duda bastante sólida, es que Joe dijo a Bloxam que él iba a encargarse del timón desde las diez de la noche, digamos, hasta las dos de la mañana.

Antes que Bloxam se acostara, a las 10, Joe preparó un poco de café para los dos, y puso algún narcótico en el de Bloxam. Mientras Bloxam estuviera narcotizado, Joe cambiaría de rumbo, se dirigiría a tierra a toda velocidad, se deslizaría en Caleta Basket (el *Gannet* estaba equipado con un poderoso farol de tope de acetileno, les había informado Elias Faulkes), anclaría, correría a Maiden Astbury, encerraría a Eustace en la cámara frigorífica, regresaría a escape, se desharía de la motocicleta, probablemente empujándola, por el camino de herradura, llevándola a bordo y luego arrojándola en aguas profundas, y timonearía el *Gannet* hasta retomar su rumbo original antes de despertar a Bloxam.

Desde el momento en que el *Gannet* entrara a Caleta Basket hasta el momento en que zarpara de nuevo habría un intervalo mínimo de dos horas, calculaba Tyler. Nigel

extrajo el horario aproximado que había redactado Tyler:

10 p. m.: J. B. se encarga del timón.

10.40 p. m.: Ancla en Caleta Basket; rema hacia la costa; trepa el acantilado.

10.50 p. m.: Parte en motocicleta.

11.30 p. m.: Llega a la cervecería; desconecta el timbre de alarma; espera a Eustace.

Medianoche: Encuentra a Eustace cerca de la entrada de la cervecería; lo lleva a la cámara frigorífica; lo encierra.

12.30 p. m.: Regresa a Maiden Astbury.

1.10 a. m.: Llega al acantilado, sobre Caleta Basket, empuja la motocicleta por el camino de herradura, la pone en el chinchorro, y leva anclas poco antes de la

1.20 a. m.: El Gannet zarpa.

1.35 a. m.: El *Gannet* otra vez en su rumbo original. J. B. arroja la motocicleta del chinchorro, y...

2.0 a. m.: Despierta Bloxam.

¿Cómo han de ser explicadas a Bloxam esas dos horas? El hombre podía notar fácilmente, al aclarar, que el *Gannet* no había progresado en su rumbo tanto como era de esperar. Probable respuesta: el *Gannet* navega a vela *sólo* mientras Bloxam está al timón; Joe anuncia su intención de continuar *sólo* a vela; tan pronto como Bloxam está bien dormido, Joe hace funcionar el motor y lo usa hasta poco antes de que despierte Bloxam; de este modo recuperaría la mayor parte del tiempo perdido en el desvío, especialmente si había poco viento esa noche, como en verdad había sucedido. Bloxam, indirectamente, podría confirmar que la máquina no había sido usada, porque su ruido y su vibración inesperados lo habrían despertado de cualquier sueño ordinario, y no podía tener razón para suponer que había sido narcotizado. En resumen, Joe tenía un testigo que estaría dispuesto a jurar que habían navegado a vela toda la noche, y, de este modo, a proporcionarse una excelente coartada para el crimen; tanto más excelente por ser en apariencia natural, y nada complicada.

Es muy posible, sin embargo (aunque probablemente nunca tendremos pruebas de ello), que Joe reforzara su coartada con algún juego de manos, en lo que respecta a la provisión de petróleo. Le habría resultado fácil, poco antes de despertar a Bloxam, llenar el tanque con una lata que hubiera ocultado en algún lugar del barco, o mejor aún, que hubiera escondido con anterioridad en algún lugar de la costa (en la caverna, por ejemplo), y sólo hubiera llevado a bordo a su regreso de Maiden Astbury. Entonces podía arrojar al mar la lata, y luego, de alguna manera casual, llamar la atención de Bloxam hacia el hecho de que el tanque estaba lleno. De este modo habría una prueba aparentemente incontrovertible de que el motor no había sido

usado en toda la noche.

Valía la pena observar un punto más. Joe había salvado al hijo de Bloxam de que se ahogara. Si sucedía lo peor, y la coartada comenzaba a fallar, sin duda Bloxam se jugaría de pies a cabeza en favor de Joe. Por otro lado, quizás hubiera sido mejor llevar a bordo a un hombre a quien la policía no pudiera sospechar de complicidad con él.

Nigel bebió otro abundante trago y encendió su segundo cigarrillo.

Ahora veamos qué sucedió realmente. Todo salió a pedir de boca hasta que llegó a la cervecería. (Parece razonable suponer que, si no lograba atraer a Eustace a la cervecería por medio del anónimo, Joe tenía algún plan de repuesto para meterse en su casa, despertarlo y llevarlo hasta allá. Podía tener bastante confianza en la pasión de Eustace por sorprender a sus empleados en descuidos menudos). Ahora llegamos al problema central del caso: ¿por qué no se ejecutó el crimen como había sido planeado originariamente? Tyler lo reconstruye como sigue. *O bien* hubo una lucha cuando los dos entraron en la cámara frigorífica, y quedó en Eustace alguna marca que exigía la destrucción de su cuerpo; *o bien* Joe golpeó a Eustace cerca de la entrada, pero no lo bastante fuerte (por miedo de dejar una herida sospechosa), y Eustace recobró el conocimiento cuando Joe lo llevaba a la cámara frigorífica; forcejearon, etc. El fragmento de anillo que encontré casi no deja duda de que se produjo alguna lucha.

Por alguna razón, aún indemostrable, el plan del accidente fracasa, y Joe mete a su hermano en la caldera. La idea de que ello se debió a una herida infligida por un zurdo debe ser desechada; Herbert dice que el golpe que mató a *Miss Mellors* fue dado con la mano derecha, y dos asesinos es más de lo que uno puede admitir. Pues bien, según Tyler, Joe puso a su hermano en la caldera e inició el regreso a Caleta Basket. Probablemente él fue el hombre que Gabriel Sorn oyó alejándose de la cervecería en una motocicleta, entre las doce y media y las doce y cuarenta, y cinco.

Nigel se enderezó de un salto, volcando un poco de cerveza sobre sus pantalones.

¡Un momento! ¿No hay aquí una discrepancia? Sorn dijo que oyó a la motocicleta al regresar a su casa. Desde la cervecería hasta su cueva hay poco más o menos cinco minutos de marcha. Entró a eso de las doce y cuarenta y cinco. Por lo tanto oyó al motociclista a las doce y cuarenta. Ahora bien, Eustace debía llegar a la cervecería a medianoche. El plan de Joe requería velocidad, tenía que regresar a Caleta Basket tan pronto como fuera posible, poco después de la una, si es que iba a poner al *Gannet* en su rumbo anterior antes de que correspondiera a Bloxam reemplazarlo. Siendo así, ¿por qué pasó cuarenta minutos en la cervecería? Aun admitiendo cierta demora para llevar a Eustace donde era preciso, y luego para transportar el cadáver a la caldera, cuarenta minutos parecen un tiempo desmedido para quedarse por ahí. Difícilmente puede creerse que, en el calor del momento, notara que se había astillado un trocito de su anillo, y perdiera tiempo valioso buscándolo. Sin embargo, ¿qué otra explicación puede haber?



Dejemos eso a un lado. Joe regresa al *Gannet* y lo encuentra en llamas. Ésta es la clave del caso de Tyler; es la única teoría con que puede explicar las extraordinarias acciones posteriores de Joe. Némesis interviene y acerca una cerilla a la coartada de Joe. ¡Qué titular para la prensa! ¡Qué texto succulento para el público! ¡Qué tema para mórbidos clisés de salitas suburbanas! Pero ¿es cierto? ¿No es demasiado, demasiado bueno para ser cierto? Tyler sugiere que Bloxam, a causa de despertar medio atontado debido al narcótico, y (o) debido a un descuido, y (o) debido a su falta de experiencia con motores a petróleo, incendia el barco. Claro, no podemos decir nada muy positivo sobre esto hasta que recibamos el informe del experto. Pero hay dos detalles menores y uno mayor negativos.

Los detalles menores son: 1) si Bloxam inició el fuego, cabría esperar que se hubiera arrojado por la borda, no que hubiera penetrado al camarote, donde se encontró su cadáver; 2) aun si no hubiera saltado por la borda en seguida, y hubiera combatido el fuego hasta que éste se apoderase de sus ropas, aún entonces, naturalmente, se habría arrojado al agua. No obstante, ¡por Júpiter!, aún hay dos explicaciones posibles para eso. El extintor de incendios estaba en el camarote; sea que el fuego se iniciara cerca de la máquina, o en el camarote, Bloxam habría ido a buscarlo, y es muy posible que hubiera caído vencido antes de poder usarlo. En el otro caso, puede haberse arrojado por la borda; Joe puede haber encontrado su cuerpo en el agua, y haberlo puesto otra vez en el camarote, con el fin de que resultara más quemado, y de este modo no hubiera peligro de que una autopsia revelara que había sido narcotizado.

En nuestro presente estado de ignorancia sobre el origen del fuego, éstas son teorías razonables. Pero ambas se vienen abajo ante mi detalle negativo mayor, que es éste: el eje del plan de Joe era que Bloxam estuviera dormido mientras el *Gannet* permanecía en Caleta Basket. Su coartada habría volado con todos sus tripulantes si Bloxam despertaba, descubriría que el barco estaba en la caleta y que su patrón había desaparecido. Por lo tanto, el último error que Joe podría cometer era dar a Bloxam una cantidad de droga insuficiente. A menos que Bloxam tuviera una resistencia monstruosa a cualquier droga que le fuera administrada, no es posible que despertara tan pronto, y por eso no pudo haber incendiado el barco accidentalmente. En consecuencia, las únicas soluciones que quedan son: o que el barco se incendió solo, o que una tercera persona —ni Joe ni Bloxam— le prendió fuego deliberadamente.

«Elimina lo imposible; y todo lo que quede será la verdad». Muy bien, pero estoy confrontado por toda una serie de imposibles. Por ahora tendré que pasar eso por alto. Prosigamos con la reconstrucción de Tyler. Joe encuentra su coartada frustrada. Esconde el chinchorro en la caverna, amontonando algas y yerbajos contra su entrada; la idea es ocultar el paradero del *Gannet* durante todo el tiempo posible y de este modo tener más tiempo para escapar. Esto se ajusta a los hechos de manera bastante razonable. Luego apoya su cabeza en sus manos y se dedica a pensar un rato. Esto para explicar el tiempo transcurrido entre su llegada a la caverna, antes de la una

y media, y el momento en que el vagabundo oyó la motocicleta «alejándose tierra adentro», a las dos, o quizás a las tres. Concedido que el vagabundo no tenía reloj; pero estos sujetos desarrollan un sentido del tiempo bastante preciso. Joe se decide por el audaz golpe de esconderse un día o dos en su propia casa mientras destruye la prueba contra él y se apodera de su pasaporte.

Regresa a Maiden Astbury alrededor de las tres, probablemente arroja su motocicleta en algún lugar de las afueras del pueblo; el bosque de Honeycombe sería un buen lugar donde esconderla; me gustaría saber si la policía ya lo ha registrado. Se oculta en el desván. Es demasiado tarde para sacar su pasaporte de la cervecería, pues pronto amanecerá; de cualquier modo, ya ha pasado por toda la excitación que pueden soportar sus nervios en una noche. La noche siguiente, el viernes, se queda muy quietecito; sabe que el cadáver de Bunnett acaso habrá sido encontrado esa tarde, y que la cervecería estará hirviendo de policías. El sábado a la noche hace su primera salida; penetra en casa de Eustace con las llaves duplicadas que sacó de su cuerpo, quita los papeles acusadores de Roxby, y —un detalle que el inspector pasó por alto— roba algunos alimentos.

El domingo por la mañana (así me dijo Tolíworthy) la señora de Bunnett tuvo un berrinche porque su sirvienta —así lo dijo ella— había comido una torta y dos rebanadas de pan cocinadas el día anterior. ¿Por qué nadie notó ese detalle? Las sirvientas pueden robar una o dos rebanadas de torta, de vez en cuando; pero sin duda *no* limpian toda la hornada. Esto, incidentalmente, explica las migajas del desván.

¿Por qué no entró Joe en la cervecería la misma noche, y se apoderó de su pasaporte? Según Tyler, porque tenía miedo que la policía aún anduviera hurgando en la cervecería. Eso es plausible; pero en este punto la teoría de Tyler ofrece varias dificultades. Primero; si Joe intentaba huir del país, de este modo, inevitablemente, atrayendo las sospechas hacia él, ¿por qué se molestó destruyendo la prueba de la transacción Roxby? Segundo; ¿fue la destrucción del *Gannet* tan desastrosa que el único camino abierto ante él fuera éste tan temerario de regresar a Maiden Astbury, buscar su pasaporte, irse al extranjero y comenzar su vida de nuevo? Sin duda lo más sensato, cuando encontró al *Gannet* en llamas, era haber llevado la motocicleta en el chinchorro hasta aguas profundas, haberla dejado caer ahí, y luego caminar por Basket Down hasta encontrar una granja. Sin duda podía idear alguna historia plausible que explicara su entrada a la caleta, el estallido del incendio, y la muerte de Bloxam. Siempre que la motocicleta hubiera sido obtenida originariamente (como sin duda sucedió) en otra parte del país, y de tal modo que la compra no pudiera relacionarse con él, y siempre que estuviera bien hundida, no había, sencillamente, nada que lo complicara con el crimen. No obstante debe admitirse que los criminales son propensos a perder la cabeza, en especial los del tipo de Joe; el impulso natural de éstos sería acudir a mamá cuando se hallan en apuros, y su regreso a Maiden Astbury puede explicarse por su deseo de ponerse en contacto con Ariadne Mellors, cuya relación con él era evidentemente semimaternal. La primera objeción, además,

no es insuperable. Puede argüirse que destruyó los papeles de Roxby con el propósito de darse tiempo: cuanto más tiempo creyera la policía que aún andaba navegando en el *Gannet*, y cuanto más tiempo no tuviera otra cosa que esos papeles para sugerir su propio motivo de crimen, tanto más pasaría hasta que comenzara a buscarlo seriamente. Sin duda pasó algunos malos momentos el sábado, al oírla debajo de él, examinando su estudio y su dormitorio. Pero, al no seguir más adelante, habrá supuesto que aún no sospechaba de él, y que podía posponer la cuestión de su pasaporte hasta otra noche, en que, con alguna suerte, la cervecería estuviera relativamente libre de policías.

Entonces, de acuerdo con la teoría de Tyler, a Joe «se le fue la mano». El domingo, alrededor de medianoche, fue sorprendido en su estudio por un intruso; golpeó, poseído por el pánico, golpeó una y otra vez en la obscuridad; luego, demasiado tarde, descubrió que había matado a la única persona que podía haber confiado en que regresaría a él a pesar de todo. Resultaba imperativo ahora que saliera del país en seguida, antes que fuera descubierto el cadáver. Así es que se encaminó a la cervecería en busca de su pasaporte, pero su plan fue frustrado por el sereno. Aquí, otra vez, la teoría de Tyler se ajusta bastante bien a los hechos; sin embargo, no parece ajustarse a todas sus implicaciones. Por ejemplo ¿resulta concebible que Joe pudiera matar a *Miss Mellors*? Si ella lo sorprendió en el estudio, sin duda lo habrá reconocido y le habrá hablado antes que tuviera tiempo de darle un golpe; tenía una linterna eléctrica, después de todo. Si, por otra parte, él había oído a alguien moviéndose en el estudio, lo natural habría sido que se quedara muy quieto en el desván; y si hubiera habido alguna prueba acusadora en el estudio, la policía la habría descubierto el día anterior. Finalmente, si fue Joe el que visitó la cervecería el sábado a la noche, ¿*dónde está ahora?*

Llegado a este punto crítico, Nigel tragó el resto de la cerveza, paseó varias veces, lentamente, en torno a la habitación, abrió su segunda botella, y se sentó otra vez.

¿Dónde está Joe Bunnett ahora? Es casi increíble, con toda la policía del condado tras él, y considerando lo conocido que era por aquí, que no haya sido encontrado. Parece haber dos explicaciones posibles. Aún está en la cervecería; probablemente hay una cantidad de escondites que él conocerá y que la policía no podrá adivinar. En otro caso, puede estar muerto. Esto se ajusta mejor a la incómoda convicción que he tenido durante todo este tiempo de que alguna persona desconocida ha estado tratando de complicar a Joe. Afirmemos la existencia de X, y veamos qué se sigue de ello. Se sigue, naturalmente, que X estaba en complicidad con Joe en el asesinato de Eustace. De otro modo uno tendría que suponer que sorprendió a Joe por casualidad, mientras mataba a Eustace, o inmediatamente después; pero, si X era un mal sujeto, el resultado de esto sería un *chantage*; la última cosa que X querría sería que alguien más sospechara de Joe, y por lo tanto no se dedicaría a sembrar indicios contra él. En otro caso, si X fue el único asesino, ¿cómo diablos, sin hacer que Joe sospechara de él, pudo arreglar que Joe entrara a Caleta Basket esa noche, y se comportara, en

general, de manera tan dudosa? ¿Y dónde interviene el incendio del *Gannet*?

Supongamos, entonces, que X y Joe están en complicidad. ¿Me da esto alguna línea que me conduzca a X? No hay duda que la gente con quien Joe razonablemente obraría en connivencia son, en orden de preferencia. Miss Mellors, Herbert Cammison, Gabriel Sorn y el señor Barnes. Tachemos a Miss Mellors. Ciertamente, estaba con Joe cuando él (o probablemente ella) echó el anónimo al correo; aun podría haber entrado a casa de Joe para distribuir rastros acusadores contra él, y haber sido muerta por él al advertir que lo estaba traicionando. Pero está muerta, y por lo tanto no puede ser ella quien se deshizo de Joe. De cualquier modo, sin duda sentía demasiado cariño por Joe para traicionarlo. ¿Herbert Cammison? Él y Joe eran amigos: eran las dos personas que tenían los motivos más fuertes para matar a Bunnett. ¿Cómo se habría producido el hecho? Probablemente, Herbert sería el cerebro escondido detrás de todo el plan. Además, echaría el anónimo al correo. Sabemos que estuvo en la vecindad de Weston Priors esa tarde. He aquí la dificultad: ¿por qué no usa Joe de una estratagema mejor para el franqueo de la carta? Respuesta: probablemente la tenía, y habría recurrido a ella si lo hubiera interrogado la policía, pero el incendio del *Gannet* trastornó todo el plan. Bueno, pues; Joe tenía la coartada obvia para la noche del crimen; en consecuencia fue él quien se encargó del asesinato mismo.

Supongamos que todo esto sea cierto; los acontecimientos siguientes admiten dos interpretaciones distintas: a) Herbert había planeado, durante todo el tiempo, matar a Joe. Fue a Caleta Basket esa noche, presuntivamente en una motocicleta, posiblemente deteniendo a Joe en las afueras del pueblo y viajando a la grupa con él: golpeó a Joe en la cabeza y en alguna forma se deshizo del cuerpo; incendió el yate, y desde entonces ha estado distribuyendo indicios acusadores contra Joe; b) Herbert no tenía intención de traicionar a su cómplice. Joe, al encontrar quemado el yate, regresa a Maiden Astbury temblando de terror, y de algún modo se pone en contacto con Herbert. Herbert advierte que los nervios de Joe se han trastornado. De modo que hay que acallar a Joe. Lo mata y se deshace del cadáver —cómo, aun no lo sé—. Cuántas pruebas contra Joe son genuinas y cuántas ha inventado Herbert, por el momento no interesa. Esta segunda interpretación es en todo sentido la más razonable, excepto porque supone que el incendio del *Gannet* ha sido accidental. No creo que Herbert sea un villano; no habría planeado traicionar a Joe desde el comienzo; por otro lado, es un poquito inhumano y cruel; una vez que advirtió que su cómplice cedía bajo la tensión, habría sido muy capaz de sacrificarlo. Herbert tiene una idea muy lúcida de su propio valor para el mundo, incontaminada por ninguna falsa modestia. Bien podría decir, con su manera desapasionada: «El asesinato de Eustace estaba justificado sobre bases sociales; era un enemigo de la sociedad. Joe debe ser acallado ahora, también, porque es un peligro para mí, y yo soy un miembro valioso de la sociedad».

No hay duda que Herbert es el candidato más probable para el puesto de cómplice de Joe. Tenía un motivo social y un motivo personal para deshacerse de Eustace;

tiene cerebro y nervios excelentes; es completamente inflexible; podría, en ciertas circunstancias, ser el tipo de fanático más peligroso, el tipo sereno. Al mismo tiempo, no hay que pasar por alto a Gabriel Sorn o al señor Barnes como cómplices posibles. Por lo que sé, Gabriel no era amigo íntimo de Joe. Pero tenía esos dos motivos muy fuertes para matar a Eustace: el dinero que heredaría (si, en verdad, estaba enterado de ello), y sus sentimientos neuróticos hacia Eustace, como padre suyo. El punto débil en su caso o en el del señor Barnes es que ninguno de los dos estaba en posición tan favorable como Cammison para deshacerse del cadáver de Joe. Un médico es experto en disecciones; un médico sale con frecuencia a hacer recorridos por el campo, y tiene mayores oportunidades para deshacerse de los restos, que hombres que están clavados todo el día en la cervecería.

Nigel se sentía agudamente incómodo a causa de todo esto. Le gustaba Herbert, y le gustaba Sophie. En efecto, sólo había decidido quedarse y colaborar en este caso porque parecía tan evidente que necesitaban su ayuda. Herbert había sido absolutamente franco en la relación de sus motivos; además, Nigel lo había visto examinando los cadáveres de Eustace Bunnett y *Miss Mellors*; resultaba increíble que no se le hubiera movido un pelo, si era responsable por el asesinato de ambos, directa o indirectamente. ¡Ay!, no del todo increíble. Herbert era un hombre de acero, no cabía duda alguna. Sin' embargo, ¿no habría alguna teoría que se ajustara a los hechos y excluyera a Herbert?

Nigel respiró profundamente, apuró su vaso, y vació la tercera botella —seña, por así decirlo, de que comenzaba la tercera fase de su batalla de ingenio contra el enemigo invisible—. Se reclinó en el sillón, echó sus largas piernas sobre un brazo, y comenzó un minucioso análisis del caso.

Los caracteres de las personas complicadas fueron sometidos primero a su metódico análisis. Luego los hechos, y las claves materiales. Finalmente ejerció su asombrosa memoria verbal para recordar todo cuanto había oído decir desde su llegada a Maiden Astbury, no sólo los rastros, sino también (cosa que resultaba ahora más importante) las observaciones aparentemente fuera de lugar que se habían dejado caer de cuando en cuando. Fue mientras estaba ocupado en esto cuando recordó el detalle que pronto le permitiría estructurar toda una teoría del crimen. Se trataba de una ligera observación hecha por Sophie Cammison, una observación de impertinencia aparentemente tan grotesca que no podía existir excusa posible para detenerse en ella. Y sin embargo lo atormentaba. Era un granujita haciendo morisquetas a la Columna de Nelson, absurdamente impertinente, ridículamente desproporcionado; y no obstante un tanto impresionante. Mientras Nigel lo consideraba con bastante irritación, otro detalle se iluminó en su mente, y luego otro. Se puso de pie de un salto y comenzó a pasear a largos pasos por la habitación. Era como contemplar esos letreros eléctricos que se iluminan letra por letra, formando gradualmente un nombre. Y el nombre, Nigel lo sabía, mientras observaba con creciente excitación esos puntitos que se encendían uno tras otro, el nombre que

formaban era el nombre del asesino.

Miró su reloj: las nueve y diez de la noche. El asunto era: ¿realizaría el asesino otra de sus apariciones esa noche? El inspector vigilaba la parte de la cervecería; la policía observaría todas las entradas desde su escondite; dejarían que el asesino entrara, pero hallaría menos fácil la salida. Si, en verdad, quería entrar, tal vez en este mismo momento planeaba golpear en alguna otra parte; tal vez su última visita a la cervecería había sido sólo una finta para ocultar la dirección de su próximo golpe. Nigel se movió, molesto. Resultaba desagradable pensar que el próximo pudiera ser dirigido contra él; el criminal era implacable y hasta entonces había sido infernalmente eficiente; tal vez Nigel estaría esa noche más seguro en la cervecería, con abundancia de policías cerca de él. Oh, bueno, sólo se podía morir una vez. Adelante con el baile.

Nigel bajó al vestíbulo a telefonar. Aun había que verificar dos puntos. Hojeó la guía telefónica y marcó un número. Herbert Cammison, sentado en su estudio, lo oyó decir: «Hola ¿El señor Tripp? Ah, es usted. Nigel Strangeways, desde la casa del doctor Cammison. Estoy colaborando con la policía en el asunto Bunnett... Sí... Nada más que un pequeño detalle. Esa dentadura que ha estado reconstruyendo... Ah, ya ha terminado... sí, debe de haber sido un trabajo delicado... ¿De Eustace Bunnett, sin duda alguna?... Sí, me parecía. ¿Cómo los identificó?... Claro, el molde de las mandíbulas; suerte que lo guardó... ¿El de Joe y el de la señora de Bunnett también? ¡Hum! Debe tener una bonita cámara de horrores familiares. ¿No se necesita ninguna otra identificación? Exactamente. Muchísimas gracias. Buenas noches/»

Una leve mirada de perplejidad asomó a los rasgos saturninos de Herbert Cammison. Se profundizó cuando oyó, por la puerta entornada, el ruido de otro número marcado en el teléfono, y la voz de Nigel que decía: «¿Está la señora de Bunnett?... Gracias... Habla Strangeways. Un momentito. ¿Es usted la...? Ah, sí, la cocinera de la señora de Bunnett. Bueno, si pudiera responder a una o dos preguntas evitaría molestar a la señora... Sí, estoy relacionado con la policía. La noche del robo ¿recuerda?, el sábado. La señora de Bunnett dijo algo sobre alguna comida que había desaparecido... Sí, claro, muy ridículo. Algunas rebanadas de pan y una torta, ¿no?... Sí, yo también supongo que se los llevó el ladrón. Espero que le habrá dejado a usted la carne del domingo... Sí. Oh, bueno, pudo haber sido peor, ¿verdad? Gracias. Buenas noches/»

Cuando Nigel colgó el receptor, el doctor Cammison cerró suavemente la puerta de su estudio. Permaneció inmóvil en medio de la habitación, el ceño un poco fruncido. Aún estaba allí, un minuto más tarde, cuando sonó el timbre de la puerta de calle. Acudió a abrir. Gabriel Sorn aguardaba afuera.

—¿Podría ver a Strangeways un minuto? —dijo.

---

---

## CAPÍTULO XIV

«Tu caza tenía por mira una bestia».

John Dryden

Con la llegada de Gabriel a casa de Cammison podría decirse que se abría el último capítulo del caso Bunnnett, el último capítulo, porque la confesión del asesino sólo puede ser considerada un epílogo. Este último capítulo fue un digno clímax de los acontecimientos que lo habían precedido, acontecimientos tan macabros, abominables y asombrosos en sí mismos, que bien podría haberse supuesto que su conclusión no podía dejar de ser un anticlímax. Esa noche del lunes se distinguió por algo más que la captura de un asesino inhumano y monstruosamente ingenioso. Fue quizás la primera ocasión en que un estólido policía ha estado a punto de desmayarse, a causa de algo más que pérdida de sangre; fue probablemente la primera, y muy posiblemente última, ocasión en que Gabriel Sorn había de realizar un acto de (indiscutiblemente) altísimo valor físico; y, de paso, a poco estuvo de ver la destrucción total de la cervecería de Bunnnett y varios estimables habitantes de Maiden Astbury, sin mencionar al propio Nigel.

A las nueve y veinte Gabriel Sorn, que había dicho a Cammison que deseaba hablar en privado con Nigel, fue introducido en su dormitorio. El joven, observó Nigel, se debatía bajo alguna emoción fuertemente reprimida; su párpado izquierdo se agitaba espasmódicamente en un tic nervioso; la alternada espinosidad y efusividad de sus modales era más notable que antes. Se sentó en la silla de mimbre, entrelazando sus manos con tal fuerza que los nudillos resaltaron blancos, como dándose ánimo antes de someterse al torno de un dentista. Nigel, que a veces podía ser tan inhumano como lo había acusado Sophie, estaba demasiado interesado en el análisis de las maneras de Sorn para sentir piedad o disgusto por el aspecto lamentable que tenía.

—¿Todavía no encontró a su asesino? —dijo Sorn.

—Entiendo que la policía confía en una pronta detención —replicó Nigel volublemente.

—¿Entiende? Eso suena como si no tuviera mucha confianza en ella.

Esta observación valía tanto como una pregunta; pero Nigel no contestó. La mejor manera de atolondrar a cualquiera, sabía muy bien, era permanecer silencioso, y obligar al otro sujeto a hacer todo el trabajo. Contempló indiferentemente la punta de su nariz. Después de diez segundos Sorn dijo, con brusquedad.

—Pero ¿y usted? ¿No tiene usted ninguna teoría sobre quién es el asesino?

—No tengo ninguna teoría —replicó con suavidad Nigel; luego, levantando de pronto sus pálidos ojos azules y clavándolos en Sorn, añadió:

—¿Sabe usted?, yo sé quién es el asesino.

Las manos de Sorn se movieron convulsivamente, movimiento que transformó en un gesto fútil.

—¿Usted? Oh, bueno. Entonces ya está todo, supongo.

Nigel volvió a sumirse en su formidable silencio.

—Pero bueno, maldito sea —estalló Sorn después de un rato—. ¿Por qué no lo ha detenido?

—Podría no tener pruebas suficientes para convencer a la policía. O, también, podría no saber exactamente dónde está.

Gabriel Sorn digirió esto. Luego, acicateándose visiblemente para realizar el esfuerzo, dijo, con fingida negligencia y una ansiedad real, por así decirlo, ahuecando su voz y volviéndola átona:

—Me permite preguntarle... ¿soy yo el asesino?

—Usted debe saberlo mejor, señor Sorn, usted debe saberlo mejor.

Gabriel emitió una risita cómica, una risa de diversión casi genuina.

—Porque si lo soy, y si, como usted está casi sugiriendo, aún no ha transmitido lo que sabe a la policía, me resultaría ventajoso plantar un cuchillo en medio de su pecho viril tan pronto como sea posible. ¿No diría usted eso?

—Difícilmente. Después de todo, Cammison sabe que usted está en mi habitación, y es de presumir que la doncella también. No, decididamente lo llamaría un movimiento imprudente de su parte.

—Cammison. Sí. —Sorn se reclinó un poco en su silla—. He estado pensando en mi madre. Es orgullosa, ¿sabe usted? Orgullosa y pobre. Sangre de condes, así se me ha informado de buena fuente, corre en las venas de los Sorn, bastante diluida, claro. Me gustaría saber si no tendrá demasiado orgullo para aceptar el dinero de Eustace.

—Penoso para usted, si rehúsa.

—Sí. ¿Sabe usted?, me permitiría abandonar la cervecería y dedicarme a escribir. Sin duda usted piensa que sería una calamidad mayor —agregó defensivamente.

—Oh, no, nada de eso. Me parece que usted podría escribir buena poesía. Ha tenido los estímulos necesarios. Aprendemos en el sufrimiento, y todo eso.

—Muchas gracias —estalló Sorn, con aspereza—. No vine aquí a buscar reafirmación emocional.

—En realidad, ¿para qué vino? Un detalle pequeño, sin duda, pero vale la pena aclararlo. Aparte de venir a plantar un cuchillo en mi pecho viril, quiero decir.

Gabriel Sorn permaneció algún tiempo silencioso. Después, con la vista baja, dijo:

—Vine a contarle una historia, Pero me parece que no la creerá.

—Lo menos que puede hacer es probar.

—Supongo que esas maneras chistosas son parte de su equipo. Oh, bueno, haré la



prueba, entonces. Es una historia muy breve. Hace media hora me telefoneó cierta persona que me pidió que la esperara con mi automóvil, a medianoche, en ese camino que lleva por el bosque de Honeycombe a la carretera de Londres.

Nigel se dio una palmada en la rodilla, excitado.

—¡Por mil demonios que sí! —exclamó—. Vamos, aclaremos esto. Lo que quiere decir usted, es que el asesino le pidió que lo ayudara a huir.

—Usted lo ha dicho.

—¿Y por qué había de recurrir a usted en particular? Quiero decir, con esta manifestación se está usted colocando en una posición bastante incómoda. Suena como si usted hubiera sido su cómplice todo el tiempo.

—¿Cree usted que me traicionaría yo, y lo traicionaría a él, de este modo, si fuera un cómplice? —preguntó Sorn con fastidio.

—Bueno, sea como sea, ¿por qué lo *está* traicionando? ¿Ha desarrollado usted una repentina pasión por la moralidad burguesa, el *fiat Justitia*, y todo eso?

—No interesa mucho cómo lo llamemos, ¿verdad? Supongo que sólo se trata de que no me agrada la idea de que el asesino de mi padre salga sano y salvo.

—Un sentimiento muy filial de su parte, sin duda.

—¡Oh, por amor de Dios, termine con ese sarcasmo de maestro de escuela! —estalló Sorn—. Aun los bastardos tienen sentimientos.

—Bueno, lo siento, pero la verdad es que se trata de una historia bastante exagerada.

—¿No me cree?

—Oh, sí. Yo le creo, —dijo Nigel, inesperadamente—, pero no sé si Tyler hará lo mismo. ¿No puede proporcionar alguna... eh... confirmación adicional? ¿El nombre de la persona que le telefoneó, por ejemplo?

—Usted dice que sabe quién es el asesino. ¿Por qué he de decirle lo que ya sabe? No me importa decirle, sin embargo, desde dónde me telefoneó: desde la casilla de la encrucijada, en lo alto de la colina de Honeycombe. Ha estado escondido en el bosque desde anoche.

—¿Todo eso le dijo? Sujeto confiado, ¿no?

Sorn clavó la vista en la alfombra.

—No necesita insistir. Sé que me estoy portando como Judas. Es... era amigo mío, ¿entiende usted?, y confía en mí. Pero no debía haber matado a mi padre —añadió con su tono extraño, infantil, obstinado. Entrelazó los dedos—. ¡Dios! Espero hacer bien al contarle esto a usted. ¿Es así, o resulta sólo despreciable?

—No me pregunte. Soy *detective* aficionado, no juez.

—Bueno —dijo Sorn, tratando de recobrase—, ¿qué va a hacer ahora el *detective* aficionado?

—Convenceré a Tyler de algún modo. Tenderemos un cordón alrededor del bosque; usted acudirá a la cita en su automóvil, y tendremos uno o dos policías escondidos en él. ¿Le conviene?

El rostro de Sorn enrojeció, su voz se elevó y se quebró en un falsete.

—No, yo no... maldito sea, no puede esperar que yo esté allí cuando lo atrapen. Es pedir demasiado. Puede llevar mi automóvil, si quiere, pero no cuente conmigo.

—Muy bien, pues. Iré a contárselo a Tyler en seguida. Necesitará disponer alrededor del bosque todos los hombres que le sobren. Aquí hay un mapa. Muéstreme el lugar exacto, donde se supone que encontrará a su amigo... Bien, y ¿dónde guarda su automóvil? Probablemente Tollworthy vendrá a buscarlo.

—Está a la puerta de mi cueva.

Gabriel Sorn quedó en libertad. Cinco minutos más tarde Nigel hablaba con Tyler en el destacamento de policía. Contrariamente a la predicción de Nigel, la historia de Sorn excitó mucho al inspector.

—¡Por Júpiter!, señor, de modo que es allí donde Joe Bunnett ha estado escondiéndose todo el día. Bueno; lo habríamos encontrado mañana. Iba a hacer que se registrara cada pulgada de ese bosque. Muy sensato de su parte tratar de escabullirse. Ahora lo atraparemos, sin embargo.

—Un minuto; tuve que fingir, ante Sorn, que su historia me había convencido, después de manifestar, al comienzo, una considerable cantidad de desconfianza. Pero no me diga que usted también la ha tragado.

Los ojos del inspector se achicaron hasta reducirse a dos ranuras.

—¿Tragado? ¿Sugiere usted que...?

—Sí, claro que lo sugiero. Es un intento, y no muy brillante, de desviar nuestra atención de la verdadera escena de acción.

—No lo veo así, señor.

—Fíjese, si el asesino realmente estuviera escondido en el bosque de Honeycombe, nunca sería tan estúpido como para decírselo a Sorn, Demasiado peligroso. No podría estar seguro de que Sorn no lo delatara. Supongamos, como implica la historia de Sorn, que el asesino tiene una llave de la casilla telefónica. Lo obvio habría sido que telefonara a un garage, dando un nombre falso, naturalmente, pidiera que un automóvil lo fuera a buscar a tal y tal lugar, golpeará al conductor en la cabeza, y huyera en el auto. Nunca se habría confiado a un sujeto evidentemente sospechoso del crimen, y que por eso tiene todos los incentivos necesarios para tratar de que atrapen al verdadero asesino.

—Pero suponiendo que Sorn fuera el cómplice de Joe...

—Si Sorn fuera su cómplice, la última cosa que querría es que atraparan al asesino. Los cómplices son propensos a la horca. No. O Sorn cree realmente que el asesino está en el bosque de Honeycombe, o de otro modo lo está ayudando a escapar por un motivo altruista. Sea como fuere, ya sea Sorn un instrumento inconsciente o un aliado temporal del asesino, la huida se va a producir en otra dirección. La idea que se oculta detrás de todo esto es distraer nuestra atención de la cervecería.

—¿La cervecería? Pero ¿por qué había de querer Bunnett...?

—Bueno, según su propia teoría necesita ese pasaporte suyo. Sabría que, después

de su intentona de anoche, la cervecería sería vigilada más estrechamente. Por lo tanto, tendría que distraer su atención de ella.

—Puede ser que usted tenga razón, señor. Pero no obstante haré que el automóvil de Sorn espere en el bosque de Honeycombe a medianoche.

—Puede tener todos los autos que quiera, esperando. Pero no debilite la vigilancia de la cervecería.

—Encargaré a Tollworthy del automóvil. Después iré a la cervecería; ya es bastante oscuro.

Poco antes de las diez Nigel y el inspector cruzaron la entrada principal de la cervecería. Un policía de civil saltó de entre las sombras y saludó. Se produjo un cuchicheo. Después recorrieron silenciosamente el patio hacia la entrada lateral; también ésa estaba secretamente vigilada. Si alguien entraba en la cervecería, no había de ser detenido; pero tampoco había de dejársele salir. La gran pared de ladrillos se elevaba en la oscuridad sobre ellos; había un agrio olor a malta y lúpulo en el aire nocturno. Entraron en el edificio. Tyler encendió su linterna e inspeccionó a sus agentes. Un hombre en la secretaría; el sereno, que iba a realizar su gira de inspección a la hora usual, pero seguido de cerca por un policía de investigaciones; un cuarto hombre en la habitación de Eustace Bunnett, y otro al pie de la escalera por donde el asesino había huido la noche anterior.

Finalmente Nigel y el inspector Tyler se quedaron a esperar en la habitación de Joe Bunnett. Hasta entonces el asesino nunca se había movido hasta después de medianoche. Tenían casi dos horas por delante. Nigel animó la espera bosquejando para Tyler, en un susurro, su propia teoría de los crímenes. El inspector estaba impresionado, pero de ningún modo convencido.

—La prueba del *pudding*, señor —cuchicheó roncamente— sabremos de cuál de las dos maneras se produjo antes que termine la noche.

«Una manera u otra», pensó Nigel. «Sí, sin duda. Pero no será mucha satisfacción para nosotros si tenemos que hacer la autopsia de este caso en el otro mundo. Es despiadado, y en este momento quizás esté completamente loco. Me gustaría saber si Joe tenía revólver. Todos estos pasillos y escaleras... infinitas oportunidades para una emboscada, y qué buen blanco haríamos. Esperemos que dispare primero contra el uniforme. La verdad es que debo hacer que Georgia me compre un buen chaleco a prueba de balas, siempre, claro está, que no me hagan un bonito forro de plomo durante la parranda de esta noche. Debería haber caído en la cuenta antes. Elimina lo imposible, y lo que queda es... Después de todo, no había ningún otro que poseyera la misma capacidad para... ¿Por qué me excito tanto? Aunque no aparezca esta noche, es fácil que tengamos pruebas mañana. Las espadas serán triunfos, y con ellas ganaremos la partida. Me gustaría saber qué ha estado haciendo todo el día. Debe de haber estado en la cervecería. Curioso, la policía registrándola esta mañana, y él aquí todo el tiempo. —Bum-bum-bum-bum; bum-bum-bum-bum; bum-bum-bum-bum: las doce menos cuarto—. ¡Dios! ¿Quién diablos es ese que se mueve allá? Oh, Lock,

claro: está en la mitad de su recorrido, ahora. Nuestro amigo no se moverá hasta que haya terminado».

Automáticamente Nigel miró su reloj. Durante un segundo quedó rígido, luego miró otra vez. En su reloj eran las once menos cuarto. Resultaba difícil creer que aún no hubieran estado una hora en la cervecería. Pero... bueno, entonces, ¿qué era ese ruido que había oído? ¿Quién andaba por ahí? El sereno aun no debía de haber comenzado su recorrido: los policías tenían órdenes terminantes de no moverse de sus puestos; si oían un toque de silbato, los hombres que estaban adentro debían correr hacia el lugar del sonido; los vigías de afuera no debían moverse de sus puestos a menos que oyeran tres toques.

De modo que ¿de quién eran los pasos que Nigel podía oír subiendo la escalera, y moviéndose ya por el pasillo hacia su habitación? Se colgó del brazo de Tyler, y gruñó con voz que no pudo evitar que sonara un poco aterrorizada:

—¿Quién es éste?

—Ah. Será él, supongo —replicó Tyler pesadamente—. Déjemelo a mí, señor.

Nigel se alegró mucho de hacerlo así.

Manos tanteando la pared, crujiendo contra el piso, buscando cautelosamente la cerradura. Manos —Nigel no pudo menos que recordárselo— que ya habían matado a dos personas, quizás tres. Una llave giró suavemente en la cerradura. Sí, todo como lo habíamos preparado. Nos encerramos aquí a propósito. Sabíamos que tenía una llave y esperaba encontrar la puerta cerrada, pero...

La puerta se abrió, pulgada a pulgada. Estaba demasiado oscuro para ver, pero uno podía sentirla abrirse. Un suave *¡click!* El rayo de una linterna enfocada hacia el centro del piso saltó hacia adelante. Instantáneamente, como si hubiera sido un desafío, Tyler encendió la suya. Durante un segundo los dos rayos se cruzaron, como espadas: después Tyler lanzó con el suyo una estocada hacia el rostro del intruso.

¡El rostro de Gabriel Sorn!

—¡Qué demonios! —exclamó Tyler.

—¡Oh Dios mío! —gritó Sorn.

Nigel urgió: la llave. ¿Dónde consiguió la llave?

Pero ya Sorn, con un débil sonido parecido al lloriqueo de un perro dormido, había arrojado su linterna de lleno contra el inspector, y había saltado fuera de la habitación.

Rugiendo un juramento —había recibido un fuerte golpe en el pómulo— Tyler corrió tras él. Luego se detuvo y sopló una vez en su silbato, recordando que el pasillo y la escalera estaban bloqueados.

—¡Phillips! ¡Hempson! ¡Cuidado! —gritó—. ¡Se escapa un hombre! ¡Sorn! ¡Deténganlo!

Evidentemente, Gabriel Sorn había perdido la serenidad. Lo pudieron oír precipitándose por la escalera, chillando a voz en cuello. Aun después de haber caído en los fornidos brazos del agente Phillips continuó debatiéndose y gritando. Así fue

como los policías que estaban dentro de la cervecería no alcanzaron a oír el débil sonido de un silbato, afuera; a no ser por el hecho de que Nigel, había esperado esta huida, y había corrido en dirección contraria a Sorn, hacia la entrada de la cervecería, el asesino habría reclamado otra víctima, y habría quizás escapado para siempre.

El agente Gurney, desde su escondite cerca de la puerta lateral del patio, había observado una figura que lo cruzaba sigilosamente y entraba en la cervecería, unos cinco minutos antes. Había observado concienzudamente su reloj de pulsera: las diez cuarenta y cuatro. Con gran cautela cruzó hacia la puerta, la cerró, y apoyó contra ella su sólida figura. Todo sucedía de acuerdo al plan. Si el sujeto trataba de salir otra vez por este lado, se llevaría una pequeña sorpresa. Sin embargo, según sucedieron las cosas, la sorpresa correspondió a Gurney. No era menos impasible ni más supersticioso que la mayoría de los habitantes de Dorset, lo que es decir mucho, en ambos sentidos. Oyó el reloj del Priorato que tañía las once. Pocos minutos después, escuchó el chillido de Sorn, sus gritos horriblemente ensordecidos por la sólida e invisible pared de la cervecería. Oyó una vez el silbato policíaco. «Muy bien», pensó; «un toque; ¡preparado!». Se inclinó contra la puerta, mirando especulativamente hacia lo alto, en la obscuridad, donde se había originado aquel pandemónium.

De pronto oyó un débil ruido de pies que corrían en su dirección. Todo sucedió con demasiada rapidez para que su lento cerebro lo comprendiera. Una figura pequeña se escabullía, casi sin ruido, como la sombra del humo en un día de viento, dirigiéndose hacia él en un arco espantosamente infalible desde la entrada de la cervecería a la puerta lateral. La figura estaba sólo a ocho pasos de él cuando Gurney encendió su linterna y la enfocó. Lo que vio a su luz fue tan inesperado, tan aterrador para su mentalidad simple, que durante un segundo quedó con la boca abierta, el corazón casi dejó de latir, sintió que iba a desmayarse. La figura, en su torcida carrera corrió en derechura hacia la luz de la linterna de Gurney; parecía un *destroyer* cargando a través de los reflectores. Saltó directamente hacia Gurney. El agente fue arrojado de espaldas contra la puerta; dedos como de alambre mordieron su garganta. Al menos sabía ahora que peleaba con algo de carne y hueso. Su oponente era maligno y mortífero como un espíritu de la tiniebla; se aferraba al pesado cuerpo de Gurney, pataleando, mordiendo, sus dedos apretaban como garfios. Con un esfuerzo convulsivo Gurney lo arrojó a un lado por un momento; esto le dio tiempo para producir un débil toque con su silbato; en seguida el espíritu cargó otra vez contra él.

Nigel oyó el silbato cuando salía del edificio. Gritó «¡Quédese donde está!» al invisible guardián de la entrada principal, y dobló la esquina corriendo hacia la entrada lateral. El atacante de Gurney oyó el grito y se desvaneció, como humo, en la obscuridad. Nigel se precipitó hacia Gurney.

—¿Está bien?

—Sí, señor —boqueó—. ¡Dios!, es espantoso. Se me echó encima como... me sorprendió, ¿entiende? ¿Por qué no me dijeron que era...?

—¿Lo vio?

—Sí, señor. O a su fantasma.

—No es un fantasma. Es simplemente Eustace Bunnett. ¿Dónde está?

—Desapareció cuando lo oyó a usted, señor. Parecía que corría de vuelta a la cervecería.

—Bien. Si trata de salir por este lado otra vez, use su garrote.

—No se aflija, señor. Ya arreglaré al maldito... muy bien, la próxima vez.

Nigel se apresuró a regresar a la cervecería y encontró al inspector y a dos policías en la sala de envase de la planta baja: Tyler le estaba diciendo a Sorn cuántas eran cinco. Rápidamente Nigel contó al inspector la intentona del asesino para salir por la puerta lateral.

—De modo que usted tenía razón, señor. Eustace Bunnett, ¿eh? Bueno, no puede escaparse ahora.

Tyler se puso en acción de un salto. Se envió a Lock a reforzar las guardias exteriores. El agente de investigaciones fue apostado junto al conmutador principal, para evitar cualquier intento de Bunnett para sumir el edificio en la obscuridad durante su búsqueda. Tyler telefoneó a su cuartel general para que patrullaran los caminos alrededor de la cervecería. Mientras tomaba estas disposiciones, Nigel llevó aparte a Gabriel Sorn.

—Óigame —le dijo—, comprendo que puso en escena su pequeña comedia para dar al asesino una oportunidad de escapar en la confusión. Le dijo que era Joe Bunnett por teléfono, supongo.

—Si.

—Bien, es Eustace. Ahora no tengo tiempo para explicarle, Pero esto lo va a poner en aprietos, y lo mejor que puede hacer es ayudarnos de ahora en adelante: esto es, siempre que su piedad filial lo permita. Eustace mató a Joe, entre paréntesis.

—Piedad filial, ¡idioteces! Hablé así sólo para convencerlo; pero parece que no dio resultados. Si puedo ayudarlo a agarrar a ese demonio de Eustace, cuente conmigo.

—Bien. Usted sabe dónde están los conmutadores de la luz. Es mejor que venga con nosotros.

Después de alguna discusión, Tyler accedió. Ahora tenía tres policías a su disposición dentro de la cervecería. Se ordenó a uno de ellos que se mantuviera pegado a los talones de Sorn, en caso de que éste comenzara a hacer más cosas raras, y la partida comenzó su búsqueda. Primero la sala de envase, la oficina del cervecero principal, y la sala de almacenaje. En esta última hicieron su primer descubrimiento. Pisando por encima de los enormes sacos de cinco arrobas que había allí apilados apretadamente un policía observó un pequeño espacio entre dos sacos llenos, y uno vacío tendido allí.

—Ahí es donde ha estado escondido todo el día —dijo Nigel—. Anoche, cuando fue sorprendido, debe de haber corrido hacia aquí; encontró el saco vacío, se metió adentro, y se incrustó de pie en ese espacio. Supongo que estos sacos no fueron

examinados individualmente durante sus búsquedas anteriores.

—Revisar esta habitación era tarea de Tollworthy. Ya tendré algo que decirle —replicó el inspector con aspereza.

Recorrieron sistemáticamente la planta baja de la cervecería; Gabriel Sorn los guiaba y cerraba los conmutadores. Después de veinticinco minutos atravesaron la sala de calderas y penetraron en los sótanos. Sus pies pisaron casi sin ruido el suelo arenoso. Las paredes enjalbegadas relumbraron ante ellos y danzaron entre sombras monstruosas. Nigel observó la herrumbrosa puerta de hierro que guardaba el pozo en su recinto, a la derecha. Pasaron junto a ella y avanzaron entre los centenares de barriles que yacían como borrachos después de una orgía, apretados en su húmeda inmovilidad. Revisaron todos los rincones. De pronto los exploradores se pusieron tensos; del medio del sótano se elevaba un sonido extraño, sibilante, intermitente.

—Es sólo uno de los barriles —dijo Sorn—; de vez en cuando emiten aire.

—Bueno, parece que no está aquí adentro. Es mejor que regresemos —dijo Tyler.

De pronto Nigel castañeteó sus dedos. «El pozo», dijo. Fue apenas un susurro; pero estos sótanos largos como galerías transmitían el sonido de una manera pavorosa. Apenas habían comenzado a desandar sus pasos cuando oyeron un chirrido áspero. Alguien empujaba la puerta de hierro que protegía al pozo. Se lanzaron hacia allá; pero estaban aún a treinta yardas cuando Eustace Bunnett emergió del recinto, con un revólver en la mano. Con voz áspera, ronca, como el ruido de las bisagras de la puerta, dijo:

—¡Atrás! ¡Atrás, les digo! ¿Qué están haciendo en mi cervecería? Los mataré a todos. —Luego dio cauce a un diluvio de obscenidades. Su aparición fue tan terrorífica que todos se detuvieron involuntariamente unos segundos. Bunnett vestía una camiseta y pantalones de marinero, y zapatillas negras. Había un rastrojo de pelos en su barbilla. Sus ojos fríos brillaron furiosamente hacia ellos, acerados y peligrosos como puntas de bala. Pero aun su cabello y sus ropas estaban cubiertos de telarañas, y su boca horriblemente hundida, como la boca de un cadáver. Tyler se repuso y dijo:

—Vamos, señor, baje ese revólver.

Nigel apenas tuvo tiempo de sonreír ante la palabra «señor» cuando el inspector dio un paso hacia adelante, el revólver de Bunnett rugió, y Tyler giró aferrando su brazo y cayó detrás de uno de los barriles.

—¡Abajo, hombres! —ordenó, mordiéndose los labios de dolor.

Todos se pusieron a cubierto. Tyler susurró al policía que estaba junto a él:

—Me ha quebrado el brazo, creo. Atraiga el fuego —y se desmayó.

El policía se quitó el casco y lo elevó lentamente por encima del barril tras el cual se había echado. Se oyó un disparo, un golpe seco, un siseo, y luego comenzó a expandirse en el aire un incongruente olor a cerveza. Bunnett había agujereado el barril. Clavó su vista en ellos durante unos segundos: después se precipitó hacia la puerta, soltando el conmutador al pasar. Tropezando con los barriles en aquella espesa oscuridad, les llevó medio minuto llegar a la puerta y encender la luz otra

vez. La puerta estaba cerrada. Sorn buscó a tientas su llave maestra. En ese momento un sonido sacudió el aire, un sonido ensordecedor e inhumano, como una máquina gigantesca que gritara en medio de una pesadilla. ¡Ulu-ah! ¡Uuu-uuu-uuu-ah! Por encima de este alarido apenas pudieron oír el grito de Sorn.

—¡Dios mío! ¡Ha abierto la entrada de agua fría a la caldera! ¡Todo esto va a volar hasta las nubes! ¡Salgan de aquí, todos!

Abrió la puerta de golpe. Los polizontes izaron a Tyler y se tambalearon bajo su peso en camino a la entrada de la cervecería. Nigel corrió adelante, haciendo retroceder a los refuerzos que habían comenzado a acudir al oír los disparos. Ya cuando habían cruzado el patio y la puerta principal y estaban en la calle, advirtió Nigel que faltaba Gabriel Sorn y que el quejido de la válvula de seguridad había cesado. Su mente apenas había tenido tiempo de registrar esto, cuando apareció el agente Gurney con el cuerpo de Eustace Bunnett, insensible, cruzado sobre su hombro. Bunnett se había lanzado hacia la puerta lateral mientras sus recientes perseguidores salían corriendo por la puerta principal. Pero esta vez no había tomado desprevenido al agente Gurney. Saliendo de su escondite había golpeado a Bunnett cuando se inclinaba para abrir la puerta; ocupado con la llave, Bunnett no había tenido tiempo de apuntar con su revólver antes de que cayera el golpe.

Diez minutos después Gabriel Sorn fue descubierto, completamente inconsciente, tendido junto a la caldera. Había apagado la hornilla a tiempo para salvar sus vidas.



---

---

## CAPÍTULO XV

«¡Oh, sí esta carne demasiado sólida se disolviera!».  
Shakespeare (*Hamlet*).

—Sí, fue una observación suya lo primero que me puso sobre la pista, Sophie.

—¿Mía? Estoy segura de que no dije nada...

—¡Oh!, pero lo dijo. Sin duda. ¿No recuerda haberme hablado de las simpáticas travesuras de Joe? ¿De que hacía figuras con frutas y cerillas? ¿Y pretendía que se le habían caído los dientes en la sopa?

—Naturalmente, pero...

—Este último detalle fue lo que me puso en la cabeza que quizás era de Joe, y no de Eustace, el cadáver que habíamos encontrado en la caldera.

El rostro atezado de Herbert Cammison reveló cierta impaciencia.

—¿Por qué no comenzar por el principio —sugirió—: Menos melodrama y más continuidad es lo que queremos?

—Perdón. Me divierte tanto hacer de exhibicionista. Bien, pues, catalogaré los datos en su debido orden, comenzando a las siete y media de anoche, cuando me senté, arriba, a digerirlos.

—Creía que era cerveza lo que estaba digiriendo —dijo Sophie.

—En efecto. Encuentro que conduce al pensamiento —replicó Nigel con dignidad—. Bien, ya que la mencionan, tomaré otro vaso. Más vale tarde que nunca. Y ya que está podría dejar la botella al lado mío. Gracias.

Nigel bebió abundantemente.

—Bien —continuó—, después de todo lo dicho y hecho, el detalle realmente extraño de este crimen permanecía inexplicable: ¿por qué se había puesto el cadáver en la caldera? La razón obvia parecía ser: para ocultar el método del crimen, lo que señalaba, naturalmente, hacia un experto asesino profesional, Herbert, en efecto.

—¡Oh! —exclamó Sophie con voz entrecortada, olvidándose de su tejido por un momento—, sin duda nunca sospeché de él.

—¿Qué no?

Herbert lo contempló con moderada curiosidad.

—Sí, es natural. ¿Por qué no? —dijo desapasionadamente.

—Aspiramos a explorar todas las avenidas. Primero pensé en él como *solista*, por así decirlo; después, cuando resultó evidente que Joe había planeado asesinar a Eustace, consideré a Herbert como posible cómplice —muy favorablemente, puedo decirlo—. Tenía motivo, cerebro, conocimiento técnico y sangre fría.

—Gracias —dijo Herbert.

—No hay por qué.

—¿De qué están hablando? —se quejó Sophie—. Primero dice que Eustace asesinó a Joe, y luego dice que Joe planeó asesinar a Eustace. Me parece que está borracho.

—Eso es exactamente lo que sucedió. *Se cometió el crimen que no debía haberse cometido*. Como digo, no parecía haber razón posible para que, si el plan de Joe había tenido buen éxito, y el fragmento del anillo que encontré probaba que había avanzado bastante por el camino del éxito, debiera transferir el cadáver de la cámara frigorífica a la caldera de presión.

Cualquier herida que hubiera causado a Eustace mientras lo embutía en ese cuarto, sin duda podía haber sido explicada por el forcejeo de Eustace para salir. Luego recordé, de pronto, lo que usted dijo de los dientes de Joe. Pretender que se le han caído los dientes en la sopa implica que uno tiene dientes postizos.

—Pero, maldito sea, el dentista reconstruyó las dentaduras postizas halladas en el filtro de lúpulo: no hay duda de que son de Eustace. No veo...

—Tampoco yo, al principio. Luego se me ocurrió —y lo verifiqué telefoneando al dentista anoche— que los dientes habían sido identificados como de Eustace, pero que nadie había pensado en compararlos con las mandíbulas del cadáver. El dentista había probado las dentaduras en los moldes que había tomado de las mandíbulas de Eustace cuando las hiciera. Me dijo que poseía impresiones de Joe y de la señora de Bunnett, también, lo que confirmó mi idea de que Joe tenía dientes postizos.

—Sí, claro, entiendo —dijo el Dr. Cammison lentamente.

—De modo que me pregunté: ¿y suponiendo que Eustace volcara las cosas contra su hermano, y lo matara? Podía cambiar ropas con Joe, sacar la dentadura de Joe, arrojar el cadáver a la caldera y después tirar sus *propios* dientes adentro. Podía confiar en que la dentadura resultaría bastante deformada por el proceso de cocción; serían reconocidas por el dentista como los dientes de Eustace, pero había una buena probabilidad de que no pudieran ser reconstruidos con suficiente precisión como para mostrar que no se ajustaban a las mandíbulas del cadáver, revelando de este modo la substitución. Pero sin duda, pensé en seguida, nuestro eficiente médico, Herbert Cammison, F. R. C. S., no sería llevado a confundir el cuerpo de Joe con el de Eustace. Entonces recordé. No habían quedado nada más que huesos y cabellos: y yo había visto el pasaporte de Joe, donde se manifestaba que éste tenía cinco pies y ocho pulgadas de estatura, esto es, una diferencia de alrededor de una pulgada con la estatura de Eustace; y Herbert me había dicho que al reconstruir el esqueleto había que admitir un margen de error de dos pulgadas. El pasaporte decía también que Joe tenía cabello claro. Deben recordar que yo sólo había visto una fotografía suya, donde la brillantina hacía que su cabello pareciera oscuro; durante todo este tiempo yo hubiera dado por sentado que su cabello era oscuro. Muy bien: los restos hallados en la caldera tenían más o menos la misma estatura y el mismo color de cabello que Joe.

Eustace, entre paréntesis, tuvo que cortar el bigote de Joe antes de tirarlo a la caldera. Oh, sí, fue muy cuidadoso, y tan frío como un pez; necesitaba serlo.

Bien, con mi mente dando vueltas alrededor de los dientes —corriendo alrededor de ellos, en realidad— surgió otro pedacito de prueba. Las migas del desván de Joe. Ahora bien: Eustace se había deshecho de sus propios dientes; no podía comer, pues, nada más que cosas blandas. Asimismo, si había colocado a Joe en la caldera, debía haber sido él quien había penetrado en su propia casa y quien se escondía en la de Joe. Era interesante, pues, que sólo encontrara restos de pan y de torta en el desván de Joe, ningún rastro de otra, clase de alimento. Pensando en esto telefoneé a la casa de la señora de Bunnett y me comuniqué con la cocinera. Dijo que sólo pan y torta habían desaparecido de la despensa; la carne del domingo había sido dejada. Quienquiera que se llevara el alimento debía de haber traído algún maletín para ponerlo. ¿Por qué no había de llevarse también la carne? Porque, si era Eustace, la carne no le servía, no tenía dientes, con que masticarla.

—¿Qué me dice, entonces, de las cortezas de pan? —preguntó Herbert.

—Las cortezas se ablandan si uno las tiene bastante tiempo en la boca. Bien, pues, entre los dientes, las migas, y el pasaporte, comenzaba a estructurarse un caso contra Eustace. Luego se me ocurrió otro pequeño detalle. Lock, interrogado acerca de la persona que había sorprendido fuera de la oficina de Joe Bunnett, el sábado a la noche en la cervecería, dijo primero que había pensado que debía de ser un fantasma. Ahora bien, he ahí una cosa rara para que la dijera en serio un sereno nocturno; los serenitos no podrían soportar su tarea si fueran susceptibles a «los vampiros y los fantasmas y esas cosas que hacen ¡buuu! por la noche». Así es que ¿no podría ser que subconscientemente, a raíz de su breve encuentro con esta misteriosa figura, hubiera registrado la impresión de Eustace Bunnett?

Fíjense ustedes, hasta la medianoche del jueves pasado las acciones de Joe y Eustace eran, respectivamente, las de asesino y asesinado. No cabía duda posible de que Joe había planeado un crimen y se había dispuesto a ejecutarlo. Suponiendo, me dije, que Joe hubiera atacado a Eustace en la cervecería y Eustace lo hubiera matado a él; suponiendo entonces que Eustace, por alguna razón, decidiera que lo mejor era cambiar de identidad con él, debe de haber descubierto, en el curso de la conversación con su hermano, que el *Gannet* estaba en Caleta Basket: más tarde advertiría que esto había sido planeado por Joe a manera de coartada. En consecuencia, si había que señalar a Joe como asesino, algo debía hacerse para explicar por qué no había usado esa coartada. Si la policía encontraba al *Gannet* flotando en Caleta Basket, con un estupefacto Bloxam a bordo, se preguntaría: ¿por qué no regresó Joe, y huyó en el barco? Resultaba indicado, pues, echar a pique al *Gannet*.

Llegamos ahora a la declaración prestada por el vagabundo. Dijo que alrededor de las dos o las tres de la mañana del viernes oyó una motocicleta que se dirigía tierra adentro y vio un resplandor en el cielo. Comencé a advertir que todas las horas

estaban equivocadas. Fíjense; si Joe asesinaba a Eustace, planeaba regresar a la caleta poco después de la una. Aceptando la teoría de que Joe cometiera el crimen con éxito, uno habría tenido que suponer que, a la hora en que regresó al *Gannet*, éste ya se había incendiado accidentalmente y ardía tan vivamente que no pudo apagarlo. Pero los fuegos de petróleo arden ferozmente y se consumen pronto: De modo que si el fuego había alcanzado su mayor intensidad cuando llegó Joe, a la una y diez de la mañana, no era probable que entre las dos y las tres todavía ardiera tan intensamente que produjera en el cielo el resplandor que vio el vagabundo. Por otro lado, si Eustace había matado a Joe, pensando en un plan de acción, cambiado ropas con el cadáver, etc., y utilizado la motocicleta de Joe, no podía llegar a la caleta mucho antes de las dos de la mañana. El resplandor en el cielo, y el ruido de la motocicleta, pues, resultaban mucho más consistentes con la responsabilidad de Eustace en todo este asunto.

Todo eso, por supuesto, era altamente teórico. Dependía de que el vagabundo tuviera un sentido del tiempo medianamente preciso —lo que era posible— y de que el *Gannet* no se hubiera quemado accidentalmente lo que era más que probable—; evidentemente era vital para Joe narcotizar bien a Bloxam, y esto invalidaba la idea de que éste pudiera incendiar el barco por descuido.

Hasta aquí todo resultaba compatible con Eustace como asesino y Joe como víctima. Prueba de esto último podía obtenerse bastante pronto, comparando las dentaduras reconstruidas con las mandíbulas del cadáver. De igual modo, si se descubría que la víctima era Joe, se seguía de ello, casi con certeza, que el asesino era Eustace; porque Eustace había desaparecido, y nadie más, excepto Sorn, tenía interés en que se estableciera que Eustace estaba muerto, Pero no sospeché de Gabriel Sorn: después de todo, resultaba en todo sentido ficticio imaginar que mataría a Joe para vestirlo como Eustace y luego arrojar las sospechas sobre él. Cualquier duda que persistiera en mí respecto a Sorn fue desechada cuando vino a verme anoche. Evidentemente creía que Joe había cometido el crimen, que estaba escondido, y acababa de telefonarle para que lo ayudara a huir. Sorn odiaba a Eustace, lo odiaba tanto más desde que advirtiera que era su padre: no tenía escrúpulos para ayudar a escapar al hombre a quien creía asesino de Eustace. Por desgracia, contó su historia de una manera tristemente increíble.

—Pero no alcanzo a entender por qué Eustace quiso desaparecer así, cambiar de lugar con Joe. Disfrazar a Joe con sus ropas y meterlo en la caldera... vamos, era sentenciarse a muerte —dijo Sophie.

—Sí, eso me preocupó. Cuando Sorn me contó que su madre era una criatura orgullosa, comencé a entender; y la confesión de Eustace lo ha aclarado todo. No obstante, debemos satisfacer esa indecente ansia de su esposo por conocer el resto del relato. Habiéndome convencido de que Joe era el que había sido asesinado, y Eustace el que había cometido el hecho, estaba en una posición mucho mejor para explicar los hechos subsiguientes. Fíjese: estaba dispuesto a creer que Gabriel Sorn, o el señor

Barnes, o Herbert, eran capaces de asesinar a Joe; pero no podía creer que cualquiera de ellos procedería tan implacablemente como para distribuir indicios falsos contra él. Sólo un Eustace Bunnett era capaz de asesinar a un hombre y luego tratar de demostrar que era culpable de su propio asesinato. Había algo vengativo en la manera como se difamaba el nombre de Joe después de su muerte; Ariadne Mellors fue muerta de una manera vengativa; y lo peor de todo fue incendiar al *Gannet* con ese pobre tipo, Bloxam, a bordo.

—¡Buen Dios! ¿Cree usted que Eustace sabía que estaba a bordo? —dijo el doctor Cammison.

—Lo ha admitido. Este comportamiento completamente cruel y vengativo me pareció que no cuadraba a ninguna de las personas relacionadas con el crimen, excepto Eustace. Al final de cuentas fue esto lo que lo hizo caer en la trampa; justicia poética; sí, si no hubiera realizado esa última incursión a la cervecería, el domingo a la noche, para atraer nuestra atención hacia el pasaporte de Joe y subrayar aún más la culpabilidad de éste, probablemente hoy sería un hombre libre, que cruzaría los mares y esperaría vivir de la propiedad que había legado a la señora Sorn.

El doctor Cammison asintió lentamente con la cabeza varias veces.

—Ah, entiendo. Claro. Me estaba preguntando cómo... Sí, claro.

—La confesión de Eustace aclara los detalles menores. Sólo les diré el quid del asunto. Sujeto extraordinario. El jurado tendrá un buen trabajo para decidir si le corresponde Bradmoor o la horca.

—Sí —dijo Herbert con energía—. Es un comentario interesante sobre nuestro sistema social el que un sujeto como Bunnett, cuya vida fue toda una serie de crímenes más o menos legalizados, tenga que matar a tres personas antes que lo coloquemos donde no pueda realizar más maldades.

—La confesión, pues. Eustace llegó a la cervecería cinco minutos antes de medianoche. Joe lo recibió en la entrada, y urdió una historia acerca de cómo había recibido un anónimo; asunto: el sereno nocturno. Eustace dice que en seguida comenzó a sospechar; preguntó a Joe cómo había llegado allí, dónde estaba el *Gannet*, etc. A Joe no le importó decirle todo, porque los muertos no andan con cuentos y era necesario dar a Eustace una explicación razonable de sus movimientos, si iba a llevarlo dentro de la cervecería. Eustace fingió aceptarlo todo; pero de ahí en adelante vigiló a Joe con cautela. Los dos entraron en la cervecería y anduvieron hacia el comienzo de la escalera que conduce a la oficina; Joe había sugerido que aguardaran en su habitación hasta que Lock, hubiera terminado su recorrido. De pronto Joe susurró: «¡Cuidado! Viene hacia acá». Y se lanzó hacia la cámara frigorífica, que era el escondite más cercano. Eustace lo siguió, momentáneamente engañado por la estratagema; si se hubiera detenido a pensar, habría comprendido, por supuesto —cosa que Joe sabía muy bien—, que en ese momento el recorrido de Lock lo había llevado muy lejos de esa parte del edificio.

»Apenas estuvieron dentro de la cámara frigorífica, Joe golpeó a Eustace, con el

propósito de derribarlo. Pero en la obscuridad erró y golpeó sus nudillos con fuerza contra el refrigerador que hay junto a la puerta. Las sospechas de Eustace se convirtieron en certidumbre. Respondió, a su vez, y derribó a Joe, con un golpe afortunado. Entonces vio todo rojo. ¡Este alfeñique de su hermano, a quien había despreciado y pisoteado toda la vida, tenía la audacia de volverse contra él! En un frenesí de rabia se arrojó hacia Joe y lo estranguló antes de que tuviera tiempo de recobrase del efecto del golpe.

»De modo que ahora Eustace se veía frente al problema que ha afligido a todo asesino, desde Caín hasta nosotros: “¿qué haré con el cadáver?”. No se atrevía a arriesgarse a salir andando y decir a Lock: «Hi hermano me acaba de atacar y he tenido que matarlo en defensa propia». Hubiera sido lo mejor que podría haber hecho; y, apoyado esto por los rastros que podrían haber encontrado en el *Gannet*, tal cosa podría haber convencido a la policía. Por otro lado, podría haberse ingeniado un buen caso contra Eustace, diciendo que había atraído a Joe a la cervecería; inconscientemente, además, tal vez Eustace comprendía que nadie aceptaría su palabra contra la del muerto —un muerto tan popular como Joe—. Su mente estaba habituada a resolver cualquier situación más bien tortuosa que rectamente. «¿Qué haré con el cadáver?» —se preguntó—. Y entonces, mientras dice aquello —uno de sus rasgos desagradables menores era, como ustedes saben, un condescendiente interés por la literatura—, dos líneas de *Hamlet* acuden sin ser llamadas a su mente:

*¡Oh, si esta carne demasiado sólida se disolviera, se derritiera y se resolviera en rocío!*

Y en seguida recordó lo que había sucedido con Trufas. Colocaría el cadáver en la caldera de presión. Pero eso no bastaba. Al día siguiente encontrarían los restos: en seguida sería reconocido como asesino; se le harían preguntas embarazosas; alguien *podía* haber visto a Eustace deslizándose de su casa hacia la cervecería. Fue en este punto donde se le ocurrió la brillante idea de cambiar su identidad con Joe. Joe había planeado asesinarlo, había urdido una coartada; sin advertirlo, quizás, había dejado algunas claves que lo señalaban. Muy bien, pues, Joe había hecho todo lo necesario para acusarse a sí mismo, excepto cometer el crimen. Lo lógico era hacer que pareciera que Joe *había* cometido el crimen. Un razonamiento sencillo, fríamente lógico. Debo decir que lo admiro mucho. Lástima que después Eustace lo destruyera con un exceso de complicaciones.

«Muy bien, Eustace debía ser asesinado. Un cambio de ropas, algún horripilante manipuleo con los dientes, y la caldera de presión haría el resto. Joe tenía el mismo físico y la misma estatura que Eustace. Pero ¿qué le sucedería a éste? Debía desaparecer sin dejar rastros. No podía emitir cheques con su propio nombre. Los bancos no aceptan la firma de un fantasma. En seguida sus pensamientos se volvieron hacia la señora Sorn. En sus días juveniles, cuando era una muchacha bonita y sin

experiencia, la había conocido en el extranjero y había mantenido relaciones con ella. Había nacido un niño, Gabriel. Pero Eustace había rehusado casarse con ella entonces: era ambicioso, y ella no tenía dinero. Abandonada por él, desconocida por su familia, se había radicado con su hijo en el sur de Francia, y había vivido como pudo dando lecciones de inglés. Con el correr del tiempo Eustace cimentó su negocio y se convirtió en un hombre rico. La señora Sorn, que siempre había pretendido ser viuda, se enteró del buen éxito de Eustace y le escribió sugiriéndole que hiciera algo por su hijo. Si llegó hasta el *chantage*, no lo sé. Posiblemente no, pero Eustace se había transformado en un hombre respetable: no podía permitir que se supiera que tenía un hijo ilegítimo y que había tratado tan mal a la madre. De modo que pagó la educación de Gabriel, y más tarde —tal vez bajo presión— lo tomó en la cervecería.

»Cuando la señora Sorn se puso en comunicación con él otra vez, recordó su belleza y su encanto; ahora podía casarse con ella, y así se lo dijo; pero ella, con mucha sensatez, no aceptó. No ocultaba su desprecio por él y por su conducta pasada; en un arranque de despecho, Eustace se casó con la actual Emily Bunnett, cantinera de una de sus tabernas, criatura físicamente bastante atrayente en aquellos días. Pronto se cansó de Emily; pero ésta sabía administrar la casa y resultaba un *punching-ball* adecuado cuando Eustace se sentía inclinado a ser vengativo y fanfarrón. Pero la señora Sorn seguía siendo la espina clavada en su carne. Era su único fracaso, la única persona que no podía dominar. Y creo que se trataba de una envidiosa admiración por su independencia, más, quizás, cierto remordimiento por el tratamiento pasado, lo que le hizo legarle la mayor parte de sus bienes en el testamento.

»Ahora, de todos modos, con el cadáver de su hermano delante de él, agradecía haber hecho ese testamento; porque resolvía el problema financiero. Todo cuanto debía hacer era salir del país, aparecer después de un intervalo decente en la villa de la señora Sorn, asumir otra identidad, y vivir de la herencia que le había dejado. Podía confiar en que ella no se atrevería a delatarlo a la policía. Su orgullo de familia, sobre el cual me hablara Gabriel Sorn, su cariño apasionado por éste —juzgaba Eustace— le harían imposible traicionarlo. Gabriel quedaría marcado para toda su vida como el hijo bastardo de un asesino. En efecto, Eustace, asesino, tendría sobre la señora Sorn un dominio mucho mayor que el que jamás tuviera Eustace, cervecero respetable.

»De modo que eso arreglaba todo. Eustace encendió su linterna eléctrica, cambió ropas, anillo, etc., con el cadáver de Joe, lo llevó a la caldera de presión y lo arrojó adentro. Las únicas cosas de su propiedad que retuvo fueron veinte libras papel y las llaves duplicadas. Luego partió en la motocicleta de Joe; fue a él a quien oyó Sorn cuando se alejaba de la cervecería a las doce y cuarenta. Naturalmente le llevó más tiempo del que habría llevado a Joe encontrar la caleta; conocía su posición, pero no sabía cuál era el camino más corto; y no había manejado una motocicleta desde su juventud. De modo que llegó a Caleta Basket entre la una y quince, y la una y media.

Dejó la motocicleta en lo alto del acantilado\* halló el camino de herradura, (tenía la linterna de Joe), encontró el chinchorro, y remó hacia el *Gannet*. Su idea era verter petróleo sobre la popa del barco y encenderle fuego, dando de este modo la impresión —esperaba— de que el motor se había incendiado accidentalmente. Era un plan un poco débil, quizás, pero no tenía tiempo ni habilidad para ser un incendiario experto. Sea como sea, lo principal era deshacerse del yate, de modo que la policía anduviera varios días haciendo conjeturas sobre el paradero de Joe. Halló las latas de petróleo de repuesto y empapó con él la parte de popa. Entonces descubrió que no tenía cerillas.

Entró en la cabina a buscar algunas, y vio a Bloxam tendido allí, narcotizado. Fue una enorme sorpresa para Eustace. Sin embargo, una bagatela de esa clase no lo iba a desviar de su propósito. Consiguió una caja de cerillas —apoderándose, de paso, de algunos alimentos blandos, el revólver de Joe, y todo el dinero de éste que pudo encontrar—, prendió fuego al barco, dejó que se quemaran él y Bloxam, remó hacia la costa, escondió el chinchorro en la caverna, y regresó a Maiden Astbury. Ocultó la motocicleta en el bosque de Honeycombe, esperando que eventualmente sería encontrada y proporcionaría una clave contra Joe. Mientras hacía todo esto había estado usando los guantes de Joe, para no dejar impresiones digitales. Bajó la colina de Honeycombe, se introdujo en casa de Joe con las llaves que había quitado al cadáver, y se retiró al desván.

«Ahora se presentaba un problema bastante delicado. Tenía que quedarse el tiempo suficiente para distribuir una cantidad de claves falsas contra Joe, para impresionar a la policía con la idea de que Joe estaba vivo y se conducía de manera sospechosa: no debía abandonar el país hasta que se estableciera que el cadáver de la caldera pertenecía a Eustace, porque de otro modo podían realizarse averiguaciones en los puertos ingleses; al mismo tiempo, cada día que permaneciera aumentaba el riesgo de ser encontrado más o menos accidentalmente. El sábado a la noche se deslizó afuera y robó en su propia casa. Para eso había guardado las llaves duplicadas. Robó los papeles de Roxby, pero dejó el archivo para llamar la atención hacia el motivo de Joe; robó alimento, para su propio provecho —no había ninguno en casa de Joe, naturalmente—, también se apoderó de su pasaporte. Nadie conocía su existencia, y por lo tanto nadie lo echó de menos. Debí haber pensado en esto, sin embargo: la señora de Bunnett nos contó que solía tomarse furtivamente vacaciones en el extranjero. El maduro caballero que se divertía de manera poco correcta en el Continente no debía de ningún modo ser identificado con el recto cervecero de Maiden Astbury. Así es que Eustace había conseguido un pasaporte con otro nombre —el nombre de James Henderson—; y era como James Henderson que se proponía entrar en Francia y llegar la villa de la señora Sorn.

»El domingo, como es debido, descansó —salvo por algunas pocas actividades menores, tales como untar con la brillantina de Joe el almohadón del desván—. Esa noche, juzgando que la policía de guardia en la cervecería ya había sido retirada, se



proponía entrar en ella y dejar unas cuantas claves más contra Joe. Su estado mental, por lo que podemos colegir, era bastante interesante en ese momento. Meditando sobre todo el asunto en su confinamiento solitario, había comenzado a imaginar que él era la mano oculta de la justicia. Joe, después de todo, era el verdadero asesino — el asesino en la intención—. Eustace lo había matado sólo en defensa propia; Joe era el verdadero criminal, y era deber de Eustace encargarse de que la policía lo entendiera así. Eustace, naturalmente, siempre se juzgó enteramente virtuoso, y todo esto era sólo una derivación de su amargo odio hacia Joe por haberse atrevido a volverse contra él poniéndolo en posición tan peligrosa. Joe debía ser perseguido, aun después de muerto; había que denigrar su buen nombre: debía ser exhibido como el cobarde asesino que había tratado de ser.

»Esto hizo que Eustace se excediera. Debió haber emprendido la fuga esa noche, en lugar de visitar la cervecería; especialmente después de haber matado a *Miss Mellors*. Acababa de descender del desván cuando oyó que alguien entraba en la casa y subía la escalera. No tuvo tiempo para trepar de nuevo al desván; de modo que se lanzó al estudio y recogió el atizador. *Miss Mellors* entró, y esto selló su destino, pobre. Eustace sufrió otro de sus ataques de rabia ciega, terrible, y siguió golpeándola mucho después de haber dejado de ser necesario. Después de una pausa para recobrase, continuó su camino a la cervecería: allí fue sorprendido por Lock antes de que pudiera entrar en la habitación de Joe. Se precipitó escaleras abajo, pero encontró que la salida le había sido cortada por el agente, a quien oyó correr hacia adentro: así es que se deslizó por el pasillo y se escondió en la sala de almacenaje.

»De modo que allí estaba, en la trampa; todo ello debido a su exceso de celo por la justicia. Tollworthy no lo vio durante su búsqueda: no examinó cada uno de los sacos, —cosa que realmente no me asombra—. De modo que Eustace logró una suerte de tregua —si puede llamarse tregua a estar de pie dentro de un saco durante la mayor parte de veinticuatro horas—. Podía cambiar de posición todo lo que quisiera, claro; la sala de almacenaje no es visitada constantemente durante el día. No obstante, debe de haber sido una tarea bastante penosa y maldito si no lo merecía. Alrededor de las ocho y treinta, cuando parecía no haber moros en la costa, se deslizó, subió a su habitación privada, y telefoneó a Sorn. Fingió la voz, naturalmente, y explicó los curiosos sonidos que debe de haber hecho diciendo que tenía que cuchichear. Dijo a Sorn que era Joe Bunnett y hablaba de casa de la señora de Bunnett; se atrajo su simpatía, y le rogó que distrajera a la policía para ayudarlo a escapar. Era una jugada endiabladamente aventurada, claro. Pero confiaba en la naturaleza romántica y antilegalista de Sorn, su odio por Eustace y su afecto por Joe. Hasta cierto punto se salvaguardaba a sí mismo pretendiendo que la señora de Bunnett le había dado refugio. Si Sorn lo delataba a la policía, buscarían primero por allí. Sin embargo, Sorn tragó todo eso tranquilamente. Accedió a acudir a mí con su historia —para lo cual Eustace lo instruyó por teléfono— de que el asesino estaba escondido en el bosque de Honeycombe y se proponía huir esa noche con ayuda de su automóvil.

Esto, naturalmente, iba a alejar a la policía de la fábrica, y por cierto que habría tenido buen éxito si yo hubiera tragado la historia de Sorn.

»Lo que Eustace —en su carácter de Joe— realmente contó a Sorn, fue que iba a largarse en dirección opuesta al automóvil de Eustace, dirigirse a Southampton, y conseguir un barco que lo llevara al extranjero. Para hacer esto —dijo—, debía tener su pasaporte. Había hecho un intento por conseguirlo, y había fracasado. Así es que pidió a Sorn que se lo consiguiera y lo llevara a casa de Eustace. Ésa fue una ocurrencia muy inteligente de parte de Eustace. Si Sorn lograba apoderarse del pasaporte de Joe, se debería a que no había moros en la costa, y Eustace ya estaría camino a Southampton: se proponía, efectivamente, usar su propio automóvil. Si, por otro lado, la historia de Sorn no engañaba a la policía, lo atraparían cuando entrara en la habitación de Joe, y esto proporcionaría un momento de confusión durante el cual Eustace podía arreglárselas para huir.

»Bien; como ustedes saben, fue esto último lo que sucedió: aproximadamente». Sorn fracasó por completo al querer hacerme tragar su historia. Bloqueamos todas las salidas de la cervecería; de modo que cuando Sorn se deslizó por la puerta lateral, tomó la llave maestra de la oficina, y se introdujo en la habitación de Joe Bunnett, se llevó el susto más grande de su vida. En realidad se desempeñó mejor de lo que podía haber esperado Eustace: perdió la serenidad y armó tal alboroto que Eustace estuvo a punto de escapar a cubierto de él. Por poco no logró pasar junto al policía de la puerta lateral. Al fracasar ahí, se lanzó otra vez dentro de la cervecería y nos organizó un baile que hace que muchas películas de *gangsters* parezcan niñerías. Pero ustedes están enterados de todo esto.

—Deben de haber pasado un mal momento cuando oyeron que la válvula de seguridad comenzaba a descargarse. La pudimos oír desde aquí —dijo Herbert.

—Sí, fue un momento bastante desagradable. Debería darse una medalla a Sorn por lo que hizo: había diez probabilidades contra una de que volara en cientos y miles de pedacitos. Me contó esta mañana que a menudo había imaginado que se presentaba una situación parecida y él hacía el papel del héroe que quitaba el fuego de abajo de la caldera, de modo que cuando aquello sucedió de verdad, arremetió automáticamente, lo que prueba que algo ha de decirse en favor de los fantaseos. Pero el peor momento, creo, fue cuando Bunnett salió del pozo; se había escondido detrás de esa puerta de hierro y estaba cubierto de telarañas. La combinación de las telarañas y la boca hundida —es extraordinario cuánto empeora al rostro humano la ausencia de dientes— lo asemejaban a un cadáver levantándose de manera tan desagradable que revolvió mi estómago como una rueda catalina. Y, naturalmente, ese revólver que empuñaba no mejoraba la moral de uno, tampoco. Uno nunca creería que un hombre más bien viejo, como él, tendría vigor para hacer todo lo que hizo. Sugiere que debe de haber estado loco desde que Joe lo atacó en la cámara frigorífica: es lo que cabría esperar cuando un hombre que ha gozado de un poderío casi universal se encuentra de pronto proscripto por la sociedad.

Nigel dio una o dos vueltas por la habitación, recogiendo adornos distraídamente, y colocándolos otra vez en su lugar.

—No —dijo—, ha sido, en muchos sentidos, un caso sucio, desaliñado, aun cuando añade fuerza a cierta frase bastante gastada.

—¿A saber?

—«Fermentan las dificultades».

# Notas

[1] Lugares mencionados en novelas de Hardy (N. del T).. <<

[2] *F. R. C. S.: Fellow of the Royal College of Surgeons: Miembro del Real Colegio de Cirujanos (N. del T)..* <<

[3] *Bolster* significa en inglés una especie de almohadón, (N. del T). <<

[4] Fórmula que significa: Lo que queríamos demostrar. (*N. del T.*) <<